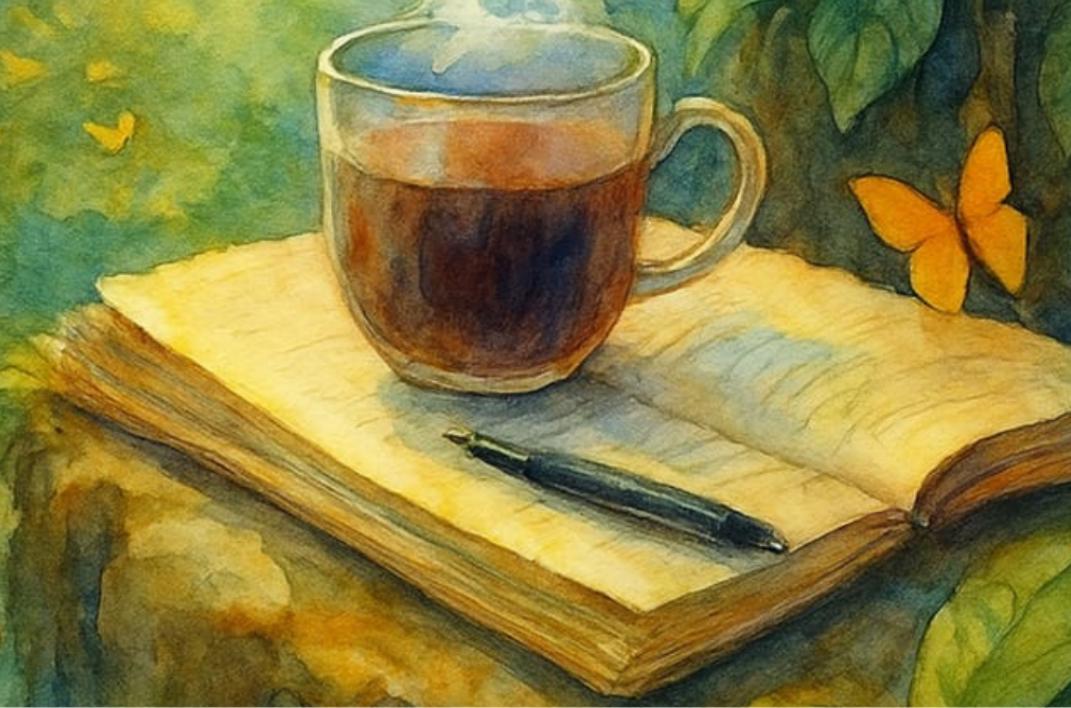


Antología Colombiana de cuento y crónica

2025

**Mapa vivo de la
Colombia narrada**



Antología colombiana de cuento y crónica 2025

mapa vivo de la Colombia narrada



ANTOLOGÍA COLOMBIANA DE CUENTO Y CRÓNICA 2025, MAPA VIVO DE LA COLOMBIA NARRADA

ISBN: 978-958-8913-78-0

Compilador: Lizardo Carvajal Rodríguez, Poemía, su casa editorial

(cc) Algunos derechos reservados por los autores en colaboración para esta edición 2025.
Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Sin Derivadas 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0).

Se permite la reproducción parcial con indicación de la fuente.

Ilustración de carátula: Clemencia Beghelli

Diseño y maquetación: Nicolás Carvajal Ríos

Edición e impresión

Poemía, su casa editorial
Carrera 24D Oeste No. 4–118
Cali, Colombia
Teléfono: +57 323 3720179
poemiaeditorial.com

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

*Goethe veía la composición literaria como un jardín vivo.
Una antología es un herbario del espíritu: hojas preservadas
del tiempo, cada una con la huella de una vida distinta.*

*Whitman creía que cada poema es un fragmento de la gran
voz humana.*

*Una antología es un coro elegido: distintas gargantas que,
reunidas, laten como un solo pecho.*

*Borges imaginaba la literatura como un infinito en el que
cada libro refleja a todos los demás.*

*Una antología es un espejo que fragmenta el universo
literario para ofrecernos solo sus destellos más nítidos.*

*Octavio Paz veía la poesía como una combustión del
lenguaje.*

*Una antología es un cuenco donde se guardan brasas:
poemas que siguen ardiendo aunque su autor haya callado.*



A manera de preludio

Anticipando el tono, el tema
y la emoción

Lizardo Carvajal
Le pueden decir El Jardinero

*El preludio no es una pieza aislada
suele abrir algo, preparar algo,
o introducir un ambiente*

Una antología es un jardín de flores

Decir que una antología es un jardín de flores no es una simple metáfora estética: es una manera profunda de comprender el acto de reunir voces, estilos y mundos en un mismo espacio.

Así como un jardinero escoge con paciencia cada semilla para que conviva en armonía con las demás, el antólogo reúne textos que, aun siendo distintos, dialogan entre sí en una misma geografía sensible. La palabra proviene del griego *anthología*, que significa “colección de flores”.

En un jardín conviven los colores, las alturas, los aromas; en una antología conviven los ritmos, las miradas y las experiencias. No hay uniformidad, sino diversidad ordenada, una suma de singularidades que florecen sin perder su identidad.

El jardinero no le exige a la orquídea que se parezca al girasol, ni pide a la rosa que copie el silencio del lirio. De igual manera, la antología respeta las diferencias: cada autor aporta su luz propia, su forma de entender el mundo, su manera única de florecer en la página.

También hay en toda antología un gesto de cuidado. Un jardín necesita riego, luz y atención; una antología necesita lectura profunda, criterio y amor por la palabra. Se trata de preservar lo esencial y podar lo innecesario, de permitir que cada texto tenga su tiempo y su espacio para respirar. No se trata solo de reunir piezas, sino de propiciar encuentros.

Un jardín es también un mapa del tiempo: florecen especies según la estación, unas duran más, otras viven fugazmente, pero dejan una huella de belleza inmediata. En una antología ocurre algo similar: algunos textos resuenan con fuerza desde la primera lectura; otros germinan lentamente en la memoria y solo revelan su aroma después de varios días. El lector, como quien recorre un sendero entre plantas, escoge su paso, se detiene dónde quiere, se deja sorprender por lo inesperado.

Por eso una antología es un jardín: porque celebra la pluralidad, la convivencia y la belleza organizada. Porque nos invita a mirar la palabra como un ser vivo que nace, crece, se transforma. Y porque, al abrir sus páginas, entramos en un espacio donde cada autor ofrece su flor, y cada lector forja su propio recorrido entre los colores y fragancias de la literatura.

Al final, una antología recuerda que la literatura —como la Naturaleza— es generosa: siempre habrá un nuevo brote, un pétalo distinto, un perfume que no habíamos sentido antes. Y es ese milagro de diversidad lo que convierte a toda antología en un jardín que nunca deja de renacer.

Los Juegos Florales: Un jardín de eterna poesía

En el vasto tapiz de la expresión humana, existen tradiciones que florecen con la delicadeza y la persistencia de una rosa silvestre. Entre estas se encuentran los Juegos Florales, no como meras competencias literarias, sino como nobles encuentros donde la palabra, teñida de belleza y emoción, alza el vuelo. Son un puente tendido entre el susurro de la historia y la praxis del presente, un eterno tributo a la capacidad de composición inteligente de los humanos.

El origen de estos juegos se pierde en la bruma de la Edad Antigua, sus raíces están entrelazadas con las fiestas romanas dedicadas a Flora, la ninfa convertida en diosa de las flores y la primavera. Aquellos festivales, los Ludi Florales, eran explosiones de vida y color.

Sin embargo, la esencia del certamen poético que hoy conocemos hunde su ancla en el medievo, en el sur de Francia, con los Jeux Floraux de Toulouse. Allí, los trovadores y poetas se reunían para rendir culto a la belleza literaria, ofreciendo sus versos como ofrendas. El renacimiento de esta tradición en la Cataluña del siglo XIX, con los Jocs Florals, marcó un hito, transformándolos en un símbolo de identidad y resistencia, un faro que guio a generaciones de escritores.

La tradición de los Juegos Florales llegó a América Latina, principalmente, a través de la influencia española. Los primeros certámenes registrados en la región tuvieron lugar en La Habana, en 1846; Buenos Aires, en 1881 y Concepción, en 1884.

En la actualidad, en nuestra América, volcánica, morena y mestiza, como diría Martí, se celebran en Quetzaltenango, la "Cuna de la Cultura" en Guatemala. El Ministerio de Cultura de El Salvador organiza los Juegos Florales como un estímulo a las artes literarias y una plataforma para nuevos escritores.

En la historia de la literatura latinoamericana, hay un momento icónico en los Juegos Florales de 1914 en Santiago, donde la poeta Gabriela Mistral ganó el premio máximo con sus Sonetos de la Muerte, lo que marcó el inicio de su reconocida carrera literaria. En Perú, los Juegos Florales Escolares Nacionales son una estrategia del Ministerio de Educación para movilizar aprendizajes y fortalecer la formación integral y la identidad cultural.

Así, los Juegos Florales permanecen. Son un recordatorio de que, en medio del ruido del mundo actual, la belleza, la cultura y la palabra poética encuentran un vergel donde florecer, invitándonos a todos a sembrar un verso en el jardín de la vida.

Creemos, entonces, que nuestra Antología colombiana de cuento y crónica, 2025, es una expresión de esta tradición que Flora simboliza. No es competencia, es encuentro.

Los Juegos Florales en Colombia: Ecos de lira en la montaña

Colombia, tierra de verdes infinitos y de un realismo que respira en cada esquina, también ha sido escenario de los Juegos Florales, esos jardines efímeros donde la palabra se viste de contenidos. Si bien su fulgor no brilla hoy con la misma intensidad que en otras naciones hermanas, su historia es un susurro poético que resuena en las cumbres andinas.

El primer gran florecimiento ocurrió en Medellín, en aquel lejano octubre de 1904. Fue un momento fundacional, un acto de creencia en la literatura naciente del país. En aquellos certámenes, la poesía no era un mero adorno, sino un pilar de la identidad cultural.

Los poetas de la época, imbuidos de un espíritu romántico y, a menudo, moralista, tejieron versos que buscaban la perfección formal y la elevación de la conciencia. Estos juegos no solo premiaban la belleza, sino que también consagraban a los autores, dándoles un lugar en el panteón literario de una nación que se construía a sí misma.

La tradición se arraigó con especial fuerza en la región de Antioquia. Los Juegos Florales de Rionegro en 1959, por ejemplo, fueron un punto de encuentro significativo entre cuentistas, cronistas, ensayistas, tanto en prosa como en verso, marcando un antes y un después en la historia literaria.

En la Colombia de hoy, la flor de los Juegos Florales ha cambiado de tonalidad. El actual panorama nacional ha dado paso a una miríada de concursos literarios y premios estatales, de editoriales y fundaciones. El énfasis se ha movido de una celebración simbólica a una convocatoria pragmática de diversos aromas.

No obstante, la esencia pervive. En los salones de clase, en las ferias del libro, en las iniciativas locales de pequeños municipios, sigue existiendo, en la necesidad del encuentro a través de la belleza de la palabra.

El fortalecimiento de los Juegos Florales en Colombia es, en esencia, la posibilidad del renacimiento del pensamiento inteligente de los humanos que forjamos camino al andar por estos valles, por estos piedemonte, por nuestros caminos de herradura, forjados con el tic tac de las nuevas máquinas de escribir.

La antología como jardín con plantas y frutos

Una antología es, ante todo, un jardín, lo hemos dicho: un territorio donde crecen voces, aromas y memorias. Sus páginas no son simples hojas, sino parcelas fértiles donde cada autor planta su semilla y la ve florecer ante los ojos del lector.

Los escritores reunidos en una antología son como plantas diversas que conviven en un mismo suelo. Hay quienes se abren como girasoles, con un resplandor que persiste incluso en los días nublados; otros prefieren la sombra, creciendo en lo secreto, dejando que lo íntimo se filtre en cada línea. Algunos florecen con la exuberancia tropical del relato desbordado; otros, como orquídeas breves, se entregan en microcuentos de un solo aliento. Pero todos, sin excepción, son vida en expansión: raíces que buscan su propio cauce, tallos que se estiran hacia la luz del lenguaje.

Cada texto es, entonces, un fruto: un sabor nacido del tiempo y de la experiencia. Hay frutos dulces, que celebran la ternura o la memoria; frutos agrios, que recuerdan heridas antiguas; frutos picantes, que irrumpen con rebeldía; frutos amargos, cuyo gusto perdura porque dicen verdades necesarias. Una antología permite degustarlos juntos, uno tras otro, en la multiplicidad de voces que conforman el vasto paisaje literario de un país.

Colombia, tierra de montañas y valles, de ríos que murmurran historias y cielos que guardan silencios, encuentra en este jardín literario una metáfora brillante: cada autor es un territorio, cada cuento una corriente, cada crónica un árbol de sombra ancha donde se posa la memoria. En la diversidad de relatos se dibuja el mapa sensible de quienes somos y de lo que hemos vivido. Un país también se narra con flores.

Por eso, esta antología es más que un libro: es un cultivo paciente. Cada página es un cantero donde el lector puede detenerse, inclinarse sobre la palabra y sentir su perfume. Al abrirlo, el viento de la literatura mueve las ramas, dispersa polen, despierta nuevos brotes. Leer es pasear entre los senderos de este jardín, mientras cada texto florece en la mirada de quien lo contempla.

Y así como los antiguos Juegos Florales honraban la creación con coronas de laurel, hoy celebramos a los autores que aquí se encuentran: sembradores de metáforas, guardianes de semillas, artesanos que convierten la experiencia en savia, y la savia en palabra. Ellos son las raíces vivas de esta obra colectiva.

Que el lector entre, pues, en este jardín sin prisa. Que descubra cada flor con asombro. Que pruebe cada fruto con gratitud. Porque una antología es, finalmente, un acto de cuidado: un espacio donde la literatura se cultiva para que otros puedan cosechar belleza.

Lizardo Carvajal

El Jardinero

Compilador de esta Antología 2025, Lizardo Carvajal ha hecho de la palabra un territorio de estudio y de composición. Historiador, maestro y editor, su obra abarca caminos que van de la epistemología a la didáctica y del pensamiento crítico a la Ciencia, entre ellas a la Poética, ciencia de la lectura y de la escritura.

Es autor de libros fundamentales para la formación universitaria, entre ellos *Metodología de la investigación: curso general y aplicado*, *El proyecto de investigación, cómo hacerlo paso a paso*; *El objeto de investigación y el sistema de actividades de investigación y desarrollo*, *Fundamentos de tecnología*, *La lectura: manual para la comprensión de textos* y *La escritura: manual para la composición y edición de textos* y ocho títulos más que conforman la serie Poética siglo XXI.

Fundador de Poemia, su Casa Editorial, ha acompañado durante décadas el nacimiento de nuevas voces literarias, cuidando cada manuscrito como quien cultiva un jardín.

Habitante de Cali —ciudad de viento pacífico donde su oficio florece— reúne en esta antología las múltiples voces del país, convencido de que cada cuento o crónica es una lámpara encendida en el mapa literario de Colombia.



Clemencia Beghelli Crespo

Convierte esa mirada en luz, materia y gesto

Ilustradora de la carátula de la Antología Colombiana de Cuento y Crónica 2025, Clemencia Beghelli Crespo ha trazado, a lo largo de más de cuatro décadas, un puente luminoso entre el arte y la enseñanza. Licenciada en Educación Artística, especialista en Docencia Universitaria, dibujante arquitectónica y diseñadora de modas, su vida ha sido un lienzo donde la educación, la sensibilidad estética y la mediación cultural se entrelazan como hilos de un mismo tapiz.

Pintora de oficio íntimo y mirada paciente, ha dedicado su obra al diálogo silencioso entre los objetos, la luz y la cotidianidad que palpita. Maneja el óleo, el acrílico, la acuarela y el dibujo como quien escucha: con dedicación y hondura. Sus bodegones, figuras humanas y escenas del día a día revelan un mundo detenido en un instante de asombro. Entre sus piezas se encuentran Humánitas I y II, Granadas, Bodegón de lámpara, Bodegón de frutas, Sin cuerdas y Los amorosos, obras que integran la selección expuesta en 2025.

Desde 2006, su vocación formadora late también en la Fundación para el Desarrollo Humano y las Artes – Desarrollarte, de la cual es miembro fundadora. Allí ha impulsado procesos de educación artística, gestión pedagógica y creación de experiencias sensibles para diversas comunidades. Lidera la Casa Museo Desarrollarte, un territorio donde el arte se vuelve puente, conversación y memoria compartida.

Clemencia Beghelli Crespo es, en esencia, pintora: una mujer que mira el mundo como si siempre fuera la primera vez, y que convierte esa mirada en luz, materia y gesto.





C. BEGHELLI/25

La imagen que antecede la palabra

Antología Colombiana de Crónica y Cuento 2025

Los elementos de la acuarela propuesta por la artista Clemencia Beghelli evocan de manera sensible la biodiversidad, el paisaje y la cultura colombianos.

Las palmeras nos trasladan desde la vegetación característica de nuestras dos costas, la pacífica y la atlántica, hasta los Andes y la selva amazónica; al mismo tiempo, remiten a la palma de cera del Quindío, árbol nacional y símbolo de identidad. Las orquídeas, también presentes en la composición, reflejan la variedad y belleza de la flora del país. El arbusto de café y la taza humeante aluden a una tradición profundamente arraigada en nuestra historia económica y cultural.

La pluma y el cuadernillo, concebidos como punto focal de la ilustración, representan el acto de escribir y el vínculo directo con la crónica y el cuento. La neblina y la vegetación que envuelven la escena pueden interpretarse como una metáfora de la diversidad de climas y ecosistemas que conviven en el territorio colombiano.

Las mariposas amarillas, con su evidente conexión con la obra de Gabriel García Márquez, aportan una referencia literaria de gran fuerza simbólica. En *Cien años de soledad*, estas mariposas acompañan a ciertos personajes y acontecimientos, convirtiéndose en un emblema del realismo mágico y de la tradición narrativa del país.

La combinación de estos elementos en la acuarela construye una imagen que captura la esencia de la cultura y la literatura colombianas, transmitiendo la riqueza y diversidad del país. De este modo, la carátula no solo cumple una función estética, sino que dialoga con los cuentos y crónicas de la antología, influyendo sutilmente en su lectura e interpretación.

José Manuel Jordán Balcázar



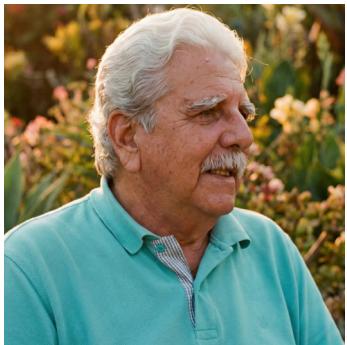
A manera de fuga

Reconociendo las plantas,
las flores y los frutos

*Imagina varias voces entrando
una tras otra*

Orlando Restrepo Jaramillo

Una vida que parece hecha de caminos



Hay vidas que parecen hechas de caminos, y en cada uno, una luz distinta. La de Orlando Restrepo Jaramillo empezó a encenderse en el corregimiento de Albán, municipio de El Cairo, en el Valle del Cauca, allí donde el sonido de las campanas se confunde con el murmullo del monte. A los siete años, Cartago lo adoptó en sus aulas y le abrió el mundo. A los veintiún, Popayán lo deslumbró con su poesía blanca y su universidad centenaria, preparándolo para la contienda dulce y áspera de la vida.

Allí encontró también a Gladys Vejarano, compañera inmejorable, con quien comparte un destino tejido en amor: tres hijos, seis nietos y dos bisnietas que prolongan su nombre más allá del tiempo. Después de ser juez promiscuo en Cajibío, volvió a Cartago para entregarle su palabra, su oficio y su voluntad. Sirvió como Secretario de Gobierno Municipal y como Alcalde designado por la Gobernación del Valle; fue Rector de la Universidad Tecnológica del Norte del Valle, Personero de Ansermanuevo y abogado del pueblo que siempre lo reconoció como uno de los suyos. Cerró su vida profesional como Notario Primero de Cartago.

Hoy, desde El Solar, en el corregimiento de Zaragoza, el poeta sobrevive —como él mismo dice— “epitafiando sombras”, dejando que el silencio, el tiempo y la memoria se batan suavemente en el patio de su casa.

Su obra, extensa y diversa, constituye un largo tránsito de voces, imágenes y decantaciones del espíritu. A lo largo de más de cinco décadas ha publicado libros fundamentales como *Más allá de las palabras* (1970; ed. aumentada en 2012), *Pasos* (1972), *Poetidianidad* (1994), *Hondonada* (2002), *Pictogramas* (2007), *Cartago bajo palabra* (2011) y *El tiempo entre los dedos* (2017), entre otras obras que recorren la memoria urbana, la intimidad y la historia cultural. En años recientes destacan además títulos como *En custodia de cristal* (2021), escrito en memoria de su hijo Juan Alonso. Actualmente prepara *Cartago desde la palabra* (poesía), *Elogio a Cartago* (historia) y *Suma de artificios* (poesía).

También ha compartido su prosa y su verso en revistas como *Arrierías*, *Papel de Oficio*, *Cantarrana* y otras publicaciones de circulación “cadapuedaria” en Cartago, el Norte del Valle y el Eje Cafetero. Poeta, cronista, notario de la vida cotidiana, Orlando Restrepo Jaramillo ha hecho de la palabra un territorio donde aún resuenan los pasos de la infancia, la brisa de Popayán y la sombra luminosa de Cartago: su casa, su voz, su destino.

Carta de Gonzalo Arango

Quiero comenzar recordando cómo fui amigo de Gonzalo.

Estando en el Colegio Académico de Cartago, cuando funcionaba en la calle 10 entre 3^a y 4^a, frente al parque de San Francisco, a finales de 1967 o comienzos de 1968, fuimos llevados algunos alumnos, junto con los profesores de Español, a la emisora Radio Cartago, que operaba en el segundo piso del Teatro Virrey. Allí se presentó Gonzalo, acompañado de Eduardo Escobar y Jaime Jaramillo (X-504). También habían invitado a las alumnas del Colegio de las Madres, ubicado en la carrera 6^a con 11.

Gonzalo leyó sus poemas y se destapó con su lenguaje procaz, invitando a ir con frecuencia a Cantarrana, por esa época la zona de tolerancia. Las monjas se alarmaron, los profesores se asustaron y la orden fue desocupar el auditorio. Yo aproveché y conversé con él un poco; me manifestó que esa conducta de los profesores y las monjas era contraproducente para una subcultura nadaísta que ellos mismos criticaban y divulgaban.

Algo le dije a Gonzalo sobre mis inquietudes, y él apuntó mi nombre en una libreta pequeña guardada en su bolsillo.

Con el tiempo me fui a estudiar Derecho a Popayán, y alguna vez me llegó una carta de Gonzalo pidiéndome que fuera el distribuidor de la revista Nadaísmo 70 para los estudiantes universitarios y para la ciudad. Acepté el encargo y comencé a tener una fluida correspondencia con él.

Más adelante, con el poeta Andrés Mosquera (Titoce), uno de los herederos del general Mosquera, lo invitamos a Popayán y le organizamos una lectura de poemas en la Casa Valencia, gracias al préstamo hecho por el doctor Álvaro Pío Valencia.

Le pregunté, en esa ocasión, por qué me había escogido para distribuir la revista, y me dijo que el rector de la Universidad, doctor Guillermo Alberto González, le había sugerido mi nombre en una entrevista con él en Bogotá, nombre que, casualmente, había encontrado también en su libreta personal.

La carta

Cuando la Universidad del Cauca me publicó un folleto con mis poemas, allí cité a Gonzalo, y él me lo agradeció enviándome la siguiente carta:

Orlando:

Esta noche aterrizó en mi apartado aéreo Más allá de las palabras, el alma de tu juventud, tu rebeldía, tus sueños contra la muerte.

Yo dije una vez: La poesía es un costal lleno de besos y revólveres. En cierto sentido, eso es tu pequeño libro: el amor y los besos mezclados con la pólvora de la rebeldía. Debo decirte que todo libro es solo un paso, nunca una meta, y que este tuyo, ingenuo y cálido como un corazón vivo, aún no te da derecho a ser el poeta que llegarás a ser si haces de la poesía un destino y no un pasatiempo. Así que, si tienes vocación y carne de mártir, nos veremos en el Gólgota.

Tu prólogo está lleno de inocencia y frescura. Eres un iniciado; yo te entiendo. A veces el entusiasmo lírico, la demasiada juventud, son un estorbo para el artista. Pero no te quejes: yo prefiero la juventud a la sabiduría. El dolor de las palabras, la experiencia de la cultura y el sufrimiento madurarán tu alma y el lenguaje.

Gracias por esa cita de Los 13 poetas nadaístas; es tan bella que no parece mía, como si otro poeta me la hubiera dictado desde el fondo de su memoria, desde Más allá de las palabras.

Vivir no es más que marchar al olvido con un equipaje de recuerdos y sueños rotos...

La edición del poemario es hermosa, de una originalidad muy nadaísta. En tu honor, editaré algún día mis poemitas así, para dejarlos en el bolsillo de los amigos. Imitaré tu originalidad.

La poesía es un hueso duro de roer en este mundo musculoso y deportista. Muy pocas son las almas que merecen entrar al sésamo de los elegidos, pero todos están invitados a compartir el pan de la belleza, sobre todo los que tienen hambre de otra realidad, de otra vida. Como esa chica de la dedicatoria que cree en ti, porque el amor es el mayor acto de fe en la vida.

Bueno, Orlando: aquí van mis revólveres; los besos que te los dé ella.

Tu amigo,
Gonzalo Arango
Bogotá, 1970.

En voz baja

Somos suma de nadas venidos al mundo para ser pasajeros de un camino mal terminado.

Sabemos de días y de noches, empeños, sueños; fofas propuestas ante un sinfín de circunstancias.

Las campanas han cedido al pito de los carros. El luto se refleja en el atuendo de los caminantes, repitiendo el embrujo, a manera de mantra, por los celebrantes de la parca.

La casa, desde marzo de 2020, se ha vuelto gayola con ventanas para expiar celajes.

En el desgaste de la enclaustrada rutina, el tiempo suena cual timbal en las sienes. El temor cuchillea entre las visitas recibidas con recelo. Un estallido de música moderna suena entre las ondas, saltando sobre tarima imaginaria y aumentando desconciertos.

En su propia covacha, como ratas, mascan los agiotistas las hojas de las nóminas, cual roedores de la usura. Mientras tanto, fallecen en las UCI, de peste china, los sobrevivientes, que, con recelo, esperan la vacuna también china. Sometidos a ese otro imperio, reflejado en epidemia, en inyecciones y en efímeras baratijas de dudoso beneficio, producto de ánimo expansionista más allá de su milenaria muralla.

Asechados por consignas en los medios, al empuje de la revuelta social, se pretende minar el sistema, buscando cambiar el régimen, rompiendo la estructura de antigua cofradía implantada tras el esquema de la democracia, al decir de Jorge Luis Borges: “un abuso de la estadística”; recordando, muchas veces, el dictamen de Carlyle, que la definió como “el caos provisto de urnas electorales”.

El ser humano, expectante, pasa del confinamiento al paro, de este al bloqueo y, por ende, a la escasez creada por la inmovilidad. Actúa como insurrecto, con agresivas posturas, aupando el cambio en pos de la igualdad, buscando vencer la inequidad para llegar al poder y, al lograrlo, volverlo feria de iniquidades.

La muerte, en noria dolorosa, deja huella en la revuelta y en la nefasta epidemia, cuyo fatal destino obligará a vivir con la leve esperanza de llegar a ser elemental recuerdo.

Cartago, diciembre de 2021

Decir norte del Valle

Decir norte del Valle es nombrar la cordillera alada, de verde monte y penacho de silencio. De camino en hondonada, logrado por la huella de las herraduras de caballos siderales, llevando en sus lomos al hombre en pos del surco vegetal de su alimento. Ese ser humano, en residencia de ladera, recoge sembradíos de nostalgia en los meandros de la tierra, con destino erizado de contiendas.

El norte del Valle, tierra de muchos en el corazón llevada y en el de algunos negada. Pensada en el refugio de la ausencia, para unos sin encanto, como simple andurrial en lejanía. Torrentosos ríos la bañan; hilos de agua zurcen la ansiedad de seres esperanzados en el espiral de la agricultura. Gotas del nublado cielo forman sus caudales; mar de olas verdes son sus árboles, cual peces nadando entre las breñas.

Este norte del Valle tiene pies de agua y cabeza de neblina, cuerpo de montaña y manos de ladera. Sus piernas son los caminos y su firmamento, los pueblos titilando en el cordillerano valle del río Cauca.

La desolación del norte del Valle nace del éxodo de los campesinos, desengañados por el derrumbe de la agricultura. Idos de la tierra por la necesidad de educar a la prole, por buscar acomodo en la verde bandera de las realidades citadinas de la planicie y evitar la muerte por la sinrazón.

Agotado el cultivo del café, el paisaje pierde horizonte, el aire aroma y la pobreza repercute. Mientras “los poderosos”, con plomo, prodigan llanto. —La desazón corre— El destino campea en la paciente reciedumbre de estirpe vertebrada en su propia confianza.

Cartago, 2021

Gonzalo Montaño E.

Una voz tejida entre historia, memoria y palabra

Gonzalo Montaño E. nació en Cali, ciudad donde el viento trae rumores de mar y de montaña, y donde las palabras, desde temprano, encontraron en él una casa dispuesta a crecer. Su formación se tejió entre dos mundos: el High School del Charles Evans Hughes, en Nueva York, y el histórico Colegio Republicano de Santa Librada, en Cali. De ambos recogió una mirada amplia, crítica, despierta, que luego llevaría a las aulas como exalumno y docente en varias universidades del país.



Su vocación literaria germinó muy pronto: en tercer grado creó *La Hoja Infantil*, un periódico manuscrito que pasaba de mano en mano entre sus compañeros, una pequeña revolución escolar donde los relatos tenían la frescura de la infancia y el impulso de quien ya intuía su destino de escritor.

Más tarde, en la secundaria, fue uno de los artífices de *El Libraduno*, el primer tabloide impreso en los 150 años de Santa Librada, distribuido en colegios oficiales y privados de Cali. Allí consolidó una temprana disciplina por la palabra impresa, por la historia y por la memoria.

En años recientes, su curiosidad rigurosa lo ha llevado a publicar artículos históricos, numismáticos y notafílicos en revistas nacionales e internacionales, junto a varios cuentos breves donde su estilo conciso y evocador empieza a abrirse un lugar propio.

En 2022 publicó *Historia de la respetable logia Jacques de Molay N.º 4 del valle de Cali*, obra de investigación y rescate documental. En 2025 dio a conocer la novela *La Hechicera*, y actualmente prepara nuevos proyectos: la selección de cuentos breves *¿Usted tuvo la culpa, profe?*, así como dos novelas más. La primera, *Sin pecado concebidos*, es una saga familiar que nace en las carabelas españolas, casi al mismo tiempo que el mito fundacional del “Descubrimiento de América”. La segunda, *Aquel verano en Nueva York*, narra una pasión intensa que se abre paso entre los crímenes en serie que estremecieron a la Gran Manzana en los años setenta.

Gonzalo Montaño E. escribe como quien borda sobre el tiempo: con paciencia, memoria y un pulso narrativo que enlaza la historia, la imaginación y las pequeñas revelaciones humanas. Su obra —en expansión constante— es la prueba de una vida dedicada a escuchar y a contar, a mirar el mundo con la lucidez de quien sabe que todo relato nace de la curiosidad y de la admiración.

La negra amor

Consumada la secundaria, viajamos de excursión a Boca Grande, pequeña isla cercada por esteros del Mar Pacífico. A ella se llega desde Tumaco, después de corto recorrido en pequeñas lanchas con motores fuera de borda. Las playas de hermosa arena morena, como sus gentes, invitan a recorrerlas sin prisa, una y otra vez, desde la salida hasta la puesta del sol. Esas playas, bordeadas por miles de cocoteros sin dueño ocupados con periquitos bullangueros, aunque para disfrute de todos, son invadidas por cangrejos anaranjados y jaibas vestidas de azul y esmeralda que cambian de tonos al ritmo de las olas y de los colores del mar. Abundan, tirados en la arena, trozos de árboles redondeados en las puntas agolpes en sus incesantes viajes acuáticos a los más recónditos lugares y rezagadas estrellas de mar como puestas de apostas en la playa para adornar. Nubes de caracoles juegan al escondite u otros juegos infantiles entre los manglares, o reposan pasada la comida.

En este sobreviviente paraíso terrenal, nos hospedamos en la escuela pública. Casi todos llevábamos alimentos para mandarlos a preparar, así salía más económico. Marmolejo, el flaco Arana y yo, contratamos en la casa del cholo Benigno; el Tocayo Paz, el chino Perdomo y otros dos, en la panadería; solo el Muerto quedó a su suerte, él había ido sin cinco y los demás nos turnábamos a subsidiarlo. Solucionado lo de la comida, cada cual inició exploraciones preliminares por el lugar.

La sed y el calor pegajoso de la brisa me llevaron a la casa restaurante de la Negra Amor en busca de un refresco. Nadie, ni ella misma, decía que se llamaba Luz Dary Valencia. Era famosa por tener las dos únicas cabañas para turistas que solo alquilaba a los recién casados, y ofrecía una comida con los más variados manjares de mariscos y postres, bocatto di cardenali. También ofrecía una canoa empujada por un angelito, un niño nativo como de cuatro años armado de un canalete como de tres metros de largo, paseando a los enamorados, horas enteras bajo un arco de manglares entrelazados por encima de los esteros, en una especie de calle de honor; iluminados por los rayos del sol filtrados por entre el follaje, completaban la bendición divina a los amantes.

Acomodado en un asiento y una mesa hechos con tablas de madera poco pulida, tomé despacio una limonada, saboreando hasta la última gota. En tanto bebía, sentí la silla insegura, desajustada, a punto de desbaratarse. Llamé a pedir un martillo para repararla, que no encontraron, entonces con una piedra la desarmé y la rearreglé, dejándola firme. El imberbe mesero, como horrorizado, fue a la cocina y volvió a contarme:

- Mi tía le manda decir: ¿Que si puede arreglarle una llave del agua que tiene botadera?
- Mirémosla, a ver si puedo.

Era el grifo del lavaplatos con el empaque gastado. No costó trabajo encontrar una correa de cuero en desuso, recorté un círculo de un centímetro de diámetro para suplir el empaque descompuesto. Dejado el asunto como nuevo, pagué el jugo a precio de oro y salí.

Cuando había caminado unos veinte metros, entretenido levantando arena con los pies descalzos, escuché a la zaga una voz femenina desconocida:

— Sobriino. Sobriino. Venga que está invitado a desayunar—, dijo haciéndome llamados con la mano.

De inmediato deshice los pasos hasta donde estaba ella. Me abrazó largamente.

— A partir de la fecha usted es mi sobrino. Cancele cualquier contrato de comida— me dijo, mientras me devolvía el dinero del jugo—, usted aquí no pagará nada, es mi invitado todo el tiempo que quiera.

Otro gran favorecido fue el Muerto, al que cedí, de principio a fin, la comida convenida donde el cholo Benigno.

Durante esos quince días en Boca Grande pude gozar del ofrecimiento de la Negra Amor, exclusivo para los más distinguidos visitantes, incluso el paseo de pesca de los enamorados por entre los manglares. Aprendí a preparar los manjares de mariscos y postres, como el de coco raspado con una concha ya sin perla. Mientras cocinábamos me contó historias reales e imaginarias, con tradiciones de la región desde los principios hasta los finales de los tiempos.

Con los caparazones de unos cocos y unas canicas de cristal, de esas de colorines, les hice apliques y luminarias para restaurante y las cabañas, que no es por nada, pero me quedaron preciosos.

El día del regreso, en medio de los demás estudiantes, La Negra Amor me acompañó hasta la lancha; me impidió cargar la maleta, para cargarla ella. En una canastilla típica, tejida con hojas de palmera, me entregó dos cangrejos azules, de los más grandes de esos lados, por si escaseaba la comida por el camino. En otra canasta, de tejido más tupido, empacó toda suerte de amuletos para que nunca me falte la buena suerte. La última cesta, muy grande, la atiborró de ricuras dulces preparadas con coco.

En el embarcadero, nos abrazamos por siempre.

— Sobrino, quédese viviendo aquí, lo único que debe hacer es dormir todo el día bajo las palmeras y yo trabajo para mantenerlo.

— Gracias tía, no puedo. Mi destino está en otro lado. Ya tengo una enamorada en Cali y mi cupo en la Universidad del Valle.

Mis compañeros del colegio, silenciosos, presenciaron nuestro llanto de despedida.

— Sobrino, cuando se case venga con su mujer que no les voy a cobrar ni un centavo. Pero no deje de venir, para darle a ella un buen chocolate embrujado y que nunca lo abandone.

Al rato, la lancha se alejaba vertiginosa de la costa. Con la vista encortinada en lágrimas veía

a la negra, quien como yo, agitaba la mano levantada diciendo adiós.

Nunca pude regresar a donde la querida la Negra Amor, pero la recuerdo cada año, como en este quincuagésimo aniversario de aquella excursión.

Despecho

En tonos de rabiosa tristeza, repetía tercamente retazos mal aprendidos de poemas de Neruda recitados hace años en la escuela: "La noche está estrellada, tiritan azules los astros a lo lejos y ella no está conmigo." Los remataba a grito herido mezclándoles canciones arrabaleras, despechadas, de la cantina del puerto: "Si no me querés, te corto la cara, con una cuchilla, de esas de afeitaar"

De cuando en cuando, extenuado de poemas y canciones, se miraba y remiraba en el espejo el tatuaje inmenso que le hizo un marinero en el costado izquierdo del pecho. En mayúsculas, con tinta negra decía en letras de idéntico tamaño, como hechas con un molde: DULCINA.

Preferiría estar borracho, ahogado en alcohol; en el de la licorera con el que empezaba a beber o el impotable de lámpara del que escanciaba ávido, ya tocando fondo, cuando había agotado los salarios quincenales.

Para desfogar las ausencias del licor y de Dulcina se golpeaba la cabeza contra las paredes. Gritaba a cada golpe: "Ramera", "traidora", "desvergonzada" y otros insultos peores inventados por él mismo. No obstante, todos los adjetivos se quedaban cortos para expresar el dolor, no el odio. A pesar de todo, aún la quería.

El viernes completó ocho días sin su amor. Como nunca, le faltaron los besos, los abrazos, la cálida intimidad de Dulcina. Aunque ya eran conjeturas, porque realmente no recordaba bien ni los unos ni los otros, refundidos en sus profundas lagunas alcohólicas. Las evocaciones nítidas eran de las sopas de cabezas de pescado "como para levantar muertos" que ella le preparaba al despertar y él ingería casi sin saborearlas, de afán, para correr al estanco de la esquina a tomarse el primer aguardiente mañanero.

La mayor crisis llegó el domingo, diez días después de la fuga de Dulcina con aquel advenedizo. No resistía la desesperación, quería olvidarla, borrarla de su vida y hasta de su cuerpo; nunca haberla conocido. Parado tenazmente delante del espejo, medio veía cubierto opacado por las lágrimas el nombre de ella tatuado en su pecho. Tomó en la mano derecha una daga podrida de óxido. Con la punta empezó a repintar el nombre a Dulcina para quitarlo de allí. Y cortó y cortó hasta arrancarse el corazón.

Cali, 29 de octubre de 2001

Marco Antonio Valencia

Escritor de raíces y futuros

Marco Antonio Valencia nació en Popayán, la ciudad blanca donde la luz se queda a vivir en los muros y las sombras caminan despacio para no perturbar la memoria. Allí, entre montañas que parecen sostener la ciudad en la palma de la mano, creció su vocación por la palabra, como si el paisaje mismo lo invitara a contemplar el mundo con atención entrañable.

En esas calles de piedra —donde alguna vez pasaron obispos, poetas, libertadores y artesanos— también transitó su espíritu lector. Popayán, tierra de escritores que cultivan la tradición como un jardín secreto, vio surgir entre los suyos a Marco Antonio Valencia, una voz que dialoga con la herencia y al mismo tiempo la renueva.

Estudió Literatura y Pedagogía en la Universidad del Cauca y más tarde vivió en España como becario de la Fundación Carolina, cursando la Maestría en Filología Hispánica.

Fue director del periódico *El Nuevo Liberal*, donde durante una década (2013–2023) se convirtió en el columnista más leído, según la firma Cifras & Conceptos. Su obra abarca novela, cuento, poesía y ensayo, y ha viajado más allá de nuestras fronteras con traducciones al inglés, francés y portugués.

Su trayectoria se sustenta en becas y premios literarios obtenidos en Italia, España, Chile, Perú, Argentina y Colombia. Es miembro de la Asociación Caucana de Escritores y director de la Tertulia Literaria Anarkos, espacios donde la palabra encuentra refugio y resonancia.

Entre sus novelas se cuentan *Oscuro por Claritas*, *La fiesta de ayer* y *La cicatriz en el espejo*; en el relato ha publicado *El profesor espantapájaros*, *Cuentos para Sofía*, *Cascajal* y *Leyendas extraordinarias de Popayán*. En poesía destacan *Los versos de la iguana* y *Extrañas mutaciones*.

Marco Antonio Valencia escribe desde la raíz de su ciudad natal, con la claridad de quien conoce el peso de la tradición y la liviandad de quien sabe que la literatura es, al final, un acto de libertad.



Aguas profundas

Doce personas han pisado la superficie lunar y apenas siete hemos bajado a ciento veinticinco metros del abismo marino, a puro pulmón. Ese fue el tema de mi última conversación con mi padre, pero poco le importó. Con ese recuerdo en la cabeza inicio ahora la inmersión en busca de un título mundial de apnea en el Pacífico.

Mi padre es un tipo difícil, horaño, y solo hablábamos del mar cuando conversábamos. En su juventud fue un esforzado cazador de ballenas, meros y cachalotes. Me consta que era capaz de bajar a treinta metros y aguantar cinco minutos sin respirar sin presumírselo a nadie. El océano es su paraíso, su pasión, su alegría y su libertad.

He batido treinta récords mundiales en las ocho disciplinas de la apnea, aunque esas noticias a él no le importan; hoy espero superar los ciento treinta metros en peso constante.

Conocí al viejo a mis quince años, cuando mi madre, en su lecho de muerte, me confesó su existencia y me pidió que lo buscara. Vive en una cabañita frente al mar, dedicado a la pesca submarina y a la contemplación de la vida desde una hamaca en la playa. Me recibió sin asombros y durante años me enseñó lo que sabía del océano, porque su conocimiento era lo único que tenía. Sin embargo, siempre me insulta diciéndome que soy un idiota, un lento.

Estoy a treinta metros. Mi circulación y sistema vascular comienzan a cambiar. Ahora todo depende de mí: de la concentración, de la inteligencia emocional.

—En mi mundo, las preguntas esenciales son: ¿cuánto aguantas y cuánto bajas? —me dijo el viejo el primer día que me llevó a la playa.

Me enseñó a comer pescado crudo, nadar, respirar, relajarme, sumergirme sin careta ni aletas; a caminar por arrecifes y bosques de manglares para encontrar caracoles, tortugas, perlas, esponjas...; a observar los días y los fenómenos del viento, del agua y de la luna. Me adiestró en la pesca submarina y con él aprendí a reconocer los peces por sus escamas, branquias, dientes, colores y formas. ¡Me enseñó a respetar la mar!

Hacer apnea en Egipto, España e Italia, donde me coroné campeón, es diferente a realizarla en el océano Pacífico. Acá hay corrientes submarinas peligrosas, pero es donde estaré mi victoria.

La mañana en que me enseñó a cantar Yellow Submarine, de los Beatles, me dijo que ya me corría salitre por las venas y me echó de su casa como a un perro. El destino me convirtió en deportista extremo de apnea, aunque nada de lo que hago le importa. A veces, cuando lo visito, ni me habla.

Si me desconcentro podría morir. El único accidente en mi historia lo tuve cuando creí ver a una sirena a cien metros de profundidad. Los monstruos marinos forman parte de los mitos

y leyendas de la humanidad; no obstante, si alimentas la cabeza con historias de leviatanes, krakens y caribdis, y te acuerdas de ellas en la oscuridad del abismo, sientes la presencia de todas estas criaturas a tu alrededor.

Decidí bajar a más de ciento treinta metros en busca de un récord mundial y estoy a punto de lograrlo. Con nueve litros de aire en mis pulmones, tengo que resistir nueve minutos y medio sin respirar. Si logro la meta de hoy, sin reventarme, seré una celebridad. Aquí abajo la vida humana es imposible, y mi padre tendrá que abrazarme y sentirse orgulloso.

Aún recuerdo el brillo de sus ojos cuando me contó que en 1911 el acorazado italiano Regina Margherita perdió su ancla frente al mar Egeo. Entonces Yorgos Haggi, un pescador griego, la rescató bajando a puro pulmón setenta y siete metros, amarrado a una piedra de cuarenta y cinco kilos en la cintura, mientras todos decían que tenía el diablo adentro. Desde ese día quise ser como Yorgos: una leyenda en la boca de mi padre.

Me duele el pecho. Voy en catorce pulsaciones por minuto, siento frío, todo es oscuro, estoy en otra galaxia; tengo que llegar a los ciento treinta metros, nadie lo ha hecho, tengo que hacerlo, no puedo permitir que mi padre siga pensando que soy un bueno para nada. Me siento raro. Voy a poner mi nombre en la historia de los mejores apneístas del mundo, pero será con el apellido de mi madre. Mi padre me enseñó lo que sé; sin embargo, me abandonó cuando nací y no se alegra con mis triunfos. ¡Dios!, siento burbujas bajo la piel, ¡estoy sufriendo una embolia, carajo! ¡No podré volver a bucear, es el fin de mi carrera!

¡Carajo! ¡Madre, por Dios, madre! ¿Hoy veré tu sonrisa?

El cerebro se me apaga y siento que vuelvo a navegar en tu vientre, en tu amor cálido y comprensivo, a pesar de todo.

¡Por Dios!, si dan una medalla por morir en el intento, que se la lleven a mi padre.

¡Es un hijo de puta!, pero es mi padre.

Santiago Adolfo Arboleda Franco

Donde nace la palabra distinta



Nació en Cali mientras, al otro lado del continente, el mundo vibraba con los acordes de Woodstock. Tal vez por eso la música lo acompaña como un pulso propio: melómano insaciable y coleccionista de salsa afrocariéña, ha hecho de los vinilos y las orquestas un paisaje afectivo, una forma íntima de medir el tiempo.

Su formación profesional nació del cuerpo, del movimiento y de la pedagogía. Es Licenciado en Educación Física y Salud (1995) y Magíster en Educación con énfasis en Fisiología del Deporte (2004), ambos títulos obtenidos en la Universidad del Valle. En 2014 se doctoró en Ciencias de la Actividad Física y el Deporte en la Universidad de León, España, explorando con rigor científico aquello que sostiene y transforma la vida: la condición física, la salud y la fuerza.

Aunque educador físico de base, su vocación se inclinó pronto hacia la docencia universitaria, donde lleva cerca de tres décadas como profesor, investigador y formador de nuevas generaciones. Desde 2005 es Profesor Asociado del Departamento de Educación Física y Deporte de la Universidad del Valle y líder del grupo de investigación INCIDE, reconocido por Minciencias. Su trabajo académico se centra en la relación entre salud y condición física, la composición corporal, el rendimiento deportivo y el desarrollo de la fuerza en diversas poblaciones. Ha ocupado cargos académicos de relevancia: Vicedecano de Investigaciones de la Facultad de Educación y Pedagogía (2022–2024), Subdirector de Investigaciones y Posgrados del Instituto de Educación y Pedagogía (2016–2018), Director del programa de Ciencias del Deporte (2006–2010) y coordinador de diversos espacios formativos ligados a la actividad física y el deporte. Par académico de CONACES desde 2005 y evaluador reconocido por Minciencias, ha contribuido al fortalecimiento de la educación superior en el país. Actualmente es editor de la revista Praxis, Educación y Pedagogía.

Su obra científica es amplia: artículos indexados en áreas como cineantropometría, rendimiento físico, envejecimiento, sarcopenia, fuerza, composición corporal y salud pública, desarrollados junto a equipos interdisciplinarios que entrelazan ciencia, movimiento y vida. También ha participado en capítulos de libro sobre deporte y sociedad, ampliando los horizontes críticos de su campo. Sin embargo, Santiago Arboleda también se reconoce en otro territorio: el de la palabra distinta. Aunque su escritura ha habitado por años el ámbito académico, esta antología marca su primera incursión literaria, un espacio donde la música, la memoria y la sensibilidad pueden expresarse sin fórmulas ni protocolos. Es su manera de permitir que la voz —libre de métricas científicas— respire otra luz.

El baquiano

“La Arboleda” tenía siete potreros que iban desde el borde de la carretera, montaña arriba, hasta su parte más alta: una especie de quiebre en la cordillera donde empezaba un bosque de niebla bastante tupido, a unos 2000 msnm. Ese último potrero se llamaba “el alto”. Mirando la finca desde la carretera, sus linderos laterales eran cañadas con bosque que subían hasta arriba. Los potreros tenían pastizales que variaban entre micay e imperial, mezclados con rastrojo: matas de salvia, mortiño, rabo de zorro, helechos, entre otros. Al ascender, en los potreros más altos había menos pastizales, a veces combinados con parches de matas de monte.

El paisaje visible desde la finca era un poema: un largo tramo del cañón de un río que rugía todo el día desde lo profundo; enfrente estaba la otra montaña que formaba el cañón y, hacia la derecha, la carretera serpenteaba entre los pliegues de esas montañas, perdiéndose momentáneamente en curvas profundas. Cuando el río y la carretera se borrraban de la vista porque el cañón se “cerraba”, en días soleados al fondo emergía una pequeña parte del litoral, con el mar entrando a una bahía.

Una tarde, don Américo le pidió a su hijo Gaspar que acompañara a Humberto —el trabajador— a llevar una vaca al “alto”, donde estaban las demás. Esto implicaba ascender potreros por un camino zigzagueante. El recorrido sería lento por los desvíos de la vaca y su reencaminamiento. Gaspar se retrasó y, para alcanzar a Humberto, tomó un atajo subiendo recto por el costado izquierdo. Mientras tanto vio, en la carretera, unos puniticos que avanzaban en fila: eran personas caminando que, al aproximarse a las curvas más cercanas, notó que eran soldados dirigiéndose hacia la finca.

Tiempo atrás se había deteriorado el orden público en la zona y había presencia militar. Gaspar perdía de vista a los soldados cuando entraban en la última curva observable, y el siguiente momento en que podría verlos sería más adelante, cuando la carretera ya hubiera pasado por enfrente de la finca. Siguió ascendiendo y no volvió a verlos. Concluyó que estaban entrando a la finca y, alarmado, se devolvió, aunque llevaba más de un tercio del ascenso.

La suposición resultó cierta: encontró los alrededores de la casa repletos de soldados; otros iban entrando por el camino hacia los potreros de arriba. Don Américo y su esposa atendían a algunos que tenían mando. La escena era absurda pero real, aunque todo transcurría cordial. Ellos les dijeron que irían por su finca hasta “el Almorzadero”, que, según versiones de los vecinos —escuchadas desde niño por Gaspar—, era el punto más alto de esa montaña y al que supuestamente se accedía desde su finca. No dijeron el propósito ni qué información los llevó por allí, pero por la cantidad que eran y la magnitud de los pertrechos, claramente no era un patrullaje rutinario. La familia no sabía de actores armados arriba de su finca y nunca nadie había ido al “Almorzadero” desde allí.

Mientras tanto, los soldados más adelantados alcanzaron a Humberto con la vaca, lo capturaron e interrogaron haciéndolo devolver. Quizás para congraciarse, él les confesó ser reservista del

ejército, y entonces lo comprometieron a que al otro día los guiaría hasta la parte alta de la finca. Humberto era un traumatizado de la guerra, pues le había contado a la familia de combates tan cruentos como soldado regular que, entre ellos mismos, se pegaban tiros no letales para ser sacados heridos del área.

La noche transcurrió en tensa calma. La tropa pernoctó repartida en puntos no cercanos a la casa. Al amanecer llegó un grupo de soldados, acompañados del capitán: venían de buscar a Humberto en su casa, pero él se había evadido, seguro por miedo a cumplir lo prometido y reavivar recuerdos traumáticos de la milicia. El capitán abordó a don Américo sobre eso; Gaspar nunca supo detalles de la conversación ni cómo se acordó lo decidido. De pronto, su papá lo llamó y le dijo en un tono que él sintió resignado y poco convencido:

—Mijo, vaya y muéstrelas a ellos el camino por donde se sube al alto y el lindero de la parte de arriba.

Fue una orden más o menos natural, aparentemente desprovista de problemas, que Gaspar asumió sin cuestionar. Notó a su mamá contrariada y a los soldados relajados, pues resolvían su problema.

Gaspar tenía 16 años, desarrollo físico tardío y todavía preservaba ciertos juegos infantiles con sus hermanos; sin embargo, su condición física estaba adaptada a andar montaña. Salió con esos soldados tomando un ascenso largo en diagonal atravesando el primer potrero. Allí supo que la tropa amaneció repartida. Encontraron un grupo en una planada al inicio del “potrero del medio”, el más extenso de todos. Pararon mucho tiempo mientras la tropa recogía sus pertrechos y desayunaba.

Cuando iniciaron el ascenso lo pusieron a ir delante de ellos, y allí se empezó a asustar. Iban sumamente lento por dos cosas: primero, el peso de los equipos y la dureza de la pendiente; segundo, el ritmo inconstante por paradas frecuentes siguiendo órdenes del suboficial al mando, pues en la punta, cerca de Gaspar, iba el radio-operador. Cada cierto tiempo establecían contacto:

—León tres, Buitre cinco, llamado a...

Y citaban otro código similar. Cuando les contestaban, coordinaban el avance según lo informado por unos y otros. Gaspar dedujo que no eran el grupo más adelantado y que detrás venían más. Que los llamados eran, entre otras cosas, para saber dónde estaban unos y otros y prevenir fuego amigo.

A Gaspar le llamó la atención que no fueran los primeros, porque se suponía que él iba a mostrar el camino; sin embargo, como el sendero estaba marcado, cualquiera avezado podría seguirlo, como hicieron los primeros.

Luego de ese ascenso lento llegaron al “alto”. Era una planada alargada, un descanso en la subida y cúpula de un pliegue en la montaña donde se formaba una cañada más o menos

profunda, de donde nacían dos quebraditas. Esa planada era el último lugar donde había pasto; allí iniciaba un tupido bosque de niebla. Llegar al “alto” fue sobrecogedor porque, por primera vez, Gaspar vio la magnitud del operativo reflejada en la cantidad de tropa y el tipo de armamento que los equipaba. Habría unos 300 hombres en el sitio. A él le resultaba inusual verse en ese lugar lejano, silencioso, místico y bello de la finca, en la escena más atípica por quienes estaban ahí y la intención que tenían.

Fue otra parada larga esperando los grupos que venían atrás. Allí se almorzó; a Gaspar le ofrecieron comida, que no recibió dado su estrés. La espera se interrumpió cuando llegó el capitán que había hablado con don Américo y le dijo:

—Venga, pelao, usted se va a ir con este paciente y le va a mostrar por dónde es que hay que meterse para seguir al Almorzadero...

Le señaló a un soldado cercano: un tipo delgado, de estatura mediana, cara huesuda, con bigote y absolutamente inexpresivo; tenía una gorra, un morral pequeño y un fusil Galil, de esos de culata plegable y sofisticado para la época. Gaspar obedeció caminando con él por entre la tropa, yendo hacia el bosque. En ese momento su miedo aumentó.

Abandonaron el potrero y “el paciente” hizo que Gaspar caminara adelante, tomando cierta distancia detrás de él. Ahora sí, Gaspar era el primero de toda la tropa: ellos no sabían por dónde ir; él era el baquiano, ese al que siempre le daban de primero cuando guerrilla y ejército se encontraban de improviso en un combate.

Aunque el bosque era tupido, el camino estaba definido. Gaspar avanzaba lento porque “el paciente” venía más lento detrás, con un desplazamiento atípico. El tipo no caminaba por la trocha, sino por el lado, y a veces entre el monte, tal vez tomando una precaución obvia en lides militares que Gaspar no advirtió: el camino podría estar minado. Nunca pensó en eso; él caminaba confiado por estar en su propio predio y con la certeza de jamás haber visto algo anómalo.

Además, “el paciente” llevaba el fusil delante suyo en postura de sigilo; su estado de alerta era grande. A veces Gaspar paraba al no verlo, y era por el camuflado que vestía, confundido con los colores del monte. Entonces “el paciente” lo arreaba batiendo una de sus manos y evitando hablar. En algún momento, presa del nerviosismo, Gaspar quiso conversar y, con un gesto muy agresivo y repetitivo, “el paciente” le indicó que se callara, poniendo su dedo índice perpendicular a su boca.

Claramente, ambos estaban en situaciones diferentes: el baquiano en un rol no elegido, del que nadie le explicó el riesgo; “el paciente”, en su trabajo cotidiano, conocía exactamente sus peligros y consecuencias, y actuaba en consecuencia.

El tramo desde la entrada al monte hasta el lindero era muy corto comparado con la distancia desde la casa al “alto”. Un ritmo normal tomaría diez o quince minutos hasta un claro donde un alambrado limitaba el bosque perteneciente a la finca. Para Gaspar, ese recorrido fue eterno,

como la sensación de pánico e incertidumbre.

Llegando al claro, se quedó inmóvil. En su lógica, y según la instrucción de su papá, acababa de terminar su encargo: mostrar el camino hasta el lindero. Sin embargo, cuando “el paciente” lo vio, le dijo que siguiera, sugiriendo que pasara el alambre y continuara la marcha. En ese momento, una valentía inusitada invadió a Gaspar. Le dijo, de modo firme y totalmente convencido, que él llegaba hasta allí porque ese era el lindero. “El paciente” se irritó y discutieron. Gaspar añadió que hasta allí conocía y que el trato con su papá había sido ese.

Entonces empezaron a llegar los soldados que venían detrás. “El paciente” seguía presionándolo cuando apareció el capitán diciendo:

—Tranquilo, dejá ir al pelao, que nosotros seguimos de aquí para arriba...

De hecho, luego del alambrado se marcaba un camino que ellos siguieron.

Gaspar no supo qué dijeron al despedirse. Por su lado desfilaron soldados cada vez con más pertrechos y armamento. Lentamente caminó en sentido contrario y, como no pasaban siempre por la trocha, facilitaban su huida. Eran tantos que, al salir del bosque al potrero, todavía estaban movilizándose para entrar en la ruta.

Cuando Gaspar dejó la pequeña planada y tomó el camino de descenso, corrió cuesta abajo tan rápido como pudo, sin seguir la ruta zigzagueante, sino en línea recta por el costado derecho para abbreviar el recorrido. Llegó por la tarde. Su madre tenía una vela encendida a alguna de sus deidades, quien efectivamente había hecho su parte.

Nunca supieron qué pasó allá arriba con esa tropa. Tiempo después se deterioró más el orden público por la aparición del otro actor armado y, en diciembre de ese año, la familia fue testigo de un brutal combate al final del cañón y la carretera. El saldo —subestimado— en bajas fue noticia nacional. Nueve meses después, don Américo y su familia abandonaron la finca sin una salida violenta, pero sí dolorosa.

Tras cuatro décadas de esa historia, el paisaje de la zona casi se detuvo en el tiempo. Solamente el río perdió caudal y ya no se escucha; en muchos potreros creció bosque secundario, incluidos los de la finca, por menor actividad ganadera. Hay una tensa calma porque persiste el conflicto armado, ahora con otros actores.

Desde que abandonamos la finca, sueño recurrentemente con ella; también le pasa a mi hermano. Son sueños repetitivos: encontramos muchas construcciones de otros en nuestro predio, o subimos la montaña hasta lo más alto y encontramos con decepción poblaciones y vías.

Hoy, desde donde vivo, creo ver la otra cara de ese ramal de la cordillera y su parte más alta —que siempre quise alcanzar—. Todavía es bosque; aunque lo están talando y abriendo potreros, ojalá nunca alcancen la cima ni construyan.

Alexander Méndez Basto

Ingeniero trotamundo

Nació en Cali, aquella ciudad que en 1971 —sede de los Juegos Panamericanos y recién bautizada como La Sucursal del Cielo— respiraba un aire de fiesta, deporte y libertad. Sus calles cálidas y sus ritmos afrocárabeños, elevados a memoria eterna por la salsa, le entregaron desde temprano una conciencia abierta al mundo.

Heredero del temple de los pijaos —su padre, Tarcisio, nacido en Chaparral, y su madre, María Elena, oriunda de Gigante— creció junto a sus hermanos Francy Liliana, Edwin Andrés y Nelsy Rocío entre los valores que marcaron su vida: la familia como raíz, la comunidad como tejido, el trabajo como impulso y el respeto como brújula.



A ellos, y a su esposa Nancy, agradece la arquitectura íntima de su vida; y en sus hijos, Christian y Sebastián, reconoce el futuro que continúa la historia familiar.

Ingeniero en Telecomunicaciones y Redes Digitales, con especialización en ciberseguridad, Alexander emprendió un camino que lo llevó lejos de su tierra, confirmando la vieja frase de que nadie es profeta en su propio hogar. Radicado en Londres, ha construido una trayectoria de más de veinticinco años en banca y finanzas, convirtiéndose en un referente internacional de la ciberseguridad corporativa.

Director de Remora, consultora global con sede en la capital inglesa, ha liderado proyectos de transformación digital en Europa, América Latina y África, acompañando a organizaciones multinacionales en la protección frente a los riesgos del mundo digital. Su trabajo combina estrategia, tecnología y un profundo sentido ético, fiel a las enseñanzas que lo acompañan desde la infancia.

Sus intereses, amplios y diversos, oscilan entre la Historia, la genealogía y la literatura, y las tecnologías de frontera: IT, blockchain, computación cuántica y más.

En todos ellos, Alexander Méndez Basto ejerce la misma vocación que lo ha guiado siempre: comprender el mundo para ayudar a transformarlo.

Cuando la Muerte Tocó a la Puerta de Los Bilibilis

Silvestre Gutiérrez murió como se apaga una luz al viento: de repente, sin aviso, dejando en silencio los pasos que antes guiaban su hogar.

En Gigante, en 1877, su ausencia dejó a Agustina y a siete hijos rodeados de recuerdos que aún olían a trapiche y tierra húmeda. La ley convirtió su vida en inventario: una casa de bareque, unas bestias, herramientas gastadas y un puñado de tierra que conoció su sudor.

Cuando un error amenazó con borrar el trámite, la familia eligió la unión antes que el conflicto. No heredaron riquezas, pero sí algo más perdurable: la dignidad de enfrentar la adversidad juntos.

La sucesión de Silvestre Gutiérrez – Gigante, 1877

El silencio que siguió a la muerte de Silvestre Gutiérrez no fue un silencio cualquiera. No cayó como esos silencios que acompañan la resignación, sino como un golpe seco, repentino, que dejó a su familia aturdida. Era 1877, en el distrito de Gigante, en el entonces Estado Soberano del Tolima, una tierra donde la vida se medía entre cosechas, lluvias y animales. Nadie en la casa esperaba que ese amanecer marcará el fin del padre, del esposo, del hombre que sostenía el hogar con sus manos curtidas por el campo.

La noticia corrió por el pueblo como suelen correr las tragedias en los pueblos: rápido y adornada por susurros. “De muerte repentina”, dirían los testigos días después ante el juez. Como si ese detalle —la rapidez, el no haber dado aviso, el no haberse quejado antes— volviera más dolorosa e inquietante la partida. Silvestre se había ido sin despedidas, sin previsiones, sin instrucciones sobre qué hacer con lo poco que tenía y que tanto costaba conseguir.

La ausencia que pesa

Agustina Sánchez, su esposa, quedó con siete hijos: Froilán, Rufina, Teresa, Rodolfo, Benedicto, Hesmerilda y Epifanio. Los dos últimos, aún menores de 21 años. En esos tiempos, quedar huérfano no era solo perder un parente: era perder protección legal, autoridad familiar, la mano que guiaba al campo y negociaba con los vecinos. Y quedar viuda significaba, en muchos casos, enfrentar la vida con una carga doble: sobrevivir y defender lo dejado por el difunto.

La casa era humilde, hecha en bareque y paja, con puertas de madera deteriorada y una manga pequeña, rodeada de cercos y piedras. Pero para Agustina y sus hijos, aquello era más que un bien material: era el hogar construido con años de trabajo. Ese rincón de tierra, con su trapiche, sus bestias, sus herramientas y los objetos que el tiempo había desgastado, representaba la

vida entera de Silvestre.

Sin embargo, en la Colombia del siglo XIX, el duelo no tenía mucha paciencia. Apenas pasados los rezos y las visitas, llegó el momento en que la familia tuvo que enfrentarse a la ley.

Del llanto al juzgado

Fue Froilán, el hijo mayor, quien dio el paso inevitable: iniciar el juicio de sucesión. En octubre de 1877 se presentó ante el Juzgado del Distrito pidiendo que se practicaran los inventarios de los bienes de su padre. En ese acto, el dolor se transformó en papeles, firmas y sellos. Donde antes había llanto, ahora había procedimientos, requisitos y artículos del Código Judicial.

El juez debía asegurarse de que Silvestre había muerto con matrimonio legítimo y dejando hijos legítimos. En una época donde la honorabilidad familiar era un capital tan importante como la tierra, aquello no era un simple formalismo: era la confirmación del buen nombre del difunto, del respeto por su familia y del derecho de sus hijos a heredar sin cuestionamientos.

Para probarlo, se citaron testigos. Declararon ante el juez Manuel Salvador Gutiérrez y Juan de Dios Cortez, vecinos del distrito, hombres que conocían a Silvestre y a Agustina. Ambos afirmaron, bajo juramento, que los esposos habían vivido en matrimonio legítimo hasta la muerte repentina de Silvestre. Confirmaron los nombres de los hijos y la vecindad de todos en Gigante. Las palabras de esos testigos quedaron fijadas en el expediente con solemnidad casi ritual. Sus voces, aunque registradas con tinta, todavía hoy parecen resonar entre las paredes del antiguo juzgado.

La familia reunida frente al inventario

El 2 de noviembre de 1877, con los testigos ya escuchados y el curador de los menores nombrado, el juez se trasladó junto con los involucrados hasta la propiedad de los Gutiérrez, en el sitio de Los Bilibilis. Allí, frente a la casa que había sido el centro de la vida familiar, comenzó el proceso de inventario.

La escena debió de ser difícil: la viuda, los hijos, los yernos, los vecinos y el juez recorriendo cada rincón, señalando objetos que ahora debían ser valorados en pesos. Lo que para la familia era memoria, para el expediente debía convertirse en cifras.

Se anotó la casa con su solar, los cercos y los linderos descritos con precisión casi poética, como si contar la tierra fuera también un acto de preservación. Luego vinieron los enseres: tres taburetes viejos, cuatro cajas, herramientas gastadas pero útiles, una banca, dos mesas, una romana antigua. Le siguieron los animales: yeguas, caballo, burro, vacas, terneros. Y finalmente, la tierra: pedazos de sabana, parcelas pequeñas, algunas con título, otras sin más respaldo que la memoria y la palabra de los vecinos.

Pero no todo sería tan sencillo como sumar y firmar. La ley —compleja y exigente incluso para quienes tenían pocos bienes— pronto demostraría que el duelo de la familia sería apenas el primero de varios golpes.

La burocracia rompe el luto

Tras el inventario, el expediente parecía avanzar hacia la adjudicación —el reparto justo para que cada heredero recibiera lo que le correspondía—. Sin embargo, las formalidades estrictas del siglo XIX no perdonaban errores, y uno de ellos resultó fatal para el proceso.

El juez del Circuito, al revisar las diligencias, encontró una falla: el edicto —la citación pública para informar a herederos ausentes o posibles interesados— no había cumplido los plazos establecidos por la ley. Esa omisión, que a ojos de la familia parecía un detalle mínimo, se convirtió en una grieta legal que amenazó con derrumbarlo todo.

El fallo cayó como una sentencia inesperada:

Se anulaban las diligencias, debiendo repetirse desde la citación.

Para una familia acomodada, con recursos, abogados o tierras extensas, esto habría significado tiempo y molestias. Pero para una familia campesina, con animales que alimentar, tierra que labrar y deudas que atender, significaba desgaste, más gastos y prolongar un dolor que ya querían cerrar. Era como si la muerte de Silvestre siguiera latiendo en los pasillos del juzgado, impidiendo a los suyos encontrar paz.

Entre la ley y la necesidad

La viuda y los hijos, agotados, tomaron una decisión que revela más sobre el espíritu humano que cualquier artículo del Código Judicial: renunciar a reclamar contra las irregularidades. Su petición al juez del Circuito fue humilde pero firme: que se aprobara lo ya hecho, aunque tuviera defectos legales.

En la solicitud, la familia exponía una verdad sencilla y contundente: eran pobres, y un nuevo proceso implicaría un perjuicio que no podían costear. La frase resonaba con dignidad y aún hoy, más de un siglo después, duele leerla:

“Siendo como somos pobres, se nos seguiría un grave perjuicio si se llegaran a anular... No pedían indulgencias: pedían humanidad. Y esa petición, menos formal que honesta, hablaba de los valores que sostén a tantas familias del Huila del siglo XIX: unidad, respeto por el difunto y necesidad de seguir adelante sin seguir abriendo heridas.

Un espejo de la vida rural

La historia de la sucesión de Silvestre Gutiérrez no es solo un registro legal: es un retrato fiel de cómo vivían, sufrían y sobrevivían las familias campesinas en la Colombia de 1877. Los bienes del inventario —el trapiche, los animales, una banca, herramientas gastadas, una romana vieja— eran símbolos de una economía donde cada objeto representaba jornadas enteras bajo el sol.

El expediente deja ver también cómo funcionaban las instituciones: el poder local, representado por el juez del distrito; el del circuito revisando; los notarios, los testigos, los curadores ad lítem. Una maquinaria jurídica que, aunque buscaba justicia y orden, muchas veces era ajena a la realidad emocional y económica de los ciudadanos.

En ese país fragmentado en Estados Soberanos, atravesado por tensiones políticas y económicas, las leyes avanzaban más rápido que las costumbres. Mientras la modernidad legal se imponía con papeles y sellos, las familias todavía resolvían sus asuntos con palabra, vecinos y testigos.

La dignidad como herencia

Aunque los registros del expediente se detienen en detalles materiales —pesos, centavos, linderos, firmas—, lo que más perdura es la dignidad con la que la familia afrontó el proceso. No hubo pleitos entre hermanos, no hay rastros de disputa por tierras o animales; por el contrario, se aprecia un intento claro de proteger a los más vulnerables: la viuda y los menores.

Los nombres que firman aquella solicitud conjunta parecen tomarse de la mano a través del tiempo: Agustina, Froilán, Rufina, Teresa, Rodolfo, Benedicto, Hesmerilda, Epifanio... Casi puede sentirse su presencia reunida en un mismo cuarto, procurando cerrar el capítulo con paz y respeto.

La historia deja una enseñanza silenciosa: para las familias humildes, la herencia no es riqueza que divide, sino memoria que une.

Una última mirada a Silvestre

Hoy, casi 150 años después, el expediente continúa hablando. Habla de un hombre que no dejó grandes riquezas, pero sí un legado suficiente para que su familia quisiera preservarlo con orden y justicia. Habla de un padre que, aun sin estar, siguió generando decisiones importantes en la vida de los suyos.

Cada firma, cada declaración, cada corrección escrita en ese papel amarillento lleva su sombra. Es como si Silvestre, desde ese archivo, nos recordara que la vida de un campesino del siglo XIX valía más que lo que pudiera sumar un inventario.

Porque, al final, ¿cuánto vale una vida? Para la ley, se calcula en pesos y centavos. Para los suyos, se mide en recuerdos, sacrificios y amor.

Epílogo

La crónica de la sucesión de Silvestre Gutiérrez no termina con una sentencia, sino con una reflexión: la memoria se escribe en papeles, sí, pero también en las generaciones que heredaron no solo una tierra ni unas cuentas, sino una historia compartida.

En algún lugar de Gigante, en la tierra roja que él caminó, aún resuena el eco de su nombre. No como el de un hombre ilustre ni poderoso, sino como el de uno de tantos que, con trabajo honrado, sostuvieron a sus familias y sembraron raíces que hoy siguen vivas.

Y gracias a ese expediente —a esas páginas que resistieron el tiempo— hoy tenemos algo más que números y procesos: tenemos el privilegio de escuchar, desde el silencio del archivo, la voz olvidada de una familia y de un hombre que no quiso irse sin dejar, aun sin saberlo, un testimonio de su existencia.

Mauricio Vidales

Un poeta del tránsito y de la raíz

Mauricio Vidales nació en Cali en 1962, en una ciudad que despierta con pájaros de azúcar y vientos que huelen a cielo fermentado. Vino al mundo con un rumor de río en la sangre y con una luz antigua ardiéndole en las manos: la vocación de nombrar lo que duele y lo que salva.

Un día de 2001, cuando el país parecía encenderse en sus propias sombras, emprendió el viaje que divide a los hombres entre quienes se quedan y quienes persisten. Cruzó el océano con un puñado de palabras en la maleta, y Europa lo recibió con su otro lenguaje de estaciones, con sus cielos que enseñan a esperar.



Desde entonces, escribe como quien enciende fogatas para no perderse en la noche. Sus libros —*Festejo de Ausencias, Huella de Silencios, De-cantares de ires, iras y esperanza, Del amor bajo misiles, Poema a dos voces, 20 poemas del exilio y una canción esperanzada*— son territorios donde el amor late bajo la metralla, donde la memoria se pone de pie, donde el exilio aprende a decir su nombre sin quebrarse.

Ha llevado su voz por Francia, España, Irlanda, Bélgica y Alemania, donde ahora habita. Cada recital suyo es un pequeño rito: un puente tejido con nostalgias, un fuego que calienta a otros viajantes. Algunos de sus poemas han mudado de piel al ser traducidos al catalán y al alemán; otros aún esperan su idioma definitivo, como quien aguarda una revelación.

Vidales también mira el mundo con el ojo del que escucha. Por eso narra y guía documentales que laten como clamor de la tierra: En el Putumayo andino-amazónico. El cobre o la vida y Ecos del agua. Salvemos los humedales de la Sabana. Allí su palabra se vuelve semilla, protesta, rumor de selva que no se resigna.

Hoy, Mauricio Vidales continúa caminando entre dos mares: el de la memoria que lo llama y el del porvenir que lo tienta. Es un poeta del tránsito y de la raíz, del relámpago y del silencio. Todo lo que escribe tiene la forma de un regreso, incluso cuando parece despedida. Porque su obra, al final, es eso: un país que se lleva a cuestas, una casa hecha de voces, un lugar donde la poesía respira.

A propòsito de la exposición pictórica “La terra del vi” de Juan Tárrega

El poeta colombià, gran amic d’Intersindical Cultura, va estar present en la inauguració. Ens regala un text preciós.

En gratitud a les meues amigues i amics valencians, en quins compartixc el seu paisatge, els fruits de la seua terra, el pa, el vi, la seua sonora llengua germana i les seues lluites que faig meues, com ells i elles han fet seuia la nostra. Mauricio Vidales

“Montgó recorde la teua poderosa alçaria tota florida de vinyes i lloses” Vicent Andrès Estellès

Cuando por primera vez me detuve ante los cuadros de Juan Tárrega en la sede de la Intersindical Valenciana, sus paisajes no me parecieron extraños para nada. Sentía una familiaridad con ellos que me hacía evocar días cercanos, aunque no sabía precisar por qué.

Por eso, anteayer por la tarde, en la apertura de la exposición de la serie “La terra del vi”, cuando Sergi Pastor —su amigo, filólogo y profesor— al presentar su obra nos refirió que algunos de los cuadros son de la Marina Alta, y más exactamente uno de ellos es de las cercanías de Lliber y otro de la Vall de Laguar, entonces comprendí el impacto inicial que había sentido. Así se lo hice saber a Juan y a Sergi.

A medida que Sergi iba interpretando con sus palabras la labor de su amigo Juan con los pinceles y con la tierra, yo sentía que me iba acercando de nuevo a ese paisaje que me acogió recién llegado desde París a la Península —expresamente a la Marina Alta— hace ya doce años. Y al adentrarme de nuevo en la pintura, bajo el influjo de su descripción poética, más viva se tornaba esa sensación.

Por esa razón, y para tratar de precisar y contextualizar un poco esta experiencia estética —en la medida de lo poética que ha sido— os referiré algunos detalles de mi periplo por la comarca de la Marina Alta, que sin duda son la médula de esta vivencia.

En el verano del 2002, cuando arribé por primera vez al Estado español, proveniente de París —donde viví desde finales del 2001—, tuve la fortuna de llegar inicialmente a Xàbia. Después de vivir año y medio allí, pasé a vivir a Dénia durante cuatro años más. La vivencia en estas dos ciudades costeras, con sus playas, sus calas, sus puertos y sus bellísimos alrededores, me procuró desde el primer día esa indecible sensación al descubrir el Mediterráneo, que por cuenta, entre otras cosas, de la entrañable canción de Joan Manuel Serrat, fui aprendiendo a querer desde muchacho.

La contundencia de sus colores, de sus aromas, de sus sabores y, por supuesto, “els seus

arrelaments" de sus pobladores: gentes alegres que aman su terruño y hablan ese valenciano tan particular que, como una música rotundamente inédita, vibraba en mis oídos recién estrenados para "escoltar la veu del poble". Esa voz la vine a entender muy pronto cuando me sumergí en la portentosa poesía del poeta de Burjassot, el maestro Vicent Andrés Estellés, con su descomunal Mural del País Valencià, algo así como nuestro Canto General de Neruda.

Poesía plena de esa luz mediterránea que cinco años después añoraba cuando me encontraba de nuevo en Cali, mi tierra natal.

Aún recuerdo nítidamente cómo, a pesar de toda la alegría que me embargaba por el reencuentro con mis familiares y amigos, con mis paisajes de la infancia, con la luz y el aire cálido del Valle del Cauca, sus imponentes montañas azules y sus ríos cristalinos y sonoros, en cierto momento de soledad empecé a sentir la nostalgia de estos paisajes que hoy ocupan esta reflexión. Aunque no era precisamente la nostalgia del desarraigado —ya que no era el paisaje materno donde se bebe en la infancia—, sino el paisaje que me acogió al cumplir mis cuarenta años, recién llegado a Xàbia.

Era el recuerdo de la plenitud sensitiva de la madurez el que me hizo sentir que el entorno mediterráneo ya se había metido no sólo por los ojos, sino que había arraigado más allá de mis sentidos físicos.

Y no sólo era el color inconfundible y el arrullo de ese mar, sino también el territorio del interior de la comarca. Caí seducido inmediatamente por esa belleza profunda, silente y grave que percibí al avistar el Montgó —tristemente arrasado la semana pasada por las llamas— y, días después, en excursiones recurrentes por los alrededores del río Gorgos, subiendo hacia Lliber. Allí recuerdo haber comido uno de los arroces caldosos más deliciosos en un restaurante campestre enclavado en uno de esos repliegues del camino pedregoso y serpenteante que conduce a Lliber desde Gata de Gorgos, bordeando el cauce del río.

Aquellos aromas de esas viandas, que sentía emanar de las raíces mismas de la tierra; aquella luz otoñal que ahora rememoro... la revivo hoy en este cuadro.

Meses después descubrí la conmovedora belleza de la Vall de Laguar, la Vall d'Ebo y la Vall de la Gallinera. La contemplación del Barranc de l'Infern —que de alguna manera, guardando las proporciones, me evocaba las estribaciones de los Farallones de Cali en los Andes Occidentales colombianos— me llevó a recordar mis años mozos: cuando solía salir de madrugada a correr hasta la cima del Cerro Cristo Rey y, después del amanecer, bajaba por la pendiente que se derrama de sus espaldas a la búsqueda del río Santa Rita, para sumergirme en una de sus pocetas cristalinas mientras escuchaba el profuso canto de innumerables pájaros que, como un concierto de alegría, le daban la bienvenida a un nuevo día. Yo sentía ese canto como un caluroso saludo musical.

Es curioso, pero esas emociones de vivencias tan remotas —casi cuatro décadas atrás— fueron revividas como en un armonioso poema cromático, donde se funden mis recuerdos juveniles de efervescencia vital en pleno trópico colombiano con la serena contemplación de la edad

madura, que me cautivó cuando descubrí esa inconfundible luz de los valles del interior en la sierra de la Marina Alta. Esa tierra agreste, marrón, seca, que con el verde de los olivos y naranjales, el blanco de los copos de los almendros en flor y las parras florecidas en otoño, se fundía como en una copa de sabores, olores y colores que brotaban de esta tierra generosa, que se abría ante mis ojos y que ahora los cuadros de Tárrega me devuelven.

Tiempo después, en esta huerta valenciana que trae hasta su llanura el eco feraz de sus serranías cercanas, he podido acariciarla y abrir surcos en sus entrañas para cosechar sus frutos. Y ahí sí lograr hacerla mía y hacerme también suyo: tierra que amo como mi segunda patria, País Valencià, que atravesó mi corazón. Esto lo constaté ayer al volver a recorrer sus sendas con la pintura de Juan Tárrega y con el exquisito vino que produce él mismo con ese amor profundo que profesa "per la seu terra", cuando se funde en ella con paletas y con arados para hacer brotar, de lo más hondo de su espíritu creativo, desde lo telúrico, esos colores, olores y sabores de su cuna prodigiosa.

Colores que provocan en mí tan fuertes sentimientos de belleza y gratitud por la vida, la amistad y el amor que en ella he cultivado; hermosa tierra que apacigua en mi alma los rigores del exilio.

València, 26 de septiembre de 2014

Nota: El anterior texto fue publicado por primera vez en la página de la Intersindical Valenciana, en la sección Cultura. Luego se incluyó en el libro antológico del autor, titulado "Del amor bajo misiles", Rosa Blindada Ediciones, Cali, 2018, 2019, 2025.

Juliana Sequera

Su voz atraviesa fronteras

Juliana Sequera es una psicóloga colombiana cuya voz atraviesa fronteras: aunque su origen está en Colombia, hoy vive y ejerce su profesión desde Doha, Catar — un testimonio de la diáspora contemporánea, de la psicología que trasciende distancias.

Formada como psicóloga en la Universidad Santo Tomás (USTA, Colombia), Juliana ha complementado su preparación con una Maestría en “Ingeniería Humana” y con estudios avanzados en Neuropsicología Clínica en la Universidad Internacional de Valencia (España). Además, cuenta con formación en gerencia de gestión humana, diplomado en pruebas psicológicas y en terapias de enfoque holístico, lo que le permite ofrecer un abordaje amplio: desde la psicoterapia individual hasta acompañamientos familiares, de pareja y orientación en proyecto de vida.



Con más de dos décadas de experiencia profesional, se ha destacado por su capacidad para conjugar rigor clínico y sensibilidad humana. Su consultorio opera a través de telemedicina, lo que le permite brindar acompañamiento psicológico virtual a nivel global — un formato que ella misma considera una ventana al entendimiento universal de la salud mental.

Paralelamente, Juliana se ha convertido en una voz lúcida en los medios de comunicación y en plataformas digitales. Es columnista habitual de temas de salud mental, bienestar emocional, relaciones humanas y autoestima en publicaciones contemporáneas. A través de sus textos y reflexiones, aborda cuestiones fundamentales —como la ansiedad, el maltrato emocional, los efectos de la hiperconectividad, la importancia del amor propio y de los límites saludables— con una mirada empática y accesible.

En 2025, publica su obra prima *Amores inteligentes: el arte de amarse para amar*, un libro en el que condensa su visión sobre el autocuidado afectivo y las relaciones conscientes.

Para Juliana, la psicología no es solo una profesión, sino un arte de acompañar la respiración del alma. Sus columnas revelan su convicción de que pedir ayuda no es signo de debilidad sino de valentía, de que la soledad elegida puede transformarse en espacio de reencuentro, de que la familia —no siempre biológica— puede reconstruirse desde la escucha, el respeto y el amor consciente.

Hoy, desde Catar, representa una fibra viva de la diáspora colombiana: una mujer con raíces en la tierra andina, que llevó su conocimiento y su voz hacia otro continente, para tender puentes de sanación emocional, intimidad psicográfica y pertenencia cultural.

Migrante del alma: Florecer donde la vida te siembra

Esta es la historia de una mujer que, cada mañana, al preparar su café en una cocina lejos de su tierra, siente el aroma de su país. Ese aroma que la transporta de vuelta a sus raíces y le recuerda su esencia, porque quien migra nunca se va del todo del lugar del que viene. Los recuerdos de la infancia —los sabores, los sonidos, los abrazos, los seres amados— siempre viajan con uno; se guardan en el corazón y en el alma.

Es también la historia de una mujer que emigró apostando por los sueños de su familia, incluso cuando eso significaba renunciar, por un tiempo, a los suyos. El día que partió por primera vez, vio desde la ventanilla del avión cómo las montañas verdes de su tierra se alejaban lentamente. Sintió que su corazón se encogía, pero también sabía que dentro de ella había una fuerza silenciosa que la impulsaba a seguir. Estaba convencida de su decisión, segura de lo que hacía, aunque llena de miedos y dudas, porque volver a empezar nunca es fácil: no se sabe por dónde comenzar ni cuál es el primer paso que se debe dar.

El avión avanzaba y, desde la ventanilla, veía colinas, tierra, mar. Las horas pasaban lentas, suspendidas entre la nostalgia y la esperanza.

Finalmente, tocó tierra en lo que sería su primer destino migratorio. Un destino que, sin saberlo, se convertiría en su hogar por más de diez años.

No imaginaba las maravillas que le esperaban, porque en ese momento solo existían las dudas, los miedos y las preguntas sin respuesta. Era el inicio de su historia como migrante, el comienzo de una travesía que transformaría su vida para siempre.

Llegó a un lugar donde los sabores eran distintos, los olores nuevos y las palabras tenían otro significado. Las personas caminaban con prisa; las calles estaban llenas, pero ella se sentía sola.

Es extraño descubrir que una ciudad puede estar colmada de miles de corazones y, aun así, sentirse vacía cuando no hay con quién hablar, cuando nadie pronuncia tu nombre porque nadie te conoce.

En ese nuevo mundo tuvo que aprenderlo todo de nuevo: reconocer los alimentos, comprender las costumbres, vivenciar las estaciones, tejer amistades, entender los gestos y también los silencios. Cada día se convertía en un ejercicio de adaptación y resiliencia: construir desde cero, crear una vida en un lugar desconocido, descubrir cómo amar un espacio que aún no se siente propio.

Con el paso del tiempo, aquella sensación de extrañeza comenzó a transformarse. Lo que al principio era silencio se volvió observación, y lo que dolía empezó a enseñar. Esta mujer

comprendió que cada lugar tiene su propia manera de abrazar, aunque al principio no parezca hacerlo. Cada sitio guarda su magia, su encanto, sus enseñanzas y también un propósito en nuestra vida.

Poco a poco fue construyendo una rutina: encontró un mercado donde el pan tenía un sabor distinto, pero también era delicioso; descubrió un rincón donde no servían café, pero sí una nueva bebida que al principio le pareció extraña y luego se volvió su favorita. Esa bebida representaba ese nuevo país y la nueva etapa que comenzaba.

Con los días de verano, el sol empezó a brillar distinto, y ella comprendió que la vida, incluso lejos de su tierra natal, siempre ofrece señales de pertenencia para quien se atreve a mirarlas. Porque cuando vivimos en gratitud, aprendemos a conectar con otros sabores, otros aromas, otros colores y otras almas que, finalmente, nos acompañan en el camino. Porque más que un país o una tierra, la vida misma es el verdadero lugar al que pertenecemos.

Pasó el tiempo y esa mujer empezó a florecer. Lo que al principio fue un intento de adaptarse se convirtió en un acto profundo de entrega. Empezó a trabajar y a poner en cada tarea un fragmento de su alma. Sus palabras cruzaban barreras culturales y creencias, porque el lenguaje del corazón es universal. Cada persona con la que hablaba se convertía en un espejo que le devolvía nuevos lazos y momentos de alegría. También existieron momentos de dolor, pero ella siempre se quedaba con lo mejor de cada persona y de cada situación.

En medio de ese renacimiento, llegó un cambio aún más profundo: la maternidad. El nacimiento de su hijo unió a la familia y le dio un nuevo sentido a su camino. Con él creció no solo su hogar, sino también su capacidad de amar y de echar raíces en un lugar que se volvió parte de su historia. Ahora tenía una nueva tierra a la cual agradecía por todo lo que le había permitido construir.

Pero justo cuando todo parecía estar en armonía, la vida le susurró otro cambio. Regresó a su país natal, creyendo que esta vez sería definitivo. Sin embargo, la vida —con su sabiduría impredecible— tenía otros planes: ese regreso solo duraría dos años antes de abrirle las puertas a una nueva travesía, llevándola a otro país y a una nueva etapa de su viaje.

Regresar a su tierra fue como respirar de nuevo. Aquella mujer necesitaba recargarse de energía, reencontrarse con los suyos y sentir otra vez el olor del café directamente en su tierra. Volver era una manera de recordar quién era y de reconectar con su esencia.

Sin embargo, pronto descubrió que el regreso también traía sus propias lecciones. La gente que había dejado ya no era la misma. Cada uno seguía su propio destino, con historias nuevas, con ritmos distintos. Comprendió que el tiempo transforma no solo los lugares, sino también a las personas. Se había ido con una imagen de quienes amaba y, al volver, encontró versiones diferentes, maduras, distantes, ocupadas. Entendió entonces que el regreso no siempre significa volver a lo que fue, sino mirar con gratitud lo que aún permanece.

Aun así, disfrutó cada instante: las comidas en familia, las conversaciones con sus padres, las

caminatas por las calles donde había crecido. Aprovechó para enseñarle a su hijo lo que era su tierra: los colores, los sabores, los sonidos. Le mostró las montañas, el cielo, la calidez de su gente, como si quisiera grabar en su memoria ese pedacito de raíz que siempre llevarían en el alma.

Durante esos dos años también siguió trabajando, dejando huellas en cada persona que se cruzaba en su camino. No sabía que, mientras compartía su experiencia y se nutría de la cercanía de los suyos, la vida la estaba preparando para una nueva travesía. Porque después de ese tiempo, la historia volvería a cambiar de rumbo: una nueva migración llegó a su vida. Esta vez cruzaría océanos y se instalaría en un lugar donde todo era diferente: el idioma, los gestos, las costumbres, incluso la forma en que el viento soplaban.

Con el paso del tiempo, esa mujer entendió que la migración ya no le dolía de la misma manera. Había aprendido que cada nuevo destino es una oportunidad de florecer de otra forma. Ya no viajaba con el peso del miedo, sino con la certeza de que en cualquier lugar podía encontrar un hogar si llevaba su propósito en el corazón.

Comprendió que la vida es hermosa en su diversidad, que somos arquitectos de nuestro propio destino y que en cada acto representamos no solo a nuestro país, sino también nuestra humanidad. Aprendió a abrazar cada nueva cultura, a ver la belleza en las diferencias y a descubrir que, al final, la verdadera patria es el mundo y la verdadera lengua es la del respeto y el amor.

Y así, con la maleta llena de sueños, siguió cruzando mares, aprendiendo nuevos idiomas, viendo a la gente vestida de formas distintas y abrazando creencias que le enseñaban algo nuevo. Porque entendió que la migración es un maestro, y que mientras estemos conectados con nosotros mismos, siempre llevaremos nuestra esencia a donde quiera que vayamos.

Esa mujer de la que te hablo en esta crónica ¡soy yo! La que ahora escribe estas líneas y a quien tú lees con el corazón. Soy una mujer soñadora que ha aprendido que la familia es su raíz, que el amor es su brújula y que cada paso en este mundo es parte de un viaje compartido de almas que habitamos la tierra.

Soy una mujer que cree en los nuevos comienzos, que encuentra belleza incluso en los cambios y que ha descubierto que la distancia no separa cuando el corazón permanece unido a los suyos.

Esta es parte de mi historia, donde te cuento que siempre creeré en los sueños, en la fuerza del amor y en la importancia de caminar en unidad. Porque la vida, cuando se vive desde el alma y con quienes amamos, siempre encuentra la manera de florecer, sin importar el lugar donde estemos.

Gladys Stella Moncayo Colpas

Memoria y fulgor

Poeta de la admiración cotidiana, sembradora de palabras que despiertan memoria y fulgor. Ella es Gladys Stella Moncayo Colpas.

Ella, ha hecho de la escritura un territorio donde sus vivencias, sus afectos y su mirada imaginativa se entrelazan para dar forma a cuentos, microcuentos, relatos y versos que respiran humanidad.



Profesional en Administración de Empresas, encontró en la literatura su verdadera brújula interior, esa que la ha guiado, desde 2010, a formar parte de diversas antologías de la Editorial Diversidad Literaria, en España y a publicar su obra en la editorial 3K, en México, Mítico, Letras Negras e ITA, en Colombia.

Su camino productivo ha sido reconocido con el cuarto puesto en el XXVIII Concurso de Cuento Ramón de Zubiría–Uniandinos y con su selección como ganadora en la IV Convocatoria Anual de Autores ITA (2024).

También ha llevado su voz a publicaciones académicas y culturales, como la Revista SUMA de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz, donde fueron publicados sus artículos Tu mirada y La canción del abuelo.

Fue finalista en las Becas 3K, México y hoy continúa expandiendo su universo literario como colaboradora de la Revista Amalón, en México.

Dueña de un mar propio —www.unmarconvistaamí.com.co— comparte allí sus escritos en formatos digitales y en pódcast, donde su propia voz se vuelve barca y oleaje, llevando sus historias a quienes la escuchan en plataformas como Spotify.

Gladys Stella escribe como quien abre ventanas: para que, entre la luz, para que corra el viento, para que la palabra sea, siempre, un refugio y una celebración.

Kúntur

Orgullosa, la cordillera se erguía con la solemnidad de una diosa antigua. Mostraba al horizonte sus montañas protuberantes, vestidas de un verdor que parecía no tener fin. En su vientre nacían ríos que serpenteaban como venas de agua viva, y su aliento húmedo perfumaba el aire con mil aromas: musgo, tierra, rocío y eternidad. Quien la mirara desde lejos sentía una mezcla de reverencia y ternura, como si contemplara el corazón mismo del mundo latiendo a cielo abierto.

Ella era madre y templo. Y a cambio del fruto y la sombra que ofrecía, pedía solo una cosa: respeto. Por eso los aldeanos que habitaban en sus faldas la saludaban cada mañana, agradeciendo al sol que se alzaba detrás de su silueta. “El que cuida la tierra —decían— cuida su propio destino.” Así, entre sembradíos y quebradas, florecía la armonía sagrada entre el hombre y la montaña.

El más devoto de todos era el Centinela, un campesino del cual nadie sabía su verdadero nombre; algunos decían que había nacido entre neblinas, otros que el viento lo había traído. Pero todos coincidían en que amaba la cordillera como a una madre viva. Recorriendo los bosques andinos día y noche, conocía cada piedra, cada raíz, cada trino. Sabía dónde dormían las aves, cómo se curaban las plantas, qué canto calmaba a los ríos. Para él, la montaña no era un lugar: era un ser. Cuando necesitaba alimento, ella se lo daba; cuando pedía sombra o consuelo, ella lo cobijaba. Y él, a cambio, la cuidaba con la devoción de un hijo que ha comprendido el milagro de su cuna.

Una tarde, mientras el Centinela reparaba un cauce dañado, notó que el aire cambió. Los pájaros callaron, el río se tornó espeso y una nube de ceniza, lejana pero insistente, se alzó en el poniente. Los vientos traían un murmullo áspero, como si la montaña gimiera desde lo profundo. Las noticias llegaron con los días: pueblos lejanos ardían. Hombres desesperados, en su ansia de sobrevivir, arrasaban los bosques, talaban sin medida, saqueaban lo que la tierra les daba. El Centinela sintió el presagio como un golpe seco en el pecho: la cordillera estaba a punto de enfrentar su más cruel herida.

El fuego llegó como un ejército sin rostro. Primero fue un resplandor distante, luego un rugido que devoró el horizonte. Las llamas treparon los cerros, cruzaron los ríos, se alzaron como bestias sedientas. Los aldeanos corrieron, las aves huyeron, los árboles gritaron en lenguas que solo el Centinela podía entender. Intentó detenerlo. Cavó zanjas, cargó agua, rezó. Pero el fuego no escucha plegarias. Cuando las llamas alcanzaron su bosque sagrado, cayó de rodillas. Lloró al ver cómo el verde se tornaba gris, cómo el aire se llenaba de muerte. Y en ese instante comprendió que no solo ardía la montaña: ardía su alma.

El fuego de afuera era reflejo del fuego dentro. Su impotencia se transformó en furia, y su furia, en dolor. El Centinela quiso gritar, pero solo le salió un rugido sordo, un eco que la cordillera, en su agonía, escuchó. Cuando todo terminó, solo quedó ceniza. El Centinela

caminó entre los restos humeantes del bosque, cubierto de hollín y culpa. Sentía que había fallado, que su amor no bastó para protegerla.

Subió hasta el pico más alto de la sierra, allí donde el viento es puro y el silencio duele. Desde allí miró la inmensidad: la tierra ennegrecida, los ríos heridos, el sol moribundo. Comprendió que no podía vivir en un mundo sin su montaña. Entonces cerró los ojos, abrió los brazos y se dejó caer al vacío. El aire le golpeó el rostro, pero no sintió miedo. Por primera vez, el Centinela no buscó salvar nada, solo entregarse.

Y fue entonces cuando ocurrió. El viento, en lugar de devorarlo, lo sostuvo. El aire comenzó a girar a su alrededor, espeso y luminoso. Sus brazos se alargaron, se cubrieron de plumas negras y blancas; su pecho ardió con un fuego distinto, un fuego que no quemaba, sino que purificaba. Las lágrimas que aún caían de sus ojos se transformaron en gotas de rocío, que al tocar la tierra hicieron brotar los primeros retoños verdes entre la ceniza.

El Centinela abrió los ojos, y ya no era aquel campesino que defendía sus tierras recorriendo y caminando las montañas andinas. Ahora estaba viviendo el milagro de su transformación divina para continuar con su misión, ahora él se convertía en Kúntur, el majestuoso guardián alado de los Andes. Sentía el pulso de la cordillera dentro de su pecho. Su vuelo era su plegaria, su canto, un juramento. Desde el cielo vio cómo la vida comenzaba a renacer. La cordillera lo reconoció, y sus ríos cantaron su nombre. Entre ambos nació un lazo eterno, un amor que trascendía carne y piedra. No eran dos seres separados: eran una sola respiración.

Dicen que desde entonces, cuando el sol amanece sobre las cumbres andinas y el aire huele a tierra fresca, puede escucharse un canto poderoso descendiendo de los cielos. Es Kúntur, el protector de los Andes, recordando a los hombres que la tierra no se domina, se honra. Si alguien osa herir el verdor de la montaña, un trueno retumba en las alturas —es su advertencia. Si alguien la cuida, una brisa suave acaricia sus mejillas —es su bendición.

Y así, mientras haya verde en las montañas y ríos que canten al amanecer, Kúntur seguirá sobrevolando. Porque su alma, entre el cielo y la piedra, es el corazón vivo de la cordillera.

D.N.D.A. Registro D.N.D.A. No. 10-818-362 Año de creación 2018 Bogotá - Colombia

*Kúntur: cóndor, en quechua

Amparo Molina García

Una mujer que guarda la memoria



En Santander de Quilichao, donde las calles conservan historias y las voces parecen no olvidar, vive Amparo Molina García, una mujer que entiende la memoria como un acto de amor. Nació en tierra quilichagüeña, rodeada de relatos familiares y de fotografías que detenían el tiempo. Su abuelo, don Manuel Molina, y su padre, Jesús María Molina, fueron pioneros de la fotografía en el municipio cuando el siglo XX apenas despertaba, y retratar un rostro era casi un prodigo técnico y humano. De ellos heredó no solo un archivo invaluable, sino la sensibilidad para mirar hacia el pasado y reconocerlo como fundamento del presente.

Amparo se formó en la Universidad del Valle como Licenciada en Ciencias Sociales y posteriormente se especializó en Educación y Desarrollo Social. Sin embargo, su vocación nace en un territorio más íntimo: en su manera de escuchar al pueblo, en su capacidad para descubrir historia en los detalles cotidianos, en su gusto por las narraciones que pasan de generación en generación. Su labor docente refleja esa mirada. En la Institución Educativa Técnicoambiental Fernández Guerra, sede Los Samanes, convierte la memoria en herramienta pedagógica: sus clases hablan de procesos históricos, sí, pero también del río Quilichao, de las montañas, de los cafetales y de las familias que han moldeado la identidad de la comunidad.

Su compromiso con la historia local la llevó a vincularse al Centro Municipal de Memoria, donde ha trabajado en la reconstrucción de las raíces quilichagüenas. Entre fotografías en sepia, archivos familiares y relatos orales, Amparo teje un puente entre la imagen y la palabra, restaurando una trama que une lo económico, lo social, lo político y lo íntimo. Su trabajo destaca por la paciencia con la que devuelve vida a los documentos antiguos y por su deseo de que las nuevas generaciones reconozcan en ellos su origen.

Además de su labor académica, participa en conversatorios, proyectos culturales y producciones literarias escolares. Su motivación no es el protagonismo sino la convicción profunda de que un pueblo sin memoria se desdibuja. En 2016 aportó su voz al libro *Historia y cotidianidad en Santander de Quilichao*, una obra colectiva que recoge las experiencias de quienes han construido el municipio desde diferentes voces y oficios.

Hoy, Amparo sueña con escribir “lindas anécdotas de Quilichao”, como las llama con cariño. Son historias pequeñas, escenas de vida que se niegan a desaparecer, como si cada recuerdo fuera una fotografía que aún palpita. En su labor, la memoria no es solo archivo ni disciplina académica: es una forma de resistir, de afirmar el origen y de reconocer en los rostros del

Juana María y los amores en el tren del pacífico

Este es el relato de Juana María, una anécdota presente en la memoria de un ancestro que se remonta a comienzos del siglo XX, en Quilichao. Es una historia que transita entre el pasado y el presente, dejando huella de los acontecimientos cotidianos de un pueblo cívico, pequeño, pero entrañable.

No se trata de un registro fidedigno de lo efectivamente acaecido, sino de las trazas de la memoria de un individuo que narra los hechos para que, más adelante, puedan ser interpretados.

Era Juana María una jovencita que vivía en uno de los tres barrios que entonces tenía el poblado de Quilichao: el barrio Centenario. Todos los días se emocionaba al oír la sirena del tren y corría, junto a otros vecinos, hacia la estación del Ferrocarril del Pacífico, que visitaba a Quilichao en la segunda década del siglo XX.

Sus ojos verdes brillaban de alegría al observar la llegada de un joven libanés que venía desde Cali en la locomotora que transportaba carga y pasajeros. Era muy apuesto: vestía traje de paño al estilo parisino, sombrero elegante, botines negros y cargaba una maleta de cuero. Traía consigo mucha, pero mucha mercancía importada, que ofrecía en el Hotel Central y en un toldo dispuesto en el nuevo edificio de la galería municipal.

Con tanta frecuencia de miradas, Juana María y el joven libanés terminaron enamorándose. Ella lo invitó a su casa, y después de varios días, meses y años de amores, tuvieron hijos.

El joven comerciante era muy detallista con ella: en cada viaje le traía regalos importados, como revistas de la última moda en París, telas de seda, perfumes, y una máquina de coser Singer que pocas damas en Quilichao podían tener. También le obsequiaba productos de belleza —como la famosa crema Pond's—, bisutería, y medicamentos para sus hijos, entre ellos la reconocida Emulsión de Scott, “para limpiar la sangre”. Además, llegaban vajillas, ollas importadas y muchos otros obsequios que alegraban su hogar.

Pero un día cualquiera notaron que el joven comerciante libanés ya no bajaba del tren del Pacífico, como solía hacerlo cada sábado. Pasaron los días, las semanas y los meses, y Juana María no volvió a verlo. Nunca más.

La memoria, los recuerdos y, finalmente, el olvido se volvieron protagonistas en la vida de Juana María. Apesadumbrada, llena de nostalgia y con la angustia grabada en su cuerpo y en su alma, los quilichagüeños la veían cada día sentada en la estación del ferrocarril, como un alma en pena que aguardaba la llegada de su amado, aquel que nunca regresó...

Memoria que, en su oralidad, se activó para el gusto del presente, quedando como una de las lindas anécdotas de los amores del ferrocarril en Quilichao.

Francisco Javier García López

Sembrador de oficios y aprendizajes



Hijo de Itagüí, tierra donde el derecho al ocio creativo es casi un himno y donde, cada año, el Día Mundial de la Pereza recuerda que también el descanso es un acto profundo de humanidad, Francisco Javier García López ha hecho de la palabra su morada y su oficio.

Escritor colombiano, autor de *Veintiún días en El Pelotón, de WorldTour por países europeos; Alma de Payaso, mil recuerdos e historias que contar; y Vivir en la Gloria: un barrio hecho con amor*, este último seleccionado entre los diez relatos ganadores de la convocatoria Historias de Mi Barrio 2021 del municipio de Itagüí, García López recorre el territorio de la memoria con la naturalidad de quien escribe desde las raíces.

Comunicador Social – Periodista egresado de la Universidad de Antioquia en 1987, ha tejido su trayectoria profesional en empresas públicas, privadas y del sector no gubernamental. Allí ha sembrado oficios y aprendizajes: educador en participación comunitaria, profesional y jefe de comunicaciones, coordinador de programas de socialización, asesor en la conformación de áreas de gestión, subdirector de mercadeo y comunicaciones, formador en comunicación ambiental y director de talento humano. Cada rol, cada encuentro, ha dejado en él una historia, un gesto, una voz.

Esa multiplicidad de mundos, de rostros y de realidades ha avivado su pasión por la escritura. Para Francisco Javier García López, leer y escribir no son simples placeres: son un derecho, una forma de pertenecer al mundo, un modo de ejercer la libertad y darle nombre a lo vivido.

Hoy, su palabra llega a esta antología como quien ofrece un fragmento de vida: pulida por la experiencia, encendida por la imaginación y sostenida, siempre, por la convicción profunda de que las historias —cuando se narran con verdad y con amor— pueden transformar el corazón de quien las escribe y de quien las lee.

Veintiún días en El Pelotón, de WorldTour por países europeos

¡Un canto a la vida, al amor, al goce y al placer!

Federico y Pablo —padre e hijo— emprendieron un viaje por distintos países europeos a bordo de *El Pelotón*, un autocar imponente que parecía avanzar también a través del tiempo, devolviendo a sus ocupantes la sensación de caminar por épocas remotas y lugares fabulosos. No viajaban solos: la caravana incluía a *Su Majestad* y *El Quijote*, igualmente colmados de excursionistas latinoamericanos que llevaban, como equipaje más valioso, su lengua y sus historias.

En medio de aquel hervidero de acentos, risas y expectativas se erguía la figura entrañable de “Pepe El Grande”, una enciclopedia viviente con más de cuarenta años de travesías. Sabía fluctuar entre lo complejo y lo simple, adornar los datos con anécdotas, hilar experiencias y despertar sonrisas. Su voz se volvió brújula, y su presencia, garantía de que el viaje dejaría huella.

Viajando entre culturas diversas, Federico y Pablo descubrieron que la identidad latinoamericana se siente más viva cuando se mira desde lejos. Se reconocieron en los otros y valoraron, con renovada claridad, la riqueza natural, social, histórica y cultural del territorio que los vio nacer. Y como telón de fondo emocional, esta crónica late también como un homenaje al ciclismo, a las Grandes Vueltas del WorldTour y a los “escarabajos” colombianos que han hecho del ascenso una forma de identidad.

Madrid: el primer latido del viaje

El aterrizaje en Madrid vino acompañado de un fenómeno inesperado: la contagiosa marea del acento castizo. Sin haber salido aún del aeropuerto, Federico y Pablo ya bromeaban como madrileños veteranos:

“Ejque llevamos media hora y no llegan esos tíos que nos han quedado de recoger...”.

La primera noche trajo la bienvenida oficial y la conformación de los grupos. A la mañana siguiente, sin embargo, una noticia amarga ensombreció el entusiasmo: Mercedes —recién jubilada, viajando con sus dos hermanas para celebrar la vida— había sufrido una caída en la bañera y fue trasladada al hospital. Su ausencia se sintió como un asiento vacío en la mesa común.

Madrid abrió entonces sus calles: la Gran Vía, brillante y vibrante, “el Broadway español”; el Palacio Real, majestuoso, con sus 3.418 habitaciones y su Real Armería que conserva armaduras desde el siglo XIII. Federico y Pablo, al imaginar a los nativos americanos

enfrentándose a semejantes armaduras, solo pudieron decir:

“Como ver una película de extraterrestres...”.

Al caer la noche, compartieron cervezas con Andreina y Gabriela, madre e hija, en una taberna clásica cercana al hotel. El camarero les habló de la costumbre española de “ir de tapas”: un peregrinaje cotidiano entre bares y sabores, donde el tiempo parece servirse en pequeñas porciones.

Y antes de despedirse de la ciudad, “Pepe el Emotivo” regaló al grupo un adiós musical: *La Puerta de Alcalá*, interpretada por Ana Belén y Víctor Manuel, resonó en el autocar como un abrazo a la memoria.

La Puerta del Sol —kilómetro cero de España— terminó de sellar la experiencia. Allí, dos compañeros de viaje hablaron de otra Puerta del Sol, la de la cultura Tiahuanaco, tallada en un monolito en el altiplano boliviano. Madrid y los Andes enlazados en un solo relato: eso también es viajar.

Camino a París: montañas, historias y leyendas

El trayecto hacia París fue un desfile de valles, campos y horizontes. “Pepe el Explorador” narraba historias: la de la princesa Pyrine, que habría dado nombre a los Pirineos, y la abundancia del campo español que pasaba frente a las ventanas de *El Pelotón*.

El río Loira acompañó parte del camino, inmenso, libre, el único de Europa Occidental que nunca ha sido canalizado. En su valle, el Valle de los Reyes, se levantan castillos que parecen guardianes del tiempo.

En Blois, Federico y Pablo escucharon la historia de Juana de Arco, aquella joven campesina que cambió el rumbo de la Guerra de los Cien Años. La emoción era inevitable: allí, donde los muros aún guardan ecos medievales, la historia se siente respirable.

París: la ciudad que ilumina incluso a quienes llegan de lejos

La llegada a París coincidió con una nueva edición del Abierto de Francia. “Pepe Raquetas” celebró con orgullo a su compatriota Rafa Nadal, leyenda viva del tenis mundial.

Mientras el autocar avanzaba hacia el corazón de la ciudad, “Pepe el Iluminado” recitaba datos como un poeta de la historia: “París fue fundada por los romanos en el año 52 a. C.”. Enumeró el Arco del Triunfo, la Plaza de la Concordia, Notre Dame, el río Sena. Cada monumento parecía preparar al grupo para un asombro mayor.

A la mañana siguiente, “Pepe el Madrugador” compartió la buena noticia: Mercedes evolucionaba bien. Sus hermanas la mantenían informada de cada paso del viaje con fotografías. “Sumando puntos para el podio en Madrid...”, decía entre risas.

L'Arc de Triomphe surgió entonces con su carga de historia, su homenaje a quienes murieron en la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas. Meses después, desde Itagüí, Federico y Pablo revivirían esa imagen viendo la etapa final del Tour de Francia 2017, con Rigoberto Urán peleando el título y Egan Bernal, dos años más tarde, coronándose rey de París. Colombia volviendo a hacer historia.

La Plaza de la Concordia, antes Plaza de Luis XV y luego Plaza de la Revolución, reveló su contraste entre esplendor y horror. Allí cayó la guillotina sobre Luis XVI y María Antonieta. Años después sería rediseñada para enterrar simbólicamente los fantasmas del pasado. La belleza, a veces, es un acto de resistencia.

En Notre Dame, la visita estuvo marcada por la tensión: tras un recorrido maravilloso, estallaron disparos y gritos. Un hombre había atacado a un policía con un martillo. El lugar fue evacuado en segundos. El viaje también tenía sus sombras.

Pero la luz regresó en el Puerto de Bourdonnais, punto de embarque para surcar el Sena. Desde sus aguas, París se reveló en todo su esplendor: puentes, cúpulas, torres, fachadas, todo inscrito en la lista del Patrimonio Mundial. Pepe, entusiasmado, enumeraba cada puente: el Pont Neuf, el Pont d'Iéna, el Pont des Arts, cargado de candados y promesas. *"Si alguien quiere dejar constancia de su amor, esta es la oportunidad... ¡Ay, París, París, París!"*.

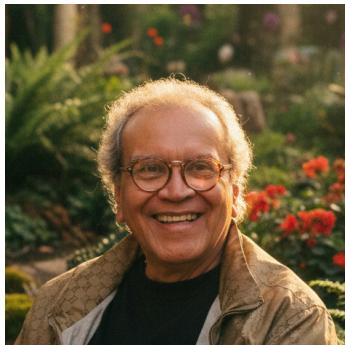
El Louvre: ocho siglos en un solo recorrido

Antes de llegar al Louvre, “Pepe Detalles” recorrió el pasillo repartiendo chocolates de lujo Marie Bouvero, decorados con símbolos parisinos. Un gesto minúsculo pero encantador.

Elena, la guía, condujo a El Pelotón por salas que parecían infinitas. *“Ocho siglos de historia... un vasto patrimonio de arte y arqueología... el museo más visitado del mundo...”*, repetía “Pepe el Estudioso”. Y sin embargo, cada mirada encontraba algo distinto, como si el Louvre guardara siempre un secreto más para quien sabe buscarlo.

José Omar Trujillo Ceballos

Con varios soles en el pecho



La presencia, siempre amistosa, de José Omar Trujillo permite imaginar en él a un hombre multifacético, alguien hecho de virtudes y de búsquedas, aquel que lleva varios soles en el pecho. Cambia de rostro sin perder su esencia: compositor al amanecer, pensador al mediodía, soñador en la noche. En él conviven oficios, pasiones y silencios, como si la vida le hubiera otorgado varios lenguajes para expresar lo que otros apenas susurran. Su identidad no es una línea recta, sino un mapa lleno de rutas y estaciones.

Nacido en Santiago de Cali, es Licenciado en Ciencias Sociales; Magíster en Educación con énfasis en Desarrollo Humano; Especialista en Gerencia para las Artes; y diplomado en Docencia Universitaria y Didáctica del Arte.

Es autor de los libros *No con golpes: educando en clave de afecto* (en coautoría), *Derivaciones desde lo humano: huellas y versos de la Andadura y Frente al espejo*.

Como intérprete, autor y compositor, ha publicado los discos *Bohemia de amor*, *José Omar para todos*, *José Omar Romántico*, *José Omar Romántico 2* y *Ese tipo soy yo*.

Ha representado a Colombia en el VII Festival Internacional del Bolero (2003) y ha sido integrante del grupo teatral La Máscara y de los grupos musicales “Los que son”, “Bembé” y la “Orquesta La Quinta Compañía”.

Director, productor y presentador del programa *Así canta Colombia* en Univalle Stereo 105.3 FM, combina su labor artística con una sólida trayectoria académica. Ha sido docente universitario, ponente nacional e internacional, exdirector del Programa de Educación en la Universidad Libre de Cali, exdirector de la Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales en la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium, y coordinador administrativo de la Facultad de Artes Visuales y Aplicadas en Bellas Artes de Cali. También fue Director de la Casa de la Cultura de Jamundí y jefe del área sociohumanística en la Facultad de Ciencias Económicas, Administrativas y Contables de la Universidad Libre.

Fue docente del programa Dinamizadores Culturales Universitarios, concertado entre el Instituto Departamental de Bellas Artes, la Universidad Autónoma de Occidente y el Ministerio de Cultura de Colombia.

Escucharlo en sus interpretaciones es entrar en un pentagrama de buenas emociones: allí su voz y su presencia continúan encendiendo los soles que lo acompañan.

Lucecita y Chepe

Chepe se sentó frente a la ventana desde donde podía apreciar las montañas, y de pronto recordó que, mientras se duchaba, había dejado su teléfono móvil sobre el estante del baño de su habitación. Fue por él. Se sentía en una tarde tranquila y pensó que sería un buen momento para intentar hacer una nueva canción. Sin embargo, lo dejó para después y, tratando de ponerse al día, se dedicó a escudriñar el celular.

Encontró nuevamente un mensaje de alguien a quien no había identificado dos meses atrás:

—Hola, soy Lucecita Isabel. Tú y yo nos conocemos. Soy quien hace ya como dos meses te escribió. Tenemos un amigo en común, el viejo Willy. Está atravesando una situación muy difícil y necesita hablar contigo. Te dejo su número telefónico.

Se esforzó, mas no pudo encontrar en sus recuerdos quién era esa Lucecita, y sintió pena al pensar que seguramente le traicionaba la memoria y que, de pronto, esta estaría jugándose una mala pasada. Para resolver la incógnita y enterarse de qué pasaba con aquel amigo de quien no tenía noticias hacía mucho tiempo, se dispuso a hacer la llamada, lejos de imaginar que ella entrañaría un atractivo giro para su vida.

Se devolvió casi cuarenta años atrás, cuando Willy, con cámara fotográfica en mano, aparecía en la escena del arte y la rumba acompañándole junto a otros soñadores, en aquella época en que la música era la razón grupal de trascender. Se inquietó por saber de su amigo, el hombre tranquilo, de palabra pausada y mirar de verde atisbante; el de la prudencia, la actitud de escucha y el respeto por los otros.

No pudo esperar más y le marcó. El reencuentro en la oralidad trajo a los dos alegrías inusitadas por lo vivido tiempo atrás, siempre en diáfana sinceridad.

Supo Chepe que, después de haberse titulado como profesional en artes y haber tenido una serie de experiencias en el ambiente cultural de su ciudad, Willy había sido presa de un desequilibrio emocional que lo llevó a una depresión profunda tras presenciar el asesinato de una de sus estudiantes en el salón de clases donde trabajaba como docente. Ello, sumado al fallecimiento de su madre, con quien convivía, lo llevó a ser recluido en una clínica de reposo.

Willy, aquel personaje del ambiente del arte, el estudio y la rumba, había tenido la oportunidad de graduarse en la universidad pública más importante de la región como profesional de las artes escénicas, aunque nunca actuó. Y no lo hizo porque sus búsquedas se orientaron hacia la fotografía y el video.

Después del encuentro telefónico y luego de visitarle, Chepe sintió que, en adelante y hasta donde fuese posible, tendría que estar pendiente de su amigo. El cuadro que encontró en lo que ahora era la casa de Willy lo impactó profundamente: la fachada mostraba una sucesión de ausencias, ventanales rotos; lo que antes fuera el cielo raso cubría en escombros gran parte

del piso de la sala; las tejas rotas filtraban los rayos de sol; ya no había camas, y sobre un viejo y polvoriento colchón pasaba sus noches y momentos de descanso. Desde hacía dos años le habían suspendido los servicios de agua y energía. Varios libros sobre un viejo escritorio y sobre el suelo, junto al colchón, daban cuenta de que el viejo Willy seguía siendo un gran lector, a pesar de su andar depresivo, como había sido diagnosticado.

Su estado no le permitía querer vivir de otro modo: en las noches, hasta que el sueño lo vencía, utilizaba sobre su frente una pequeña lámpara de baterías y leía hasta altas horas, acompañado del radio de su teléfono celular, ese que su amiga Lucecita Isabel le había regalado. Su rutina incluía levantarse hacia las diez de la mañana, alistarse y emprender, a pie, el recorrido de cuarenta y dos cuadras que lo conducían al centro de la ciudad en busca de los amigos que pudieran socorrerlo, pero también para estar a tiempo, hacia el mediodía, en el lugar donde ofrecían un plato de comida a los habitantes de calle, y así asegurar el almuerzo. Algunas tardes, cuando el ánimo se lo permitía, se dirigía al río que cruzaba la ciudad para lavar su ropa, y casi siempre pasaba las horas en el bulevar del río tratando de distraerse acompañado de sus recuerdos. Con el dinero que obtenía gracias a la solidaridad de algunos amigos, realizaba varias llamadas para conversar con sus conocidos y solicitar nuevas ayudas.

Así lo encontró Chepe: envejecido, barbado, sin dientes, en un estado que daba pena. En adelante, durante cerca de un año largo, Chepe pasó a hacer parte del grupo de compañeros solidarios con el viejo Willy.

Willy aclaró entonces quién era Lucecita Isabel. Le recordó que, años atrás, ella era aquella hermosa y fraterna seguidora del grupo musical del que Chepe hacía parte, agrupación conformada hacia mediados de los años ochenta en su ciudad.

Aún sin precisar su imagen, Chepe decidió retomar la comunicación con ella. Así pudo identificar a la dama que dos meses atrás le había solicitado su amistad por internet. Recordó entonces que no habían sido amigos, pero que gracias a la música habían compartido espacios, miradas, saludos y emociones hacia algo más de tres décadas.

El abrazo del apoyo virtual y la necesidad de continuar en comunicación hicieron que tanto para Chepe como para Lucecita Isabel el encuentro telefónico se convirtiera en foco de atención. Es más: para los dos apareció la posibilidad inesperada de encontrarse, inicialmente así, en el amor.

Sí. Chepe estaba solo después de su divorcio tres años atrás, y ella pasaba por una situación similar hacía casi dos. Lucecita alumbraba su camino en otro país desde hacía ya varias décadas, y a él, quien nunca había podido sostener una llamada telefónica más allá de tres minutos, ahora el destino le retaba a apostarle, como quizás una oportunidad postrera, a dejar que nuevamente su corazón se vistiera de fiesta.

El encuentro telefónico, cauteloso, escudriñador, de interrogantes profundos y respuestas con la sinceridad de una adulterio que solo así podría ser; de dudas y certidumbres; de vida y confidencialidades; de ese compartir posible acompañado de sus soledades, se convirtió para

Lucecita Isabel y para Chepe en la posibilidad de encontrarse en sus historias, sus anhelos, certezas e incertidumbres.

Desde entonces, el amor buscó su espacio y les iluminó, retándolos en la espera del encuentro piel a piel.

Lucecita brillaba con intensidad en cada encuentro, dada su agudeza en el análisis, su sensibilidad solidaria y su palabra justa y a tiempo. Pero además, para Chepe fue motivo de atención su historia de lucha, y como si fuese poco, el ir encontrándose en muchos temas y asuntos que sentían los acercaban: el gusto común por las gafas, las lociones, los relojes; su ser acuariano sensible, soñador y solidario; su gusto por la música y la palabra creativa; su soñar en vuelo; el sonambulismo en tiempos de niñez; su manera de abrigar a ratos la nostalgia, y las marranitas o “amorcitos”, como se les denomina en otros lugares a esta delicia gastronómica donde se funden en un abrazo el plátano y el chicharrón; además del gusto por la sopita de letras. Todo ello fue motivo suficiente para fortalecer la confianza y abrir sus corazones.

Chepe encontró la lucecita iluminadora que le permitió compartir con ella sus versos y canciones, y sintió que le era posible ser gracias a su paciencia, aun en la distancia.

Chepe gozó desde su encuentro con Lucecita nuevamente el inenarrable placer del aprendiz y del maestro. Sintió que valía la pena pensarse en dos. Mas no fue fácil. El amor en la distancia debió afrontar una prueba de resistencia difícil de manejar, pues el anhelado encuentro piel a piel se vio aplazado permanentemente por culpa de un bicho que, al tiempo del reencuentro de Chepe y Lucecita, hizo su aparición en el mundo para alcanzar dimensiones de pandemia, poniendo en jaque a la humanidad como nunca antes había ocurrido. Así, el amor en tiempos de pandemia no se escapó, para bien o para mal, y a Chepe y a Lucecita les tocó conformarse por largo tiempo con las citas a través de internet. Afortunadamente, la música, los libros, las horas de lectura y el compartir historias y recuerdos alimentaron la resistencia.

Mientras esperaban el encuentro piel a piel, una mañana les comunicaron la noticia del fallecimiento del viejo Willy. Había partido el amigo, el ilustrado conversador. La muerte lo sorprendió en la calle, de manera fulminante, cuando su agobiado corazón no pudo resistir más.

Profunda fue la tristeza de Chepe al acompañar a su amigo en el fúnebre cortejo al que únicamente asistieron cinco personas más.

Meses después, el encuentro personal entre Lucecita y Chepe se hizo realidad. Sin embargo, a pesar de los intentos, de otros colores se fue vistiendo lo soñado, dando paso al desconcierto. No bastaron las palabras, y un frío abrazador apareció en escena, desdibujándolo todo.

Jesús Antonio Rico Velasco

Un caminante de la sociología que hizo de la vida su territorio de estudio



Nació en Santiago de Cali el 10 de abril de 1941, cuando la ciudad aún despertaba entre brisas de guayacanes y voces que anuncian un tiempo por venir. Desde entonces, Jesús Rico —como solemos nombrarlo quienes seguimos sus pasos— ha transitado la vida con la serenidad de quien escucha primero y pregunta después.

Bachiller formado en el histórico Colegio de Santa Librada, tomó pronto el sendero de las Ciencias Sociales, ese territorio donde se estudia la conciencia colectiva de los pueblos. En

la Universidad Nacional de Colombia se licenció en Sociología, y más tarde, en los vastos horizontes del Estado de Ohio, en los Estados Unidos, obtuvo su Magíster y su Doctorado en Sociología y Demografía. Allí aprendió a leer el misterio de las poblaciones como quien descifra el pulso secreto de los días.

Su andar intelectual lo llevó lejos: asesoró a la Oficina de Cooperación Técnica de Naciones Unidas en Chile; fue profesor asistente e investigador de la Universidad de Tulane, viajero incansable por tierras africanas en tres ocasiones; y regresó siempre a Cali, donde durante dos décadas sembró conocimiento en la Universidad del Valle. Allí ejerció como Vicerrector de Bienestar Universitario y como Director de la Escuela de Salud Pública, contribuyendo a construir una institución más humana, más cercana al latido de la gente.

En 1997, la Universidad del Valle lo distinguió como Profesor Emérito, un reconocimiento que selló no solo su trayectoria académica, sino también la gratitud de generaciones enteras que encontraron en él un maestro paciente, riguroso y generoso.

Su obra escrita es un itinerario vital: *Población, salud, longevidad y felicidad* (2019), *un diálogo transparente con las edades de la vida*; *Testimonios de vida en el Congo africano* (2021), *donde la memoria se vuelve puente*; y *Trashumante* (2024), un viaje interior que sigue en marcha. También es autor colaborador en la *Biblioteca Colombiana de Gerontología*, territorio donde la vejez se narra con dignidad y lucidez.

Así es Jesús Antonio Rico Velasco: un hombre que ha vivido entre cifras y pueblos, entre aulas y geografías distantes, siempre buscando comprender aquello que nos une, aquello que nos hace humanos. Un caminante de la sociología que, al mirar el mundo, lo ha contado con la humildad de quien sabe que toda vida —la propia y la ajena— es un territorio sagrado.

Amazonia: vida, selva y río

El gran río

Un río muy largo y muy ancho, con orillas que alcanzan hasta 10 kilómetros de distancia en algunos tramos, y aguas turbias, achocolatadas, cargadas de vida vegetal, animal y humana a lo largo de sus 7.000 kilómetros de recorrido. Su caudal medio es de 100.000 metros cúbicos por segundo y su desembocadura, en el estado de Pará (Brasil), forma un inmenso estuario de 240 kilómetros de ancho. Nace en los Andes peruanos y, gota a gota, comienza a deslizarse por las laderas que chorrean del Nevado Mismi.

En las aguas del río Amazonas viven más de 2.500 especies de peces, conformando la ictiofauna más diversa del mundo. El biólogo y etnobotánico estadounidense Richard Evans Schultes (1915-2001) estudió el “curare”, veneno y relajante muscular utilizado en procesos quirúrgicos; el “barbasco”, “veneno del pez”, empleado por los pueblos indígenas para la pesca; el “borrachero”, bajo cuya sombra dormían personas y animales; y la ayahuasca, el “bejuco del alma”, origen del yagé, brebaje sagrado de las comunidades indígenas. También investigó el uso de la coca como medicamento y alucinógeno en la vida cotidiana.

Sus expediciones por comunidades indígenas permitieron identificar ríos desconocidos en la geografía colombiana, como el Apaporis, el Caquetá y el Amazonas. Coleccionó más de 24.000 especies de plantas, de las cuales unas 300 fueron nuevas para la ciencia y hoy llevan su nombre. Recorrió territorios de los Sibundoy en el Cauca y Nariño, los Cofanes, Huitotos, Boras, Muiñanes, Corijona, Macubas y Yucunas, donde proliferan mitos y leyendas, especialmente entre los Ticuna, Huitotos, Andokes y Tucanos.

Deforestación y amenazas

En ese ambiente selvático, el hombre es el factor causal más importante de la deforestación, producto de la ampliación de la frontera cultivable, la apropiación ilegal de tierras, los cultivos de pan coger, la implementación ganadera y el comercio ilegal de madera.

Los incendios forestales o quemas de áreas selváticas producen variaciones irreparables en la flora y la fauna. La mayoría son provocados de manera intencional por habitantes que invaden progresivamente las tierras. También las siembras de cultivos ilegales —coca para la producción de cocaína, amapola para opioides y marihuana para el tráfico de drogas— generan afectaciones profundas.

Ciencia, clima y controversias

El desarrollo de la ciencia y la tecnología abrió nuevos campos para expresar las preocupaciones sobre el cambio climático. Existe controversia entre científicos sobre la disminución del oxígeno en la región amazónica y las emanaciones de dióxido de carbono que intensifican el calentamiento global.

Si bien algunos pensadores dudan del incremento real de la temperatura atmosférica, la evidencia muestra cambios constantes con tendencia al aumento futuro. Este proceso tiene impactos importantes en ambientes específicos, como la selva amazónica, donde el cambio es sentido y visible.

Colombia y la punta amazónica

La extensión amazónica de Colombia es pequeña pero significativa, como país ribereño de un gran río donde se encuentra más del 20% de las plantas del planeta, con árboles como cedro, itaubá, mandrilo y caricari, especies exóticas únicas. También habita un porcentaje similar de aves mundiales: guacamayos, tucanes y águilas; además de tortugas, caimanes, babillas, cocodrilos y la mítica anaconda, el ofidio más grande de la Tierra.

Llegada a la selva

La oportunidad de conocer la selva amazónica se vuelve realidad para quienes, atraídos por su belleza exuberante, toman un avión para vivir la experiencia. Desde las alturas, al aproximarse a Leticia, la capital del Amazonas, se contempla una paleta infinita de verdes que cubren las copas de los árboles durante más de media hora de vuelo.

El Amazonas colombiano —el “trapecio amazónico”— es un territorio al sur del río Putumayo que enlaza los límites de Colombia, Perú y Brasil.

Leticia y sus colores

En Leticia, recorrer el centro de la ciudad al atardecer permite observar, en el parque, las bandadas de loros que llegan con tremenda algarabía para acomodarse entre las ramas. Es un espectáculo de adaptación: el loro que mejor se ubica es el que mejor duerme.

Navegar en lancha por el Amazonas conduce al parque “Victoria Regia”, donde se observan grandes plantas circulares que flotan sobre el agua. Este lirio nenúfar, nativo de aguas poco profundas, puede alcanzar hasta dos metros de diámetro.

Mitos del río

Durante el recorrido, los guías comparten leyendas: la de Nadya, la diosa luna; la de Isa; y la del bufeo colorado, personaje mitad hombre y mitad delfín, enamorado de las mujeres hermosas. Son historias profundas, amarradas a las creencias y costumbres de las comunidades indígenas.

Puerto Alegría y sus criaturas

En la frontera con Perú está Puerto Alegría. La comunidad recibe a los turistas para mostrar sus mascotas: desde micos aulladores, tortugas y loros, hasta enormes serpientes boa constrictor, que colocan alrededor del cuello de los visitantes para una fotografía inolvidable.

La maloca de Macedonia

Río abajo se llega a la “Maloca de Macedonia”, donde los nativos realizan la danza ceremonial “la pelazón”, un rito que marcaba el paso de niña a mujer con la primera menstruación. En tiempos ancestrales, durante la ceremonia, la comunidad arrancaba con sus manos el cabello de la joven. Por el sufrimiento que causaba, esta práctica cayó en desuso.

Los turistas pueden participar de la danza. Las artesanías talladas en madera de “palo sangre”—cucharones, figuras animales, utensilios y piezas de bisutería— exhiben un color rojizo brillante sin necesidad de barniz. Ofrecen también aretes hechos con escamas del pirarucú, el pez de agua dulce más grande del mundo.

Puerto Nariño: un jardín habitado

Puerto Nariño es un municipio encantador. Sus viviendas y hoteles de colores intensos conforman un ambiente tropical, con árboles frondosos, palmeras, frutales y plátanos que acompañan los andenes que conectan el pueblo. Los únicos vehículos son la ambulancia y el camión de basura.

Natutama: el mundo bajo el agua

El centro de interpretación “Natutama”, que en el dialecto Ticuna significa “El mundo bajo el agua”, es una fundación integrada en su mayoría por habitantes de Puerto Nariño. Allí se enseña el manejo sostenible de la biodiversidad amazónica. Expone la vida en el río y sus especies: el pirarucú —cuyo consumo debe evitarse en época de reproducción—, la anaconda, el delfín rosado y la tortuga mata-mata.

Selva profunda

En una tarde calurosa y húmeda, después de un suculento almuerzo de pirarucú, se navega por el río Tokushima. El recorrido atraviesa puntos selváticos plagados de zancudos que dificultan la movilidad. Los árboles gigantes, como la ceiba, emiten un sonido resonante al golpear sus raíces: un GPS natural que los indígenas utilizan para orientarse a varios kilómetros.

Yavarí Tucano e Islandia

Luego se avanza hacia la reserva “Yavarí Tucano”, en Perú. Según la temporada, los visitantes pueden dormir en una cabaña flotante debido al desbordamiento del hotel. Más adelante está Islandia, un pueblo construido sobre pilotes de concreto a dos metros del suelo, pues el Yavarí sube hasta los andenes en invierno. El mercado de animales silvestres —como la tortuga— impacta a los turistas, pero el comercio y su consumo siguen siendo habituales.

Museo Magüta

En la frontera con Brasil se encuentra el Museo Magüita, en la población de Benjamin Constant. Es el primer museo indígena ideado en Brasil, fundado en 1991, con una colección significativa del pueblo Ticuna y museografía diseñada por los propios indígenas. Exhibe fotografías de la vida diaria, vestidos ceremoniales, máscaras de los dioses de la selva y una descripción detallada de la ceremonia de la Pelazón.

Maloca huitoto

En las cercanías de Leticia se puede visitar la maloca de los indígenas Huitotos, habitantes de la cuenca del río Grande y las riberas del Caquetá y Putumayo. Allí cultivan yuca, plátanos y algo de café, en parcelas donde también crecen plantas de coca usadas en ceremonias. Utilizan el huito, fruto del cual extraen un color negro para pintar la piel del rostro.

Isla de los Micos

Río arriba o río abajo, para cerrar el recorrido, se visita la reserva natural “Isla de los Micos”. Los turistas llevan bananos en las manos y, al acercarse a los árboles, los monos capuchinos saltan sobre sus cabezas para obtenerlos. La experiencia es única: sentir sus cuerpos y colas sobre los hombros es inolvidable. En ocasiones se observan hembras con crías recién nacidas adheridas al pecho.

Museo Etnográfico y despedida

Una última visita en Leticia es el Museo Etnográfico del Banco de la República. Sus colecciones de culturas indígenas amazónicas son un resumen admirable de la magnificencia de los ríos, el verdor y la fauna que se entrelazan en la frontera entre Colombia, Perú y Brasil. Allí, un paso puede llevar al visitante de Colombia a Brasil, a Tabatinga, donde el portugués empieza a oírse naturalmente. Con Perú, la línea fronteriza se extiende hacia los alrededores de Iquitos.

Epílogo: la selva amenazada

El monstruo de la civilización está arrinconando la selva y a sus habitantes. Amenaza con expulsarlos de sus mundos maravillosos, transformar sus valores y creencias y desaparecer sus culturas. De todos depende que la selva y el río permanezcan vivos hasta el final de los tiempos.

Cecilia Ángel

Una exploradora del ser humano



Cecilia Ángel nació en Bogotá en junio de 1943, en un hogar joven donde ilusiones y tensiones convivían sin aviso. Creció entre un padre diseñador de muebles —hábil al construir belleza— y una madre intensa y celosa que la condujo por los laberintos de sus emociones. Desde niña entendió que el mundo podía ser contradictorio: las corridas de toros que la aterraban, los pasillos del colegio de monjas donde la curiosidad guiaba sus preguntas y los silencios para sobrevivir.

Entre 1952 y 1961 estudió en el Colegio Americano, bilingüe y presbiteriano, donde conoció otras formas de fe y pensamiento, compartió aulas con Margarita y Orlando Fals, asistió a la visita del presidente Nixon y descubrió que la comunicación abría horizontes más amplios que cualquier frontera familiar.

Entre 1962 y 1965 se formó como nutricionista dietista en la Pontificia Universidad Javeriana. La amistad con el padre jesuita Hernán Posada la acompañó en esos años en los que el futuro ofrecía caminos múltiples: un matrimonio prometido, una beca en diplomacia o viajar a Alemania para liberarse de los maltratos emocionales de su juventud. Eligió lo más lejano y quizás lo más exigente: el camino hacia sí misma.

En 1966 llegó a Berlín tras un viaje de más de treinta horas. Aprendió alemán en el Goethe Institut, hizo prácticas de dietoterapia en el Martin Luther Krankenhaus y estudió parto psicoprofiláctico en Fridenau. Allí también surgieron el amor, el trabajo y la maternidad: nació su hija Adriana. Entre 1968 y 1969 estudió Diseño de Modas en la Akademie der Werkunst und Mode.

De regreso a Colombia —y luego en sus idas y venidas— amplió su formación en física aplicada a la salud, endocrinología y diabetes, riesgo cardiovascular, inmunología, manejo del dolor, farmacología de la biodiversidad y biología molecular. Participó en congresos internacionales en La Habana y Granada, y acumuló más de cincuenta y siete años de experiencia en entidades públicas, privadas y docentes.

De ese recorrido nació su idea central: la Nutrición Biosicológica, un enfoque que entiende que alimentarse es mucho más que comer.

Cecilia Ángel es, en esencia, una exploradora del ser humano. Su vida —hecha de viajes, estudios, dolores y elecciones— revela una búsqueda constante y la convicción de que la salud es, también, una forma profunda de libertad.

Cuentos de animales

Érase una vez, en una casona con un enorme patio y antejardín, donde árboles y plantas de diversos colores, aromas y tamaños daban albergue a animales silvestres de variadas especies: pájaros carpinteros, gavilanes, petirrojos, azulejos, pichihués, salamandras, e incluso abejas en sus colmenas, avispas en sus avisperos y hormigas en sus hormigueros.

Ardillas

Los dueños de la casona y sus hijos acostumbraban ir, de vez en cuando, al campo a comprar rosas y huevos. En los altos árboles de esa finca anidaban ardillas que, con regularidad, parían una pareja hembra y macho, hermanos al principio y luego pareja reproductora. Ellos le dieron a la familia de la casona una pareja que fue llamada Katy y Kuqui, quienes procrearon seis crías en una gran jaula con palma de coco y un árbol de aguacate, donde se les acomodó su hábitat.

Amigos, conocedores del amor por los animales de esta familia, les regalaron una bella ardilla (Pepo) de color naranja oscuro. Él trató en diferentes ocasiones de conquistar a Katy, siendo rechazado por ella, quien era fiel a Kuqui.

A pesar de que tenían frutas y nueces, Kuqui acostumbraba, cuando Katy estaba en celo, a traerle frutas de los árboles de los patios vecinos (mangos, guayabas). Rompía la malla de la jaula, pero al volver siempre había que abrirle la puerta para que entrara, porque no encontraba el hueco por donde había salido.

Un fin de semana largo, con lunes festivo, la familia salió de paseo y... Katy se puso en celo. Kuqui salió a traerle sus frutos, pero fue atacado por tres gatos. Herido y con la cola medio arrancada, los esperaba escondido en un sitio donde se protegió de los gatos. El hijo mayor trató de pegarle la cola, pero no fue posible.

Además, cuando el malherido y sin cola entró, Katy ya había sucumbido a los cariñosos acercamientos de Pepo y se habían apareado; por lo tanto, lo rechazó. Desde ese momento, Kuqui se negó a comer y, a pesar de los esfuerzos de Alejo, el hijo, para alimentarlo incluso con gotero, no fue posible, pues Kuqui vomitaba y murió de amor.

La nueva pareja era muy amorosa, pues Pepo era tierno y cariñoso con Katy. Ellos tuvieron varias crías.

De las camadas con Kuqui nació un insaciable macho que montaba a hembras y machos aún inmaduros y los mataba. Esta ardilla atacó a su propia madre, Katy, y a Pepo, quienes también sucumbieron ante este depredador, quedando él solo. Se escapaba frecuentemente y al final no volvió; se sospecha que uno o varios gavilanes dieron buena cuenta de él.

Tortugas

En el centro y en las galerías del pueblo se acostumbraba vender tortugas recién nacidas, y la gente las compraba como juguetes o souvenirs. En la casona se adecuaron dos piletas con plantas acuáticas y pequeños peces gobios, que se alimentaban de las larvas de los zancudos. Allí fueron llevadas las tortugas: unas grandes jicoteas, una morrocoy y una pequeñita.

La pequeña se salió de la pileta a tomar el sol y, al cabo de dos días de verla al borde de la pileta, quieta, constataron su muerte, posiblemente por la picadura de un gran insecto —abejorro o avispa—. Esta tortuguita se disecó y aún se conserva como parte de los adornos de la sala.

Las demás, nueve en total, seguían viviendo y alimentándose en el jardín de insectos, gusanos y otros bichos. Nunca se comieron a los peces. Vivían bastante tranquilas, hasta que un día encontraron a la hiperactiva sobrina y prima de tres años lavando con agua, jabón y cepillo a una de las tortugas. Se le tuvo que explicar que ellas no lo necesitaban porque el caparazón era su protección contra golpes y agresiones del medio ambiente.

Con el tiempo, los hijos crecieron y fueron dejando la casa rumbo a la universidad, y la madre tuvo que viajar con frecuencia por trabajo. Un día, al regresar de un viaje, solo vio seis tortugas. Buscando en el patio encontró tres caparazones y descubrió que tres grandes ratas habían invadido el jardín: una gris, una blanca con negro y otra blanca. Entre las tres dieron fin a las tortugas. Se colocó comida con veneno y así se acabó con las ratas.

Se decidió entonces llevar a las tortugas que quedaron a la finca del padre, con un bello lago. Allí aún viven.

Boa constrictor

Algún día, en el centro de Cali, Alejo encontró que vendían una boa sujetada con garfios enterrados en su piel. Él, como estudiante de Biología y ciudadano consciente de su deber con el medio ambiente y la fauna, la confiscó y la llevó a casa, donde fue puesta en una jaula para aves. Lógicamente, se escapó, aterrorizando a los vecinos, quienes acudieron a la Policía por ayuda, pero sin éxito.

Se llamó entonces a los hijos, Alejo y Jorge, quienes lograron encontrarla en el techo de una casa. La atraparon y la dejaron en una pecera mientras buscaban el tiempo y la forma para trasladarla. Finalmente, la llevaron a Entrerríos, zona selvática. Al sentir el olor de su hábitat, ella se agitaba fuertemente en la bolsa, de la cual salió con rapidez, perdiéndose entre los árboles.

Eliana Guarnizo Segura

*La lectura, la escritura y la danza
son más que oficios o pasiones*



Santander de Quilichao es un territorio donde el verdor parece tener memoria propia y los ríos recorren el paisaje como si contaran historias antiguas. Su gente irradiia una mezcla de fortaleza y calidez: trabajan la tierra, defienden sus raíces y celebran la vida con la serenidad de quien conoce el valor de cada amanecer.

Allí nació, el 4 de mayo de 1981, Eliana Guarnizo Segura. Desde tempranos tiempos descubrió en el movimiento una voz propia: la danza fue su primer alfabeto y el cuerpo, su territorio de revelaciones.

Es Licenciada en Educación Física y Salud por la Universidad del Valle. Eliana, persona amable y abierta, comprendió pronto que el gesto, el ritmo y la palabra podían dialogar para abrir caminos interiores.

Ese hallazgo la llevó, en 2018, a realizar la Maestría en Educación, Estudios del Cuerpo y la Motricidad en la Universidad del Cauca, donde profundizó en las pedagogías que tejen sensibilidad, conocimiento y expresión.

Durante veinte años fue maestra en instituciones educativas, guiando procesos de Educación Artística con la convicción de que cada estudiante guarda un pulso secreto que merece ser escuchado.

Hoy continúa ese sueño como docente de la Facultad de Educación a Distancia y Virtual de la Institución Universitaria Antonio José Camacho, donde también lidera el Semillero de Investigación en Arte y Pedagogía (SIAP).

Para Eliana, la lectura, la escritura y la danza son más que oficios o pasiones: son un refugio, una forma de libertad, un acto de sanación y memoria que acompaña su vida con la música silenciosa del cuerpo.

El viaje

Hoy es el cumpleaños de mamá. Anoche mi prima me dijo en secreto que no me levantara de la cama hasta que ella y la tía llegaran con el pastel. Hace un momento sentí cuando ma se asomó entre la cortina; cerré los ojos y me quedé quieto para que pensara que seguía dormido. Por poco no aguanto la risa, pero si me río arruino la sorpresa, y ella no se merece eso.

Anoche volví a escucharla llorar. Hacía días que no lo hacía. Mejor no pienso en eso o me dan más ganas de orinar, y mi prima nada que llega... ¿Ese es el chorro del tanque? ¡Qué bien! Orinaré en la mica ahora que mami está lavando ropa; no se dará cuenta de que ya estoy despierto.

Yo no quiero que ella llore más. Por eso, de regalo de cumpleaños, le voy a decir que sí, aunque me duela dejar a mi abue. Ella es jodida: me grita y me pega muy duro, pero sé que me quiere, porque es la única que se acuerda de darme comida cuando mami no quiere salir de su cuarto. También era la única que, a escondidas de mi mamá, dejaba que mi hermano se bañara en el patio antes de que ma llegara del trabajo.

Mi abue me contó que mi hermano había empezado a vender papa en la galería y que por eso llegaba muy sucio, con toda esa tierra encima. Un día no me aguanté y, sin que él se diera cuenta, le susurré al oído a mi abue que mi hermano olía a papa podrida. Ella soltó la carcajada y me dio un apretón tan fuerte que me traquéó toda la espalda.

Mi abue le ha dicho a la vecina que reza todos los días pidiendo que mi hermano regrese. Desde que ma lo pilló bañándose en la casa y lo echó, no volvió. Lo último que dijo fue “en el nombre de Dios, ama”. Me dio el bombón que siempre me daba y se fue.

Antes de vender papa él no me daba bombones; me llevaba en la moto de sus amigos al parque a comer pizza con helado. A veces jugábamos el jueguito que me encantaba: él me decía que lo agarrara fuerte y nos convertíamos en superhéroes que llevaban polvos mágicos a personas hambrientas; yo escondía los polvos en el bolsillo del saco para que no murieran de hambre. Por eso él ganaba premios y me compraba cosas. La que más me gustó fue el maletín de mi equipo de fútbol favorito.

Pero a mami no le gustaba. Ella decía que él trabajaba con gente endemoniada; que no necesitábamos cosas compradas con plata maldita. Lo que pasa es que ma no sabía que el señor que le daba los premios a mi hermano era el mismo que vino hace unos días a hablar con ella y le entregó un papelito. Ese señor que carga una cruz grande de oro en el pecho y un escapulario amarrado en la mano.

Ese día ma me contó que él había venido a decirle dónde estaba mi hermano, por eso ella quiere que nos vayamos de viaje a buscarlo. Pero cuando me dijo que la abue no podía ir con nosotros, yo le dije que no quería dejarla sola. Hoy le voy a decir que sí. Ese será mi regalo. Ya me están sonando las tripas... ojalá el pastel tenga crema.

—Esa mujer no tiene sentimiento de culpa —dice la abuela—. ¿Cómo alguien puede estar tan feliz, pajariando con las amigas a carcajadas, cuando la última vez que vio a su hijo no fue capaz de darle la bendición?

El niño me dijo que le había dado a su mamá un regalo muy especial y que por eso ella estaba contenta. El verriondo no quiso decirme qué fue lo que le dio. El pobre ya ni sabe qué inventarse para que ella le pare bolas. No me importa que me trate de alcahueta. Todas las mañanas pondré a calentar el agua al sol para que en la tarde esté tibia, y tendré listo el café por si llega mi nieto. En cualquier momento aparece. También arreglé el último cuarto para que duerma ahí. Ella verá si se larga de esta casa, pero mi nieto podrá venir a quedarse cuando le dé la gana.

Yo sé que lo que él quiere es pegarle su susto para que ella salga a buscarlo, como hace un año, cuando lo encontramos en la variante. Es extraño que mi hijo, que se recorre todo el pueblo haciendo domicilios, no lo haya visto ni una vez. De pronto se está quedando donde alguno de sus amigos. Él siempre sabe a quién preguntarle. Cuando arrime a tomar café, le pediré el favor de que vuelva a pasar por el hueco y pregunte.

—Sí, señor —dice el despachador de la terminal—, su sobrina se subió a la buseta con el niño menor. Me acuerdo muy bien porque ella llevaba un maletín de flores y él uno de un equipo de fútbol. Hicieron un buen rato de fila, porque ese día andaba el run-run de que los indígenas querían tapar la vía y el transporte estaba pesado. Pero alcanzaron a subirse al segundo carro.

Ella me pagó dos puestos y yo le entregué el tiquete; el niño ya está grandecito. Algo le escuché decir al niño sobre un viaje, pero no me ponga esa cara, señor. Quizás no hay buena señal donde llegaron y no han podido comunicarse. Claro que sí, apenas yo la vea por aquí, lo llamo. Yo tengo su número. No se preocupe: yo lo llamo. En serio, mamá... estaba lloviendo mucho. Fue un día pesado, fuera de control por todo esto del paro. Trancones por todos lados, y nos quedamos atascados. Le dije a mi hijo que usara su maletín como almohada para que durmiera más cómodo; se le veía la carita de sueño. Ya llevábamos varias horas de viaje, y luego ese trancón eterno.

Cerré la ventana y sintonicé la única emisora que no tenía interferencia. Estaba disfrutando de las canciones. Cerré los ojos un momento y quise olvidarme de todo. Me visualicé con las fuerzas necesarias para seguir luchando, para salir adelante con mis hijos. Me sentía tan empoderada. Pero después... fue como si la lluvia hubiera penetrado el carro y helado mi cuerpo. Cuando terminó la canción, la voz quebradiza del locutor dio el extra de última hora: informaba que habían encontrado los cuerpos sin vida de una madre y un hijo de aproximadamente 45 y 8 años, envenenados en un hotel del norte de la ciudad. Dentro del maletín de flores hallaron una carta escrita por ella, con un mapa que indicaba la ubicación del cuerpo de su hijo mayor y el deseo de ser enterrados los tres juntos.

... Y yo, que me creía valiente.

César Tulio Rodríguez Bermeo

Enseñar es también una forma de sembrar

Maestro en el sentido más hondo de la palabra, César Tulio Rodríguez Bermeo aprendió a nombrar el mundo desde los patios soleados de la Normal para Varones de Cali, donde se graduó en 1968.

Allí, en su Normal, nació su vocación: una certeza luminosa de que enseñar es también una forma de sembrar, de florear y de entregar frutos y savia para la vida social y colectiva.

Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Santiago de Cali, 1973, y Magíster en Educación por la Universidad de Salamanca, España, 1988.

Llevó su oficio a las aulas de primaria y secundaria, a los pasillos de la rectoría en instituciones públicas y privadas, y más tarde a los territorios inquietos de la universidad. En cada lugar dejó una huella de palabra y escucha, como quien traza en la arena el mapa secreto de un viaje interior.

Amante de la lectura, la escritura, la naturaleza y la poesía. Ha convertido la Lengua, el idioma en un refugio y en un puente: espacio de encuentro, memoria y sensibilidad humana.

Su vida, dedicada a educar y a contemplar, se despliega como un cuaderno abierto donde el viento pasa las páginas, y cada línea recuerda que enseñar también es un modo de honrar la belleza del mundo.



El oro que no brilla: memorias de un viaje al Bajo San Juan (1972)

“El oro del Bajo San Juan no brilla al sol; brilla en la memoria”.

El río San Juan nace en el Cerro de Caramanta, en la cordillera Occidental, y baja con ímpetu por un territorio húmedo y verde hasta desembocar en el Pacífico. Su corriente es un espejo que refleja siglos de historia, desde los tiempos coloniales hasta las huellas recientes de la minería moderna. En sus aguas confluyen el oro y el dolor, la esperanza y la pobreza; en sus riberas, pueblos que han aprendido a sobrevivir entre el brillo del metal y la sombra del olvido.

El viaje de 1972

Era mayo de 1972. Con un grupo de compañeros del séptimo semestre de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Santiago de Cali emprendimos un viaje de campo bajo la orientación del maestro Nicolás Buenaventura. La expedición hacía parte de la Cátedra de Historia de Colombia, y su propósito era observar de primera mano las formas de extracción de oro y platino en la cuenca baja del San Juan y sus afluentes: el Condoto, el Tamaná y el Sipí.

Fueron quince días intensos, del 15 al 31 de mayo, bajo el sol húmedo y la lluvia que caía como si no tuviera memoria. Íbamos con la ilusión de ver la historia viva, de comprender cómo las antiguas técnicas coloniales seguían latiendo en las manos de los mineros del Chocó. Cada paso por las calles de Istmina, Condoto y Tadó era un encuentro con la mezcla de modernidad y abandono, con los vestigios de una economía que había prometido progreso, pero que en realidad había dejado más cicatrices que caminos.

El oro regado y el oro corrido

En las riberas del San Juan, los mineros hablaban con una sabiduría que no salía de los libros.

—Aquí el oro se encuentra escuchando el río —nos dijo un viejo barequero de Istmina mientras movía su batea.

Nos explicó las dos grandes formas de trabajo heredadas de los tiempos coloniales: la minería de oro regado y la minería de oro corrido.

El oro regado, conocido como mazamorreo o barequeo, consistía en buscar el metal en los sedimentos de los ríos, usando la fuerza del agua y el ritmo de las manos. Las mujeres, los niños y los hombres se agachaban con la batea —una especie de cuenco de madera— para separar el barro del brillo dorado. Era un trabajo de paciencia y fe.

El oro corrido, en cambio, exigía más esfuerzo y peligro. Se usaban canalones, botaderos, socavones y zambullidores: estructuras rústicas hechas de madera, barro y sudor. Los almocafres, cachos, barras, vetadoras, mates o totumas eran herramientas inseparables del minero, las mismas que los esclavos y los libres de la Colonia habían utilizado siglos atrás. Ninguna máquina podía reemplazar la experiencia de quien “le conversa al río” para saber dónde cavar.

La presencia de la Chocó Pacífico

En medio de aquel paisaje ancestral se imponía la figura gigantesca de la Compañía Minera Chocó Pacífico, que operó entre 1916 y 1974. Su llegada cambió el horizonte físico del Bajo San Juan. Las dragas metálicas, flotando sobre los ríos, parecían monstruos de otro mundo. Devoraban las orillas, tragaban la tierra y la devolvían convertida en montones de lodo gris.

Sin embargo, la presencia de la empresa no eliminó las prácticas tradicionales. Los mineros locales siguieron usando sus herramientas heredadas de la Colonia, repasando los montones de escombros que las dragas dejaban atrás, buscando en ellos los pequeños restos de oro y platino que escapaban al control mecánico. Otros abrían hoyos profundos junto a los cauces o se sumergían a pulmón para escarbar con el cacho o el almocafre.

Así, la minería artesanal convivió con la industrial, como si el pasado se negara a morir del todo. El sonido metálico de las máquinas y el golpeteo de las barras se mezclaban con el rumor del río y las canciones de los mineros, creando un paisaje sonoro de contrastes: el progreso y la pobreza, el oro y el barro, la esperanza y la resignación.

El oro y el poder

Los trabajadores de la Chocó Pacífico eran en su mayoría hombres del lugar. Algunos habían sido barequeros antes de la llegada de la empresa; otros lo siguieron siendo después. Recibían un salario bajo, vivían en campamentos improvisados y veían cómo las ganancias del oro y el platino se marchaban en barcos hacia otros puertos.

La riqueza natural del Chocó contrastaba con la pobreza de sus habitantes. Los pueblos ribereños tenían escuelas sin maestros, hospitales sin medicinas, caminos que el invierno borraba. Mientras tanto, los informes empresariales hablaban de progreso, de toneladas de mineral exportado, de inversión extranjera. En los rostros curtidos de los mineros, sin embargo, el progreso tenía otra forma: la del cansancio, la del cuerpo cubierto de barro, la del sueño aplazado.

Cuando la Chocó Pacífico terminó sus operaciones en los años setenta, las dragas quedaron como esqueletos oxidados, hundidas en los ríos. Pero la minería no se detuvo. La dejaron en manos de los mismos que siempre la habían sostenido: los hombres y mujeres del San Juan, los que sabían encontrar oro sin mapas ni laboratorios, solo con el oído, la vista y la fe.

Las huellas del trabajo humano

Recuerdo un amanecer en Condoto. La niebla se levantaba sobre el río y, en la orilla, un grupo de mujeres golpeaba con bateas el fondo lodoso. El sonido era rítmico, casi musical. Nos detuvimos a mirar. Una de ellas nos explicó que el trabajo comenzaba al alba y terminaba con la tarde, cuando la luz ya no permitía distinguir el brillo del oro entre las piedras.

—Nosotros seguimos lo que los abuelos enseñaron —dijo—. Las máquinas se fueron, pero el río quedó. El oro todavía baja con el agua.

Ese testimonio resumía la esencia del viaje: comprender que la minería tradicional no era un residuo del pasado, sino una forma de persistencia cultural. Los barequeros, los canaloneros y los zambullidores mantenían viva una relación ancestral con el río, una sabiduría transmitida sin escritura, solo con la práctica y la palabra.

Entre el río y la historia

El San Juan no es solo un río: es un archivo vivo. En sus aguas se mezclan los restos de la Colonia, de la República, de la industrialización fallida y de la modernidad frustrada. Cada piedra removida es una página de la historia del trabajo en Colombia.

Los socavones y zambullidores del pasado conviven hoy con la minería ilegal que explota el territorio sin ley ni respeto. Las bandas criminales y los grupos armados han tomado control de los ríos, repitiendo un ciclo de despojo. La naturaleza sufre, las comunidades resisten y el oro sigue siendo motivo de lucha y esperanza.

Si algo aprendimos en aquella experiencia de 1972 es que el oro del Chocó no brilla igual para todos. Para algunos es riqueza; para otros, condena. Para los pueblos del San Juan, el oro ha sido una metáfora de su historia: un tesoro que los condena a la pobreza.

El eco del maestro

El profesor Nicolás Buenaventura insistía en que la historia debía entenderse desde la gente y sus oficios.

—Escuchar el río es también una forma de leer la historia —nos decía.

Y tenía razón. En cada conversación con un minero, en cada mirada de una mujer con la batea, había más verdad que en muchos informes oficiales.

De regreso a Cali, llevamos cuadernos llenos de notas, dibujos y reflexiones. Pero lo más valioso que trajimos fue la conciencia de que la historia no se estudia: se vive. Ese viaje nos enseñó que detrás de los discursos sobre progreso hay siempre manos invisibles que lo hacen posible y que rara vez son reconocidas.

Después del oro

Décadas después, cuando la Chocó Pacífico ya era solo un recuerdo oxidado, la minería en el Bajo San Juan continuó. Los mismos instrumentos coloniales —la batea, el cacho, el almocafre— siguieron acompañando la vida diaria de los mineros. A veces, los hijos repasan los montones de escombros que dejaron sus abuelos; otras, excavan hoyos nuevos buscando el metal que todavía duerme bajo la tierra húmeda.

La diferencia es que ahora el riesgo es mayor: los ríos están contaminados con mercurio y el poder armado controla buena parte del territorio. Pero la dignidad de los mineros persiste, junto con su vínculo espiritual con el agua. Para ellos, el oro no es solo riqueza: es testimonio, herencia y esperanza.

Epílogo: el brillo del barro

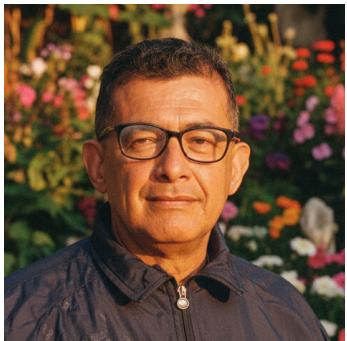
El oro del Bajo San Juan no brilla al sol; brilla en la memoria. Quien haya visto trabajar a los barequeros sabe que el valor no está en el metal, sino en el esfuerzo. El río enseña a esperar, a escuchar, a reconocer el límite entre la abundancia y la pobreza.

Hoy, al recordar aquel viaje de 1972, vuelvo a escuchar el murmullo del San Juan como una voz antigua que repite lo aprendido: que la verdadera riqueza de un pueblo no está en el oro que saca del río, sino en la dignidad con que lo busca.

Y así, entre el agua y el barro, entre la historia y la esperanza, sigue corriendo el San Juan: un río que no olvida, un espejo que devuelve la imagen de un país que aún no aprende a mirar su propio reflejo.

Luis Ángel Muñoz

Maestro y periodista



Luis Ángel Muñoz nació en 1957, en Restrepo, Valle, y llegó al mundo marcado por una exclamación que cambió su destino: un ¡Viva el Partido Liberal! lanzado por su padre, ebrio de celebración, en una tierra de rígida tradición conservadora.

Ese grito desató el exilio familiar. Quedó atrás una casona amplia frente al parque —mitad cacharrería, mitad estudio fotográfico— que con los años se perdió entre herencias torcidas y manos ajenas, hasta que la ley la dio por prescripción a quien la ocupó. Luis Ángel aún no caminaba cuando todo aquello quedó atrás.

La familia recaló en la entonces naciente vereda Terrón Colorado, territorio de laderas ásperas donde él vivió la infancia, aprendiendo el pulso de la vida sencilla.

En la adolescencia llegó el rebusque, compañero inseparable de sus estudios en jornada contraria. Caminó la antigua Galería Central vendiendo pandebones y tinto en termo; luego, mientras confeccionaba bolsas de papel con hojas de periódico viejo, descubrió a los grandes columnistas de los años sesenta: Alfonso Bonilla Aragón, Carlos Vásquez Sawaski, Lino Gil Jaramillo, Daniel Samper Pizano, Álvaro Bejarano. De ellos heredó la vocación que lo convertiría, con los años, en columnista.

Ha sido durante muchos años columnista de opinión del Diario Occidente de la ciudad de Cali. Desde ese medio, con su prosa clara, danzarina y crítica muestra el paso de los días, que son acontecimientos para la memoria y el análisis. Es un columnista a la altura de sus maestros.

Egresó de la Normal de Varones en 1974. Floreció en él la vocación de siembra de semillas buenas para los jóvenes que podían mirar sus ramas.

Amante de la música colombiana, el tango, el bolero y las baladas, encuentra también en la literatura uno de sus grandes refugios: relee a García Márquez y sigue con entusiasmo a los nuevos escritores colombianos y latinoamericanos.

Hoy, retirado de la docencia, hace balance de sus bienes y descubre que están hechos de papel y sonido: su amplia biblioteca y su colección de música, resguardadas en un refugio apacible en una vereda cercana a los Andes.

Desde allí tertulia con sus amigos por videollamada, mientras la vida transcurre en calma. Eso sí —como quien retorna al calor de una memoria viva— cada mes baja a visitar su ciudad

Cristhiam “Hermes” pedaleó hacia el cielo

El mensajero que nació del rebusque

Cristhiam era un joven de 23 años que se ganaba la vida en el rebusque. En la informalidad encontraba su sustento: anunciaba con un megáfono las promociones de ropa y zapatillas a la entrada de los almacenes del centro de la ciudad.

Cuando comenzó el estallido social, consideró que con su bicicleta y su voz, podía servir en los sitios de protesta. Que debía unirse a los jóvenes que reclamaban un futuro en tiempos inciertos. Con ellos se motivó a ayudar a rescatar un país en manos de un poder político representado por el presidente Iván Duque, que lo desmoronaba, lo hundía en la miseria y reprimía con la fuerza a quienes ejercieran el derecho constitucional a la protesta.

No lo pensó dos veces: tomó su megáfono, se alistó y pedaleó hacia la Loma de La Dignidad. Desde ese día sus amigos lo compararon con Hermes, el mensajero del Olimpo. Con su megáfono advertía el peligro, leía comunicados, llevaba mensajes secretos entre Puerto Resistencia y la Loma de La Dignidad, transportaba medicinas y guiaba a los paramédicos hasta los sitios con heridos de la primera línea. Esto irritó a los agentes del Estado, lo siguieron con sus motos y varias veces estuvieron a punto de aprehenderlo, más Cristhiam, con pedalazos de atleta era invencible en su bicicleta. Pero a diferencia de Hermes, el dios griego, él sí era mortal.

Le cortaron las alas

El sábado 5 de junio de 2021, los esbirros presumiendo su llegada, lo esperaron en la zona de resistencia de Paso del Comercio y le aplicaron pena de muerte extrajudicial. Su nombre engrosó la lista de los mártires del estallido social. Cuando los vecinos del barrio se enteraron de la noticia, recordaron las mañanas en que lo veían partir alegre, con el megáfono a la espalda y soñando comprarle un vestido nuevo a su viejita.

Cristhiam también animaba a sus vecinos para que lo acompañaran los domingos a la ciclovía. Aquel joven servicial, amable y alegre perdió su sonrisa vital ese sábado. Le faltó un ángel que desviara las balas que le segaron la vida. Le faltó tener suerte parecida a la de Álvaro Herrera Melo, su amigo y ex condiscípulo de Santa Librada.

El músico que desafió al diablo

El destino de Álvaro Herrera Melo, detenido días antes cerca de la Universidad del Valle y llevado a la Estación La María, fue diferente. Los policías confundieron su corno francés con un arma de vándalos. Un músico detenido por tocar para renovar ánimos; un sonido que quienes disparan armas, no saben escuchar.

Cristhiam, aquella vez pedaleó con la noticia hasta los puntos de resistencia. Los jóvenes de la primera línea alertaron a la ciudadanía caleña a través de las redes. Marcharon hasta la estación, pero no lograron liberarlo. Su única victoria fue que a Álvaro no lo desaparecieron: lo enviaron a la Fiscalía acusado de terrorismo.

Gracias al mensajero Hermes, en esa oportunidad contactaron al abogado defensor de derechos humanos Sebastián Caballero, quien reunió pruebas para demostrar la inocencia del joven músico, capturado por agentes infiltrados en el estallido social. El video oficial lo mostraba temeroso, declarando palabras que no eran suyas. Una afrenta contra un joven de paz, egresado de Santa Librada, pulido en la música por la maestra Oliva Agudelo.

Hermes entre los vivos y los presos

Junto al cadáver de Hermes, jóvenes de la primera línea recordaban que Cristhiam visitó a Álvaro durante su incomunicación. También portó un cartel reclamando justicia hasta que dieron la noticia: la Fiscalía lo eximía del cargo de terrorismo.

Cristhiam llevó la buena nueva a cada punto de resistencia. Hubo guitarras, canciones y lágrimas. Los jóvenes estamparon su foto en camisetas, le llevaron flores y tarjetas. Álvaro levantó los brazos en actitud de vencedor de la represión. Ese destino no lo tuvo Cristhiam, ni muchos otros que murieron o fueron encarcelados.

Cuando Álvaro recuperó la libertad denunció amenazas, interceptaciones y seguimientos. Por seguridad, con su familia decidió exiliarse.

El músico, como Francisco El Hombre que con su acordeón derrotó al diablo camino a Macondo, con su corno francés espantó la muerte cuando tocó en inmediaciones de la Universidad del Valle. Cristhiam, a pesar de haber escapado varias veces en su bicicleta, como Simón Bolívar en su caballo Palomo huyendo de la muerte la noche septembrina, ese sábado luctuoso los esbirros lo esperaron con un plan macabro: habían ensayado a disparar contra un blanco en movimiento.

El adiós del mensajero

Un centenar de jóvenes en sus bicicletas acompañó el féretro por el barrio Nacional. Los vecinos sacaron pañuelos blancos y banderas con sus colores invertidos: el rojo sangre arriba y el amarillo de riqueza en el piso. Su perro Guardián aullaba sin mover la cola, mirando

al cielo entendía la ausencia, intuía que ya no irían más al parque cada mañana.

Al pasar por la Quinta con Doce, un artista pintaba un mural de Cristhiam pedaleando hacia el cielo, bandera al viento y megáfono al hombro, mirando desde las nubes a sus amigos.

Ese domingo 6 de junio, los músculos se les engarrotaron a los jóvenes: pedaleaban con rabia.

Entre la muchedumbre, uno de los asesinos observaba con burla, el otro, recordando la Biblia que leía su esposa, miró el mural con asomo de culpa.

Canción de despedida

Junto a la tumba, sus amigos, con voces entrecortadas y rabia contenida, le cantaron:

“Recuerdo que juntos pasamos

muy duros momentos

Y tú no cambiaste por fuertes

que fueran los vientos...”

Antes de cerrar la bóveda, lanzaron rosas blancas. Los aplausos llenaron el cementerio, replicados por quienes visitaban otras tumbas.

-¡Cristhiam Sánchez... pedalea tu bici hacia el cielo!- gritó un amigo.

Y la muchedumbre respondió:

¡Cristhiam Sánchez, presente, presente!

Antes de dejar el campo santo, la primera línea exclamó:

¡Cristhiam! ¡Hermes!

¡Presente por siempre... y hasta siempre!

Jerónimo Ávila Quintero

Un hermano que inspira con su alegría y creatividad



Mi hermano se llama Jerónimo. Tiene 13 años, su color favorito es el azul y su animal favorito es el pingüino.

Le gusta dibujar, tocar guitarra, jugar baloncesto y escribir. Es muy bueno haciendo historias porque es muy creativo y sabe relatarlas muy bien.

Nosotros compartimos muchas actividades que nos gustan, como salir de paseo para descubrir cosas nuevas y divertirnos. Por ejemplo, ver plantas, animales y tomar fotografías en el campo con mi abuela Janice.

También compartimos las clases de música. Aprendemos canciones juntos, como Limón y sal, Los pollitos dicen y Rosas. Es una experiencia que nos da mucha alegría.

Algo que pasa muy seguido es que él me comparte sus historias: me cuenta de los personajes y me pregunta si me gusta la historia o si le falta algo. Yo le digo que está muy bien y, si no me gusta una parte, se lo digo y él toma mis recomendaciones.

Jero es una persona muy alegre, libre y expresiva. Es muy buena persona, ayuda a los demás y siempre logra lo que se propone.

Te admiro y deseo que siempre seas así. Puedes contar conmigo para lo que necesites.

Martín Ávila Quintero

Hermano

10 años

Retén

Refugiada entre cordilleras se encuentra un bosque de concreto; desde lejos, las luces encendidas en las casas se asemejan a alegres luciérnagas danzantes en la oscuridad de la noche. Cali se batía en el silencio de los conjuntos residenciales y el parloteo en los rincones populares. En las calles, los carros se pasean acelerados, ansiosos de llegar a descansar. Los puestos callejeros en las esquinas transitadas llenan a la ciudad del olor a aceite quemado. A las afueras del estadio Pascual Guerrero, lugar donde hace pocas horas se marcharon victoriosos la fanaticada del América de Cali, luego de aplastar a Águilas Doradas por 3-0, queda rastro de esto: las latas de cerveza tiradas y los panfletos publicitarios del juego regados por el suelo. Al lado, sobre la Calle Quinta, los autos pasan fugaces; algunos paran por la luz roja del semáforo, los cláxones furiosos se desesperan y el motor de los autos se cansa. De una camioneta gris se escucha el coro anticuado de una bachata de los 80 y el señor del Nissan rojo, justo atrás, baja al máximo la calefacción.

Al principio de la calle hay una mujer, delgada, de unos 30 años. Su cabello negro, lleno de laca, está prolíjamente recogido en forma de cebollita; su cabeza redonda parece ahuecarse en la frente por lo rígido del peinado. Sus ojos castaños miran agotados a un anciano, mientras este le entrega los papeles de su Suzuki blanco; sus labios gruesos se abren conclusos.

—Todo al día —refuta sin mucho entusiasmo—. Puede seguir.

Con una sonrisa fingida se despide. Recta y firme sacude su traje de policía: un chaleco verde oscuro con franjas verde neón; al costado de su pantalón negro carga su radioteléfono y en su otro bolsillo guarda multas e infracciones, por si llegase a encontrar a un sujeto con la tecnomecánica vencida o sin licencia de conducir. Su nombre es Andrea Giraldo. Un camión viejo, con llantas robustas y el capó despintado, avanza hasta el retén por señal de Andrea. La ventana de la puerta del conductor baja lentamente; de ella se asoma una cabeza ovalada con una papada abundante. Una gorra roja con el logotipo de un carnero bordado en hilo negro cubre su calvicie prematura. Sus ojos color miel se esconden en sus ojeras, producto de noches en vela. Él la mira de arriba abajo con una sonrisa quisquillosa.

—Buenas noches, ¿me permite los papeles del auto, por favor?

El hombre corpulento se desabrocha el cinturón, estira su mano más próxima a la cajuela superior derecha; parece hacer un esfuerzo gigantesco para mantener su brazo levantado. Alcanza su objetivo, lo abre y saca un manojo de hojas untadas de algo que las tiñe de un tono amarillento. Las ve de reojo y descarta cuentas sin pagar y cartas de amenazas; las demás se las entrega a la oficial.

—Salgo muy hermoso en mi credencial, ¿no cree?

Hay un breve silencio, hasta que Andrea regresa su mirada al tipo.

—¿Me permitiría revisar el cargamento del camión, señor?

La expresión del tipo cambia: sus ojos se achinan y frunce el ceño. Estira la mano para recibir

de vuelta sus hojas pegajosas.

—Pero los papeles están bien. ¡Estoy seguro!

—Sí, todo está en orden. Pero revisar lo que lleva allá detrás hace parte de la rutina.

—No hay más que cilindros de gas, yo los distribuyo. Mire, aquí dice que ese es mi trabajo.

Le muestra el papel que lo comprueba, pero él sabe que eso ya no es así: renunció hace unos cuantos días.

—Lo sé, señor, ya leí esos papeles —está deseosa de no alargar más el asunto; ya casi va a terminar su jornada—. Necesito las llaves para abrir la parte de atrás, por favor démela.

Andrea está impaciente. No debería estar trabajando en esto; se graduó ya hace una década con el título de “Agente de las Fuerzas Especiales Colombianas, calificada”, según su diploma firmado por el prestigioso coronel Gregorio Portilla. Esto de requisar vehículos es un castigo para ella, pero un castigo que se merece.

El hombre se niega a entregarle las llaves.

—¿Dónde están ustedes, los policías, cuando los necesitan de verdad?

—Si alguien no lo quiso ayudar no es mi culpa, señor, solo hago mi trabajo —dice sin interés.

—Maldita, maldita...

Sin control, el hombre desciende del auto. Grita “doble” y “triple”, seguido de insultos cada vez más “creativos”. Andrea se mantiene cautelosa.

—Ustedes los policías andan por allí dando órdenes, por eso estamos como estamos; cualquier imbécil tiene autoridad.

Andrea nota cómo el hombre dice esto último casi melancólico. Ella también tiene problemas, muchos, y no se está escandalizando.

—¡No quiero escuchar su discurso insignificante, súbase a su auto y cierre la puta boca!

Está harta, frustrada, con mucha rabia.

El hombre aprieta el puño, pero sube sin más a su camión. Las personas de los autos de atrás miran estupefactas, mientras otros terminan las grabaciones en sus teléfonos.

—Deme las llaves de atrás —dice impaciente Andrea. El hombre busca entre su mochila manchada de tierra. Saca unas cuantas cosas, como una fotografía en un marco de corazón de una niña morena. Su nombre es Ana, o Anita, como la llaman las enfermeras. Siempre lleva una sonrisa; roza los siete años, pero tiene cáncer de hígado. La diagnosticaron hace más de dos años y desde entonces luchan por su vida en una cama de hospital. Su madre fue asesinada luego de que la asaltaran y su padre es el hombre del camión. Él entró en una

profunda depresión por el fallecimiento de su esposa; por culpa de esto perdieron la casa, el auto y muchas más cosas. Cuando Ana enfermó no tuvo manera de pagar sus tratamientos y las consultas. Recurrió a préstamos en el banco; cuando no pudo regresar el dinero, buscó ayudas ilegales, a las que tampoco pudo pagar. Quedó endeudado. El Estado le quitó temporalmente la custodia de Ana; si quería volver a tenerla, debía demostrar que le podía brindar bienestar y seguridad económica. Pese a sus esfuerzos, nadie lo contrataba por no terminar la escuela. Solo consiguió un trabajo inmundo, donde le pagaban una miseria, y se quedó sin opciones.

Se corre de forma que Andrea no puede ver qué saca, pero ella es más astuta: mira por el retrovisor y queda helada cuando ve que el hombre guarda una navaja en uno de los bolsillos de su chaqueta café.

—Aquí está —dice él, más tranquilo, pero con una sonrisa perversa—. La voy a ayudar a abrir la cerradura; tiene un truquito extraño, es mejor que yo la maneje. Baja del auto de un brinco y silba al ritmo del viento. Andrea empieza a sudar. ¿Qué hará con la navaja ese hijo de puta?, se pregunta asustada. El tipo camina sereno por el costado, en la calle, entre el camión y la acera.

Un sentimiento certero le da escalofríos a la policía. Va detrás del señor, pensando qué hacer si este saca la navaja. Él la supera en tamaño, pero ella es más ágil; además, tiene una pistola... ¿o no? Se la quitaron, luego de arrebatarle su placa y rebajarla a este puesto. Pensó en detenerse, permitirle al hombre marcharse y terminar el día. Pero, ¿qué tiene este sujeto atrás? No llevaría una navaja con él si solo tuviera cilindros. Ella no es una mujer de detenerse (eso decía Javier); era intrépida de nacimiento, pero esa misma valentía la llevó a este instante...

De repente, los sonidos bruscos del señor al intentar abrir el candado llenan el silencio.

Cling.

El portón trasero se entreabre, dejando ver por dentro un espacio profundo y oscuro, idéntico a la sala de espera del hospital. Un pensamiento claro en ambas ocasiones: salir corriendo.

—Pase.

Andrea no quita su mirada cruda del señor. Él se ajusta el pantalón y se apoya en una escalerita delgada para subir. El tipo le ofrece ayuda; aunque reacia, acepta el empujón. Ya sobre el vehículo, se gira temblorosa, perdiéndolo de vista. No ve más que cilindros; concuerda con su trabajo de distribuidor de gas. Siente cómo él se acerca cada vez más. Agotada, no mira el fondo; se voltea.

Una explosión invade su mente. La misión era simple: incautar la droga y atrapar al responsable. Debía esperar paciente en el techo del edificio vecino con la M40, por si se presentaban imprevistos, mientras su compañero Javier —quien le había pactado su amor con un beso— revisaba sigilosamente el lugar en busca del narco. Andrea observaba ventana por ventana con la mirilla telescópica. Una sombra se precipitó en el tercer piso, seguida de Javier. A Andrea se le detuvo el corazón. El narcotraficante sacó una pistola y le apuntó decidido a Javier. Pero él no jaló el gatillo, sino ella. La bala atravesó el cristal e impactó en un cilindro;

de inmediato se produjo un estallido y los demás cilindros explotaron en sincronía. El piso colapsó y con él todo el edificio. Solo murieron dos: el narco y Javier.

¿Por qué falló su puntería?, pensó en ese momento, mientras lloraba sin control, y lo sigue pensando. ¿Fue la presión? ¿El miedo por la inminente muerte de Javier, la persona que amó y que seguirá amando? Su mente sigue bajo los escombros del edificio, sin salidas y a oscuras.

Suspira y mira al conductor.

—Todo en orden, disculpe por hacerle perder el tiempo.

El hombre quedó atónito, pero no lo demuestra en sus gestos.

—Tranquila, bajemos ya —le señala la calle.

Andrea, complaciente, se prepara para por fin terminar el día. Se tropieza con unas papas regadas por el piso, inusual. El tipo le ayuda a ponerse de pie; cuando la toca, todos los pelos de su cuerpo se ponen de punta y su respiración se torna pausada. En un movimiento imprevisto, la oficial lo patea en las canillas. El hombre se retuerce de dolor e instantáneamente saca su navaja; pero tarde: Andrea lo desarma en unos cuantos movimientos.

“Nada mal, para meses de inactividad”, estaría comentando Javier.

El hombre permanece tirado en el piso, luego del puño violento de arrepentimiento y rabia acumulados, brindado por la policía. Escéptica, mira al final de la bodega; aterrada, observa a cuatro niños amordazados, con las manos atadas a los cilindros y con unos sacos de papas cubriendo las cabezas.

—Buenas noches.

Unos segundos de estática ininterrumpida se escuchan del otro lado.

—Buenas noches, aquí la central del cuerpo policial de la ciudad de Cali.

—Soy Andrea Giraldo, agente de tránsito. Me encuentro en el retén de La Quinta, afuera del estadio. Tengo en un camión a cuatro niños secuestrados, que rondan edades entre seis y doce años. Tengo conmigo al presunto secuestrador. Por favor, venir...

El hombre, más tarde esposado, se negó a declarar. Lo único que gesticuló con claridad fue:

—Lo hice por mi hija. Por mi niña, Ana.

Andrea no entendió al inicio cómo un hombre sería capaz de usar a niños para salvar a su niña, pero lo entendió al analizarlo más a detalle: lo movió el amor. Ese mismo sentimiento muerto en ella, pero que necesitaba ser revivido.

Regresó a casa, miró al techo y se quedó apreciando la foto del difunto Javier, hasta quedarse dormida.

Valentina Betancour Gallego

Desciende de las estrellas

Valentina Betancour Gallego nació el 6 de enero de 2013 y, a sus casi trece años, cursa octavo grado en el Colegio Philadelphia de la ciudad de Cali. Vive en Jamundí, entre montañas cálidas y mañanas luminosas, desde donde observa el mundo con una mezcla de curiosidad, asombro y una imaginación que no conoce límites.

Su historia familiar es un mapa de raíces que se extienden por distintas tierras: sus padres vienen de Aguadas (Caldas); sus abuelos, de Pensilvania y Aguadas; y más atrás, en la memoria profunda de la sangre, aparecen sus bisabuelos originarios de Abejorral, Sonsón y el Tolima. Los apellidos que porta —Betancour, con resonancias francesas y un paso por las islas Canarias, y Gallego, heredado de Galicia, en España— narran viajes lejanos y antiguas migraciones.



Sin embargo, Valentina siente que su origen verdadero trasciende la geografía: “Yo vengo de las estrellas”, afirma, y en esa certeza luminosa parece habitar su manera de mirar, de crear y de imaginar el mundo.

Nosotros, sus padres Diego y Clara, nos sentimos felices presentando en esta Antología a Valentina con su tejido de letras.

Un nuevo hogar

¿Alguna vez han sentido una relajación tan profunda que parece que el alma se desprende del cuerpo? Pues yo sí, y me gustó mucho. Creo que es un momento en el que puedo olvidarme de todo lo demás, descansar de verdad, reflexionar sobre muchas cosas y aprender más de mí misma.

Normalmente llego a ese estado cuando me siento bajo un árbol muy especial. Bueno... para mí lo es. Cuando estoy a su lado me siento liviana y libre; es un lugar donde puedo pensar y hacer lo que quiero. Es muy distinto a los otros árboles: es más bajo pero más ancho, y tiene unas hojas azules que brillan por la noche. También se pueden ver animalitos luminosos de muchos colores comiendo frutas o bebiendo néctar de sus flores.

Ese árbol produce mi fruta favorita; tal vez no la conozcan. Es una fruta con siete capas, y cada capa tiene un sabor, una textura y un color diferente. Su forma es como la de una pera.

Está ubicado en un lugar muy bonito, rodeado por un río. No es muy grande, apenas mide unos dos metros de ancho. Al frente hay un precipicio gigante desde el que se puede ver el amanecer y escuchar la cascada. Sí, la cascada que nace del mismo río que rodea el árbol.

No hay otro lugar así en el mundo; es la verdad. Es muy especial, porque donde vivo no está tan vivo como allí. No estoy diciendo que no me guste donde vivo —me encanta—, pero no hay tanta naturaleza y normalmente estoy rodeada de mucha tecnología. Por eso ese lugar es tan distinto y me gusta ir allí.

La tecnología de mi ciudad me agrada mucho. Nos ayuda y no le hace daño al planeta. Por ejemplo, para tener energía, cada casa tiene un generador, pero muy diferente al que ustedes conocen. Estos generadores son circulares y tienen una pepita en el centro. Se ponen imanes a los lados que atraen y repelen, haciendo que la pepita gire rapidísimo. Ese movimiento produce la energía que va directamente a la casa.

Hay muchas cosas interesantes en la ciudad, como autos voladores y edificios en el cielo. La escuela, de hecho, queda en el cielo, y es muy divertido ver hacia abajo porque todo se ve pequeño.

Existen muchas formas de llegar a la escuela. La primera es el bus común —que vuela y nos lleva directamente al colegio—, pero es muy aburrida. Mi favorita es cuando usamos un anillo parecido a un jet pack que nos colocamos alrededor de la barriga y nos permite volar. Me encanta porque es muy divertido: puedes moverte con libertad y facilidad por el aire, aunque hay que tener cuidado de no chocarse con pájaros, carros u otras personas.

Otra cosa que me fascina son las piscinas. Y no son cualquier piscina: son mega piscinas. Son muy diferentes a las que ustedes conocen porque no solo tienen agua, sino que son muy profundas y tienen capas de diferentes líquidos que, al tener distintas densidades, no se

mezclan. Para poder meterse a estas piscinas se necesita un aparato que se pone directamente en la nariz y permite respirar bajo el agua.

Aunque me encanta la ciudad, creo que le faltan más colores; literalmente todo es blanco por fuera: los edificios y las casas. Eso me parece un poco aburrido. Mi casa no es muy diferente a las demás por fuera, pero por dentro tiene más color y arte. Yo me encargo de eso, aunque a veces me paso y me regañan.

En mi casa vivo con mi mamá y mis hermanos: tengo una hermana menor, una hermana mayor y un hermano que es casi de mi misma edad. Todos somos muy diferentes, pero nos llevamos muy bien. Además, a todos nos gusta relajarnos en el árbol que ya mencioné. Allí podemos hablar y jugar.

También tengo una mascota que se llama LULUUUUU. Es adorable, tiene muchos colores y brilla en la oscuridad. Su torso es naranja y peludo, su barriga es blanquita, su cola es morada y al final tiene verde. Es delgada y, al final, en la parte verde, tiene una bolita que alumbría. Sus cuatro patas son moradas y en las puntas también tiene verde. Su carita es verde, pero en la barbillia es blanca. Tiene dos antenitas moradas y verdes, igual que su cola. Tiene cuatro ojitos con pupilas rosaditas, trompa de Perrito y es chiquitica, lo que la hace muy ágil e inteligente. Con sus antenitas puede sentir los sentimientos de los seres que toca.

Además de ir a la escuela, lo que más hago es entrenar con mi maestro. Él me enseña artes marciales, aunque no sean muy necesarias en este planeta; es más algo simbólico y artístico. Digo que no son necesarias porque aquí vivimos en paz, sin divisiones políticas. Somos un solo pueblo, así que nos ahorramos muchos conflictos y no existen desigualdades entre nosotros.

Mi maestro, además de enseñarme artes marciales, me enseña muchos valores. Es muy sabio y sabe exactamente qué decir en cada momento. Me ha enseñado lecciones muy importantes para la vida, como:

-Siempre ayuda a los demás; así los demás también te ayudarán a ti.

-Valora a los otros y valórate a tí misma.

-No importa cuántas veces caigas: siempre debes levantarte.

-No importa qué tan terrible sea la situación que estés viviendo, recuerda que no es el final y que todo mejorará después; pero eso depende de tí.

-Disfruta lo que tienes antes de perderlo.

-Siempre sé positiva y di “sí puedo”, porque el primer paso hacia el fracaso es decir “no puedo”.

-No le tengas miedo a lo desconocido.

Mi maestro era calvo, musculoso, muy fuerte, de estatura mediana y un ejemplo a seguir. Tendría unos treinta años. La verdad, vivía muy feliz allí. No tenía nada de qué quejarme. Pero todo eso se acabó, porque ese planeta ya no existe: fue destruido.

Un día, como cualquier otro, yo estaba muy tranquila cuando vi a lo lejos una nave negra con luces rojas que se acercaba lentamente a nuestro planeta. De repente empezó a lanzar rayos láser y bombas, y también envió pequeñas tropas. Debido a las explosiones, el día se cubrió de humo que tapó el sol, dejando el ambiente oscuro y frío.

Cuando las naves bajaron, empezaron a destruir todo a su paso, a quemarlo y a robar lo que teníamos. Como éramos un planeta pacifista, no teníamos armas para defendernos. Mientras avanzaban, veía cómo todo se derrumbaba; vi cómo mataron a varios amigos míos y a mi mascota LULUUUUU. Eran fríos, sin sentimientos.

Eran lagartos enormes con escamas afiladas, cubiertos con armadura negra con luces rojas y armas que destruían todo. En ese momento tenía muchísimo miedo. No sabía qué hacer. Las calles estaban llenas de sangre y de cuerpos. Entonces una explosión derribó una casa sobre mí. Quedé atrapada en los escombros, aunque mi cabeza quedó descubierta.

Cuando la nave principal descendió, pude ver a su líder. Era mucho más grande y terrorífico que los demás. Tenía una armadura negra aún más imponente y llena de armas. Su cola era larga y terminaba en una punta afilada con la que atravesaba a todos.

Justo cuando estaba a punto de matarme, mi maestro llegó y me sacó de los escombros. Me llevó cargada hasta una cápsula. Yo estaba tan impactada que parecía una estatua. Él me acomodó dentro y me lanzó al espacio para salvarme. Pero, por alguna razón, él no se subió a otra cápsula; siguió rescatando niños y metiéndolos en otras cápsulas para que también huyeran.

Recuerdo a mi madre y al resto de los adultos quedarse en el planeta mientras mis hermanos y yo escapábamos.

Ese día el planeta se tiñó de rojo por toda la sangre y destrucción que dejaron esos lagartos. Mientras huía, vi cómo el planeta empezaba a agrietarse y, de un momento a otro, explotó completamente. Las cápsulas tenían un recubrimiento especial que las hacía indetectables e invisibles, así que los lagartos no pudieron encontrarnos.

Mi cápsula llegó a este: su planeta. No sé si otros niños de mi mundo lograron llegar aquí o si mis hermanos también están en algún lugar. Tal vez cayeron en otros planetas. Tampoco sé si esos lagartos siguen destruyendo mundos y cometiendo masacres. Me tocará esperar y ver.

Pero debo decir que, hasta ahora, y a pesar de los problemas que tienen aquí, me ha gustado bastante vivir en su planeta. Me siento feliz en mi nuevo hogar.

Mi historia la dejo aquí, para mi segundo cuento.

Jonathan Gabriel Salazar Hurtado

Ese es mi nombre

Nací en el año 2010 en Cali y soy colombiano, con mucho orgullo.

Me apasionan la vida y las artes. No veo posible un mundo sin arte y que este envuelva mi vida y la llenen de pasión y color.

Soy estudiante del Colegio Philadelphia Internacional, en mi ciudad. Esta Institución me ha visto crecer y me ha acompañado, junto con mis padres, mis familiares, amigos, profesores, a forjar mis sueños y a creer en ellos.



Me considero un artista en formación. Me encanta escribir, cantar, dibujar, bailar y actuar. He escuchado de parte de algunos de mis familiares y amigos adjetivos como “multifacético”, “creativo”, “talentoso”, “disciplinado” para describirme, y creo que hay algo de verdad en eso.

Siempre me ha gustado explorar y descubrir nuevas pasiones, lo que me ha llevado a incursionar en varios campos, desde Jiu Jitsu hasta Teatro Musical, siempre diversos y únicos, encontrando una parte de mí en cada uno de ellos. Sin embargo, en este recorrido siento que mi corazón ha encontrado su hogar en la literatura.

He plasmado gran parte de mi vida en textos: a los ocho años de edad quedé tercero en el Concurso Universitario de Literatura en la Universidad Autónoma de Occidente. En mi archivo poseo cuentos escritos solo por diversión, guiones para películas y series que sé que algún día podré rodar; poemas y versos que salen de los rincones más sensibles de mi alma e incluso un álbum musical que está en proceso y del que espero pronto sepan.

Mi inspiración se alimenta de muchas fuentes: Los libros que he “devorado”, conversaciones con mis familiares, amigos, profesores; musicales que he visto con mi hermana, devocionales e historias que he leído con mi madre ... todos constituyen una parte de mi esencia creativa, aunque a veces no sé, tal vez sale de... los recovecos de mi mente.

Tengo alma y mente de soñador. Mi sueño más grande es cumplir el propósito por el que fui creado por Dios. Quiero dejar un legado, una huella en el mundo y quiero hacer que mi voz se escuche.

Deber antes que vida

Del hombre los derechos
Nariño predicando,
El alma de la lucha
Profético enseñó.
Ricaurte en San Mateo,
En átomos volando,
Deber antes que vida,
Con llamas escribió.

Himno Nacional de Colombia – Estrofa XI

Treinta segundos.

Ricaurte mira el cable rojo en su mano derecha. Después mira el cable azul en la izquierda. Cualquiera de los dos sirve. Cualquiera de los dos lo volaría en pedazos junto con las doscientas libras de coca que descansan en los tambores azules del fondo. Junto con el laboratorio. Junto con los árboles que lo rodean. Junto con todo.

A lo lejos se escuchan motores: pueden ser del Ejército, pueden ser de los otros, los de la zona norte, los que quieren quedarse con la ruta. No importa. El Paisa fue claro:

—Que no caiga en manos de nadie. Ni una libra. Ni un papel. Nada.

Ricaurte respira hondo; el aire huele a químicos, a selva podrida, a los últimos diez años de su vida. Levanta los binoculares que cuelgan de su cuello: necesita ver qué tan cerca están. Los enfoca hacia el camino que sube desde el río. Entre los chalecos antibalas, los uniformes verdes, los cascos y las botas pantaneras, ve una figura delgada. Lleva un saco azul, el chaleco de los veedores de Derechos Humanos. El chaleco que su hermano menor usa en estas operaciones.

Simón.

El cable rojo tiembla en su mano.

Veinte segundos.

Simón tenía ocho años la primera vez que Ricaurte lo salvó. Fue en el río, después de las lluvias de octubre. Simón se había resbalado en las rocas y la corriente lo arrastró. Ricaurte no lo dudó y se lanzó con zapatos, pantalones de mezclilla y camiseta de algodón. Lo agarró del brazo antes de que llegara al remolino y lo llevó hasta la orilla. Le dio palmadas en la espalda hasta que vomitó agua marrón y pudo respirar con facilidad.

—¿Por qué te tiraste? —preguntó Simón cuando pudo hablar—. No sabés nadar.

Ricaurte se encogió de hombros, chorreando agua sucia. Tenía trece años y sabía que algunas preguntas no tenían respuesta.

—Sos mi hermano.

Quince segundos.

Ricaurte baja los binoculares. Simón corre ahora. Grita algo que Ricaurte no comprende por el ruido de los motores. ¿Lo vio? ¿Sabe que está aquí?

Observa los dos cables que sostiene. El Paisa y los demás ya salieron por la trocha de atrás; todavía tiene tiempo de escapar. Puede activar el temporizador y esconderse en la selva.

Pero si corre, Simón y los militares van a entrar a buscar evidencia. Explotarán junto con todo lo que está dentro del laboratorio.

Él se ofreció a volar el laboratorio. A fin de cuentas, estaba cansado; quería salir del infierno bucólico en el que le había tocado vivir.

Diez segundos.

Ricaurte entra a la casa y ve a su madre cosiéndole el uniforme del colegio a Simón con retazos porque no alcanzaba para comprarlo. La saluda alegremente. Ruth no levanta la mirada; sigue concentrada en el ruedo del pantalón.

Ricaurte deja un fajo de billetes en la mesa, toma una canasta y se acerca a la puerta. Su madre estaba perdiendo la audición; podía ser que no lo hubiera escuchado.

Entra Simón, con lágrimas en los ojos, sosteniendo un sobre azul con detalles dorados.

—¡Entré! ¡Entré! ¡Me admitieron en la capital! —grita mientras corre a abrazar a su madre.

—¡No puede ser! —vocifera ella—. ¡Mi hijo se va a estudiar Derecho a la capital!

Ricaurte se siente feliz por su hermano, pero un sentimiento amargo le impide disfrutar el momento. No sabe si es la poca calidez con la que su madre suele tratarlo o si es la diferencia con la que la vida los trata a él y a Simón.

—¿Y a vos quién te va a pagar eso? —pregunta; el ambiente se tensa—. Espero que no creás que voy a pagar tus estudios.

—Hola, hermano —responde Simón con un tono pesimista.

—Hola, Simón.

—No te preocupés tanto por el pago. Me gané una beca del 80%; no es tanto lo que hay que cubrir.

—Pero necesitás dinero, y querés que yo lo cubra.

—Pues... vos siempre me has ayudado con mis estudios, y no creo que mis horarios me permitan trabajar lo suficiente para cubrir ese 20%. ¿Me podrías ayudar, por favor?

Ricaurte guarda silencio. Segundos después suelta una carcajada y abraza a su hermano.

—¡Claro que te voy a ayudar, hermanito! ¿Cómo se te ocurre que te voy a dejar de cubrir en un momento tan crucial? —dice mientras le planta un beso en la frente.

—¡Me asustaste, hermano! ¡Creí que me ibas a abandonar en esto!

—¿Cómo creés? De pronto me va a tocar conseguir otro trabajo, pero yo te ayudo con lo que necesités.

—Me asustaste, hijo; pensé que no ibas a ayudar a tu hermano —dice la madre, aliviada.

Esa noche fue la última en la que los tres fueron felices.

Era febrero cuando enterraron a Ruth. Un febrero seco, con el cielo blanco de calor y ni una nube para dar sombra sobre el cementerio de la vereda.

Ricaurte había pagado todo: el cajón de madera decente, las flores blancas, los cincuenta mil pesos del padre Edilberto para que viniera desde el pueblo. Se gastó hasta el último peso que tenía guardado en el tarro de café debajo de la cama.

Simón llegó en bus desde Bogotá la noche anterior. Traía corbata negra y zapatos lustrados. También la cara de alguien que lleva años sin dormir ni comer bien. En el entierro no se dijeron mucho. Solo se abrazaron frente al ataúd.

Después volvieron a la casa. El mismo rancho de tabla y zinc donde habían crecido, ahora más inclinado, más triste. Ricaurte sirvió café.

—Estás haciendo buen trabajo, hermano —dijo Simón tras un largo silencio—. La Fundación me tiene viajando por todo el país. La semana pasada estuve en el Catatumbo.

—Me alegra que te esté yendo bien.

—Ojalá hubiera servido de algo. Todo ese trabajo defendiendo derechos, denunciando al Estado, y no pude hacer nada por ella. Nada. Se nos murió esperando una cita que nunca llegó.

Ricaurte tomó café amargo, sin azúcar.

—¿Y vos? —preguntó Simón de repente—. ¿De qué estás trabajando? ¿Raspando coca todavía?

El silencio se alargó.

—Simón, dejá eso.

—No. Decime.

—Por favor...

Simón se levantó y dejó el pocillo en la mesa con un golpe seco.

—Acabamos de enterrar a nuestra mamá. Lo mínimo que podés hacer es no mentirme.

—Cocinero.

Simón soltó una risa sin humor.

—Cocinero. En un laboratorio.

—Sí.

—¿Y te parece bien?

—No me parece bien. Tampoco me pareció bien que mamá se muriera sin plata para el tratamiento. Ni que en esta vereda no haya más trabajo que la coca. Ni quedarme acá mientras vos te ibas a estudiar con la plata que yo ganaba raspando.

—No sabía...

—Claro que no. Porque vos estabas leyendo sobre derechos humanos mientras yo vivía en el país de verdad.

Simón tomó su maletín.

—Me voy mañana. Tengo que volver.

En la puerta se volteó:

—Lo que hacés está mal, Ricaurte. No importa por qué. Está mal.

Ricaurte no respondió. Escuchó los pasos alejándose y el portón cerrarse. Se quedó solo con dos pocillos de café amargo sobre la mesa. Simón no entiende. Nunca va a entender. Los principios no pagan matrículas. El honor no cura el cáncer de una madre. Los derechos humanos que él predica en la ciudad no siembran comida en la vereda.

Cinco segundos.

Ricaurte abre los ojos. Mira el cable rojo. Mira el cable azul. Despues observa el camino. Simón está más cerca; corre directo hacia el laboratorio. Directo hacia la muerte si él no hace algo.

El Paisa le dijo que volara el laboratorio. Esa era su orden, su deber con la organización. Pero hay otro deber más viejo, más profundo. El deber de un hermano mayor que se lanzó a un río sin saber nadar. El deber de quien pagó matrículas raspando coca para que otro pudiera estudiar.

“Deber antes que vida”, piensa. Y sonríe porque entiende, por primera vez, qué significa de verdad esa frase del himno que Simón recitaba de niño.

No es el deber con la patria. No es el deber con el patrón.

Es el deber con quien amás.

Junta los dos cables.

La explosión ilumina la selva como un segundo sol. Simón se detiene en seco, a cien metros de distancia. Cae de rodillas en el barro. Grita un nombre que se pierde en el eco del trueno.

Ricaurte Garcés vuela en átomos, como el otro Ricaurte. Vive en carne propia lo que su hermano solo pudo predicar con palabras.

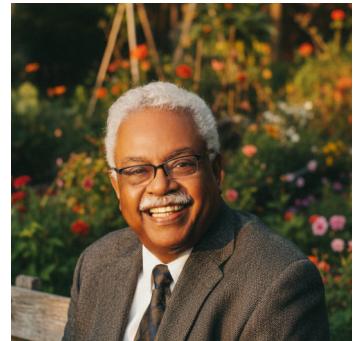
Leonidas Ocampo Arboleda

“Bayayo”

Tumaco, en la costa pacífica de Nariño, es una ciudad que respira al ritmo del mar. Sus playas amplias, sus manglares y el sonido constante de las olas forman un paisaje donde la naturaleza dicta el compás de la vida.

Su mayor riqueza es su gente: cálida y alegre, dueña de una herencia afro que se expresa en la música, la cocina, el habla y la forma generosa de compartir el mundo.

En Tumaco, el mar no es solo horizonte; es sustento, memoria y esperanza, y su gente lo honra cada día con trabajo, tradición y dignidad. Allí nació Leonidas Ocampo Arboleda, “Bayayo” .



Es un destacado líder afrodescendiente. Médico cirujano, licenciado en Química y Biología y especialista en Gerencia de Servicios de Salud y Educación Sexual, ha ejercido cargos clave en el sector público, entre ellos jefe de atención médica y secretario de salud departamental.

Cofundador de la Clínica Chicamocha, es también un referente nacional en educación, liderazgo social y gestión cultural. Docente universitario y fundador de la Fundación Afrocolombiana de Santander (FACOS), participa activamente en el Espacio Nacional de Consulta Previa y en diversas comisiones de salud y planeación.

Músico prolífico, cuenta con más de cuarenta obras grabadas. Ha fundado y dirigido agrupaciones como Juventud del Ritmo, Los Master de Colombia, Nobel de Colombia, Tumacuba y el Grupo de Cuerdas Arpejos. Es productor de los álbumes Sones y Cantares I, Sones y Cantares II y Charanga Tumacuba, e intérprete de trompeta, guitarra y tres cubano. Su trabajo musical es fundamental en la promoción y preservación de las tradiciones sonoras del Pacífico.

Como escritor, publicó la autobiografía *Remansos y Remolinos* (2024) y prepara la novela *Un demonio salvador de vidas*. Su trayectoria ha sido reconocida por la defensa del patrimonio cultural afrocolombiano y por su compromiso permanente con el desarrollo comunitario y la dignidad de su gente.

Remansos y Remolinos

Isla de origen

Nací en una paradisíaca, mágica y embrujadora isla del Pacífico sur colombiano, conocida como la Perla del Pacífico: tierra de manglar, salitre y sol, donde las gaviotas cantan y juegan con las espumas de las olas para sacar en sus picos los pececillos que aseguran su alimentación y subsistencia.

Soy de esa tierra donde el susurro del viento acaricia el follaje de las palmeras, que mueven las olas del mar como en una danza celestial al compás de la marimba de chonta, el bombo, el cununo y el guasá.

Pero también soy de esa tibia y negra arena de playa, donde las conchas de caracoles y los cangrejos tasqueros forman una alfombra multicolor que, junto a la majestuosidad del paisaje, cubre con un manto de sosiego a propios y extraños.

Ombligado a la tierra

Fui ombligado al nacer con polvillo de oro y cenizas de una revista de recetas de yerbateros. Mi cordón umbilical y la placenta de mi madre fueron enterrados “bajo e’ casa”. Según la leyenda, esta práctica ancestral busca mantener vínculos permanentes entre nosotros, nuestras raíces y la tierra que nos vio nacer.

Tumaco me parió en clave de sol, tres por dos o dos por tres. Mi partera pronosticó que sería cantante o músico, porque mi primer llanto fue una constelación de notas musicales que salieron de mi garganta y mitigaron, ipso facto, el dolor de mi madre.

Una casa que se hamacaba

Crecí en una casa de palafito, donde mi sueño era acariciado por el hamaqueo de la vivienda, producido por el vaivén de las olas que se metían debajo de la choza y chocaban con los puntales de mangle que la sostenían.

Infancia entre carencias y dignidad

Soy hijo de una tierra de afrodescendientes empobrecida por la codicia de ese cacicazgo político heredado de los amos esclavistas de la Colonia. Aquí, la pobreza extrema, el hambre, la falta de vivienda, oportunidades de trabajo, salud y educación cabalgan, sin compasión ni piedad, sobre los desvalidos.

Mi pueblo era un mapa de tremendas injusticias e inequidades sociales. Desde niño comprendí

cómo unos pocos manejaban el destino de muchos, amparados en doctrinas filosóficas y religiosas que ofrecían la gloria eterna a cambio del sufrimiento terrenal.

Aprendí a manejar estas situaciones sin odio ni violencia: miraba de frente a mis verdugos y defendía, con argumentos, entereza y valor, mi posición frente al racismo y la discriminación racial, principal causa de tantas desigualdades. No me quedé solo en la crítica: también proponía soluciones.

Crecí con la decisión de estudiar, porque —según mi madre, una mujer con solo tres años de primaria— la única forma de torcerle el pescuezo a la fatalidad era la educación, para lograr un país más justo.

Escuela, miedos y oficio temprano

En la escuela primaria me enamoré de las libretas limpias, sin calificaciones en rojo ni observaciones negativas. Era la época en que los mitos y leyendas —la Tunda, el Riviel, el Descabezado, el Duende y el Buque Fantasma— eran una realidad en la mente de un niño menudito, asustadizo y prisionero de sus propios miedos, que se orinaba en la cama hasta los siete años.

Sufría de asma bronquial y ataques de lombrices, que Bacha, mi madre, curaba con jarabe de totumo y manteca de gallina al baño María; y las purgas, con paico, caña brava o Vermífugo Nacional. Tampoco faltaba en la mesa el abominable sabor del aceite de hígado de bacalao, dizque para recobrar la fuerza, según mi abuela Asunción.

Fui de la escuela del madrugón, con estómago y bolsillos vacíos, rumbo a la estación del ferrocarril para vender pan caliente “con vendaje”; en las noches vendía maní tostado y chicles en la puerta del teatro municipal. Cuando las ventas eran buenas, me desayunaba con un vaso de otaya y una cancharina de doña Adela.

Mi nombre de pila fue reemplazado por el remoquete de “Bayayo”, del cual jamás pude librarme.

Familia y primeras lecciones

Mi familia nuclear estaba conformada por mi madre, Blasina; mi padre, Simón; y once hermanos. Yo fui el tercero.

Mi madre, de carácter fuerte, decía la última palabra en el hogar; mi padre, tranquilo y relajado, orfebre y músico de profesión, ponía música en la mesa para que el hambre aprendiera a esperar sin perder la alegría.

De ellos aprendí que la solidaridad no es consigna, sino conducta; que la dignidad y la honradez no son negociables.

El mundo natural y la pérdida

Desde temprano comprendí el valor del cuidado y la protección de la naturaleza. Su belleza y funcionalidad se quiebran cuando no la protegemos, como ocurrió con la muerte del ficus del parque Colón, la destrucción del Arco del Morro y la desaparición de la isla Boca Grande.

Una experiencia que me marcó en primaria fueron los exámenes finales de quinto grado, con una pedagogía perversa: un jurado —autoridades educativas, civiles, militares y religiosas— que parecía más un comité de la Santa Inquisición que un órgano evaluador.

Dos ríos: la música y la ciencia

Al llegar a la secundaria me encontré en el cruce de dos ríos: el de la música, que me escogió, y el de la ciencia y los libros, que me disciplinó; ambos abrazados por el remolino de la adolescencia.

La trompeta y la guitarra me sacaron de la casa; la ciencia y los libros me devolvieron a ella con otra luz.

Tuve como cómplices el ficus del parque Colón y el Arco del Morro. Llegaron el amor, los juegos solitarios y los barcos de papel.

Bogotá: la selva de cemento

En Bogotá, esa selva de cemento, sentí la dureza de sus calles y la indolencia de su gente, pero también descubrí un abanico de oportunidades. De una de ellas me aferré como naufrago a su tabla y obtuve mi título de Químico Biólogo en la Universidad Libre.

Luego aterricé en Bucaramanga y eché raíces: alterné pizarrón, docencia, academia, estetoscopio, quirófano, administración y partituras. Me titulé como Médico Cirujano en la UIS y completé mis estudios con especializaciones en Gerencia de Servicios de Salud y Sexualidad Humana.

Mi oficio, en el fondo, ha sido siempre el mismo: cuidar.

Fui secretario departamental de Salud; médico de guardia del Hospital González Valencia; y médico de urgencias en la Clínica Chicamocha, donde aprendí a escuchar.

También fui profesor de la Nacional de Comercio y del INEM, donde —además de escuchar— aprendí a preguntar.

Proyectos que dejaron huella

Música

Fundé varios proyectos musicales:

- La Juventud del Ritmo en Tumaco, en mis primeros pasos.
- Los Master y La Nobel en Bucaramanga, en los años 70 y 80, reconocidas por la fuerza de sus metales y su sección rítmica.
- Arpegios, un proyecto de cuerdas ganador del Festival del Bambuco con mi obra “Pa’, mi viejo”.
- Tumacuba (2006), que inició como cuarteto y evolucionó a charanga y luego a formato de fusión. Allí, Pacífico y Caribe se dieron la mano.

Tumacuba se convirtió en taller y laboratorio: por allí han pasado más de cien músicos. Demostramos que Santander también puede ser puerto si la música tiende puentes.

La Minga Cultural

En 2008, junto a mi hija Vivien, abrimos un programa radial en la Emisora Cultural Luis Carlos Galán Sarmiento.

Hablamos de historias, valores, aportes y culturas afrodescendientes; viajamos sin salir del estudio. Fue espacio de memoria y ciudadanía.

FACOS

La Fundación Afrocolombiana de Santander, creada en 2002, nació para visibilizar y reivindicar derechos.

FACOS es documento, taller y casa: tramita derechos, promueve participación, lucha contra el racismo, rescata la cultura del Pacífico y propone liderazgo ético.

Salud y saberes ancestrales

Aporté al diseño de políticas públicas inclusivas para comunidades negras, incorporando saberes ancestrales —partería, yerbateros, sobadores— en el capítulo étnico en salud desde la Comisión Tercera del Espacio Nacional de Consulta Previa.

Remanso familiar

La familia es mi remanso; Esperanza, mi centro de gravedad; los hijos, orillas que crecen; los nietos, mareas nuevas.

A ellos dedico estas páginas. No escribo por protagonismo, sino para dejar un mapa legible: nuestros orígenes, vientos y tempestades.

Si Remansos y Remolinos cae en sus manos y sienten orgullo de sus raíces, sabré que la siembra “bajo e’ casa” cumplió su objetivo.

Gratitudes

Mi eterna gratitud para Tumaco, mi Isla Querida, tierra de mis ancestros. Gracias a ella soy lo que soy: un ser humano de principios y valores.

También mi infinita gratitud para Bucaramanga, la Ciudad Cordial, que me adoptó y me dio familia, amor, paz, trabajo, estudio y crecimiento personal.

Como gesto de afecto, comparto mis temas dedicados a Tumaco —“Isla Querida”— y a Bucaramanga —“Ciudad Bonita”—, que pueden escuchar escaneando el código de Spotify incluido a continuación.

José Norberto Henao Cardona

Nació en El Paraíso

No todo el mundo puede contar que nació en El Paraíso sin ser Adán ni Eva. Nuestro autor sí, pues así se llama ese vergel o edén que se ubica en Filandia, tierra de amor, en el departamento del Quindío, en Colombia, a 1.923 metros de altura, verde como sus campos.

Muy pronto, José Norberto Henao Cardona tuvo otro acontecimiento feliz: fue adoptado por Quimbaya, población vecina de Filandia. Allí estudió su Primaria en la escuela General Santander y la Secundaria en el Instituto Quimbaya.



Luego, como gran parte de la población de esa bella región del Eje Cafetero, desciende con su mirada juvenil a los 1.000 metros sobre el nivel del mar de la ciudad cuyo nombre palpita como la voz del cencerro, musical y acampanada: Cali.

Allí se hace trabajador en la barriada popular que lo recibe. Ganarse la vida, para él y su familia, con el concurso de sus ocho hermanos, su padre y, claro, su madre laboriosa con la máquina y la tela, piel de la gente, es su objetivo, y lo logra.

Incursiona en sus estudios buscando ser comunicador social de la Universidad del Valle, carrera que no termina, pero que se queda en su vida y que, seguramente, explica su amor a las letras, materializado en esta su primera novela que coloca al público.

Se hace abogado, egresado de la Universidad Santiago de Cali. Esa es su profesión, que ha ejercido con decoro y eficiencia en diversas empresas, pero, sobre todo, como litigante en este país lleno de leyes.

Eso es en la actualidad: un profesional del Derecho.

Pero no solo eso. La escritura, la posibilidad de cultivar las letras, sacando frutos en prosa y verso, siempre lo ha acompañado. Escribe por vocación y deseo; teje sus cuentos, novelas y poemas ejercitando su capacidad para contar historias.

Un ejemplo es su novela *De la cañada pa' llá, reminiscencias de Epifanio* (2022), tejida como una especie de memoria presente en la que describe no unos personajes, sino una cultura y un vivir en medio del trajinar donde la vida es como una novela. Estamos ante un autor que, cuando empieza a narrar, uno no quiere que pare la historia.

El viaje final

Hoy, cuando mis cenizas viajan sobre las limpias y galopantes aguas del río Guadalajara —las mismas que pronto me llevarán sobre la turbiedad del Cauca, en busca de la torrentosa cloaca del Magdalena—, inevitablemente vienen a mi memoria aquellos recuerdos infantiles. Eran los días en que acompañaba a mi madre a una orilla de aquél caudal, muy cerca de nuestra humilde casa de bahareque, ubicada en una incipiente calle de Guadalajara de Buga. Allí, ella exponía su espina dorsal bajo los caniculares e inclemtes rayos solares mientras lavaba ropa ajena, única fuente para atraer a su peculia unas cuantas monedas que hacían posible nuestro sustento.

Allí, al tiempo que fregaba distintos trapos sobre una gran piedra en forma de batea —tan a la medida que parecía hecha exclusivamente para ella y su labor—, me echaba cuentos: historias de brujas y duendes que, en noches oscuras y tenebrosas, deambulaban por esos lares asustando y llevándose a los niños que se portaban mal. También me contaba de dónde procedía nuestro apellido Daraviña. Decía que lo había traído al país un inmigrante portugués que dejó sus semillas sobre estas verdes tierras. Y, simultáneamente, me explicaba el origen y significado de mi nombre: Tulio, proveniente del vocablo latino *Tulius*, que significa “salto de agua” o “catarata”. Tal vez por eso —decía ella— yo era tan amante de estar metido en el río. Agregaba, además, que también significaba “persona noble y dadivosa”, y que quizás por eso yo era un niño amable con las demás personas, aunque fuese malgeniado y con cara de amargado.

Durante aquellas largas conversaciones, la vieja me recalcaba que el día en que muriese su cuerpo no debería ser enterrado ni tampoco echado al agua. Más bien —siguiendo su voluntad— debía ser cremado, y sus cenizas tributadas a esas mismas aguas que tanto alimento le habían dado a ella y a su retoño. Con esto quería agradecer a su prodigioso río —como ella lo calificaba— el haberle permitido ejercer su sano trabajo.

Mi madre decía que esta fría, pero al mismo tiempo cálida corriente —tan generosa con ella y, por ende, conmigo— procedía de Pan de Azúcar, uno de tantos páramos incrustados en las montañas que enriquecen la naturaleza de nuestro país, a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. En el filo de la Cordillera Central se forman lagunas que dan nacimiento a quebradas que, en su recorrido, se van uniendo, como sucede con “Los Alpes” y “La Sonora”: acuíferos que generan corrientes montaña abajo, como este bello río por el que hoy transita como ceniza. Fue bautizado por los primeros europeos que aparecieron por estas tierras como “Guadalajara”: bella denominación proveniente de la expresión árabe “Entre piedras”, nombre con el que invadieron la Península Ibérica mucho antes de que los españoles migraran hacia el continente americano.

Ahora, cuando la gélida corriente descendiente de la majestuosa cadena de montañas se ha tornado cálida —por hallarse ya en pleno Valle Geográfico del Cauca y por haber recibido mis humeantes despojos mortales hechos ceniza—, sigo recordando aquellos momentos

compartidos con mi vieja querida. Recuerdo cuando me pidió, y yo cumplí, que después de ser cremada sus cenizas fueran echadas a su amado río, el que refresca la Ciudad Señora del Valle del Cauca y de Colombia. Ese querer lo heredé, y gracias a que así se lo pedí a mis seres queridos —y ellos lo entendieron muy bien—, hoy viajo igual que ella, quien hace varios años emprendió este recorrido por el torrentoso callejón de agua, rodeado de una intensa y verde mezcla de cultivos y arboleda natural.

Verde donde sobresalen maizales, arrozales, cañales, ceibas y samanes, entre muchos otros; arboleda adornada por el aletear y reposar de blancas y negras garzas, así como por el triste canto de mi amigo pecho amarillo, o Pichofué, canto con el que quizá el noble y hermoso animalito rinde tributo a mi despedida. Son aves propias de estas riberas, que van y vienen engalanando nuestra sin igual geografía, la misma que hoy dejo atrás y que llevaré en el recuerdo como única compañía hacia ese más allá, aunque mis despojos continúen formando parte de la naturaleza como materia en permanente transformación: ahora como ceniza.

Gracias, gracias, gracias, seres queridos, por entender esta faceta de mi universo llamada vida. Gracias por aceptar mi voluntad de seguir los pasos de mi madre a través de este caudal de agua y de recuerdos cargados de alegría y nostalgia. Al despedirme, hicieron lo mismo que hice yo con mi vieja: verter sobre las fulgurantes aguas de mi río amado el polvo horneado de lo que fue mi cuerpo. Permitieron, además, que parte de mis despojos fueran nutriente para enriquecer las aguas que han alimentado y siguen alimentando la fértil geografía de esta comarca: la misma que nos vio nacer y nos soportó durante tantos años. Hoy mi recordada madre y su otrora retoño —que, igual que ella, cumplió su ciclo de vida y fue fulminado por los años— somos apenas un recuerdo y una cifra dentro de las estadísticas de seres que han habitado esta rica región.

Sin embargo, como aún después de muerto sigo siendo ese ser que para muchos fue raro, rebelde e inquieto, aspiro a alcanzar río abajo el paso lento de los despojos mortales de aquella mujer amada que me dio la vida y que, lavando trapos ajenos, forjó los cimientos de un cuerpo que, igual que el de ella, trabajó muchos años y aportó a la economía de este sin igual país. Por eso, como tributo, en este largo recorrido aspiro a alcanzar tales despojos para, finalmente, llegar juntos a ese sitio donde lo hacen los desechos del país cuando son lanzados al río: Bocas de Ceniza. Paraje donde haremos aduana y lanzaremos el último grito de despedida antes de entrar a esa inmensidad de agua llamada mar, que en vida esa santa y noble mujer no conoció.

Mientras tanto, aquí voy con mi lento navegar sobre las pacientes, pero a veces intrépidas aguas del Cauca, disfrutando de mi último viaje; saludando al pasar, pero al mismo tiempo despidiéndome de los espléndidos maizales, arrozales y cañales de mi recordada y fértil geografía vallecaucana. Y, más adelante, al empinarse las laderas ribereñas de este correntoso lecho, me despido también de los verdes platanales y floridos cafetales. Recuerdo que tanto aquellos como estos permitieron mi sustento durante mis largos y productivos años de niñez, juventud y adulterz. En ellos trabajé como pajarrero en los maizales, como jornalero en los demás cultivos, e igualmente como mecánico y conductor en la agroindustria azucarera. Actividades todas a las que agradecí haberme forjado empíricamente como un buen hombre,

a pesar de mi falta de academia y la arriesgada exposición de mi integridad física en una geografía cruzada por el lastre maldito de la violencia que azotó la comarca y buena parte del país en las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta.

Aquel lastre lo conocí de cerca: cuando niño y luego como adolescente viajé por este mismo sendero, viendo bajar las desgracias que teñían de rojo sus aguas. Pero, afortunadamente, hoy lo transito ya no como testigo infantil o juvenil, sino como un viejo viajero más, buscando la última morada de quienes —por gracia o desgracia— pedimos ser lanzados al lecho de las caudalosas aguas en busca de reposo en un más allá llamado mar.

En este reflexionar de despedida no puedo dejar de mencionar la preocupación que siempre me acompañó —y que quizás haya aportado al desarrollo de mi enfermedad mortal—: el deterioro de esta rica cuenca hidrográfica, una de las tres más importantes de mi querida Colombia y una de las más grandes del continente suramericano. Esta cuenca, de más de sesenta mil kilómetros cuadrados, es fundamental en la economía del país: determina e influye en la agroindustria azucarera, la cafetera, la agricultura de pan coger, la minería y la electricidad. La falta de cuidado de estos sectores, sumada a la desbordada deforestación y a los acelerados intereses urbanísticos, conducirá a una debacle medioambiental si no se presta urgente atención por parte de todos los actores involucrados.

Yo, convertido en ceniza, navegaré por unos mil kilómetros de los aproximadamente mil trescientos cincuenta que componen la totalidad del recorrido del Cauca. Recuerdo que este gran caudal tiene un feliz nacimiento en el espinazo del Macizo Colombiano, donde se encuentra el Parque Nacional Puracé. Allí, vigilado por los volcanes Puracé y Sotará —tutores de la prodigiosa Estrella Fluvial de Colombia—, nace este río. También nacen allí, en distintas direcciones, los ríos Magdalena y Caquetá, cada uno dedicado a irrigar este verde país que dejo con dolor y nostalgia, aún sumido en lacerantes flagelos como la ancestral desigualdad social y la contaminación ambiental.

Aguas abajo, comprobaré tristemente las evidencias que diariamente llegan a esta arteria fluvial, traídas por los afluentes convergentes después de recorrer distintos departamentos de la región Andina: ríos como el Tuluá, La Vieja, Risaralda, La Miel, Nechí, entre otros. Y al llegar a La Mojana, donde inicia la Llanura Caribeña, y encontrarse con el Sinú y el San Jorge, se agrava la situación, de la cual se hace cargo el majestuoso río Magdalena hasta llegar a su desembocadura.

Aun así, me voy con la esperanza de que algún día llegue —a ese más allá— la alegre noticia de haber superado los vejámenes medioambientales y los factores causantes de la desigualdad social, alcanzando la tan anhelada paz total: sueño frustrado de quienes nos antecedieron en la partida final.

Hasta aquí mis recuerdos, reflexiones y preocupaciones.

Mil gracias a todos: esposa, hermanas, hermanos, hija, hijo, nietas, bisnietas, bisnietos, yerno, nuera y amigos. Los quise mucho.

¡Ah! Y como siempre consideré que acumular bienes materiales sería crear una fuente de egoísmo y envidia —hilo conductor en la desintegración de la armonía familiar—, me voy sin dejar fincas, casas, apartamentos, carros ni cuentas bancarias. Pero viajo tranquilo, porque me preocupé por dejar el mejor legado que un padre responsable puede ofrecer a sus hijos, y un abuelo a sus nietos: el buen ejemplo, envuelto en un paquete de principios y valores, con la esperanza de que los pongan en práctica. Ese legado queda adornado con el gran amor que, a mi manera, les tuve, les prodigué y sin reservas les entregué.

Y finalmente, ¡qué agradecido me voy con todos aquellos amigos, vecinos y seres que me brindaron su amistad y me hicieron sentir querido! Desde estas aguas reciban mi último abrazo.

Adiós, adiós, adiós,

Adiós, adiós...

Tulio Daravíña

Juan Manuel Drada Campo

Explorador de la condición humana



Nacido en 1978 en Roldanillo —ese valle que parece detenido en un respiro, donde la luz aprende nuevos matices cada mañana y la cordillera se abre como un telón para dejar pasar el aire tibio de la tierra fértil— Juan Manuel Drada Campo creció en un territorio donde el arte tiene casa propia y donde la imaginación respira con la naturalidad del paisaje.

Entre museos, talleres y memorias que dan forma a la identidad cultural del municipio, Drada encontró desde temprano un lenguaje para leer el mundo: el del color, el símbolo y la palabra que siempre halla dónde posarse.

Su obra literaria nace de ese nicho privilegiado. Explora con profundidad y sensibilidad los temas universales de la condición humana: la moral, la ética, la justicia y la persistente búsqueda de la verdad. Su estilo se distingue por un lenguaje poético que evoca emociones y construye sentidos, acompañado de ilustraciones propias que enriquecen sus relatos mediante el uso simbólico de personajes auténticos y expresivos.

Drada combina elementos de la fábula, la parábola y la alegoría para crear historias que, aun siendo complejas en reflexión, resultan claras y accesibles para el lector atento. Su narrativa oscila entre la ironía, la sátira y la sabiduría, mostrando como un espejo las contradicciones y complejidades de lo humano.

Su propuesta estética invita a la introspección: confronta al lector con las realidades del diario vivir y con lo absurdo de las trivialidades que nos rodean. Muchos de sus textos se sostienen en la metáfora como puente hacia significados profundos, abiertos a la interpretación personal.

Aunque algunas de sus obras dialogan naturalmente con un público infantil, su literatura también interpela al adulto, especialmente cuando se adentra en temas como la doble moral, la política, el egocentrismo y otros dilemas contemporáneos. En todos los casos, Juan Manuel Drada Campo escribe para iluminar, cuestionar y dejar —como huella serena— un mensaje de reflexión.

Si el burro es rey

Cada cuatro años, animales aristocráticos
se daban cita con una sola intención:
elegir entre los más ilustres
un rey con distinción.

Salían los gatos y entraban los gansos,
y así, a través del poder,
gobernaban los campos
con el objetivo formal
de escoger un gobierno
de sabia decisión.

Entonces ocurre lo impensable:
aparece, de la nada,
una propuesta inevitable.
Una rata entre el público sugiere,
para la elección,
nombrar como gobernante
a un burro de la región.

Aunque nada sabía el burro
de lo que significa un buen gobierno,
sí que le cargaba a la rata
sus bultos de cebada y de centeno.

Como era de esperarse,
el burro era conocido
de la rata y la comadreja,
del zorro, el gavilán
y la zarigüeya.

Y aunque no muy buena reputación
ostentaban estos fulanos,
al pueblo ya le parecían
simpáticos comarcanos.

Como nada es imposible
hasta que no se intenta,
terminaron eligiendo
aquella mañosa terna.

Los demás animales, entusiasmados
entre tanta complacencia,
fueron derechito a sufragar

su anegada inocencia.

El burro salió triunfante,
logrando la máxima votación,
que lo llevó directo
a gobernar su jurisdicción.

La muchedumbre enardecida
llenaba de alegría y jolgorio
el recinto del palacio real,
y no cesaba la larga cola
de animales que llegaban
para al rey felicitar.

Cada uno llevaba en mente
alguna cosa que pedir,
pero el burro ya sabía
a quiénes debía consentir.

Comenzó entonces la administración,
donde el burro solo firmaba
el barro para el galpón.

El pueblo se lamentaba
de semejante gobierno,
y el populacho no aguantaba
ya tantos impuestos.

Vinieron días de locura,
desilusión y desenfreno,
al punto de que la corrupción
ya no tenía freno.

Pero aquí cabe recordar
una máxima del entramado:
“Eres el resultado
de lo que hayas hecho con el pasado.”

Buscaban al burro en su oficina
para encontrar alguna solución,
pero él siempre se hallaba ocupado
en una importante reunión
(Despacho en comisión).

Los honores y las glorias
le nublaron el pensamiento,
a tal punto que ya no se consideraba burro,
sino más caballo de nacimiento.

Olvidó de dónde venía
y cómo lo había logrado,
atendiendo a la rata
y a su séquito encerrados.

A los lagartos no conocía,
pues el burro ya no les trabajaba
como antes lo hacía.

Les pesó entonces con toda el alma
a la honorable congregación
haber elegido a ese burro
que se sublevó
e impuso un yugo de bueyes
en medio de sus desaciertos
a todos sus compatriotas
que lo vanagloriaron
y lo eligieron.

El lamento que causa la decepción,
conquista de la tiranía,
tiene su origen en la ignorancia
de aquel que se vendía.

Y así transcurrieron esos años
en aquella comarca,
hasta que por fin se cumplió
el tiempo que así lo demarca.

Durante aquellos cuadrúpedos años
pareció que fueron felices los animales...
Aunque, para elegir de nuevo,
todos sus males.

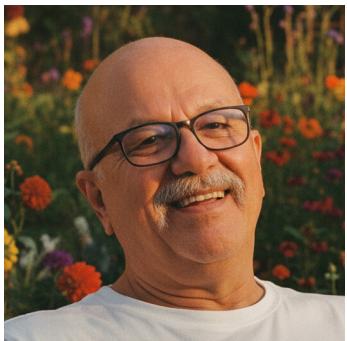
Si por ti el burro es rey,
¡qué más da!
¡Híncate ante él!

Moraleja

No hay queja que más duela en el corazón
que la decepción de haberse equivocado
y esperar, desengañado,
a que un burro dirija
a un pueblo educado.

Félix Enrique Narváez Álvarez

En su voz y en su escritura habita la certeza



Educador popular por vocación y por destino, Félix Enrique Narváez Álvarez nació en Cali el 15 de noviembre de 1957, con la inquietud como compañera y la curiosidad como brújula. Desde niño, cuando su madre lo buscaba sin éxito en un solo lugar y su padre le regalaba una sonrisa al decir “quieto”, comenzó a dibujarse el camino de quien entiende la vida como movimiento, aprendizaje y servicio.

Su primera escuela fue el trabajo. En el SENA estudió y laboró hasta graduarse como mecánico de máquinas y herramientas en 1976. Luego, como tornero, recorrió talleres y empresas hasta llegar a la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, Telecom, donde construyó durante diecinueve años y tres meses un proyecto de vida que se vio truncado con la enajenación de la entidad, impidiéndole recibir su pensión.

De esa ruptura surgió un nuevo rumbo: el cultivo de piña. Pero la violencia también tocó esa puerta; un grupo armado lo desplazó de sus tierras y lo obligó a reinventarse otra vez. Félix convirtió entonces la adversidad en semilla, y esa semilla floreció en el acto de enseñar. Alfabetizó adultos mayores, recuperó historias apagadas por el silencio y, con el apoyo de su familia, ingresó a la Universidad del Valle, donde obtuvo el título de Licenciado en Educación Popular.

Desde entonces su labor pedagógica ha caminado con las comunidades del Pacífico vallecaucano, caucano y nariñense, tanto urbanas como rurales. Su quehacer integra narrativas populares, poesía cotidiana y pensamiento crítico para promover procesos de memoria, derechos humanos y educación para la paz. Ha acompañado proyectos institucionales, iniciativas municipales y procesos educativos que buscan la inclusión desde la igualdad hacia la diversidad.

Félix hace parte activa del Espacio de Organizaciones Sociales del Valle del Cauca, la Mesa Ecuménica por la Paz, la Corporación Ecos y la Fundación Popular Escuela Móvil en Alfabetización y Formación en Derecho Social.

En su voz y en su escritura habita la certeza de que la palabra puede transformar realidades y que la educación, cuando nace del pueblo y vuelve al pueblo, es un acto profundo de dignidad.

Los zapatos que cruzaron el mar

Samuel era zapatero. Pero no cualquier zapatero. Sus zapatos no eran pares: eran promesas. Decía que cada pie tenía su camino y que, por eso, ningún zapato debía ser igual a otro.

Uno llevaba el pasado. El otro, el porvenir.

En su taller salobre de mangle, entre clavos, suelas y tachuelas, Samuel hablaba con los pies de sus clientes.

—Este pie guarda una pena —decía—, y este otro se muere por correr.

Entonces comenzaba la magia: remojaba el cuero con agua de coco viejo y espuma de mar, cosía con hilos que encontraba en sueños y untaba las suelas con polvo de caminos olvidados. A veces los zapatos salían con alas de pescado; otras veces, como vacas voladoras sin raíces. Algunos llevaban brújulas diminutas cosidas en la lengua.

Pero una tarde, distinta al sopor vespertino de siempre, Samuel hizo unos zapatos que cambiaron todo. Los encargó una mujer silenciosa, con piel como café recién colado y ojos de quien ha visto el mar desde la otra orilla.

—Quiero unos zapatos para cruzar el océano —dijo—, pero que sepan regresar solos.

Samuel no preguntó. Solo asintió.

Durante siete lunas y media no durmió. Reunió cuero de tambor viejo, clavos bendecidos por una curandera y unas plantillas hechas con hojas de cartas de amor rotas. Los sumergió en agua salada por tres días y luego los remató con un nudo de viento del Sur. Al terminar, los dejó sobre su mesa, respirando despacio, como si tuvieran corazón.

La mujer se los puso, dio tres pasos y desapareció con la brisa, como si se hubiera deshecho en sal sobre agua dulce. Salió sin despedirse.

Samuel volvió a su silencio. Pero cada mañana, al abrir su taller, miraba el umbral, esperando. Pasaron días, semanas, quizá meses. Tanto el pueblo como él se olvidó.

Hasta que, una madrugada de aguacero breve, los zapatos volvieron. Mojados. Sin su dueña. Enteros, sin un pisón. Traían en las suelas el barro de otra tierra; en la lengüeta, un pétalo seco; en los cordones, un nudo de amor recién hecho; en los tacones, un escrito:

“Me secuestró el malhechor”.

Samuel los sostuvo con las manos temblorosas. Y entonces comprendió: los zapatos habían cumplido la promesa.

Desde ese día no volvió a hacer calzado para pies de carne. Solo confeccionaba zapatos que sabían regresar: zapatos para quienes se iban lejos, para los hijos del éxodo, para los que cruzaban el mar sin saber si volverían. Y, cuando los terminaba, les susurraba al oído —porque todos sus zapatos tenían oído—:

—No se olviden del camino a casa.

Algunos zapatos volvían, otros no. Pero todos dejaban señales. Uno apareció colgado de un árbol en Haití. Otro fue hallado flotando en el puerto de Barcelona. Un par se colgó del cuello de la Esfinge de la Libertad en New York. Y otro llegó caminando hasta la tumba de la madre de un pescador.

Hoy, en el pueblo, nadie duda de que Samuel no hace calzado: hace esperanzas en suela. Hace caminos con hebillas. Y en la puerta de su taller hay un letrero escrito a mano con tinta de promesa:

“Se hacen zapatos que saben volver”.

Porque podemos soñar sin que se pierdan los pies.

La curandera de los espejos rotos

A la orilla del pueblo, donde el sol parte en dos, en cuatro o en añicos los vidrios de las casas viejas, vivía la curandera de los espejos rotos. No tenía nombre que cupiera en la boca de nadie, pero todos la llamaban así porque curaba las almas con fragmentos de vidrio y verdades reflejadas.

Decían que en su rancho el tiempo caminaba hacia atrás, los gallos cantaban a la medianoche y las lagartijas, junto con las ranas, rezaban en la pared. Nadie sabía cuántos años tenía, aunque los más ancianos aseguraban haberla visto, desde niños, vestida con la misma bata de lino negro y un chal rojo, como si le saliera sangre del cuello. Los pies descalzos llenos de callos, el ojo izquierdo como un sol dormido y el derecho hecho dos pedazos de luna: uno dormido y otro despierto.

Lo que sí era cierto es que guardaba en su casa una colección infinita de espejos rotos: de mano, de pared, de bolsillo, de cuerpo entero. Todos con grietas, todos con historias. A cada persona que llegaba a buscar alivio, le daba un espejo distinto. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, su voz parecía venir de dentro de la tierra y sonaba al unísono con sus pechos levantándose hasta el mentón en cada frase:

—Mírate. Pero no busques tu rostro. Busca la grieta que te duele.

Muchos se asustaban. El espejo no mostraba la imagen común, sino pedazos de memoria, gestos no hechos, abrazos negados, lágrimas escondidas. Los espejos rotos no mentían.

Una vez llegó una niña muda. Venía de la guerra, con los ojos llenos de noches tristes. La curandera la hizo sentar frente a un espejo largo, astillado como una estrella. La niña lloró sin ruido. Cuando terminó, su reflejo le habló:

—Tienes derecho a cantar.

Desde entonces, aunque no pronunciaba palabra, la niña silbaba melodías que hacían brotar flores de jazmín en los techos y muros de las casas.

Otra vez vino un hombre que no tenía nombre y había matado por muchos años. La culpa le colgaba como sombra en la espalda. La curandera le dio un espejo minúsculo, apenas un trocito de vidrio, y le dijo:

—Mírate en lo que no cabes. Ahí está tu sombra.

El hombre se miró y vio los ojos de la madre de uno de los muertos. Salió del rancho temblando y nunca más lo vieron por la región. Cuentan que cruzó el mar cargando piedras, construyendo una iglesia de silencios y distribuyendo biblias en una ciudad de eterna primavera.

Algunos decían que era bruja. Otros decían que era santa. Pero nadie se atrevía a mentarle la madre ni a levantarle la voz. Porque, si uno la insultaba frente a los espejos, se le agrietaba la lengua y se le caían los dientes. Y si intentaba robar uno de sus fragmentos, se le perdía la sombra por tres lunas seguidas.

Una vez, el viento quiso llevarse todos los espejos. Entró como tormenta por las rendijas. Pero la curandera, tranquila, colocó su mano abierta sobre la mesa y dijo:

—Que cada reflejo encuentre su hogar.

Y los fragmentos salieron volando como aves. Desde entonces, muchos dicen que hay pedazos de espejo suyo en las casas de los tristes, en los bolsillos de los poetas y en el fondo de las ollas de las abuelas.

Algunos la sueñan todavía. Otros juran que la vieron en el reflejo de una cuchara. Pero todos, absolutamente todos los que se han mirado en uno de sus espejos rotos, jamás volvieron a mirarse igual en los espejos enteros.

Wilson Rafael León Blanchar

Una vida y mil anécdotas



Riohacha es una ciudad que despierta con la luz dorada del Caribe y con el aliento antiguo del desierto. En sus calles, el viento parece tener memoria: trae consigo el murmullo de la arena, el aroma a sal y el eco de los cantos wayuu que hablan de un tiempo sin relojes.

La ciudad camina con paso tranquilo, como si entendiera que todo lo esencial sucede despacio. Entre palmas que se inclinan para saludar al cielo y cocoteros que sostienen la sombra con dignidad, Riohacha guarda una belleza que no se anuncia: se revela. Está en la sonrisa amplia de su gente, en la resistencia silenciosa de quienes saben convivir con el viento ardiente y en la hospitalidad que se abre como un abrazo largo. Riohacha se expresa en la anécdota.

Es en ella, en la anécdota, género maravilloso, donde Wilson Rafael León Blanchar, atesora su memoria. Autor del libro *Una vida y mil anécdotas (Volumen I)* y con un segundo volumen ya preparado para impresión, Wilson Rafael cultiva una escritura marcada por el humor, la memoria y la calidez costeña. En cada historia reafirma que su vocación —la de maestro, ingeniero y contador de anécdotas— es, ante todo, una forma de sembrar conciencia y celebrar la vida.

Nacido el 7 de noviembre de 1954 —fecha que solo delata su edad cuando una pequeña sinfonía se despierta en sus articulaciones— Wilson Rafael León Blanchar ha recorrido la vida con la convicción de que el conocimiento es brújula y el café, combustible del espíritu.

Maestro e Ingeniero Industrial formado en la Universidad de la Guajira, con especialización en Educación Ambiental de la Universidad Industrial de Santander, ha dedicado más de cinco décadas a tejer un oficio que une la pedagogía, la ingeniería y la sensibilidad por el medio ambiente.

Su paso por las aulas de Uniguajira, donde ejerció como catedrático durante 25 años, y por los colegios Divina Pastora y Sagrada Familia de Riohacha, dejó una huella profunda en generaciones de estudiantes a quienes enseñó a pensar, cuestionar y observar el territorio que habitan.

Paralelamente, su labor como Profesional Especializado en Corpoguajira lo vinculó por un cuarto de siglo a la construcción de una cultura ambiental en La Guajira, caminando oficinas, trochas y auditorios con la misma determinación con la que recoge vivencias para transformarlas en relato.

La batalla del Caporo

En la remota Guamachal, allí donde el sol se derrite en el misterio del Barranco y las sombras parecen discutir con el viento, habitaba una iguana de proporciones bíblicas. No era un reptil cualquiera: era el Caporo, un saurio tan grande que los viejos juraban que tenía la estampa de un caimán prehistórico. Muchos valientes —o imprudentes— intentaron someterlo, pero todos fracasaron con la misma facilidad con que se pierde la sombra de un colibrí en pleno vuelo.

La bestia se paseaba por el borde del Barranco como quien se sabe dueño del territorio. Tomaba el sol con una arrogancia casi humana, y su presencia provocaba suspiros, temores y un sinnúmero de historias en los corredores de Guamachal. Pero un día llegó Don Salvador Brito, un hombre cuyo coraje era tan ancho como la misma sombra que el Caporo proyectaba al atardecer. Nadie sabe si fue el destino, la simple terquedad o una sed mal disimulada de gloria, pero Don Salvador decidió hacer lo que nadie se había atrevido: enfrentarse a la criatura.

Dicen que aquella tarde encontró al Caporo asoleándose sobre una saliente rocosa del barranco, un coloso verde desafiando al sol con insolencia de dios antiguo. Don Salvador lo miró, y el animal sintió el peso de esa mirada. En un latigazo de susto y furia, la iguana se lanzó al río Rancherías, que bajaba hinchado por las lluvias y rugía como un león con hambre atrasada.

Lo que siguió fue una persecución épica: una danza acuática entre la vida y la muerte. El Caporo avanzaba con la fuerza de un mito; Don Salvador, con la agilidad de un jaguar, se arrojó al agua tras él. Los remolinos se cerraban sobre los dos como queriendo tragárselos. Las gentes del puente, los carreteros, los pescadores, todos vieron aquella carrera imposible río abajo.

Finalmente, a la altura del Puente Guajiro, ocurrió lo que todavía se cuenta en voz baja. En un instante de tensión que parecía partir el mundo en dos, Don Salvador logró agarrar al Caporo por la cola, levantando un torbellino de espuma. Fue un triunfo digno de los dioses.

La bestia, herida en su dignidad, sacó la cabeza del agua. Tenía los ojos desorbitados, llenos de terror e incredulidad. Y entonces, con voz que parecía humana, lanzó un grito que hizo temblar la ribera:

—¡Ay, mi mamá! ¡Estoy perdido!

Don Salvador también asomó la cabeza del agua, empapado, victorioso. Y con una sonrisa profunda, casi de conquistador que ya sabe su nombre escrito en la historia, respondió:

—¡Ay, mi mamá, no! ¡Te cayó fue la fiera mampruna!

El eco del grito se quedó flotando entre el puente y las peñas del barranco, como si la tierra misma se riera.

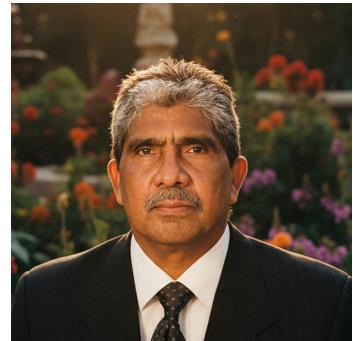
Desde entonces, la batalla entre Don Salvador Brito y el Caporo se convirtió en balada del río. Las aguas del Rancherías la cantan cuando bajan bravas, y en las noches de Guamachal se susurra al fogón, entre café y brisa, que hubo un día en que un hombre se midió con una leyenda... y salió victorioso.

Hernando Rafael Osorio Rodríguez

Cultiva la escritura, como quien planta un árbol

Nacido en la tierra que respira vallenato y silencios de algarabía, Hernando Rafael Osorio Rodríguez decidió muy pronto llevar a cuestas no solo un nombre, sino el germen de una doble vocación: la de labrar la tierra y la de escribir su pulso.

Estudió Administración de Empresas Agropecuarias y se formó como Tecnólogo Forestal, pero supo que su dedicación no se limitaría a mapas, cultivos o bosques: su horizonte era más amplio, de raigambre rural y palabra fecunda.



Por más de treinta y cinco años, Osorio Rodríguez ha caminado los senderos del campo y la memoria como asistente técnico y extensionista, tendiendo puentes entre comunidades campesinas del Cauca y del Urabá antioqueño, enseñando, escuchando, acompañando.

A la par, impartió cátedra en áreas forestales y administrativas: su ciencia siempre acompañada de pedagogía, su pedagogía, de sensibilidad.

Pero su vida en el barro —en la tierra, en el monte, en la voz de los campesinos— no le impidió escuchar el llamado de la literatura. Desde joven cultivó la lectura como quien cuida una raíz, y la escritura como quien planta un árbol.

En 1984 dejó su palabra en los periódicos de Valledupar con artículos como “Valledupar puede ser una ciudad a medida” o el provocador “Homo hominis lupus (El hombre es un lobo para el hombre)”. Tiempo después aportó con relatos como *Historia de Colombo Labrador*, incluido en la Cartilla “Granja Integral Autosuficiente” (2003).

Hoy, en su rincón de Apartadó, Antioquia —ciudad adoptiva que atestigua su recorrido— Hernando Rafael Osorio Rodríguez permanece atento a la semilla del cuento, al latido del poema, al susurro de la tierra que viene de lejos.

Tiene en preparación *Lecciones de los Abuelos*, un conjunto de siete cuentos que recogen voces de raíz y memoria; y una antología de poemas de amor —escritos desde los años ochenta hasta hoy—, ofrenda al afecto y al deseo.

Su obra, en germen, es huella y esperanza. Su trayectoria, un canto paciente a la dignidad del campesino, al bosque y al hombre que labra la tierra. En Osorio conviven la obediencia al ritmo de la tierra y la urgencia del lenguaje: porque sabe —como pocos— que narrar es también cuidar, que contar historias es plantar árboles invisibles que pueden dar frutos en nosotros.

Memorias de un tiempo

Primero de enero de 1981. Iniciaba una nueva década; la esperanza del cambio no daba más espera. Esos Cien años de soledad pasarían a la historia quinientos cincuenta y dos días después, imponiéndose como un realismo mágico y sentenciando la Crónica de una muerte anunciada, con el vuelo de palomas blancas cual anunciaciación de la entrada del diálogo justiciero, que dejaría atrás la Hojarasca y los pueblos sin ladrones.

Era el tiempo de nuevas generaciones, dispuestas a superar la increíble y triste historia de la candida Eréndira y su abuela desalmada. Sí, aquellos cincuenta años de entrega y empeño de los abuelos —aun con la sumisión de su vida— para forjar hijos, nietos, bisnietos y hasta tataranietos, parecían haber sido solo excusas para mantenerlos en la miseria. Pero quizás eso pudo mantenerse con padres impensantes, que se dejaron alucinar con el hermoso rostro de un ahogado, cual la triste historia de Mis putas tristes, pero resignadas, como se cuenta un cuento que al final terminaría diluyéndose como el Relato de un naufrago, en una docena de cuentos peregrinos que viajarían junto a los Funerales de la Mamá Grande. Había que cambiar. El pasado no parecía dejar otra oportunidad: era la hora de seguir soñando; sí, esta era la tercera vencida o el tiempo de morir.

Allí, desde un pequeño valle del cacique Upar, donde el verano se tiñe de un amarillo encendido por la espléndida floración del cañaguate, y donde el olor de la guayaba y del mango perfuman el ambiente del amanecer en las calles, se fortalecían las primeras fructificaciones de la naciente cultura del vallenato. La fuerza de su joven espíritu, su cadencia y sus nostálgicas leyendas tempranas se imponían con tal vigor que parecía indetenible.

Desde hacía muchos meses, en las mañanas, los acordes de un acordeón se escuchaban al fondo, en reemplazo del canto de los gallos, que antes anunciaban la hora del despertar. Estos fueron interrumpidos por la estridente voz de Isaac León Durán, locutor de Radio Guatapuri, quien daba a conocer el anuncio del presidente en su posesión:

“Dejemos atrás la mala hora. Es momento para la paz...”

Sí, señores: la paz no puede ser cosa del amor y otros demonios.

Los uno con setenta centímetros que se levantaban desde los pies a la cabeza de Guioven Gorkis, tendidos en aquella hamaca, despertaron esa mañana cuando los primeros rayos de luz, que penetraban por los calados, iluminaron la oscuridad de su sueño. Sus ojos, abriéndose uno por uno, miraron con asombro su alrededor y cada una de las cosas de aquel improvisado cuarto de noche —y sala de día—. Las repasó una por una, pues todas le parecían nuevas.

Aquella foto de un niño sentado detrás de un pupitre, empuñando en su mano derecha un bolígrafo y pareciendo escribir en una hoja en blanco, lo llevó a recordar sus primeros días de escuela y cómo, tiempo después, recibía su certificado del grado de bachiller; y, dos años y nueve meses después, su grado universitario. Cuántas cosas había aprendido y cuánto le

faltaba por aprender. Pero, aun así, sentía que estaba listo para iniciar un nuevo día.

Los discursos y los acuerdos de los últimos meses daban esperanza a nuevos escenarios. ¿Y por qué no esperanzarse, si el presente y el futuro, que serán historia, no están escritos ni tallados en piedra? La historia se redacta en cada momento, cada día, con nuestras decisiones, en un preciso instante y lugar. Pero, ya fraguada, no da espacio a cambiarla: solo deja las bases para construir futuros diferentes, porque solo el futuro lo podemos cambiar en el presente.

Entre la incertidumbre y la esperanza parecían moverse sus pensamientos, puesto que los anuncios y expresiones de parar la inutilidad de una época perdida en la violencia parecían atizar la crudeza de los actos, cada vez menos justificables. El cambio es lo único perdurable, y el mundo y su humanidad siguen cambiando. Pero para el cambio no solo hay que estar preparado, sino decidido y dispuesto a ganar algo o a ganar un poco.

Los nuevos discursos de traición, de rompimiento e incumplimiento de acuerdos se ponían al orden del día, manteniendo a unos, como al general en un laberinto, mientras otros seguían firmes en su esperanza, cual aquel coronel que no tiene quien le escriba, pero que cada día acude sin falta a encontrar su destino, convencido de que “la vida no es sino una continua sucesión de oportunidades para vivir”, como lo expresara alguna vez el Nobel colombiano GGM.

Las voces de esperanza seguían siendo opacadas por la estridente elocuencia de pocos, pero impactantes actos de barbarie, dejando mantos de duda y una estela superflua para la filtración en nuevos espacios sociopudientes de aquellos malpobres hombres con dinero, surgidos de la mal llamada industria de la mafia.

Mientras tanto, entre ires y venires, el tiempo seguía su curso, cambiándolo todo: a veces a nuestro favor y otras veces en contra. Solo en nuestras memorias quizá pueda mantenerse la ilusión de que todo sigue igual. Pero es la realidad —y los acontecimientos que se dan en ella— lo que plasma la verdadera historia, y no los recuerdos, que pueden ser alterados por nuevas comunicaciones e interpretaciones, o por los mismos atajos de nuestra memoria, que con el tiempo omite los detalles, dejando solo los datos que considera importantes o mezclándolos con hechos que solo sucedieron en nuestros sueños... o en los sueños de alguien.

Casi media década después, la paz parecía esfumarse entre las alas de palomas blancas que ya no se veían o que parecían extinguirse con los tiempos belisaristas, o anidada entre los anaqueles de los santos.

De alguna manera se mantenía la esperanza, cual marinero que considera que cuando más recia es la tempestad, más pronto vendrá la calma. Y es que el olor de los vientos que venían con las mareas desde la vaticinada entrada de los barcos parecía predecir un redireccionamiento del rumbo de la gran nave Colombia. Para algunos, la excusa perfecta para volver a su trinchera; es que tal vez “a los demonios no hay que creerles ni cuando dicen la verdad”, decían otros.

Los fusiles y la pólvora seguían hablando por las ideas; ese parece ser el único camino donde algunos se sienten seguros, pues fuera de él saben que “la vida es dura y nos obliga a aprender y reinventarnos continuamente para poder adaptarnos” a los constantes cambios.

Bien lo sentía Guioven Gorkis, ahora desde las sureñas montañas donde nace el Cauca, desde donde veía pasar espumas blancas como queriendo oponerse a que las arrastrase la corriente, pero que luego, mansamente, cabalgaban sobre sus aguas. La sábana de la Constitución, por más remiendos que se le hicieran, parecía no alcanzar a dar abrigo a todos. Tal vez no porque no alcanzara, sino porque algunos no querían ser arropados por ella, sino por su propia sábana, bajo la cual debían arroparse todos, aunque no lo quisieran. Y en ese afán de imponer su tolda bajo promesas de acabar odios y acabar la pobreza, quizás no se daban cuenta de que sembraban más vientos al mar, y esa fragua de violencia no era más que caldo de cultivo para el crecimiento de los malpobres, que parecían multiplicarse como la mala hierba que fundamentaba su riqueza.

El mimetismo, el disfraz de lobos con piel de ovejas, se imponía como la última estrategia. Hacer de lo bueno lo malo y de lo malo algo normal les estaba dando su renta. La muerte de prominentes personajes —ministros, líderes comunales y todos aquellos que se opusieran a sus intereses o les diera réditos su partida—, así como crear confusión y caos e inculpar a otros, seguía imponiéndose como arma de lucha para el cambio.

Desde el nororiente al interior del país, luego al suroccidente y de allí hasta el noroccidente, distintas culturas, costumbres y visiones se encontraban. Solo sus diferencias y la nacionalidad los hacían iguales. Así como la viva esperanza de superar la violencia, seguía al timón del barco, sorteando las duras mareas para arribar al final de una década.

Siempre habrá una gota que rebose el vaso, y muchas veces solo falta un aguacero para desbordar un río. Pero, a pesar de las inmensas jornadas de diálogos, de los esfuerzos por llegar a momentos de acuerdos envueltos en ámbitos de duda y esperanza, estos tenían un gran peso humano y una condición terrestre que los mantenía enredados en minúsculos problemas de ego personal. Pero aquella muerte de un Galán no solo marcó el final de una década, sino el inicio de los años noventa, con los cuales se revivía la esperanza de encontrar el camino hacia la paz... Tal vez porque la paz es como El amor en los tiempos del cólera: perdurable en el espacio y en la memoria de un tiempo, hasta que encuentre el céñit en el Otoño del patriarca.

Julio Herberth Montaño Gruezo

Un educador de territorio

Nacido en Tumaco, donde el mar escribe su propia música sobre la arena, Julio Herberth Montaño Gruezo creció entre la fuerza del Pacífico y la memoria profunda de su gente.

Desde temprano abrazó el camino del conocimiento: bachiller del Liceo Nacional Max Seidel, Licenciado en Biología y Química, abogado, Magíster en Derecho Penal y Justicia Transicional, Magíster en Desarrollo Comunitario y Educación Popular, y Doctor en Educación, con énfasis en Pensamientos Pedagógicos Latinoamericanos.



El maestro Julio Herberth es una vida entera dedicada al estudio para comprender la vida y, sobre todo, para acompañar la de otros, que son sus discípulos

Desde 1985 ha servido a la educación en el departamento del Cauca, territorio de montañas vivas y voces diversas. Ha sido rector en instituciones como José Acevedo y Gómez, en Santa Rosa –Bota Caucana– y en la Agrícola de Tunía, en Piendamó; coordinador en las instituciones Madre de Dios e INAMIX; Director de Núcleo de Desarrollo Educativo; Supervisor de Educación y responsable de programas que sostienen, fortalecen y orientan la gestión educativa en el departamento.

Hoy, como coordinador en la Institución Educativa Escipión Jaramillo, en Caloto, continúa sembrando pensamiento, diálogo y esperanza en un territorio marcado por el conflicto, pero también por la resistencia y la dignidad.

Su obra reciente propone *pedagogías para el cuidado de la vida en contextos atravesados por la guerra en el norte del Cauca*: un llamado a educar desde la memoria, desde el respeto a la diversidad, desde la convicción de que la escuela puede ser refugio y también horizonte. En sus páginas se escucha la voz de un maestro que ha hecho de la educación un acto de sanación, de comunidad y de futuro.

Julio Herberth Montaño Gruezo es, ante todo, un educador de territorio, un caminante de la palabra y del pensamiento pedagógico latinoamericano, un hombre que ha dedicado su existencia a proteger la vida donde más duele y a encender luces allí donde otros solo ven sombra.

El desplazamiento forzado en el marco del conflicto armado en Colombia

El derecho a acceder a la justicia está consagrado en la Constitución Política de Colombia. No es un formalismo jurídico: es la garantía de que cualquier persona, cuando ve vulnerados sus derechos, pueda encontrar un camino claro para ser escuchada, protegida y reparada. Sin ese acceso real y efectivo, la convivencia pacífica se convierte en una aspiración vacía.

Pero en Colombia, y particularmente en el marco del conflicto armado, el acceso a la justicia ha sido una promesa incumplida para miles de víctimas. Entre ellas, las 173 familias del corregimiento Alto El Palo, en Caloto, Cauca, quienes fueron desplazadas tras la masacre perpetrada el 8 de noviembre de 2002. Su historia es un ejemplo doloroso de cómo la ausencia del Estado agrava la violencia y prolonga el sufrimiento.

El derecho que no llega

La Corte Constitucional ha insistido en que el acceso a la justicia es parte esencial del debido proceso. Sin él, las normas son meras declaraciones. En la práctica, acceder a la justicia significa que los operadores judiciales investiguen, imputen y tomen decisiones basadas en pruebas, sin miedo y con garantías de seguridad. También significa que las víctimas encuentren una respuesta institucional que esclarezca los hechos y sancione a los responsables.

Sin embargo, esa garantía elemental no se hizo presente en el caso del Alto El Palo. Cuando, años después de la masacre, se consultó a la Fiscalía por el estado del proceso penal relacionado con esos hechos, la respuesta fue desconcertante: no existía ningún registro.

No había investigación por la masacre.

No había investigación por el desplazamiento forzado.

No había, en términos reales, justicia.

Esta ausencia no puede explicarse como un simple olvido. El hecho fue público, difundido por medios regionales y nacionales. Pero ni las autoridades iniciaron las investigaciones de oficio ni quienes tenían la responsabilidad de denunciar lo hicieron. Ya fuera por miedo, por negligencia o por la falta absoluta de condiciones de seguridad en la región, lo cierto es que el crimen quedó en la impunidad.

Allí, la justicia no falló después del proceso. Falló desde el principio.

Cuando el Estado no puede —o no quiere— proteger

El derecho penal tiene una función social: prevenir el daño, sancionar a quien vulnera bienes jurídicos y proteger al ciudadano. Pero en zonas donde el Estado está ausente o llega tarde, esa protección no existe. Fiscales y jueces en municipios apartados suelen enfrentar la obligación de procesar a grupos armados ilegales sin contar con escoltas, apoyo policial ni presencia militar estable.

No es difícil entender por qué muchos procesos no avanzan: los operadores judiciales trabajan, literalmente, a riesgo de su vida. Aun así, la responsabilidad del Estado permanece intacta. Como lo ha dicho la Corte Constitucional, si el Estado no fue capaz de impedir que las personas fueran expulsadas de su territorio, debe —al menos— garantizarles condiciones para reconstruir sus vidas.

En el Alto El Palo no ocurrió ni lo uno ni lo otro.

El crimen fue conocido.

Las víctimas fueron desplazadas.

Pero la justicia nunca llegó, y el Estado no actuó con la diligencia mínima para acompañarlas en su retorno o para restituirles los derechos perdidos.

La deuda con las familias del Alto El Palo

Cuando se habla de desplazamiento forzado, suele pensarse en cifras frías y estadísticas. Pero detrás de cada caso hay una comunidad entera que lo perdió todo en un solo día: su hogar, su historia, sus afectos, su tranquilidad.

Para las familias del Alto El Palo, la masacre significó la ruptura abrupta de un proyecto de vida. Quedaron desprotegidas, invisibles, sin garantías de retorno, sin acompañamiento real. Y, lo más grave: sin acceso a la justicia.

Durante años, la respuesta institucional se limitó al asistencialismo: ayudas temporales, mercados, promesas. Pero eso no es reparación. No basta para quienes vivieron el terror, abandonaron sus tierras y tuvieron que reconstruir su vida en otros lugares o regresar sin garantías.

La reparación integral debe asumir que los derechos vulnerados fueron muchos y simultáneos. El desplazamiento forzado es un delito plurifensivo: compromete la vida, la integridad, la libertad, la seguridad alimentaria, la estabilidad económica, el derecho al trabajo, a la educación, a la salud, a la vivienda y al arraigo cultural. Por eso, repararlo no puede reducirse a un pago simbólico o a un programa asistencial. Debe devolver lo que fue arrebatado y restituir la dignidad perdida.

Reparar es restablecer el tejido roto

El marco jurídico colombiano, hoy fortalecido por la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) y por programas de restitución de tierras, ofrece herramientas importantes para avanzar en esa reparación. Pero para que estas herramientas tengan sentido, el Estado debe activar su voluntad política y aplicar los mecanismos existentes con oportunidad, continuidad y presencia territorial.

La reparación integral incluye varios componentes inseparables:

Restitución: devolver la tierra y las condiciones materiales básicas para retomar la vida productiva es un paso esencial. La autonomía económica no se construye con subsidios momentáneos, sino con oportunidades reales para que las comunidades desarrollen proyectos sostenibles, acordes con sus vocaciones y capacidades.

Rehabilitación: las heridas psicológicas que deja el conflicto no desaparecen solas. El acompañamiento psicosocial y médico es indispensable para cerrar ciclos de dolor y reconstruir la confianza, tanto personal como colectiva.

Satisfacción: el reconocimiento público de lo ocurrido, las disculpas institucionales, la reconstrucción de la memoria histórica: todo ello reivindica a las víctimas y les devuelve la voz que les fue arrebatada por la violencia y luego por el silencio institucional.

Garantías de no repetición: no basta con reparar lo sucedido. Es obligatorio prevenir que vuelva a ocurrir. Para ello, la presencia del Estado debe ser permanente y efectiva, no intermitente ni reactiva. Cuando el Estado se retira, otros actores ocupan su lugar: grupos armados, economías ilícitas, estructuras violentas que imponen la ley del miedo.

Esa ausencia estatal fue una de las causas del desplazamiento en el Alto El Palo. No puede repetirse.

Dos décadas después: la herida sigue abierta

Más de veinte años han pasado desde la masacre. Pero las condiciones de vulnerabilidad persisten. En algunos casos se agravaron. Muchas familias se desintegraron; otras quedaron atrapadas en ciclos de pobreza que se profundizaron con el tiempo. Y la indiferencia institucional y social ha prolongado una tragedia que pudo —y debió— atenderse de manera inmediata.

Hoy, las 173 familias siguen esperando justicia. Siguen esperando reparación. Siguen esperando que el Estado colombiano cumpla con lo que prometen sus leyes y sentencias: garantizar la vida, la igualdad, la libertad, el trabajo, la justicia y la paz.

No se trata de un acto de generosidad. Se trata de un acto de justicia. Se trata de cumplir un deber constitucional y, sobre todo, humano.

Un llamado necesario

La historia del Alto El Palo no es solo la memoria de un crimen. Es también una advertencia sobre lo que ocurre cuando el Estado se ausenta. Cuando las leyes no se aplican. Cuando la justicia no llega. Cuando las víctimas quedan solas.

Cumplir con la reparación integral, garantizar el acceso a la justicia y asegurar la no repetición honran no solo la Constitución y los tratados internacionales: honran la dignidad humana.

El país —el Estado y la sociedad— tiene una deuda histórica con estas familias. Y esa deuda no se salda con discursos ni con ayudas temporales, sino con acciones concretas que devuelvan la tranquilidad, el trabajo, la seguridad, la educación, la salud y, sobre todo, el derecho a vivir sin miedo.

Esta es la obligación que aún está pendiente.

Y es la medida con la que se debe valorar, hoy y siempre, la verdadera capacidad del Estado colombiano para garantizar justicia y paz.

Jairo A. Libreros Cáceres

Docente por convicción, defensor de la libertad por destino

Jairo A. Libreros Cáceres está tejido, de manera irrevocable, a Guadalajara de Buga, la ciudad donde vio la luz en 1937 y donde sus primeros pasos tuvieron el rumor del viento sobre El Derrumbado, la colina que custodia el valle como un vigía antiguo. Allí, en el tradicional Colegio Académico, comenzó a formarse el hombre que pronto haría de la palabra su brújula, de la libertad su oficio, y de la “bugueñidad” una raíz luminosa que lo acompaña en cada gesto. Hijo de Nelson Libreros y de Dolores Cáceres, creció entre símbolos que aprendió a descifrar mirando los colores de su ciudad. De ese paisaje interior nació un hombre profundamente local y, al mismo tiempo, universal.



Su disciplina académica da fe de ello: Abogado y Especialista en Derecho Procesal Laboral por la Universidad Nacional de Colombia; Especialista en Derecho Procesal por la Universidad Libre; Especialista en Docencia por la Universidad del Valle. A esta formación rigurosa sumó su vocación mayor: la lectura libre, vasta, inagotable. Su obra invita a recorrer lo mejor de las letras del mundo, como quien abre una puerta y deja entrar el resplandor de todas las bibliotecas.

Docente por convicción, defensor de la libertad por destino, es Profesor Benemérito–Fundador de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Humanísticas de la Uceva, donde sembró generaciones con su pensamiento crítico y su fe inamovible en el humanismo.

Jurista brillante, ejerció como Magistrado y Presidente del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Buga en cinco ocasiones, y como juez penal y civil en distintos municipios del Valle del Cauca. Su vocación cívica continúa intacta: hoy preside la Sociedad Bolivariana, capítulo Buga, y la Fundación Colegio Académico, instituciones que resguardan memoria, educación y ciudadanía.

Escritor y columnista permanente, ha dirigido la *Revista Judicial del Tribunal Superior de Buga* y la *Revista Socio-Jurídica* de la Uceva. Ha sido colaborador de *El Bugueño* y de *Pensar la Uceva*, espacios donde su palabra encontró siempre lectores atentos. Su libro *Hitos a la vera del camino* condensa la madurez de una vida dedicada al pensamiento. En él despliega la amplitud de sus temas: la memoria de Buga, que ocupa las dos primeras partes; la Literatura Universal, que recorre en la tercera con mirada crítica y apasionada; la historia de Colombia, revisitada con rigor y espíritu libertario en la cuarta; y su reflexión científica y jurídica, reunida en la quinta y sexta partes, como un aporte sustancial al pensamiento nacional.

Así camina Jairo Libreros: entre la colina que lo vio crecer y las vasterdades de la cultura universal; entre el deber cívico y la libertad del lector incansable; entre la memoria de su ciudad y el país entero, que se reconoce en sus páginas.

El Galeón Varado

Como a las seis de la mañana de aquel martes 13, me dirigía a pie al centro de la ciudad de B... debiendo pasar necesariamente por el puente conocido como De La Libertad, cuando, a dos cuadras más o menos de él, escuché una inmensa algarabía: voces destempladas, ásperas, groserías de malhablados y borrachos.

Al pasar la bomba de gasolina situada al extremo sur de dicho puente, vi cómo, inclinadas sobre este, las velas de un gran galeón —así lo supuse, al menos, por lo que había visto y leído en libros ilustrados, revistas y hasta en películas—. El palo mayor sobresalía sobre los otros tres y tocaba el hermoso árbol ubicado al extremo opuesto, esto es, el oriental del lugar donde yacía la imponente nave. Me pareció que el trinquete y la mesana estaban quebrados y que en mal estado lucían sus velas cuadradas.

«¿Cómo es posible —me decía yo— que, por mi afición a la historia, en especial a la de América y de España, habiendo leído sobre galeones llenos de oro que, al dirigirse a la última, eran asaltados y hundidos por piratas y corsarios ingleses, aquí, en esta ciudad ubicada hacia el centro del Valle del, haya encallado en un río de mezquinas aguas, sobre un anticuado puente del siglo XIX, un galeón de tan enorme tamaño?»

Me dirigí presuroso hacia el lugar del intenso alboroto. Cuando llegué a la mitad del puente, desde donde se veía bien el buque, observé una gran multitud de gente ansiosa de informarse de por qué un barco surgido de un pasado lejano estaba prácticamente atrapado entre las arenas del pequeño río y las paredes de cal y ladrillo del puente.

Observé, entonces, que corrían por la proa de la anacrónica nave numerosos marineros —en verdad, como luego lo comprobé, piratas— que se bamboleaban como borrachos, profiriendo horribles gritos y obscenidades no publicables, sobre todo contra la gente que desde el puente los silbaba y les gritaba también impropios.

Al llegar más cerca del lugar de los hechos, contemplé el momento en que aparecía el capitán del barco, a quien identifiqué porque su traje era más vistoso que el de los piratas: el gran sombrero tricornio, su barba hirsuta y negra, su enorme espada, el multicolor loro sobre su hombro izquierdo —más arriba del cual sobresalía un ojo que me pareció bizco— y el respeto que le mostraban todos los del galeón.

Este personaje, a gritos, daba órdenes mientras su boca se prendía de una enorme garrafa —supongo que de ron—. Parecía que le chocaba sobremanera ver tanta gente mirando el desastre de su navío, y más cuando en el hotel turístico ubicado al occidente del puente se aglutinaban otros; ya no del pueblo llano, sino de la alta y presumida sociedad del lugar: dueños de fincas y almacenes medianos, sin vocación cultural, que querían constatar lo que ocurría y que, cuchicheando, sostenían que todo era obra del Señor de los Milagros que reposaba en la Basílica Menor. Porque en este país cada lugar tiene su Milagroso y su estatua del Libertador.

Me recosté en uno de los parapetos del puente para ver mejor, cuando en esas me divisó el capitán del galeón, que me gritó:

—¡Magistrado! —porque debo confesar que ese era mi cargo, identificable a simple vista—: «¿Cómo hago para poder salir de este problema, pues el río de su ciudad es minúsculo y yo debo llevar toneladas de oro a Inglaterra, que me apropié cuando asalté el puerto del Callao y exterminé a toda la guarnición y a la población española?»

Desesperado, busqué una solución a tamaño problema, y ni siquiera le pregunté cómo llegó allí, pues, cierto, el río era minúsculo; no tenía agua ni profundidad suficientes para tan grande nave, y compaginar el siglo XVIII y el XXI era totalmente imposible.

—Nada se puede hacer —le grité—. Solo un milagro: récele al Milagroso. Quizá puedan remolcarlo al río Cauca, que queda cerca, pero si usted navega por él, los narcoparamilitares, los guerrilleros y la delincuencia común lo atracarán, y ni usted ni sus piratas, por valientes que sean, menos el oro, quedarán ilesos. Además, el Cauca no es muy navegable hasta el Magdalena.

—¡Bah! —me espetó el capitán—. Ya sabía yo que los magistrados no sirven absolutamente para nada, que están politizados, que ni siquiera defienden los derechos constitucionales de los capitanes de los barcos perdidos en el tiempo.

—Voy a cargar mis cañones —añadió, colérico en grado sumo.

—¡Cuidado! —le repliqué—, porque entonces iré a llamar al coronel del batallón Celapá y, con los modestos cañones modernos que tiene, convierte en aserrín la madera de roble de que se compone la armazón de su embarcación, absolutamente varada. Mejor quedese en B..., contraiga matrimonio con una mujer de aquí, cabal en todo sentido y con buenas acciones en los ingenios, para que viva bien; mande a esos piratas a los cañaduzales del V..., para que se ganen la plata honradamente, y entréguele ese oro a los santos depositarios del Milagroso, que esos sí saben hacer uso de él, para que más tarde Dios se apiade de su alma.

El capitán tomó un mosquete que le pasó un pirata con pata de palo y parche negro en el ojo izquierdo, y me disparó con él. No sentí nada; estaba casi en estupor catatónico. «Quizá es mal tirador», me dije para mi colete.

En ese momento la multitud se enfureció y comenzó a rugir: «¡El oro! ¡El oro! ¡Queremos el oro! ¡Mueran el capitán y sus malditos piratas!». (La decencia me impide consignar otros altisonantes epítetos).

Al mismo tiempo, los presentes en el puente comenzaron a gesticular y patear el suelo como poseídos por el demonio. Al poco rato se sintió un ruido espantoso: tembló la tierra, el puente traqueó y se desgajó un impresionante aguacero, acompañado de relámpagos y truenos que parecían venir del mismo infierno.

De pronto apareció una ola gigantesca por debajo del puente y, ante mis ojos atónitos, vi cómo el galeón ladeado se enderezaba; los piratas, dichosos, entonaban cánticos vulgares; aumentaban los traquidos y, a la luz de un relámpago, observé cómo el capitán, el del ojo bizco, gritaba levantando su espada, mientras el loro escapaba de su hombro, que izaran las velas, que tensaran los obenques y que se dirigiera el timón —visible en el castillo de popa— hacia el occidente, hasta que observé cómo desaparecía ese gran armatoste en un gran oleaje, que comenzaba a ocultar una espesa neblina.

—«¡Bueno! —me dije, un poco repuesto del impacto inicial de ese inusitado espectáculo—. Quizá todo haya sido mejor así; ya no soportaba más a ese cargante capitán.»

Despejado el puente, luego del temblor y del tremendo aguacero, el coche de un amigo que por allí pasaba me llevó a la plaza mayor, donde está el Tribunal, para iniciar ese día mi labor de magistrado.

Solo entonces, al entrar en el recinto de aquel Palacio de Justicia, me percaté de que mi blanca camisa, que apenas ocultaba el saco, estaba empapada de sangre. Corré, pálido y con las piernas débiles, a la clínica cercana, en medio de las exclamaciones y protestas de los empleados judiciales, que me miraban estupefactos y me echaban bendiciones, cuando antes me criticaban por ser tan exagerado en el cumplimiento de las labores de la justicia.

Tenía, a la altura de la clavícula, un foramen notable que, según me dijo el médico legista —quien solicito me atendió—, fue causado por una especie de balín, por supuesto de plomo, que antaño servía de munición a los antiguos mosquetes. Yo, concentrado en mi dolor, apenas si lo escuchaba.

Graciela Carvajal Rodríguez

Desde la serenidad del oficio bien ejercido



Graciela Carvajal Rodríguez nació en Timaná, en el Huila profundo, donde las montañas parecen guardar secretos antiguos y el tiempo sopla con la misma calma del Magdalena que pasa cerca, llevando historias de pueblo en pueblo. Allí abrió los ojos en un periodo histórico marcado por transiciones y silencios, cuando la palabra escrita era un refugio y un testimonio.

Desde entonces, su vida ha estado ligada al libro como quien sostiene un pulso vital. Por más de cuarenta años ha habitado sus páginas: primero como lectora incansable, luego como guardiana de la claridad y la precisión. Fue lectora de pruebas, oficio silencioso y esencial, donde sus ojos —frescos, atentos, imparciales— aprendieron a corregir el mundo una letra a la vez. Su labor minuciosa aseguraba que cada texto llegara limpio, íntegro y fiel a su intención, como una pieza recién pulida antes de entregarse a los lectores.

Tanto andar entre líneas y párrafos, tanto mirar lo que otros escribían, despertó en ella un propio rumor de tinta. Sus dedos, acostumbrados a señalar errores, comenzaron a trazar caminos nuevos; y su pensamiento, educado en la vigilancia de cada detalle, se abrió paso hacia la creación.

Así nació *El diablo me dio sobrinos*, una crónica familiar donde lo íntimo se vuelve de todos, un libro que respira humor, memoria y humanidad. Desde entonces, escribir se convirtió en hábito, en casa, en destino.

Así, también, publicó *El manantial de sus ojos*, un relato novelado que brota como agua clara desde lo más hondo de la sensibilidad. Ambientada entre las décadas iniciales y medias del siglo XX, en la población imaginaria de Villahermosa, al sur del país, su historia se desliza por los desafíos, amores, frustraciones y anhelos de sus personajes. Es un libro que invita a caminar junto a ellos, a sentir su época desde adentro, a reconocer en cada gesto la fragilidad y la fuerza de lo humano.

Desde la serenidad del oficio bien ejercido, desde la fidelidad a la lectura como forma de vida, desde la certeza de que las historias —como los manantiales— siguen brotando mientras haya quien las escuche, escribe Graciela Carvajal.

Amiga es pa' las que sea

El autobús rodó velozmente cargando los sueños de Cándida y Florina. Atravesó el Puente Internacional que divide los dos países y se enrutó por una vía alterna, desviándose de la carretera central, rumbo hacia la frescura de los Andes venezolanos. Cándida confiaba en su decisión: era el mismo camino de su primer viaje y la travesía habitual para los colombianos ansiosos de llegar al país del petróleo, sin ser requisados.

Los acordes de Pastor López sonaban sin cesar en la radio casetera, mezclando alegrías y nostalgias —otro año que pasa y yo tan lejos, otra Navidad sin ver mi gente—. Cándida y Florina tarareaban la canción y movían rítmicamente los hombros y las caderas, espantando la ansiedad y de paso contagiendo a sus vecinos.

Pronto llegaron el cansancio y el silencio. La rica vegetación que corría a la velocidad del automotor y los extensos cultivos de trigo y papa de los gochos, se abrían paso ante sus ojos. El olor a vomito y los chirridos del bus no dejaron dormir a Florina. Sus pensamientos volaban a su pueblo: quería volver a encontrarse pronto con su pequeño hijo Carlitos, abrazarlo y estrecharlo contra su pecho. Un fuerte codazo de Cándida, la devolvió a la realidad: una alcabala de control policial se aproximaba.

Cándida se inquietó por lo que podía llegar a pasar con Florina cuando estuvieran frente a los guardias venezolanos, pero ya no había marcha atrás, no existía retorno posible. ¡Nada qué hacer! Había llegado el momento de enfrentar la situación.

Ya sabés lo que tenés que responder cuando te interroguen, le inquiere Cándida a Florina. Sí, sí señora, que mi Dios y la Virgencita me ayuden, le responde Florina, asustada.

Las luces del bus alumbraron la alcabala ubicada entre la Fría y San Cristóbal. Cándida ve al guardia acercarse a filo de la carretera, indicando al conductor detenerse y orillar el vehículo. Se bloquea su mente, su corazón empieza a latir con afán, como si alguien le hubiese pinchado las costillas. Intenta volver a la normalidad cuando escucha la voz del guardia, en la puerta del autobús: Señores pasajeros, todos fuera del vehículo con sus equipajes y documentos en mano, esto es una requisita de la Guardia Nacional Venezolana; rápido, moviéndose. Formen dos filas, una para los hombres y otra para las mujeres. ¡Cónchale vale! Andando, más de prisa tenemos otros carros en espera grita molesto, por la lentitud de los pasajeros al bajar.

Cuando Cándida se bajó del vehículo, sintió la ansiedad del momento de la verdad. Se hizo al inicio de la fila, sin perder de vista a Florina. Una vez le revisaron documento de identidad y equipaje de mano, con el visto bueno del funcionario, se hizo a un lado, en espera de su compañera, tratando de recordar por qué se había metido en ese viaje, en cómo la gratitud la llevó al riesgo, a la ilegalidad, al abismo de ese momento. Recordó aquel día cuando su comadre le pidió el favor de llevarle una empleada de servicio hasta Valencia con documentos falsos. Amiga es pa' las que sea, pensó y esperó que lo mejor pasara.

Con timidez, Florina se enfiló y esperó al final de las mujeres. Mientras venía el guardia, caviló en cómo sería Valencia, en cómo sería trabajar donde la doña que tanto y tan bueno le había prometido Cándida, y de repente pensó en el padre del hijo que se había ido, unas ráfagas

de instantes cruzaron en su pecho. Florina no vio venir al guardia, que al estar frente a ella se percató de cómo sus manos temblaban, como hojas movidas por un huracán, y la interroga: — Señorita, ¿cómo te llamas?, ¿dónde vives?, ¿podrías darme la dirección?, ¿dónde trabajas?, muéstrame tu documento de identidad. Estas preguntas aceleraron el temblor en sus manos, el documento escapó y cayó. El guardia lo recogió. De nuevo le preguntó por su nombre. La joven palidece y empieza a tartamudear, olvidó el nombre que tantas veces vio en el papel que llevaba por identificación. Las palabras se negaron a salir, su mente quedó en blanco. El funcionario, contrariado, gritó: — ¿Qué pasa chica?, ¿este documento no es tuyo? ¿Por qué lloras? La tomó del brazo y la encaminó hacia la patrulla. La muchacha miró al oficial y señalando a Cándida, dijo: —Señor, esta señora es la persona que me entregó ese documento. Voy por un trabajo en Valencia, para traer a mi muchachito.

Las dos mujeres quedaron cara a cara, estallando en recriminaciones mutuas. Calláte, ya no me acusés más, mal agradecida. Yo, sí, la quería ayudar. Vos estabas sin trabajo en Colombia y necesitabas mantener a tu hijo, acordate. Seguro no hiciste caso a las recomendaciones que te hice. Metiste las de caminar en el interrogatorio que te hicieron. La joven llorando la mira mal, reprochándole lo del documento.

Los guardias ordenan al conductor del autobús, sacar las maletas de las dos mujeres. Florina se sumergió en un charco de angustias al ver alejarse el carro. Cándida palpó la humedad del copioso sudor que llega a su cabeza, nublando poco a poco sus pensamientos.

La llamada a seguir a la oficina del jefe de guardias no se hizo esperar. El momento de encarar la situación estaba frente a las dos mujeres. Se encontraron con un guardia de mayor rango que las miró con severidad: —Bueno señoritas, creo que son conscientes de la grave situación en que se encuentran. Primero se dirige a Florina: Señorita, usted porta un documento suplantando la identidad de otra persona, pretendía entrar a Venezuela, burlando a las autoridades. Fijando su mirada en Cándida, —dice riguroso: — Usted, señora, fue inculpada por la joven aquí presente, quien la responsabilizó de haberle facilitado identidad falsa. Estamos ante un caso grave. Esta misma noche serán llevadas a un calabozo en calidad de detenidas, donde serán procesadas en los términos establecidos por la ley. Les aconsejo que consigan un buen abogado.

Los guardias trasladaron a las dos mujeres al calabozo de Táriba, haciendo más penoso el recorrido. Uno de los funcionarios, con miradas lascivas, acercándose a Florina, le habló bajo: —Hola chica, ¿te llevo la maleta?, mirándola maliciosamente como si quisiera desnudarla, me gustas mucho mi jeva. Depende de ti para que tu situación se arregle, y asiéndola fuertemente por el brazo, la acercó hacia él ¿qué me dices, chama?

Florina bruscamente se aparta de él, baja sus ojos intimidada y le responde: No, no señor, yo llevo mi maleta.

El guarda obligó a las dos mujeres a caminar más rápido a pesar del cansancio que le manifestaron —coño, esto lo debieron pensar antes. A empujones las llevó hasta el sitio de reclusión.

La celda a la que las llevaron era fría, sucia, oscura, con repugnantes olores a orines y sobras de comidas descompuestas. El piso lleno de basura y las paredes amarillentas hacían aún más terrible el cautiverio.

El cansancio del viaje y la caminada en su traslado, hicieron que Cándida y Florina se desplomaran. Utilizaron sus abrigos, como cabecera, y alargando sus piernas entraron en un intranquilo sueño. Despistando el frío y el hambre, la gritería, las palabras obscenas y el hacinamiento. Fue poco lo que lograron dormir.

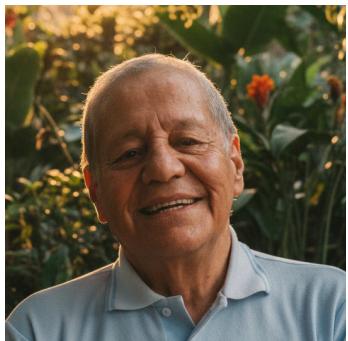
Cándida y Florina se levantaron con las primeras luces del día, sus ojos lucían hinchados, secos y cansados. Se miraron la una a la otra. Sin cruzar palabra se sentaron juntas. Después de un rato eterno de silencio, Cándida le contó a Florina cómo su marido la había abandonado cuando sus hijos estaban todavía muy pequeños y desesperada por no conseguir trabajo en su país, tomó el riesgo de irse a Venezuela, indocumentada, diez años atrás. Ya mis hijos están grandes. Yo pensé que tú podrías hacer lo mismo y yo pagar así mi deuda de gratitud con mi comadre. Amiga es pa' las que sea, dijo llorando. Florina conmovida la abrazó. A mí un hombre me preñó y se fue, cómo son estos de jodidos. Ambas rieron y por un momento olvidaron el encierro y el infierno que estaban viviendo. Amiga es pa' las que sea, *señito* perdone usted.

Desde su comodidad, la comadre de Cándida fue enterada de su arresto y el de Florina al día siguiente del suceso, por la oficina del centro de detención de inmigración de Táriba. El funcionario le comunicó la situación con detalles. Su comadre al saber del asunto, haría lo que fuera para liberarlas, pensaba Cándida, optimista. Pero la Comadre al contrario de Cándida estaba segura que toda amistad tiene su límite, meter las manos en un asunto como ese, por ejemplo.

No hubo respuesta. La espera se eternizó. No llegó la luz. Cándida y Florina se metieron en sus propios miedos comprobando la terrible frustración que la ingratitud produce y mirando al cielo clamaron con fuerza: — Señor, permítenos los medios para nuestra liberación. Y que no esté muy lejano el momento de ser las mismas dos mujeres que pocos días antes, viajamos cargadas de muchas ilusiones.

Rodrigo Ulises Escobar Rivera

Pionero de la autogestión cultural



Nació en Cali un 20 de junio, cuando el Valle del Cauca era todavía un gran patio de viento tibio y escuelas que abrían el mundo con lápices. Hijo de don Hernando Escobar Albán, maestro y supervisor escolar —hombre que enseñó a mirar el horizonte como una lección diaria— y de doña Olga Rivera, trabajadora incansable que, entre agujas, oficios y cuidados, sostuvo durante más de seis décadas la trama luminosa de una familia numerosa.

Formado en la Escuela Piloto y en los colegios Santa Librada y Eustaquio Palacios, Rodrigo Ulises creció entre cuadernos, patios de recreo y un temprano fervor por el arte. Fue, desde muy joven, un sembrador de cultura: organizó junto a un grupo de muchachos, en los años 60 el Festival Estudiantil de Arte, abriendo así escenarios, llamando a la ciudad a celebrar su propio pulso de imaginación estética.

Bogotá lo recibió como a un viajero con preguntas. Allí cursó Antropología en la Universidad Nacional y, mientras aprendía a mirar al ser humano desde sus raíces, se convirtió en gestor cultural: levantó festivales de teatro y de arte infantil, jornadas de lectura, expediciones pedagógicas y encuentros de cultura callejera que aún resuenan en la memoria de la ciudad.

Ha recorrido instituciones laborando como quien recorre territorios: Bienestar Familiar, Acción Comunal, el Congreso, la Contraloría. Siempre con la sensibilidad del productor de ideas que entiende que la administración también puede tener conciencia.

Es autor de *Crónicas de un taxista* y del libro de cuentos *El truquito y la maroma*. Trabajó con el Teatro Libre de Bogotá y organizó giras nacionales e internacionales —como aquella de los Pies Descalzos— llevando teatro y música a veinte departamentos de Colombia. Fue asistente del maestro Rafael Escalona, aprendiendo de cerca el arte de convertir la vida en canción.

Padre de tres hijos que son, cada uno, una forma distinta de la belleza y el conocimiento: Rodrigo Hernando, artista y cineasta formado entre Cali y Beijing, poeta en mandarín; Paula Cristina, médica familiar, sembradora de cuidados en Bogotá, madre de Salomé y Matías y Harold Ulises, doctor en Ingeniería Química, investigador en la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos, residente en Houston.

Hoy, Rodrigo Ulises vive en su Cali natal, la ciudad que lo vio nacer y que sigue siendo su casa abierta al viento y a la memoria. Allí continúa habitando el arte, la palabra y el gesto cultural que han marcado toda su vida.

Noche de Navidad

Diciembre 24

Apreciado amigo:

Habíamos perdido comunicación porque hay muchos días y noches que son normales y no ocurren episodios que tengan algún interés especial para contarte. Hoy te contaré la historia con un pasajero.

Era la noche de Navidad.

Me solicitan un servicio para llevar a un alto ejecutivo de una importante empresa privada desde la sede de esa multinacional, ubicada en el norte de la ciudad de Bogotá, hasta Girardot, Cundinamarca. Como les he manifestado, lo que más me gusta es que me contraten para hacer expresos a otras ciudades, pues en un viaje de tres horas de ida y tres horas de regreso uno se gana lo del día, gasta menos gasolina, se esfuerza menos la máquina y trabaja más descansado. Se viaja escuchando buena música o hablando con los pasajeros.

Salimos a las ocho de la noche. El ingeniero, de nombre Carlos Alberto, muy bien vestido y de agradable presencia, llevaba muchos paquetes, un ramo de rosas rojas y un pastel muy grande que cargaba con mucho cuidado.

Arrancamos por calles y barrios iluminados: muchas luces, música y alegría.

La carretera estaba bien señalizada, pero con pocos vehículos. La noche, iluminada por una luna grandota y muchos luceros y estrellas en el firmamento. El ingeniero no podía ocultar la felicidad que sentía al realizar ese viaje y me manifestó:

—Esta Navidad será la mejor de mi vida, porque la razón de ir hasta Girardot es que debo visitar a mi novia y, a la vez, pedir la mano a sus padres. Todo está listo para casarme con ella en el mes de junio.

Contaba mi pasajero:

—Ya tengo treinta y cinco años y, a pesar de haber tenido varias novias, con la única que me casaré es con ella. Buena profesional, seria, hermosa y hasta dueña de un buen apartamento y su carro Tico Daewoo. Mejor partido y mejor suerte no puedo pedirle a la vida. Por tanto, debo impresionar a los viejos con la seguridad y los regalos que les llevo.

Les cuento que eran tantos los planes que mi pasajero tenía, que durante el viaje lo único que hizo fue contarme los sueños que él y su novia habían construido juntos. Ella había viajado en la mañana para tener listos todos los preparativos de la cena de Nochebuena que compartiría esa noche con su nueva familia.

Llegamos.

La familia de la novia vivía en el barrio más elegante de Girardot. Él bajó con su ramo de rosas, el pastel, y yo le ayudé a llevar los paquetes.

Me dijo:

—Espéreme un poco, ya le cancelo y le ofrezco algo.

Me puse a limpiar el parabrisas para el viaje de regreso. Luego me subí al carro, dispuesto a emprender la marcha, cuando mi pasajero regresó. Se sentó en la silla de adelante, cerró la puerta y murmuró:

—La vida es muy dura, muy, pero muy dura. Esto no puede ser, no me puede pasar esto a mí.

Y cuatro, cinco, seis, siete... muchas lágrimas derramaba, con un gran sentimiento de dolor del cual me contagié. Le pregunté:

—¿Qué pasó? ¿Por qué llora así?

Nada me respondía. Solo dijo:

—Arranque y vámonos para Bogotá.

Al cabo de media hora rompió su silencio y me dijo:

—Figúrese: yo enamorado de mi propia hermana. Todo iba muy bien hasta que llamaron al papá para presentármelo y, cuál fue la sorpresa que nos llevamos ambos al vernos, saber que ese era el padre de mi novia... y también era mi padre, y yo su hijo. Desde el día de mi graduación como profesional no lo había vuelto a ver. Ella subió al cuarto a llorar, después de darle cuatro puños duros en el pecho a su padre... quiero decir, a mi padre.

¡La vida es muy dura!

Feliz Navidad y felices Pascuas.

Los admiro.

El taxista.

Pedro Alcázar Flores

Donde el juego, la palabra y el escenario se encuentran

Licenciado en Arte Teatral y Magíster en Innovación Educativa y en Escritura Creativa, Pedro Alcázar Flórez ha tejido su trayectoria entre la pedagogía, el teatro y la narrativa. En ese cruce de caminos ha encontrado un territorio fértil donde el juego se vuelve método, puente y revelación: un modo de aprender, de expresar emociones y de encender la creatividad.



Su experiencia académica y artística lo ha llevado a diseñar procesos formativos en los que el arte, la espontaneidad y la reflexión conviven para fortalecer vínculos y abrir espacios seguros de expresión juvenil. Su mirada integra lo lúdico con lo pedagógico, lo estético con lo humano, entendiendo el escenario —real o simbólico— como un lugar para habitar la autenticidad.

Desde 2014 es docente de hora cátedra en la Facultad de Artes Escénicas del Instituto Departamental de Bellas Artes, donde acompaña múltiples áreas de la formación teatral. Además, coordina el Programa Juvenil en Arte Teatral, impulsando iniciativas que articulan arte, juego y acompañamiento educativo.

Su relación con la escritura nació en la infancia, en los pasillos del Liceo Quial, donde inventaba y escenificaba cuentos. Años después, la dramaturgia y la escritura académica lo condujeron a la Maestría en Escritura Creativa, espacio donde afianzó la voz narrativa que hoy sostiene su primera obra literaria publicada.

Su libro *La pelota es redonda* (2025) reúne ocho relatos sobre las primeras experiencias que marcan la adolescencia. Inspirado en vivencias reales de jóvenes caleños, el volumen entrelaza sensibilidad literaria y mirada pedagógica para explorar la amistad, el descubrimiento y la construcción de identidad.

Domingo de ensayo

El escenario se ilumina y la silletería está vacía. La sala de teatro está al servicio de un solo actor. Es domingo y estoy solo en la escena. Mi ensayo ya empezó y decido hablarle a mi madre.

El día que te conocí te dije que era yo, tu hijo, Pedro Alcázar Flórez. Me miraste de arriba a abajo y no me creíste. Te alejaste un par de pasos, frenaste en seco y regresaste a pedirme mi documento de identidad. Tenías la piel machacada por el sol, las uñas largas y parecías lo que eras: un habitante de calle.

Yo había hecho un largo viaje para encontrarte, desde Cali hasta Sincelejo, y con el corazón confundido no sabía qué decir. En ninguno de los posibles desenlaces que había imaginado para ese encuentro contemplé la opción de no ser reconocido por mi papá. Te veías cansado; de verdad necesitabas ayuda. Era de noche y yo empezaba a pensar que ese viaje no tenía sentido. Que, a lo mejor, no querías que te encontrara, que seguías siendo el mismo grosero que fuiste con mi mamá.

Te dije que me devolvieras mi documento y sonreíste para decirme:

—Pareces un futbolista.

Con esa frase me convertí en tu hijo. Supongo que le hablaste a esa parte mía que solo quiere jugar con una pelota. Le hablaste al adolescente que soñaba con jugar fútbol todos los domingos de su vida.

Acto seguido, me dijiste que debías atender la llamada de una emisora. Empuñaste tu mano y la uña larga de tu pulgar sobresalió buscando señal. Saludaste al presentador del programa y luego cambiaste de interlocutor al hablar con mi mamá:

—Mélida, por qué no me dijiste que Pedro venía a visitarme?

No hay nada más solo en el mundo que una sala de teatro después de una larga temporada de funciones y festivales. Tomo apuntes sobre la pregunta de mi papá: quiero que se escuche una distorsión radial y que se funda con la melodía del “Cumpleaños feliz” en el contrabajo.

En la escena de mi mamá voy a usar el micrófono; necesito que se distinga mi respiración. Cuando hablé con ella sobre mis primeros meses de vida, me contó que no se había dado cuenta de que estaba embarazada de mí y que mi papá no puso buena cara cuando le comunicó la noticia. Mi madre, fiel a sus principios, le contestó:

—Yo no voy a abortar.

Me desplazo de manera circular y bajan por la tramoya los dos cofres fúnebres. Procedo a animar un par de objetos que generan la paradoja de estar hechos por material inerte y, al

mismo tiempo, contener la frágil arenilla que alguna vez fue vida. Mi voz susurra en el escenario vacío de la caja negra.

Durante el día aplico consejos de la neurociencia para enfrentar el duelo y en la noche hago lo mismo, pero llorando. No soy capaz de contar alguna anécdota sobre mi mamá; si lo intento, tengo la sensación de desplomarme. He tenido episodios de llanto acompañados de espasmos puntagudos en la mitad de la garganta que derivan en ahogos de desilusión. Y he descubierto que, después de evitar algún bajón anímico o de esquivar las ganas de lagrimear cuando estoy en interacción con alguien, se me acumula la tristeza y necesito sacar tiempo para llorar o, de lo contrario, puedo implosionar.

En este momento solo queda encendida una luz circular en el centro del escenario. Digo en voz alta para fijar un cambio técnico en la cabina. Pienso en todo aquello que somos por herencia y nos atraviesa la existencia hasta el punto de imponerse sobre nuestros gustos: caprichos heredados sin posibilidad de retorno.

Se escucha Desvelo de amor; cantan Celia Cruz y su esposo, Pedro Knight.

La acción actoral de animar las cenizas de mis padres puede resultar incómoda en el espectador, y esa sensación se agranda cuando lanzo tres pizcas de cada uno para fundirse en un mismo polvo. Los cofres vuelan en el escenario. Mi papá y mi mamá bailan. Bailamos.

Es el momento de un efecto teatral que requiere precisión mecánica para lograr la sensación de agonía en los últimos suspiros. Los cofres expiran y la tramoya se lleva para el cielo a mi papá y a mi mamá.

Hago una pausa. Respiro profundamente. La ausencia de mi mamá me duele más que la de mi papá, pero no paro el ensayo.

Las luces delimitan dos rectángulos espaciales. Realizo un bucle de acciones cotidianas en un diminuto apartamento. Se escucha en la radio un pronóstico del clima sobre varios días grises. Mecánicamente desayuno huevos con arepa. Empieza el delirio de la cotidianidad: barro, trapeo, lavo ropa, cocino, como, cago, lavo los platos, duermo, despierto y vuelvo a barrer. La señal de la emisora se altera con frases que anuncian distintas horas del día.

Un teatro vacío es un espacio que multiplica la soledad, lo cual es comprensible: se trata de un lugar hecho para el convivio cultural. La tarde del domingo languidece y el ensayo todavía no ha terminado.

En la última escena interpreto a mi papá. Realizo las mismas acciones de su puño radial. Me enfrento a su deterioro cognitivo y contemplo la posibilidad de haber heredado su demencia. Recuerdo la voz de mi mamá y me siento débil, pero no paro el ensayo.

Intento sintonizar la emisora con mi antena pulgar y me doy cuenta de que solo en la ficción encuentro compañía. Le hablo a los espectadores:

—Estimado público, su presencia es innecesaria en esta historia que no quiere ser exhibida. No hace falta que sigan fingiendo atención a este hecho teatral. Se pueden ir, y recuerden que el próximo fin de semana tendremos nueva temporada.

El escenario se oscurece lentamente y el telón se cierra conmigo adentro, conmigo a oscuras. Es domingo y no quiero que sea lunes. Es domingo, y soy un huérfano bañado en ceniza que va a repetir el ensayo.

Margarita Cruz

Una vida sembrada entre la enseñanza, la memoria y la palabra

Margarita Cruz nació el 9 de mayo de 1951 en Albán, corregimiento de El Cairo, Valle del Cauca, entre montañas que parecen guardar la memoria de los días claros. Hija de Facundo Cruz Hernández y Lola García de Cruz, creció entre las voces del campo y la disciplina amorosa del hogar, antes de trasladarse a Cartago, donde su vida empezaría a escribirse con tiza blanca.

En el colegio María Auxiliadora cursó su vida escolar completa, desde la admiración del kínder hasta la formación como Normalista Superior. Allí descubrió que educar es encender luces en otros, y decidió hacer de la enseñanza su modo natural de estar en el mundo. Inició su camino como maestra en Zaragoza, en la escuela Antonia Santos, y más tarde llegó a Cali, donde dejó huellas de paciencia y afecto en la escuela Manuel María Mallarino, la Rufino José Cuervo de Meléndez y, finalmente, la República del Perú. Cada escuela fue una patria breve; cada aula, un jardín donde su vocación florecía una y otra vez.



En 1980 emprendió estudios de Psicología en la Universidad del Valle, pero los giros inesperados de la vida la llevaron a suspenderlos. De ese tiempo nacieron sus hijos: Margarita María y Ariel Felipe. La primera partió prematuramente junto a su padre en el terremoto de Popayán; el segundo, alentado por la determinación silenciosa de su madre, es hoy médico hematooncólogo en Tampa, Estados Unidos.

Cuando Ariel cursaba el bachillerato, se abrió para ella una puerta de regreso: una licenciatura ofrecida por la Universidad Libre. Aunque corta en duración, Margarita la abrazó como un renacer necesario, una oportunidad para recuperar un camino interrumpido. A partir de esa base, obtuvo su título en Filología e Idiomas: un retorno a la palabra, a la raíz de su vocación.

Su trayectoria también se nutrió del compromiso ambiental. Junto a su compañera María Elvira Vásquez lideró el proyecto transversal de Educación Ambiental que trajo consigo la Ley General de Educación. Con dedicación y amor construyeron Somos Semillas de Vida, un programa que en 1998 fue reconocido como el Mejor Proyecto Ambiental Escolar del Valle del Cauca, distinción otorgada por el Ministerio de Educación y el Ministerio del Medio Ambiente. Tras décadas de entrega a la docencia, en 2015 se jubiló y abrió una puerta nueva, luminosa y personal: la de la escritura. Hoy forma parte del Semillero de Letras, donde habita ese territorio en el que las palabras se convierten en casa, memoria y revelación.

Porque hay vidas que se escriben como quien siembra. Y la de Margarita Cruz germina todavía.

La violencia se atravesó en mi vida

Iniciaba el año de 1912 cuando, en la población llamada Villahermosa, en el Tolima, nació en el hogar de Francisco García y Teresa Martínez una niña a quien llamaron Lola. Al año y medio, para completar la media docena, llegó su hermana Teresa.

Como en muchos hogares, se celebraba con alegría el arribo del nuevo miembro de la familia; pero la dicha fue empañada por la muerte de la mamá, Teresa Martínez de García, a causa de “fiebre puerperal”, que en términos médicos actuales sería infección posparto.

El padre, Francisco, tenía desde ese momento el cuidado y la manutención de sus retoños, lo cual se facilitaba por su solvencia económica; pero aun tanta responsabilidad no fue óbice para que, siendo el alcalde del pueblo, se dejara retar a duelo por un joven de su comarca, falleciendo en tan desafortunada circunstancia. Tal osadía, en la época, era muestra de “honor y dignidad”.

Los pequeños hijos fueron repartidos entre sus tíos maternos, al igual que sus bienes, aunque de estos últimos poco se supo. Se puede suponer que fueron parte de pago por haberles permitido gozar de un hogar y buena alimentación.

Lola, mi madre, creció con su tía María Martínez de Giraldo, una persona amable, y con su esposo, Ramón, un hombre de recio carácter. Su infancia transcurrió en el Tolima. Logró estudiar hasta tercero de bachillerato, lo cual era bastante para una mujer de su tiempo. Aprendió modistería y, luego, enfermería con el doctor Miguel Navarro, quien, al ver sus capacidades, la animó a terminar el bachillerato y conseguir una beca para estudiar Medicina. Su papá adoptivo no se lo permitió.

Unos años después conoció al hombre con quien se casaría, mi padre, Facundo Cruz Hernández, un ser alegre, defensor de los menos favorecidos y amigo de la justicia. Así, un hombre festivo, comprometido con el partido liberal, y una mujer sumisa, poco fiestera, de ascendencia conservadora —pero a quien los hechos inclinaron al liberalismo— decidieron unirse en matrimonio.

Ambos eran amigos de los libros, honestos, soñadores y leales a sus convicciones: ella, de nariz aguileña, ojos azules y tez clara; él, alto, fornido, de piel cobriza y de rasgos y ancestros indígenas. Vivieron en El Líbano, Santa Teresa, Ambalema y Armero.

El 5 de julio de 1947 llegó el primer fruto de su amor: mi hermano Carlos Alberto, en El Líbano, Tolima. Mi papá, autodidacta, se orientó por el ejercicio del derecho: se hizo tinterillo.

En vista del fuerte asedio que los conservadores extendían contra los liberales, acudieron a un pariente lejano que se desempeñaba como párroco de Albán, corregimiento de El Cairo, en el extremo norte del Valle del Cauca.

El éxodo estuvo marcado por peligros e incertidumbres. Se hospedaron en el hotelito de unos conocidos quienes acompañaron su clandestinidad. Los instalaron en una habitación donde pasaron la noche en vela, escuchando los pasos de botas militares, pues en el corredor aledaño los chulavitas hacían guardia esperando la llegada de liberales para asesinarlos. Era tanta la urgencia del silencio que mi madre recurrió a darle a su niño de un año un chupo de caucho toda la noche, para que su llanto no los delatara.

Finalmente llegaron a Albán, donde nací dos años después. Recuerdo un pueblito donde jugaba todo el día con mi perro y con mi hermanito cuando llegaba de la escuela. Mi papá trabajaba y mi mamá cuidaba de nosotros.

Pero no fue suficiente tal padrinazgo y, con el paso del tiempo, las amenazas llegaron. El 11 de abril de 1955 lehirieron las piernas con tres balazos. En esa ocasión se salvó. Sin embargo, no fue así el 20 de agosto del mismo año, cuando a las 6:30 de la tarde, mientras conversaba con un amigo en la puerta de nuestra casa, le dispararon igualmente tres veces, causándole la muerte. Los pájaros —nombre con el que eran conocidos los asesinos— en muchas ocasiones lo hacían al grito de: “¡Que viva Cristo Rey, abajo el Partido Liberal!”.

Mi tía Maruja se casó también con un liberal: Túlio Yépes. Tuvieron nueve hijos. A raíz de las amenazas, se fueron huyendo a El Líbano y después a Bogotá.

Era este un país tan godo y rezandero que se regocijaba cuando curas como el obispo Miguel Ángel Builes, paisa él, y Ezequiel Moreno Díaz, español reaccionario y antiliberal, vociferaban en los púlpitos que “matar liberales no era pecado”. De esta manera se normalizaba en Colombia el asesinato por ideología, y llegamos a la dolorosa cifra de 300.000 víctimas mortales.

Resulta espeluznante la manera como la población tuvo que soportar las acciones violentas y desgarradoras que se infligían sin compasión los contendientes de ambos partidos. Veamos dos ejemplos:

“El mes de octubre marca uno de los períodos más nefandos en la historia de la descomposición en Colombia. Es asaltado, incendiado y saqueado el caserío de Ceylán, en Bugalagrande (Valle), donde los bandidos dejan cerca de 150 víctimas, algunas de ellas incineradas. Enseguida, masacran en San Rafael a 27 ciudadanos cuyos cadáveres, arrojados al río, empurparon totalmente las aguas.”

“El descuartizamiento es un proceder criminal muy empleado en las zonas de violencia. En Cañasgordas (Antioquia), un joven de 18 años se encuentra con los chusmeros, quienes, sin más razón, lo cargan con los despojos del botín ganado en el último asalto. A cada paso le causan una herida; luego lo atan a un árbol, le cortan las manos y los pies y, con un cuchillo, le despedazan toda la región del corazón. En el camino quedan regados los dedos y los miembros genitales.”

Nuestra familia es, en gran parte, católica, al punto de que la mayor de los tíos abuelos,

Genoveva García, era monja Vicentina, y tres de sus tíos, sacerdotes igualmente Vicentinos: Gratiniano Martínez, Fidenciano Martínez y Francisco Martínez, quien, por un accidente, debió abandonar sus estudios en el Seminario y fue el hermano Pachito. El padre Gratiniano fue nombrado Prefecto Apostólico de Arauca.

El Llano colombiano también estuvo azotado por la cruel guerra partidaria, mayormente en las zonas campesinas. Monseñor Gratiniano Martínez, hombre ilustrado y autor de doctrina, tuvo a bien acercarse a Guadalupe Salcedo procurando el diálogo que condujera a la consecución de la paz. Pero —¡oh sorpresa!— una acción conciliatoria dio lugar a su traslado a la Prefectura Apostólica de Inzá, Cauca. Murió poco tiempo después. Decía mi madre que, además de por su edad avanzada, él había muerto de “pena moral”.

Mi tía Teresa, la menor de los seis hermanos, se casó muy joven con Carlos Valencia, un hombre correcto y estudioso. Tuvieron doce hijos, entre ellos Carlos Ernesto, quien se hizo abogado de la Universidad Libre de Pereira. Inició su ejercicio profesional en Santa Rosa de Cabal y, con el tiempo, fue trasladado a Bogotá como Fiscal Séptimo Superior.

Participó como investigador del Instituto de Estudios Criminológicos, que por entonces orientaba el presidente de la Corte Suprema de Justicia, el doctor Alfonso Reyes Echandía.

Obtuvo una beca para cursar especialización en Derecho Penal en Alemania. A su regreso al país ocupó la Dirección del Departamento de Ciencias Penales y tuvo a su cargo el Consultorio Jurídico de la Universidad de los Andes, que en ese momento era la única que tenía la posibilidad de homologar sus títulos en Harvard y otras universidades del mundo.

En 1986 lo nombraron Magistrado de la Sala Penal del Tribunal Superior de Bogotá. A su despacho llegaron por reparto los expedientes de Pablo Escobar por la muerte de don Guillermo Cano y de Gonzalo Rodríguez Gacha por la muerte de Jaime Pardo Leal. Se enfrentaba mi primo a los máximos exponentes de la mafia en esa época.

Los dos magistrados que lo antecedieron en este caso estaban amenazados. Por tal razón salieron del país, pero asesinaron al papá de cada uno de ellos.

El 16 de agosto de 1989, Carlos Ernesto iba con el chofer y un escolta en un Toyota oficial que le habían asignado. Al llegar al semáforo de la calle 13 con carrera 17, los sicarios de la mafia dispararon la subametralladora Uzi. Carlos Ernesto murió a las 7:45 en la Clínica del Seguro Social. Seis disparos le habían destrozado los pulmones y el hígado.

En la familia nos preguntamos siempre:

¿Cómo un magistrado tan amenazado no tenía un carro blindado y una robusta escolta?

Javier Cortés Cortés

Un cántico a la tierra y a lo humano

En Candelilla, corregimiento que huele a mar y a brisa baja, donde Tumaco apenas se alza dos metros sobre el mundo, nació Javier Cortés Cortés. Allí, donde la sal perfuma la mañana y la memoria avanza con el ritmo incesante de la marea, comenzó a germinar el poeta que hoy entrega sus escritos en verso y prosa como quien devuelve al origen un puñado de luz.

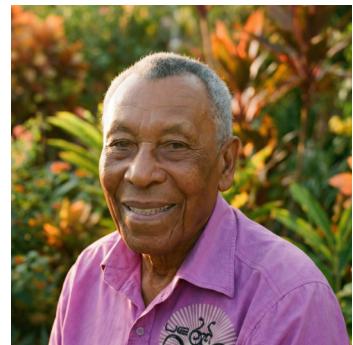
Muy joven navegó hacia Buenaventura, donde culminó su bachillerato en el Colegio Pascual de Andagoya (1960).

Luego ascendió, como vela que se transforma en cometa, hasta los 2.822 metros de Tunja, la ciudad fría que lo acogió en 1961 y en la que obtuvo el título de Licenciado en Ciencias Sociales y Económicas (1964) en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Su deseo de comprender el mundo lo llevó más lejos: Geógrafo Profesional del Colegio Nacional, Magíster en Filosofía Latinoamericana por la Universidad Santo Tomás (1987), Investigador y Doctor en Derecho Político por la Universidad Nacional UNED, de Madrid.

Su vida ha sido, sobre todo, un acto de generosidad intelectual. Maestro y educador por vocación profunda, dejó huella como rector de la Normal Nacional de Piendamó; profesor en la Normal Nacional de Bolívar, Cauca; docente del INEM Jorge Isaacs; profesor de la Universidad Santiago de Cali desde 1968 y catedrático de la Universidad Libre. Su presencia en las aulas fue siempre una puerta abierta, una brújula.

Autor de *Poemía Lírica*, el poeta se sitúa frente a la vida, la mujer y el paisaje, y organiza su canto en cuatro rumbos: la autobiografía frente al espejo; el homenaje a Teresa, su amada; la contemplación de las estrellas y el resplandor de las auroras; y la celebración de la mujer como presencia esencial. Otra de sus obras, *Tierra espléndida y grandiosa*, es un recorrido virtuoso por la geografía colombiana: sus formas, matices y colores, pero también sus angustias y dolores. Es un canto libertario y agradecido que enseña sin imposiciones, con la suavidad de un susurro y un diccionario al alcance de la mano.

En *La grandeza poética de Tumaco*, reúne voces que permiten valorar la poesía nacida del corazón de su gente, piezas literarias que alcanzan la altura de los grandes vates del mundo. Este libro evoca épocas brillantes y personajes que cantaron al amor, al desencanto, al asombro, al dolor, desde una espiritualidad diáfana y elevada. Tierra de encantos confirma esa vocación de hondura: leer sus poemas es comprender su origen, saborear el sentido de sus imágenes y descubrir cómo la palabra puede recrear el alma, incluso la más silenciosa. Toda su obra es, en esencia, un cántico a la tierra que nos vio nacer: a sus mujeres luminosas, a su mar incansable, a su ruralidad fecunda, a la naturaleza y al folclor.



¿Quién mató a Boné?

Bonifacio Guadil (DON BONE) era un nativo descendiente de los pocos indios Tumas que sobrevivieron a la conquista y a la colonia de América del Sur. Los mismos que desarrollaron la cultura Tumaco, de la Tola y la Tolita.

Vivía en una pequeña vega fluvial de la vereda de La Vigía, ubicada en la llanura del Pacífico, en el valle medio del río Mira.

Continuando la tradición histórica de sus antepasados, Don Bone se dedicaba a las labores agrícolas cotidianas, a la pesca y a la caza tradicionales; esta última actividad, la caza, igualmente que sus vecinos y coterráneos, la realizaba internándose hasta el fondo de la exuberante selva ecuatorial de la llanura, especialmente en los espacios conocidos como la Turbia y Cuespí.

Un día 2 de noviembre, día de la conmemoración de las Ánimas, Bone salió con sus implementos de cacería hacia la localidad de la Turbia, aprovechando la oportunidad de que, como esa fecha era considerada día festivo, no perdía el trabajo desarrollado en las actividades agrícolas acostumbradas.

Partió muy contento, como siempre, con la esperanza de lograr una buena cacería y traer, por la tarde, el producto de su faena, que representaba un buen porcentaje en la dieta alimenticia de la familia.

El día transcurrió normalmente en la vereda, pero Bone no regresó ni en la tarde ni en la noche a su casa.

Al día siguiente, la familia, los vecinos y los amigos estuvieron a la expectativa esperando el retorno del cazador, pero pasó el mediodía y Bone no volvió.

Por la tarde, los habitantes de la vereda integraron varias comisiones de rescate y marcharon hacia la selva, en búsqueda del amigo y compañero de caza en muchas oportunidades.

Todos iban muy prevenidos; por eso iban bien armados con escopetas, machetes, hachas, palos, pitos, bombos, churos, ollas y cacerolas, para hacer ruidos y espantar los animales peligrosos y para comunicarse entre sí, y, sobre todo, para que Bone, si estaba perdido, se orientara y se comunicara con ellos.

Se internaron en la selva y emprendieron la búsqueda. En cada comisión iban baquianos que conocían los senderos y los sitios más apropiados y preferidos por ellos para desarrollar las actividades de la cacería.

Caminaron mucho terreno sin hallar rastro alguno, pero de pronto, en un sector no tan enmalezado, notaron un campo despejado como si se tratara de un lugar donde se hubiera

realizado una lucha o pelea de varias parejas de animales.

Los árboles pequeños estaban quebrantados, las hierbas arrancadas y los árboles grandes y medianos tenían las raíces y los troncos pelados, como raspados por algún instrumento contundente.

Las comisiones se comunicaron y se reunieron, y desde allí en adelante siguieron dos huellas diferentes: una de dos pies normales, que se supone eran los de Bone, y otra de un pie gigante, aproximadamente de unos 40 cm de largo por unos 30 cm de ancho; y otra de aspecto circular, también enorme, de unos 40 cm de diámetro, aproximadamente.

Las huellas siguieron hasta llegar a una pequeña quebrada, en donde la huella de los pies normales desaparece y solo sigue la de los pies gigantes, por la orilla de la quebrada.

A unos 500 m reaparece la huella de los pies normales y, como a 20 m de allí, se repite el campo de batalla.

Como los rescatistas ya estaban convencidos de que los enfrentamientos eran entre Bone y el desconocido, concluyeron también que, después del primer enfrentamiento, Bone salió corriendo y que su contendor lo siguió hasta la quebrada; que luego Bone se tiró a ella y que el monstruo lo siguió por la orilla hasta donde Bone trató de salir y huir, pero donde lo volvió a atacar.

Luego del segundo ataque, la huella de Bone vuelve a desaparecer, pero sigue la del gigante monstruo por la misma orilla de la quebrada, y, nuevamente más allá, a unos 500 m, encuentran a Bone muerto, al lado de la quebrada, con múltiples heridas y fracturas en todas las partes de su cuerpo. La huella del gigante desaparece.

¿Qué era o quién era esa fiera que atacó a Bone?

Los campesinos que lo encontraron y la comunidad de la vereda opinaron differently. Unos decían que era el duende, un ser imaginario que, según las creencias de ellos, cuidaba los animales de la selva e indicaba a los cazadores cuáles podían cazar, nunca el primero ni el último de la manada, pero que cuando le desobedecían se enfurecía y atacaba brutalmente.

Otros decían que era el diablo, que castigó a Bone por andar cazando un día de fiesta. Otros creían que era una visión indefinida y maligna que se le presentó a Bone por no respetar las fiestas sagradas y especialmente a las ánimas.

Otros opinaban que fue la Tunda, una visión que tiene un pie normal y otro parecido a la raíz de un molinillo, y que emboba, confunde y extravía a las personas; que es muy amiga del diablo y que, cuando se enfurece, lo invoca o se junta con él y puede causarles muchos daños o males.

Otros opinaban que era la gran bestia, un monstruo que no solo puede matar a sus víctimas, sino que hasta se las puede comer.

El resto de la comunidad creía que era el ánima de alguien que se le presentó a Bone el día de su onomástico y le cobró su irrespeto.

Lo fantástico es que Bone estaba muerto debido a las heridas recibidas en la lucha desigual con esa incógnita y feroz bestia impresionante.

Pero el enigma aún es muy evidente: después de todo...

¿Quién mató a Bone?...

Jorge Armando Russi Rojas

Custodio de memorias familiares y crónicas de su ciudad

Jorge Armando Russi Rojas (Tuluá, Valle del Cauca, 1948) es Administrador de Empresas egresado de la Universidad Santiago de Cali. Su trayectoria se ha movido entre la gestión, la docencia, la investigación y la escritura, siempre con un hilo conductor: la convicción de que las comunidades se fortalecen cuando conocen y valoran su memoria.

A lo largo de su vida profesional ha ocupado diversos cargos en el sector público y privado, experiencia que complementó con su labor educativa en la Unidad Central del Valle del Cauca —UCEVA—, donde fue docente y decano. Desde allí promovió una mirada crítica y cuidadosa sobre la historia local, contribuyendo a la formación de nuevas generaciones de investigadores y profesionales.



Su interés por la divulgación cultural lo llevó también al ámbito editorial como director del Consejo Editorial del semanario *La Variante*, un espacio desde el cual impulsó reflexiones y debates regionales. Fue, además, miembro fundador y presidente del Centro de Historia de Tuluá, institución en la que consolidó su vocación por el estudio de las raíces culturales y genealógicas del Valle del Cauca.

Como escritor ha dedicado buena parte de su obra al rescate de la memoria familiar y al tejido íntimo de las historias comunitarias. Es autor de *De Russi a Villa de Leyva* (2004), *Apuntes de mi Colegio* (2007), *Los Russi en Colombia* (2015), *Relatos Gimnasianos* (2016) y *La 33 y otros relatos del barrio Victoria* (2018). En *Los Russi en Colombia*, presentada en la Asamblea anual de la Sociedad Russi y Russis S.A., reconstruyó la llegada de los primeros miembros de la familia al país, delineó los troncos genealógicos y elaboró una semblanza del Dr. José Raimundo Russi, pieza clave en la historia familiar.

Su obra se distingue por el rigor documental, la sensibilidad por el detalle y una voluntad persistente de preservar los relatos que conforman la identidad tulueña. En cada libro, en cada investigación, late la idea de que la historia no es un archivo inmóvil, sino un territorio vivo que se renueva cuando alguien decide contarla con claridad y afecto.

Edmundo Arias Valencia

Desde los tiempos de la Independencia se escuchaba en Argentina, Chile y Perú una tonada triste, campesina, titulada “El Martirio”, que se constituyó en uno de los más lindos e icónicos cantos latinoamericanos. En el Perú se afirma que su compositor fue el poeta Mariano Melgar, nacido en Arequipa en 1790, pero en la provincia de Mendoza-Argentina dicen que la canción es originaria de un pueblo situado al lado de un volcán, limítrofe con Chile, llamado “Tupungato”, y por eso la llamaron “La Tupungatina”.

El compositor Cristiano Tapia, a quién también le atribuyen la autoría, hizo los arreglos para la primera grabación, en 1921, interpretada por Carlos Gardel a dueto con el uruguayo José Razano. En 1931, “Los cuatro huazos” chilenos hicieron una bella interpretación a ritmo de zamba. Sus primeros versos dicen:

“Ya me voy para esos campos y adiós
a buscar hierbas de olvido y dejarte
a ver si con esta ausencia pudiera
en relación a otro tiempo olvidarte”.

Pero es en 1953, en Colombia, que el cantante del pueblo de Cereté, Noel Petro, apodado “El burro mocho”, vocaliza un arrollador éxito bailable internacional, con arreglo de Edmundo Arias, multi-instrumentista nacido en Tuluá, Valle del Cauca, y bajo el título de “Cabeza de hacha”. Es la misma canción en ritmo tropical que de ahí en adelante no paró de sonar. “El Martirio”, “La Tupungatina” y “Cabeza de hacha” fue ejecutado ahora por Pedro Laza y sus “Pelayeros”, Aníbal Velásquez, El Gran Combo de Puerto Rico y Rubén Blades, entre otros.

Edmundo Arias apareció como el gran músico, a tal punto que la casa disquera promotora del éxito musical le reconoció un porcentaje por derechos de autor, a lo cual él renunció. Era tal el furor de la canción que se decía entonces, cuando un hombre sacaba una pareja: “nena, bailamos esta pieza o esperamos que pongan Cabeza de hacha”.

El padre de Edmundo Arias fue un connotado músico antioqueño, Joaquín Arias Caroloza, nacido en Angostura, que muy joven creó el dueto “Los Turpiales” con su amigo Mariano Latorre. Dicen que se vinieron para Medellín y duraron seis meses en el viaje, pernoctando y cantando en cantinas, pueblos, etc. Joaquín viajó a Cali, estuvo en Popayán y en Yumbo, y se casó en la capital del Valle con Amelia Valencia Arizabaleta. Fue director de bandas en Tuluá —donde nacieron sus tres primeros hijos—, Andalucía, Roldanillo, Zarzal, Belén de Umbría y Pereira.

Fueron en total nueve hijos, uno de los cuales decía locamente: “Es que cada vez que mi papá fundaba una banda también le hacía un muchacho a mi mamá”. Ricaurte y Edmundo

aprendieron lectura musical con su padre y con él formaron un trío que se presentaba en “La voz amiga” de Pereira. Joaquín Arias fue gran compositor; entre sus canciones: Los Sauces, Amelia, Mi Cafetal y No hay como mi morena, que fue cantada por Alfonso Ortiz Tirado y en algunas grabaciones aparece como de otro autor. Falleció en 1948.

Edmundo viajó a Buenaventura y trabajó como músico en el hotel Estación, y sabiendo que en Medellín estaban las grandes casas disqueras, los músicos y los compositores, viajó en 1951. En ese tiempo su cabellera era blonda y alta, el copete parecía un nido de abejas, y por eso lo llamaron “cabecenido”, nombre que le puso a la primera orquesta con la que grabó. Posteriormente perdió el cabello.

Edmundo fue músico, compositor, arreglista y director de orquesta; interpretaba varios instrumentos como el bajo, la guitarra, el tiple y la bandola, siendo este el que tocaba con más amor. Nunca fue a un conservatorio; el conocimiento lo adquirió en libros, estudiando. Cuando se habla de los grandes de la música bailable, se menciona a Edmundo, pero también fue compositor de pasillos, tangos, corridos, rancheras, boleros, etc. Hizo también canciones de muchas de las cuales ni se acordaba.

Se cuenta que compuso más de 2000 melodías y que más de 100 fueron éxitos internacionales. Sus canciones fueron grabadas e interpretadas por orquestas y solistas como: Los Melódicos, Billo's Caracas Boys, Pacho Galán, Lucho Bermúdez, Jaime Llano González, Los Teen Agers, Rodolfo Aicardi, Los Hermanos Martelo, Los Hispanos, Los Graduados, Los Black Stars, Noel Petro, Orlando Contreras, Bienvenido Granda, Alci Acosta.

Amigo de la vida discreta, solo compartía con los más allegados. Era hincha del Deportivo Cali y la música que más le gustaba era la antillana; a esto se atribuye su vestir permanente con guayabera. Se casó dos veces: la primera con Ligia Valencia, con quien tuvo cinco hijos, y la otra con la cantante Leydi Ballesteros, madre de Marco Polo Arias. A Ligia le dedicó quizás su mayor éxito, la gaita “Ligia”, interpretada por su grupo propio y luego por la Orquesta Sonolux y la Billo's Caracas Boys.

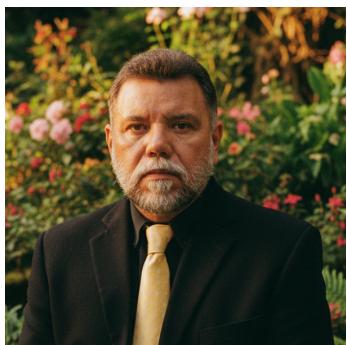
Fue muy amigo de Lucho Bermúdez y Pacho Galán, e intercambiaban música. Estuvo con su orquesta —casi la misma Black Stars— en varias ocasiones en la Feria de Cali y varias en Tuluá. Hizo arreglos para Gregorio Barrios, Bienvenido Granda, Oswaldo Gómez y los Hermanos Martelo. Participaron musicalmente con él Óscar Agudelo, Ricardo Fuentes, Lucho Ramírez, Noel Petro, Rómulo Caicedo, Alba del Castillo, Tito Cortés, Alberto Granados, Gabriel Romero y Alci Acosta. Hizo interpretaciones muy exitosas como “El Mecánico”, “Juanita bonita”, “Rico, caliente y sabroso”, “Palo bonito”, “Cabeza de hacha” y otras.

Sus más grandes melodías: “Si hoy fuera ayer”, “Me da lo mismo”, “Cumbia del Caribe”, “Ligia”, “Ave pa’ ve”, “Algo se me va”, “Evocación”, “Guepaje”, “Triste Navidad”, “Diciembre azul”, “La luna y el pescador”, etc.

El maestro Edmundo Arias Valencia, nacido en Tuluá el 12 de diciembre de 1925, falleció en Medellín el 29 de enero de 1993.

Carlos Alberto Ramírez Becerra

La palabra como defensa de la vida



En Cali, el 30 de octubre de 1961, nació Carlos Alberto Ramírez Becerra, un comunicador que ha dedicado su vida a narrar el territorio con sensibilidad y rigor. Desde joven entendió que la palabra podía convertirse en un puente entre las personas y los paisajes que habitan, entre las historias humanas y los ciclos silenciosos de la naturaleza.

Su trayectoria ha estado marcada por una defensa constante del medio ambiente, buscando el respeto por el entorno. Para él, comunicar no es solo informar: es escuchar, acompañar y abrir espacio a quienes necesitan ser oídos, desde comunidades rurales hasta los ecosistemas y animales que no pueden hablar por sí mismos.

Esa vocación lo llevó a crear *Nuestro Oxígeno*, un programa radial que se consolidó como un referente en biodiversidad, sostenibilidad y cultura ambiental. Se emite diariamente en varias emisoras nacionales e internacionales, así como en plataformas digitales, alcanzando audiencias diversas que encuentran en su voz claridad, contexto y un llamado permanente al cuidado del planeta.

En cada emisión, Ramírez Becerra combina reportería y una mirada humana sobre los problemas ambientales. Ha documentado conflictos socioecológicos, procesos de restauración, historias de liderazgos comunitarios, investigaciones científicas e iniciativas ciudadanas. Su cercanía con las comunidades y su respeto por la vida han moldeado un estilo de comunicación que valora tanto los datos como la sensibilidad.

Su labor también ha tenido alcance internacional. Durante la COP16 realizada en Cali, entrevistó a líderes, expertos en biodiversidad y representantes de organizaciones ambientales. Ese conjunto de voces —sabedores ancestrales, científicos, activistas— se prepara para ser publicado como un compendio para lectores interesados en la conservación.

Además, su experiencia en el sector empresarial, especialmente como cofundador y gerente comercial de Colombia Industrial y Automotriz, le ha permitido recorrer países de América Latina y entender distintas realidades sociales, económicas y ambientales. Esa mirada amplia fortalece su labor periodística y su comprensión de los desafíos del desarrollo.

Hoy, Carlos Alberto Ramírez Becerra es reconocido como una de las voces más comprometidas con la comunicación ambiental en Colombia, un narrador que ha hecho de la defensa de la vida su propósito cotidiano.

Nuestro oxígeno: Donde la naturaleza encontró micrófono

En un país donde la radio ha acompañado durante décadas la vida cotidiana de millones, hay voces que trascienden los horarios y los diales. Voces que dejan de ser simples transmisiones para convertirse en compañía, guía y, a veces, conciencia. Una de esas voces pertenece a Carlos Alberto Ramírez Becerra, director del programa *Nuestro Oxígeno*, un espacio que desde 2006 ha logrado que la naturaleza encuentre un lugar para hablar.

No fue una casualidad ni un impulso pasajero lo que llevó a Carlos Alberto a crear este proyecto. Fue, más bien, la consecuencia natural de una vida marcada por la curiosidad, la sensibilidad y el deseo profundo de servirle a la tierra. Hoy, casi veinte años después, su trabajo sigue siendo un testimonio de lo que ocurre cuando alguien decide unir su profesión con su propósito.

Un camino sembrado desde la infancia

Cali lo vio nacer un 30 de octubre de 1961, en una época en la que la ciudad aún respiraba un ritmo más pausado y la relación con la naturaleza estaba más cerca, más viva. Desde pequeño, Carlos Alberto fue un observador silencioso. Le llamaban la atención los detalles que muchos adultos no veían: la forma en que el viento movía las hojas, el canto particular de cada pájaro, el olor de la lluvia cuando caía sobre tierra caliente.

Ese niño curioso no imaginaba que años después su voz se convertiría en un puente entre los científicos y la gente, entre la comunidad y su entorno, entre la naturaleza y quienes la habían dejado de escuchar.

Su formación como comunicador social lo llevaría a descubrir algo esencial: que comunicar no era solo transmitir, sino conectar. Que dar información no bastaba; había que tocar el corazón del oyente. Y la naturaleza, tan sabia, ya lo había tocado a él primero.

El nacimiento de una idea que respiraba sola

A principios de los 2000, cuando las alertas ambientales comenzaban a ocupar tímidamente algunos titulares y la conciencia ecológica todavía era débil en gran parte del país, Carlos Alberto decidió hacer lo que muchos no se atrevían: dedicar un programa completo a hablar del planeta, de su fragilidad, de sus dolores... pero también de su belleza y sus posibilidades.

Así nació *Nuestro Oxígeno*.

Un nombre que no solo evocaba el aire que respiramos, sino aquello que nos sostiene: la vida misma.

El 28 de enero de 2006, cuando el programa salió al aire por primera vez, la radio caleña sumó un nuevo pulso: uno que hablaba con calma, que explicaba con cariño, que observaba como un guardián, que preguntaba como un científico y que abrazaba como un amigo.

Así empezó una historia que ya no pertenece solo a él, sino a todos los que, alguna vez, sintieron que el planeta también necesitaba un micrófono.

La manera de decir: su sello más profundo

Quien escucha a Carlos Alberto lo recuerda no solo por lo que dice, sino por cómo lo dice.

Tiene una voz que no presiona, que no alarma, que no sermonea. Es una voz que invita. Que guía. Que propone. Una voz tejida con paciencia, que sabe que las verdades ambientales no siempre entran por el oído, sino por la conciencia y, sobre todo, por la emoción.

En sus entrevistas no hay prisa. A veces, antes de cada pregunta, hay un silencio que parece un saludo a la naturaleza misma. Los invitados lo sienten, se abren, confían.

Por su micrófono han pasado científicos, campesinos, exploradores, médicos, biólogos, niños, líderes comunitarios y grandes referentes internacionales. A todos los escucha con la misma atención. Todos son, para él, maestros distintos de un mismo tema: la vida.

Encuentros que marcan

Uno de los momentos que más recuerda es su entrevista con Gloria Valencia de Castaño, la dama de la televisión colombiana. Ella, con voz cálida y firme, dejó una reflexión que se quedó vibrando en el programa mucho después de apagarse los micrófonos:

“Una bolsa puede tardar 500 años en descomponerse. Una botella, mil. Reciclemos, reciclemos por favor.”

Ese llamado, sencillo y directo, fue una chispa emocional para muchos oyentes que empezaron a cambiar hábitos desde su casa.

También habló con el físico Luis Orlando Castro, quien explicó con claridad la gravedad de los lixiviados y la contaminación de basuras. Carlos Alberto convirtió esa conversación técnica en un mensaje cotidiano y comprensible. Logró que Colombia entendiera que la basura no termina cuando se la lleva el camión: sigue existiendo, sigue afectando.

Y luego llegó uno de los diálogos más memorables: la conversación con Mario Molina, Premio Nobel de Química. Molina habló de la capa de ozono, de la fragilidad del planeta, del peligro silencioso de los clorofluorocarbonos. Carlos Alberto no solo replicó datos: los convirtió en conciencia.

“Un átomo de cloro puede destruir decenas de miles de moléculas de ozono”, dijo Molina.

Esa frase, amplificada por *Nuestro Oxígeno*, quedó grabada como un recordatorio de lo que está en juego.

Pero quizá la voz más entrañable para Carlos Alberto es la de Edward Ariza, campesino guardián del Nevado del Ruiz. Un hombre sencillo, valiente, que desde la ruralidad ha sido vigía de un volcán, un territorio y una historia. Su testimonio tiene una fuerza distinta, una fuerza que nace de la vida diaria:

“Si el glaciar se muere, también mueren nuestras cosechas.”

En palabras como esas, Carlos Alberto encuentra la esencia del programa: el diálogo entre la ciencia y la tierra.

Cuando la palabra se convierte en acción

Con el tiempo, hablar ya no fue suficiente. La audiencia creció, la comunidad se fortaleció y el programa se transformó en algo que respiraba más allá de la radio. De ese impulso nació la Fundación *Nuestro Oxígeno*.

Las acciones fueron variadas y profundas:

- Siembras de árboles.
- Limpiezas de ríos.
- Procesos educativos en colegios.
- Participación en la ordenanza de protección de aves del Valle del Cauca.
- Acompañamiento en momentos críticos como la alerta del Nevado del Ruiz.

Para Carlos Alberto, estas acciones no fueron campañas: fueron extensiones naturales de la palabra. Lo que se decía al aire debía tener un reflejo en la tierra.

Cuando la naturaleza se canta

Uno de los capítulos más inesperados de su trayectoria fue la creación de *Nuestro Oxígeno Music*, un grupo musical cuyo propósito es cantarle a la vida. Allí encontró una forma distinta de llegar a la gente, especialmente a quienes aprenden desde la emoción antes que desde la razón.

Las canciones hablan de ríos, de aves, de montañas, de selvas que resisten, de niños que sueñan con un futuro verde. La música hizo lo que la radio no siempre puede: abrazar sin palabras.

El sentido profundo de comunicar

Hablar de Carlos Alberto es hablar de alguien que entiende el planeta como un ser vivo y la comunicación como un acto de respeto. Para él, cada programa es una oportunidad de construir un puente, de sembrar una duda, de inspirar un cambio.

No busca fama, ni aplausos, ni protagonismo. Busca que cada oyente sienta que la naturaleza no es un tema lejano, sino algo íntimo, algo que respira con nosotros.

Su mensaje es sencillo pero poderoso:

Si cuidamos la tierra, la tierra nos cuida.

Y ese principio, tan antiguo como la vida misma, es el que él se empeña en recordar cada semana, con paciencia, con amor, con dedicación.

Un legado que sigue respirando

Hoy, casi veinte años después, *Nuestro Oxígeno* sigue sonando. Sigue enseñando. Sigue sembrando. Y Carlos Alberto continúa al frente, guiando con la misma pasión del primer día.

Su trayectoria no se mide en premios ni en categorías. Se mide en árboles sembrados, en ríos más limpios, en niños que aprenden a reciclar, en campesinos que sienten que su voz importa, en científicos que confían en que sus investigaciones llegan a la gente común.

Se mide en el silencio profundo que queda en un oyente después de escuchar una reflexión.

Se mide en la emoción de quien descubre que un pequeño cambio en casa puede salvar una especie.

Se mide en los corazones que, gracias a él, decidieron cuidar lo que parecía invisible.

Carlos Alberto no solo dirige un programa: acompaña un movimiento.

Y mientras su voz siga presente, mientras la naturaleza tenga algo que decir, *Nuestro Oxígeno* será ese lugar donde el planeta encuentra su propio micrófono.

Un recordatorio de que todavía estamos a tiempo.

De que siempre podemos respirar mejor.

De que la conciencia se construye día a día, palabra a palabra.

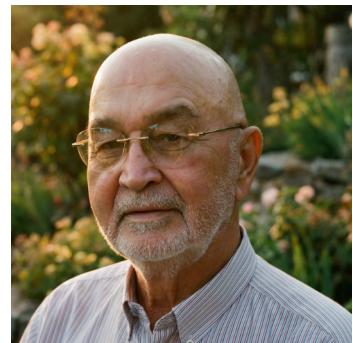
Y que, al final, cuidar la vida es el acto más hermoso al que estamos llamados.

Víctor Hugo Vallejo

Una voz reconocida en el panorama intelectual de Colombia

Periodista, abogado, politólogo; magíster en Ciencia Política y en Derecho Público; escritor, historiador y docente universitario colombiano.

Víctor Hugo Vallejo es una voz reconocida en el panorama intelectual de Colombia. Su pensamiento, riguroso y sensible, transita con soltura entre la memoria histórica, la crítica institucional y la reflexión ética que exige la vida contemporánea.



Sus columnas, publicadas en medios como Eje21, son ese espacio semanal donde conversa con sus lectores y les entrega —con la cortesía de quien toca antes de entrar— sus meditaciones sobre el mundo y sus contradicciones. En cada texto, Vallejo deja pequeñas huellas: detalles que iluminan un personaje, un paisaje, una circunstancia mínima que, al avanzar en la lectura, revelan la identidad profunda de aquello que dio origen al título.

Su estilo es claro y cuidadoso; su prosa, sencilla y pulcra, se ocupa de aquello que lo commueve y lo impulsa al verbo. Sus escritos no solo narran: invitan a pensar, a recordar, a profundizar.

Como autor, ha compuesto una obra en la que la frontera entre realidad e imaginación es porosa y humana. Sus cuentos nacen de experiencias propias y ajenas, de memorias que otros le han confiado, de vivencias cotidianas que, sin perder su carácter ordinario, se vuelven materia narrativa.

En sus libros, compilación de cuentos, *Cuando llega el olvido*, *Rejas en libertad*, *También se fue*, *Con su permiso... la vida y la muerte dialogan*, se enfrentan, se abrazan; lo real se vuelve símbolo; lo íntimo, relato compartido. Sus personajes son gente común: quienes madrugaran, quienes sostienen con esfuerzo la jornada, quienes habitan silencios que también hablan. En *La vida es un tango*, 2024, continúa explorando esa zona fértil donde la vida se transforma en relato y la memoria en forma literaria. Su obra crítica y jurídica se complementa con textos como *El Derecho de Tránsito*, donde formula una tesis novedosa sobre la autonomía de este subsistema jurídico en Colombia.

Actualmente prepara su nueva obra, 2025, *Piso frío*. Su vocación de escritor lo lleva a publicar, sin falta, un nuevo título cada año. En la actualidad es el cultor más persistente del cuento en este país con paisajes de letras: son ocho años haciendo del cuento una larga novela. Víctor Hugo Vallejo es, hoy, un referente de la comunidad académica y cultural de la región y del país: un escritor que celebra el idioma, un docente que ilumina con pensamiento, un cronista que escucha, observa y transforma los gestos cotidianos en literatura viva, un cuentista total.

Promesa incumplida

Era muy joven y hermosa. Todos la admiraban.

Ella les dijo a sus padres que primero estaba el estudio y que tan joven no estaba pensando en enamorarse de nadie, mucho menos de los hombres de su edad que parecía que tomaran la vida de la manera más irresponsable.

No le gustaban las personas que no cumplían con los deberes que les correspondían. En más de una ocasión tuvo disgustos con sus compañeros de colegio, cuando les correspondía hacer trabajos en grupo y alguno de ellos fallaba, a la hora de hacer el trabajo, ella tomaba la iniciativa y les decía a los otros que lo iban a hacer y que dejarían a esa persona por fuera de la lista del grupo, por incumplido.

Casi todas las veces los demás integrantes del grupo de trabajo le insistían en que no dejara por fuera del listado de presentación del deber escolar a quien faltaba, que de pronto habría tenido algún tropiezo, que no se sabía que le puede haber ocurrido a las personas, que mejor lo incluyieran y que hablando con esa persona se le iba a llamar la atención, entre todos.

Finalmente, accedía y lo incluían, pero a sabiendas de que se hacía contra su voluntad. Era demasiado estricta. Los compañeros de curso lo sabían. Los mejores estudiantes la buscaban para trabajar con ella, porque sabían de lo responsable que era. Los que no lo eran tanto, preferían alejarse de ella, lo que no les demandaba demasiado esfuerzo, porque ella misma se mantenía alejada de tales personas.

Recuerda que, en alguna ocasión, una de sus compañeras de clase le dijo que le traía un delicioso dulce que le enviaba el muchacho más apuesto de la clase, por el que muchas suspiraban de lejos. Ella la miró, vio el dulce, una chocolatina de mucho costo y le dijo que se la devolviera, que a ella no le mandara regalos, que no estaba interesada ni en los obsequios, ni mucho menos en él, aunque fuera guapo, porque a ella lo que le gustaba eran las personas responsables y serias, y el concepto que tenía de él era que se trataba de un vago, que a duras penas recibía el aprobado en sus calificaciones.

Cuando se graduó como bachiller, lo hizo de la manera más sobria, pues no era amiga de celebraciones y mucho más teniendo en cuenta que sus padres no eran de recursos económicos.

Ni siquiera quiso que le compraran un vestido nuevo. Dijo que no era necesario, que la ropa que ella tenía estaba en muy buen estado y no había ninguna razón para incurrir en gastos innecesarios. Su sobriedad y racionalidad para una persona tan joven, no dejaba de lucir fuera de ese tiempo. Pero así era ella, una mujer fuerte que por encima de todo colocaba el sentido común en todo lo que hacía.

Quiso ingresar a la universidad. Sus notas finales y las evaluaciones estatales le daban el puntaje necesario para ello. Muchos le dijeron que, con esos resultados, podía obtener una

beca. Preguntó un poco sobre el asunto, pero aspirando a ingresar a una universidad privada, por la seguridad del término de duración de cada programa académico, como que ella, dijo, no estaba para perder tiempo en huelgas y manifestaciones, como en las que se mantenían las Universidades del sector público.

La posibilidad de la beca se fue diluyendo en las exigencias y trámites que demandaban las Universidades del sector privado, especialmente en el programa de formación que ella quería, que era uno de los de mayor demanda. Entendió que esos centros de formación profesional, por encima de cualquier cosa, son negocios, negocios muy poderosos, en los que las utilidades van al bolsillo de los dueños y algunos de esos recursos se usan para mantener unas muy buenas instalaciones físicas, para impresionar mejor a la comunidad.

Entendió que era cuestión de mercadear uno de los productos de mayor demanda en un Estado en el que la educación se consagra como un derecho y un deber a cargo de los entes oficiales, pero que en la realidad no es más que uno de los instrumentos de mayor generación de riqueza en favor de unos pocos, pues ni siquiera en favor de los docentes, quienes trabajan por el gusto de ayudar con unos valores ínfimos con que se les reconocen sus horas de cátedra. Entendió que esas diligencias no iban a acabar nunca y abandonó la idea de ser profesional.

Quiso buscar trabajo y todo lo que le ofrecieron fue en ventas. Ventas de cuenta suya. Sin contrato. Sin vinculación alguna con nadie. Sencillamente ganaría por comisión en ventas. Quiso hacerlo, pero entendió que eso no era lo suyo.

Terminó haciendo ventas por catálogo, mediante el uso de unos gruesos folletos a color, con crédito a su grupo de amigos y ganando unas sumas tan irrisorias que al poco tiempo dejó eso a un lado.

Alguien le dijo que, si quería ser docente de un colegio privado, ubicado en un barrio marginal, donde estudiaba gente de muy bajo nivel económico, pero donde podían acceder y tratar de obtener, aunque fuese un título de bachilleres que los habilitara para ingresar a la Universidad.

Aceptó y comenzó a dictar clases de historia. Estudió muy bien los temas que trataría en su primera clase. Trató de hacer lo mejor que pudo. Era un grupo de jóvenes de ambos sexos, quienes poca o ninguna atención le prestaron a esa joven y bella profesora, pues los hombres se dedicaron a lanzarle miradas morbosas y las mujeres a verla como una pobre que vestía con prendas a las que el paso de los años ya se les notaba.

No se sintió nada a gusto. Como pudo terminó su clase, en un tiempo que se le hizo el más largo de toda la vida. Cuando terminó la hora de docencia, sintió que estaba sudando en abundancia, lo que no era normal en ella. Los nervios la habían inundado en ese líquido que corre por todo el cuerpo, que inicialmente es cálido y luego pasa a ser casi helado.

Fue donde el director y le dijo que le agradecía la oportunidad, pero que no se había sentido nada bien y no se iba a poner a hacer algo que, antes que nada, no sabía hacer y en segundo lugar porque detectó que para ser docente se deben tener unas calidades de las que ella carecía

por completo. Fue un autoexamen que se hizo en poco tiempo, y del cual salió la conclusión de que fue completamente negativa.

El dueño del plantel trató de disuadirla de su decisión de no seguir y le explicó que eso que le acababa de pasar era lo normal, cuando se era un docente debutante. Ella le dijo: no es porque sea la primera vez, es porque no estoy capacitada para serlo y dictarles clases a esos jóvenes sin estar preparada para eso, me parece una gran irresponsabilidad, y lo que menos me gusta en la vida es ser irresponsable.

De nuevo agradeció la oportunidad y ratificó su decisión de no ser docente. Jamás lo intentaría de nuevo, se dijo para sí misma.

Hizo muchos trabajos para tratar de obtener unos ingresos que le permitieran cierto nivel de independencia, pensando antes que nada en ayudarle a sus padres. De lo poco que ganaba, siempre, sin que ellos le pidieran cuentas, dividía por mitad y les entregaba como aporte al hogar.

Fueron muchos los jóvenes que la buscaron y le hacían propuestas de relación permanente. Ella nunca dijo que sí, pero tampoco que no. No quería tener compromiso sin saber exactamente cuáles eran las condiciones de esas personas. En la medida en que iba detectando que se trataba de gente sin muchas aspiraciones, con poca responsabilidad consigo mismos, los iba descartando.

A través de uno de esos muchos pretendientes que tuvo en la vida, conoció a un hombre muy apuesto, trabajador y con muchas posibilidades de seguir adelante. Sin formalizar relación alguna, terminó por aceptarlo y no fueron pocas las exigencias que le hizo para mantener el contacto. Ese joven pasó a ser el motivo de envidia de todos los demás en el barrio, pues se trataba de la mujer más bella de la zona, aunque todos eran conocedores de su carácter fuerte y exigente.

Ese hombre al que ella le atendió sus pretensiones y con quien formalizó una relación, una vez esta se fue consolidando, le dijo que en la medida en que fuera mejorando en su trabajo, en el que ya había sido objeto de varios ascensos, en una gran empresa, en la que era uno de los trabajadores sobresalientes, y aparecía como una persona de mucho futuro, un día, en medio de las expresiones emocionales del contacto sexual, le dijo que le juraba que ella sería su esposa, pues no concebía la vida al lado de una mujer que no fuera ella.

En esa oportunidad ella le dijo que no se tomara afanes, que no estaba pidiéndole compromiso más allá del respeto, en lo que sí era muy exigente. A pesar de ello, el hombre en cada ocasión le volvía a prometer que se casarían pronto.

Ella le pidió que, si se iban a casar, debían verse con mayor frecuencia, pues hasta el momento no se hablaban de manera personal más de dos o tres veces en la semana. En cada entrevista, se tomaban el tiempo para buscar dónde entregarse sus besos y caricias mutuas. Cada que hacían el amor, se sentían felices. A ella le gustaba cada vez más ese contacto. Él en todas las

veces volvía a prometerle matrimonio dentro de poco.

Él le decía que le diera tiempo, que estaba muy ocupado en su trabajo y que ya tendrían todo el tiempo del mundo para disfrutar juntos, pues el día de su matrimonio llegaría pronto.

A la puerta de su casa, en un fin de semana, tocaron. La madre salió a abrir. Preguntaron por ella. Salió y se encontró con una mujer joven, no tanto como ella, al lado de dos niños, en quienes se fijó de inmediato pues le llamó poderosamente la atención el enorme parecido físico de los menores con su novio.

La dama visitante le dijo que venía a visitarla porque se había dado cuenta que ella estaba saliendo con su marido y que se entrevistaban con alguna frecuencia. Ella la mandó a entrar. Se sentaron los cuatro en la sala. Le dijo de manera tranquila que le explicara el asunto de que el hombre con quien salía era su esposo. Ella le dijo que ese hombre era de esas personas que no aparentan los años que tienen, pero que era bastante mayor. Ya tenían siete años de casados y dos hijos, los mismos que asistían a la entrevista, mirando a ambas mujeres y sin entender mucho de lo que ellas hablaban.

Le preguntó qué pretendía con esa visita. La dama le dijo que desde cuando habían comenzado las relaciones con ella, ya era menos cumplidor de sus deberes como esposo y padre. Le contó incluso que hasta las relaciones sexuales se había ido a pique, porque alegaba que llegaba muy cansado del trabajo, ya que cada vez le asignaban mayores responsabilidades.

Una persona amiga le había hecho seguimiento a su marido y había logrado establecer la relación que existía entre ellos. Pudo saber de la dirección de su casa y por eso estaba aquí. Le dijo que no buscaba escándalos, ni mucho menos venía a pedirle que se hiciera a un lado, si estaban enamorados podían seguir siendo pareja, pero que él se hiciera responsable de los deberes con los niños.

En un momento dado la dama visitante irrumpió en llanto silencioso para no llamar la atención de los niños. Ella se le acercó y le dijo al oído: no se preocupe, usted actúe conforme a lo que manda la ley en estos casos, voy a hablar con él y le aseguro que esto se va a esclarecer.

La mujer madre de los dos niños se serenó, se puso en pie, agradeció la atención de su especial visita, se despidió y les pidió a los dos niños que se despidieran. Los tres salieron y caminaron lentamente, hasta cuando doblaron la esquina y ella los vio perderse en esos espacios limitados.

Esa misma noche el hombre llegó a visitarla y a invitarla a salir. Ella le pidió, como de costumbre, que le diera unos minutos mientras se arreglaba y ya saldrían. Nunca le había hecho visita en la casa, por acuerdo mutuo. Siempre afuera y compartiendo sus gustos comunes.

El hombre la esperó en la puerta. Cuando ella subió al vehículo, el hombre le propuso que primero que todo fueran a hacer el amor a algún lado, especialmente a ese sitio donde tantas horas habían pasado en plena felicidad.

Ella le dijo que sí. Cuando llegaron a la habitación, ella le dijo que no se tomara el trabajo de quitarse la ropa, porque esa vez no iba a pasar nada. Él la miró con mucha extrañeza y le dijo que le explicara la razón de ello, que, si era que estaba en período menstrual, debió advertírselo, para no incurrir en los gastos de ese aposento. Ella le pidió que se sentara en uno de los dos asientos que había allí. Lo miró de frente y le preguntó si era cierto que era casado y que tenía dos hijos. El hombre palideció, comenzó a sudar frío en sus manos y se puso de pie, para contradecir lo que le acababa de decir.

Ella se mantuvo en la silla, sentada, con mucha calma. Le dijo que mirara las fotos que había hecho de su esposa y sus dos hijos, cuando fueron a visitarla y que le negara el parecido de los dos menores con sus facciones. Las palabras se ausentaron por completo del lenguaje. Miró las fotos en el móvil. La miró a ella. No sabía qué decir.

Ella se puso de pie. Le dijo: nos vamos. A eso fue que vinimos, no tenemos nada de qué hablar. Todo ha terminado. Tú eres un farsante, que engaño a su esposa, a sus hijos, a su familia y a mí. Todo ha terminado y nunca se te vaya a ocurrir buscarme de nuevo, porque te vas a arrepentir.

El hombre tomó el citófono, se comunicó con la recepción. Pidió la cuenta. Pagó en efectivo el servicio. La camarera con cierto disimulo observó que la cama estaba intacta, que no había sido usada por esa pareja, que el ambiente que flotaba en el aire era de disgusto.

Salieron de la habitación. Se subieron al auto. Él le dijo que a donde iban, ella, de manera seca y con mucha repelencia, le dijo que no iban a ningún lado, que la llevara a su casa, donde la había recogido, que muy bien sabían el camino. No dijeron nada al despedirse. A ella le fue imposible ocultar las lágrimas. A él le acompañaba un extraño sentimiento de vergüenza y depresión.

Nunca más se volvieron a ver. Ella lo extrañó mucho. Él se dio cuenta que había hecho de su vida y la de otros seres humanos, una miseria, por enamorado y por faltar a su deber de lealtad con la que debía.

Seis meses después de ese incidente de rompimiento se enteró por el noticiero radial de la mañana, que a ese hombre había muerto en un ataque sicarial de esos muchos que se dan todos los días, y de los que no se vuelve a saber nada más.

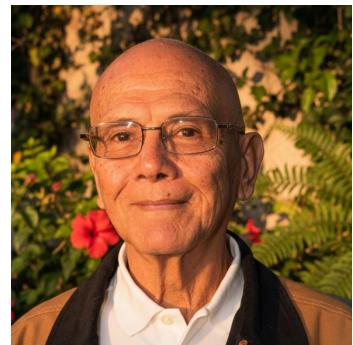
Todos comentaban que se trataba de un hombre muy serio, que a nadie le debía nada y que no era más que un excelente trabajador de una gran empresa. No encontraban los motivos que dieron lugar a su asesinato.

Ella en medio de su dolor por la ausencia definitiva, no era capaz de ocultar una leve sonrisa de satisfacción por haber conseguido lo que se propuso cuando se dio cuenta de la traición de que había sido objeto.

Nelson Antonio Torres

La vida es como un árbol

Nelson Antonio Torres escribe con la serenidad de quien ha visto la vida desde muchos ángulos y ha aprendido a reconocer, en cada uno, una raíz que sostiene. Vallecaucano por destino y por memoria, nacido bajo el cielo amplio de Cali, fue bachiller del histórico Colegio Eustaquio Palacios, donde comenzó a escucharse dentro de sí el llamado persistente de la palabra y la ley. Hoy vive en los Estados Unidos.



Su vida profesional inició temprano: en 1966 ingresó a los juzgados de su ciudad como funcionario judicial, oficio que ejerció por una década con disciplina y rigor. Allí aprendió a leer los pliegos de la condición humana, a distinguir los matices del dolor y de la justicia, a recorrer la vida de otros desde expedientes que hablan —a veces más que las voces— de lo que somos. En 1980, graduado como abogado en la Universidad Libre de Colombia, abrió camino propio: el ejercicio independiente del derecho, profesión que marcaría más de cuarenta años de su existencia y que lo llevaría, incluso, a sobrevivir a la violencia mafiosa que estremeció al país en la década del ochenta.

La escritura llegó como llegan los ríos: silenciosa primero, inevitable después. *La vida es como un árbol*, su novela autobiográfica, recoge los fragmentos esenciales de un niño desamparado que aprendió a erguirse pese a todas las tormentas. Aunque la imaginación se aparta, a veces, de la realidad, el tejido vital que propone está hecho de momentos luminosos y de heridas superadas, de aprendizajes sembrados en su largo oficio de litigante y de un espíritu que nunca cedió ante la adversidad. A esta novela la acompañan un ensayo sobre el sentido de la existencia —esa vida que, como él mismo afirma, es siempre “tu momento”— y una serie de diez relatos independientes que amplían su voz narrativa y revelan la diversidad de sus inquietudes.

Quien se adentre en su obra recorrerá un bosque literario donde dialogan ecos de Rousseau, el resplandor romántico de La dama de las camelias, la niñez evocada por Tolstói, las profundidades de Proust o el desenfreno introspectivo de Henry Miller. Pero, por encima de todas esas resonancias, se impondrá la voz de Nelson Antonio Torres: contradictoria, honesta, vital; una voz que invita al lector a ser juez, no para juzgarlo, sino para entender que la vida, como los árboles, se sostiene en lo que no siempre se ve.

Nelson Antonio Torres escribe desde la memoria y el litigio, desde la imaginación y la verdad posible. Un hombre que ha hecho de su historia una hoja más en el bosque literario que ahora ofrece a quienes deseen caminar sus senderos.

El camino a Oregon – Noroeste Estados Unidos

A las seis de la tarde, mi mente estaba atormentada. Los pensamientos negativos tomaban la delantera a los positivos. Pensaba, una vez más, que la libertad es un sofisma. “¡Tú no eres libre! ¿Acaso el camino que emprendiste ha sido el mejor?” ¡Así reprochaba mi mente consciente a mi subconsciente! Ello debido a que había comprado una casa en Mason City, IA, de los Estados Unidos de Norteamérica. A continuación, alentado por una abogada, a la cual consulté, determiné cambiar mi estatus de turista al de residente, apoyado en el de reunificación familiar cuando una de las hijas, debidamente organizada empresarialmente, convertida en ciudadana del citado país, solicitó, en mi favor, ante el organismo migratorio estatal, tal conversión.

Analicé la situación y me decidí. En mi país de origen, Colombia, ya no tenía ningún lazo que me atara, ni obligación alguna del orden familiar. La casa que allá tenía la había transferido en venta, días atrás. A la sazón, mi mujer, prácticamente, residía en USA. Tal vez, siguiendo sus pasos, tomé esa determinación, con mayor razón si mi edad contaba ya 80 años. Su compañía me resultaba importante, aunque el convivir juntos llegaba a ser imposible, hecho incontrastable confrontándolo con su presencia en lejanía, lógicamente.

Los documentos fueron presentados, en orden administrativo. Todo apuntaba hacia un resultado positivo y puse sobre la mesa la visa, años atrás otorgada. Sin embargo: este querer empezó a tener rasgos de frustración con la elección y posesión del nuevo presidente señor Trump. “¡Lo prometido en campaña, es un hecho!” La gran deportación comenzaba. “MAGA” (por sus siglas en inglés), era la premisa. Echaban las redes como el pescador inescrupuloso, sin importar clase ni tamaño del pez a pescar. La suma de su número era lo importante. Al parecer había leído a Maquiavelo: “¡El fin justifica los medios”!

Miles de personas, de diferentes nacionalidades, empezaron a ser perseguidas, detenidas y deportadas. Sus estatus regulatorios violados. El pánico hizo presa de millares de honrados trabajadores, abandonando ciudades y campos, afectando los medios de producción. El proceso, sí justificado en lo que correspondía a todos aquéllos que, empujados hacia las fronteras desde el sur por traficantes de personas, organizados en multitudes de miles, emprendieron marchas hacia las puertas fronterizas norteamericanas, con el propósito de ingresar a toda costa: “¡Nos abren o las derribamos!”. Tal conducta rebasó la paciencia del gobernante anterior y presionó la furia patriótica del entrante.

Desde el estado de Texas, con gobernante republicano, se despachaban autobuses repletos de aquéllos que habían logrado romper las barreras y los vaciaban en las puertas de flamantes hoteles de la Gran Manzana, los cuales, a raíz de la pandemia del 2019, estaban prácticamente quebrados por la ausencia de ocupación turística, lujosos inmuebles que eran contratados por el alcalde demócrata para alojarlos bajo el cobijo de la ciudad santuario.

Empezó, entonces, “la caza de brujas”, frase ahora revertida al señor presidente, que la utilizaba con respecto de quienes antes le persiguieron.

La incertidumbre cubrió todo el territorio norteamericano. El sueño americano se transformó en miedo para los migrantes, regulares e irregulares.

En tal estado de cosas, temí por el éxito de mi aventura, a lo cual debía sumar que, otra vez, me encontraba solo en este inmenso país, con la sensación de estar preso de las circunstancias porque no se debía salir a exponerse de caer en una de esas redes.

Mi subconsciente, entonces, tomó partido: recuerda, ¡eres libre!

Ante ello, al siguiente día desperté con la peor de mi doble polaridad y, a las 6 de la mañana, a pesar de la abundante nevada del día anterior, con un gran sol naciente, decidí salir de mi prisión y echarlo todo al ¡gana o pierde! Llé unas pocas cosas e hice una ligera maleta; además, mi computador y cámara fotográfica. Subí a mi Toyota-Tacoma y tomé un rumbo desconocido.

En la I-35, de la intersección con la 18, procedente de Mason City, paré, como deber. Allí tenía una alternativa: ¿Sur o Norte? En el sur, estaban mis hijas y mujer. ¡Miami! Al norte, no había nada para mí, no conocía, sólo referencias del paisajístico y rebelde Estado de Oregón y magníficos parques estatales, en cercanías de esa ruta.

La primavera ya mostraba sus inicios. El verde natural se avizoraba en lejanía sobre los campos incultos. Las tierras de cultivo ya estaban trazadas mecánicamente, sembradas y mostraban los surcos donde aparecerían los plantíos en pocos días. Los suelos se preparan, se trazan, se siembra y aparecen los retoños que los embellecen con sus nuevas plantaciones. En verano muestran sus flores y sus frutos maduran y en el otoño están listos para los cortes. Llega el invierno y los terrenos vuelven a ser frances, con residuos vegetales, para recibir las nevadas y vestirse de blanco. Son procesos lentos, suaves, dulces, por etapas, que la naturaleza, con sus reglas, entrega al hombre para su supervivencia.

En tres horas había llegado a Sioux Falls, en Dakota del Sur. Me encontraba frente al Big Sioux, admirando una de sus hermosas cataratas, en el gran parque natural. La nieve cubría todo el entorno. Aun así, las aguas fluían en rápidos escalonados lanzando brillos de diamante con la luz solar.

Pensaba, sentado sobre una roca, si era el momento de regresarme o seguir adelante. ¿Por qué aventurarme en un viaje por mundos desconocidos?

¿Debería, mejor, creer que los asuntos mejorarían en días venideros, que no podrían estar tan lejanos y no ser pesimista, como de alguna manera solía reprocharme mi hija, quien había fungido la idea de ganar el status perseguido? Sin embargo, concluía que mi alocada decisión no obedecía, necesariamente, a la incertidumbre que me acorralaba, sino, simplemente, al hecho del querer conocer aquéllos lejanos y pintorescos lugares que, desde tiempos pasados, había ilusionado visitar. Sin embargo, de alguna manera, aquello significaba, para mis adentros,

escapar a diversas situaciones difusas con resultados inciertos.

Sumido en estas divagaciones me hallaba y, de pronto, en un español mal pronunciado, uno de dos sujetos que hasta mí se acercaron, preguntó:

– Señor, ¿va para el oeste?

En principio, me sorprendió el porqué de esa pregunta. ¿Cómo suponían o sabían sobre mi probable destino?

– ¡Aun, no lo sé! –repliqué.

– Nosotros necesitamos llegar hasta Oregón. Si usted va en esa dirección, pagaremos el valor de la gasolina, el alojamiento y la alimentación. Además, estamos dispuestos a reconocerle por su servicio hasta \$1.000 USD.

Tardé en responderles. Al fin y al cabo, no tenía una ruta fija, un destino. Realmente, no sabía hasta dónde iría.

No es justamente ese destino el que llevo. Sin embargo, no tendría inconveniente en llegar hasta allá. Aceptaría los \$1.000 USD y la alimentación, según mis gustos, no muy exigentes, ni muchos, pero, en cuanto al alojamiento, preferiría escogerlo yo mismo, independientemente de ustedes. ¡Si así lo aceptan, vamos!

Los sujetos eran extraños para mí. Por la manera como aparecieron, de repente, me atemorizaba: ¿cómo es que no tienen un vehículo si, en este país, todo el mundo tiene uno? ¿Por qué asumirían el coste que me ofrecían si con ello bien podrían adquirir uno de segunda mano? ¡Así, se moverían a sus anchas y, quizás, les saldría más barato el viaje!

Nunca esperes nada: ¡sólo lo inesperado!

El viaje

Empezamos el recorrido como a la una de la tarde.

Sin embargo, el contacto con los dos individuos sembraba en mí inquietante incertidumbre: ¿hasta qué punto estaba poniendo en riesgo mi seguridad? Contra toda precaución que siempre había observado, a través de los años de mi vida, frente a las personas desconocidas, ahora había aceptado, sin mayores reservas, transportar en mi vehículo a dos hombres que podrían ser una amenaza. ¿Pero, cómo descubrir si, en verdad, lo eran? La ciencia criminalística, o antropología criminal, se había basado en morfologías específicas para clasificar a algunos seres humanos con posibles signos de alerta de peligrosidad o de ser proclives a ella.

Uno de ellos tenía el pelo rojizo, igual que su barba, la cual iba de patilla a patilla, oscureciendo su color en cercanías de la boca porque era más espesa. Su cabello no estaba alisado, más bien encrespado. Sus ojos eran pequeños y tendían a ser grises, nariz aguileña, brazos robustos

y largos, igual que los dedos de sus manos. Encima, tenía chaqueta de cuero negro, hasta la cintura, jeans oscuros, desgastados y botas café, altas.

El otro, un poco más bajo, tenía el cabello oscuro, más bien bermejo. Cejas pobladas, imberbe, no estaba afeitado y su mentón semicubierto con un pelaje que parecía barbas de chivo; daba la idea de ser un sujeto inestable, nervioso, por sus movimientos bruscos. Fumaba cigarrillos. Usaba también una chaqueta de cuero negra y jeans color marrón.

Al detallar sus fisonomías, en realidad no me dejaban nada claro, en ambos había estilos inocuos y también ofensivos, o, por lo menos, dispuestos a la acción.

Terminé por concluir que, si ya estaban en el auto, debía ser cauto con lo que diría y me propuse no hacer preguntas que pudieran ser fruto de respuestas no deseadas. Mejor sería esperar el desenvolvimiento de sus actitudes...

Sin embargo, me intrigaba el hecho de que el propósito de llegar hasta Oregón era el de “recuperar” una propiedad familiar que, según ellos decían, estaba en poder de unas personas que no deberían estar allí ocupándola, porque era propiedad familiar y no iban a permitir que gentes ajenas a la familia se beneficiaran de ella, menos, sin su consentimiento.

A pesar de que mi inglés era casi inexistente, alcanzaba a entender, de sus diálogos, que el padre de ellos tenía 3 hijos, dos varones y una mujer. Aquél había fallecido seis meses atrás, que había tenido buena relación y predilección por otro, en unión extramatrimonial. En vida, posesionó a tal hijo en la propiedad situada en Oregón, en cercanías del río Columbia, el cual la disfrutaba, privándolos a ellos de su tenencia, lo que resultaba más cruel para éstos porque tuvieron que enjugar las deudas dejadas por el difunto padre, obligación que surgió por ser los únicos herederos de su fortuna. El extramatrimonial estaba ajeno a esta obligación y disfrutaba de la propiedad a su antojo, sin responsabilidad alguna en los compromisos del difunto.

Entendí, entonces, que ese era el tema que los empujaba hasta esa lejana región para recuperar lo que sentían les pertenecía legítimamente y que, por eso, no irían en auto propio.

En algún momento les inquirí sobre el porqué no acudir a la autoridad del Estado para tal fin.

— ¡Jamás la obtendríamos! Eso lo arreglaremos nosotros. —fue la respuesta.

No insistí sobre ese asunto conforme me había propuesto; con mayor razón si pude entreoír que eran armenios, procedentes del Cáucaso.

Arribamos como a las 7 de la tarde a Rapid City, aún en Dakota del Sur. Pernoctaríamos aquí, porque al siguiente día habría una larga jornada y deberíamos salir como a las 5 a.m. Sentí pesar por no arrimar al Monte Rushmore, o de Los Presidentes, lugar al que, seguramente, en otra ocasión llegaré porque siempre me ha parecido fantástica la obra allí labrada en pura roca. Me contentaba con haber cruzado, atrás, por Chamberlain, sobre el gran afluente del

Misisipi, el Missouri, que tanto había deseado ver.

Partimos, efectivamente, a las 5 a.m., continuando por la I-90; llegamos tarde, luego de unas 9 horas de recorrido, hasta Butte, ciudad minera en el suroeste de Montana. Desde aquí, bajamos hacia el sur, para llegar hasta Pocatello, en Idaho, para conectar a la I-84, que nos llevaría al sitio final de nuestro recorrido.

Al tercer día, arribamos hasta las goteras de Portland; plantamos en “The Dalles”, en frente del hermoso y gran río Columbia, mirando al otro lado tierras del Estado de Washington, después de haber transitado 10 horas, más o menos. En un lindo poblado llamado Dufur, con vista hacia el Monte Hood, de elevadas nieves, me hospedé en el “Balch Hotel”, con características antiguas. La idea fue que mis acompañantes partirían, inmediatamente, hasta la tierra buscada porque querían, rápidamente, “solucionar” el asunto. Ese sector se ubicaba en cercanías de Dufur.

En razón a que, prácticamente, me había convertido en su motorista y “hombre de confianza para su misión”, según me indicaron, debería esperarles allí hasta su regreso, en uno o dos días.

La espera

Tres días, dos noches. Empezaba a inquietarme y pensaba mil cosas, principalmente acerca de en qué forma irían ellos a arreglar la recuperación de la finca. Quizá, evidentemente, fue mejor que no los acompañara. Así estaría a salvo de ser testigo de cualquier contingencia; me preocupaba, en verdad, involucrarme en una aventura desventurada. Estaba dispuesto a marcharme al tercer día, era mejor escurrirme de aquel lugar.

A eso de las 11 de la mañana, cuando me aprestaba a pagar la cuenta, aparecieron. Se excusaron por la demora argumentando que con su medio hermano hubo, en principio, agrias discusiones pero que, finalmente, aceptó marcharse en buena ley para evitar males familiares, pero que debía salir a conseguir un transporte para sus cosas mobiliarias.

La propuesta

En virtud a que habían observado en mí a una persona confiable, máxime si les había esperado pacientemente y que, además, sabía de la misión que “ya habían cumplido”, me pidieron que como, al fin y al cabo, yo no tenía un destino definido y había ido hasta ese lugar con ellos, me ofrecían la oportunidad para que me quedara en la propiedad un tiempo mientras buscaban el modo de vender o hacerle ciertos arreglos para alquilarla o, de pronto, uno de ellos podría venir a asentarse allí; que la propiedad contaba con una buena cabaña, en madera fina, aguas cristalinas, bosque silvestre... en fin.

Rondaba por mi mente esa oferta y pensaba que, en verdad, podría serme conveniente, la casa, las aguas, el bosque y su cercanía con lugares tan atractivos turísticamente; tal vez, ese retiro

me serviría para aclarar las aguas que me habían arrojado hasta allá. Acepté. Los, en principio desconocidos, emprendieron su marcha de regreso a su lugar de origen, del que nunca supe cuál era, no sin antes haber pagado el valor de mi alojamiento y alimentación.

La finca

En la tarde de ese mismo día llegué a la finca, cuyo nombre desconocía, conforme a las indicaciones que me habían dado. En verdad, había una regia cabaña construida toda en maderas. Su estructura y paredes fueron hechas con trozos de palos enteros, redondos, bien pulidos, al igual que los marcos de las puertas y ventanas; en éstas, ventanales con vidrios que no dejaban ver el interior. Su techo, en la parte de enfrente, sobre el porche, dispuesto a dos aguas que se juntaba armónicamente con otro tendido horizontal, también a dos aguas y, en una esquina, una pequeña torrecilla que hacía de ático con su ventana. Toda la techumbre era de tejas asfálticas, que estaban pintadas de negro. Alrededor, hacia la parte del fondo, había bosque natural nutrido con robles, cipreses, encinas. A esa hora se veían terriblemente oscuros.

Al día siguiente, dada mi gran curiosidad, me tiré muy temprano de la cama para conocer mejor la propiedad. Estaba mal dormido; sin energía eléctrica, la noche se acompañaba con lámparas de mecha y aceite y uno que otro candelabro en algún mueble, ubicado de cualquier manera.

Empleé ese primer día en labores de limpieza. La casa estaba terriblemente desordenada, varios elementos tirados por el piso, algunos rotos. Un enorme cuadro en lienzo, colgado en una de las paredes de la sala, tenía en su fondo el retrato de un hombre, con sombrero, de grandes alas; echada sobre sus hombros una correa ancha y en cada extremo una bolsa, todo en cuero color café oscuro. Era de medio cuerpo. Su rostro aparecía con un rojo oscuro, casi negro, y sólo se distinguía un ojo. ¡El otro estaba atravesado con una real flecha de indios!

En el segundo día, aprovechando un radiante sol que iluminaba todo el horizonte hacia el Monte Hood, tomé mi cámara fotográfica y me interné en el bosque, con la esperanza de capturar la imagen de algún animal terrestre o alguna de aquéllas bellas aves que, en el día anterior, había observado circundando el lugar.

En algún momento, enfocando oscuros pasajes, hasta donde no llegaban los rayos lumínicos, a través del lente, observé un trozo de tela a cuadros; me acerqué, lentamente, y la tomé con mis manos. Parecía ser parte de una camisa a cuadros, estaba en buen estado y daba la impresión de haber sido arrancada con fuerza del resto de la prenda.

Miré alrededor buscando algo más y, a unos 15 pies, noté un montículo que encima tenía pedazos de ramas con hojas, aún frescas, cortadas con herramienta de filo. Quite esa cubierta y quedó al descubierto un gran montón de tierra negra recién recogida. Con un palo, escarbé y no tardó en asomar, terriblemente ennegrecida, por su color violáceo, una mano con su antebrazo de igual aspecto. Mi corazón saltaba en mi pecho y mi cabeza empezó a dar vueltas

como en vértigo, a riesgo de tirarme al suelo. ¡Terror! Fue mi primer sentimiento. ¡En qué lío me he metido!

Regresé de inmediato a la casa. Fui al lado de la corriente cristalina, eché agua helada sobre mi cabeza y espalda, así logré volver en mí y pensar: ¿Qué alternativas podría tener? ¡Marcharme de allí de inmediato!

Pero, en el pequeño pueblo me conocieron, en el hotel estaban mis datos, las placas de mi vehículo, me vieron asociado con aquéllos dos desconocidos; estaría marcado como sospechoso para el momento en que ese o esos cuerpos fuesen rescatados ante denuncias de sus familiares, por su desaparición o silencio en comunicarse. Y, ¿si aquellos sujetos me sindicaban? Bien se dieron cuenta, en el hotel, que habían regresado, tan campantes, que estuvieron en mi compañía un buen rato hasta despedirse y marcharse, tranquilos, ¡sin prisas!

¿Y si yo mismo iba ante las autoridades y denunciaba el hecho, más, ¿con qué documentos me presentaría? Me apresaría, me enlistaría, sería remitido a alguna de esas horrendas cárceles destinadas a los “criminales inmigrantes”. Mientras investigaran y se localizara a los culpables pasaría mucho tiempo y, finalmente, me deportarían, como otro más en esas infames estadísticas.

Otra vez, apareció mi mente consciente para reprocharme: ¿Te das cuenta, hombre necio, que no eres libre? ¡Mira en lo que ha parado tu famosa libertad!

Epílogo

En tanto me debatía dentro de semejante confusión, mi familia buscaba frenéticamente mi paradero, porque no lo sabían desde 8 días atrás, para darme la feliz noticia del recibo de la tarjeta que me otorgaba el status de residente permanente, o “green card”. Por otra parte, gracias a la colaboración del motorista que transportó, en último momento, a los dos sujetos, las autoridades lograron descifrar el ominoso suceso y detenerlos.

Estos dos importantes acontecimientos determinaron mi libertad inmediata.

Lo anterior nos lleva a la convicción de que la justicia norteamericana, su democracia y organización, funcionan para todos los ciudadanos que obren dentro de la legalidad, acatando las normas y respeto por las costumbres y personas. Quizá, el rigor con el que se les ataca, en ciertas circunstancias, obedece al dimensionamiento que ejercen algunas comunidades que no obran dentro de aquellas reglas y por eso, las ponen en su lugar; además, los medios de comunicación y organizaciones que reciben su patrocinio sesgan la información, por odios políticos, religiosos o económicos.

Creamos en las bienaventuranzas, la justicia y el derecho. Tener fe, esperanza y firmeza en nuestras buenas acciones.

José Manuel Jordán Balcázar

Rigor científico con sensibilidad humanística

El maestro José Manuel nació el primero de enero de 1952. Esta fecha, siempre, ha tenido en su vida un profundo significado.

Matemático de vocación profunda y maestro por destino, José Manuel Jordán Balcázar aprendió desde niño que el mundo también puede ordenarse en cifras, silencios y preguntas. En la Escuela República de Colombia, donde culminó su primaria en 1965, descubrió el asombro por el conocimiento; y en el Instituto Politécnico Municipal, donde concluyó sus estudios en 1971, comenzó a entrever que las matemáticas no solo resuelven problemas: también iluminan la vida.



Licenciado en Matemáticas por la Universidad Santiago de Cali, 1976, amplió su formación entre laboratorios de Física en el multitaller de materiales didácticos de la Universidad del Valle, 1977, y los horizontes conceptuales de la Especialización en Docencia Universitaria en la USC, 1997. Allí consolidó una mirada pedagógica que une el rigor científico con la sensibilidad humanística, convencido de que enseñar es, ante todo, acompañar la construcción del sentido.

Su trayectoria profesional ha tejido puentes entre las Matemáticas, la Física y las Humanidades. Ha enseñado en la Universidad Libre Seccional Cali, en la Universidad Santiago de Cali y en la Universidad Católica Lumen Gentium, donde su labor docente se distingue por integrar pensamiento lógico, reflexión crítica y formación ética. Cada clase suya es un territorio donde las ecuaciones dialogan con la imaginación y donde el conocimiento se entiende como una experiencia humana antes que como un simple método.

Autor y coautor de varios textos orientados al fortalecimiento del pensamiento matemático —*Manual de Matemáticas para Cimentación Universitaria, Introducción a la Lógica Matemática, Fundamentos de Matemáticas para Administración y Economía, Reglas de Inferencia de la Lógica Matemática en las Ciencias de la Salud, Introducción a las Ecuaciones Diferenciales Ordinarias*— ha extendido su obra más allá del ámbito académico. También escribe cuentos, poemas y ensayos, demostrando que para él la ciencia y el arte no son caminos opuestos, sino líneas que se cruzan en un mismo punto de búsqueda.

Convencido de que el humanismo es la raíz secreta de toda enseñanza verdadera, José Manuel Jordán Balcázar concibe la educación como un espacio donde convergen el rigor conceptual, la creatividad intelectual y la dignidad del espíritu. En su vida, como en sus aulas, la matemática se vuelve gesto, lenguaje y horizonte: una forma de mirar el mundo con precisión

Diez noches en el vecindario de mi biblioteca

Conversaciones con la eternidad, los libros y la luz

El vecindario de mi biblioteca 1

(Experiencias durante el insomnio en mi sueño)

Cuando el sueño me toma de la mano y cierro los ojos, la penumbra se abre como una puerta secreta y mi biblioteca despierta. Los lomos de los libros se iluminan tenuemente, como ventanas encendidas en una calle antigua, y los autores que allí habitan salen a conversar, como vecinos que se encuentran al caer la tarde.

Gabriel García Márquez es siempre el primero en aparecer. Se acomoda en la esquina de un estante y, con la cadencia del Caribe, anuncia:

—El tiempo no es más que un río que se desborda en la memoria. Todo vuelve, incluso las palabras que dejamos escritas.

Isaac Newton, meticuloso, lo observa con gesto severo.

—El tiempo, señor García, se mide con precisión. Es una magnitud, no un río. El universo no se sostiene en metáforas, sino en leyes.

Einstein, que ya ha desplegado su melena blanca sobre el aire, sonríe con malicia.

—Newton, amigo, tus leyes sostienen los relojes, pero las metáforas de García Márquez sostienen los sueños. Y entre relojes y sueños se curva el espacio.

Julio Cortázar, fumando distraído, interviene con “aire de jazz”:

—Yo propongo que juguemos, por ejemplo, “Rayuela”; también les traigo un “Modelo para armar”. Nada de relojes ni de curvaturas. Pongamos las palabras patas arriba y veamos si el tiempo aprende a bailar.

Desde un rincón, Borges acaricia el lomo de un tomo invisible y murmura, con esa ironía suya que todo lo disuelve:

—El tiempo es un espejismo. No lo olviden: somos personajes de un sueño, y quizás el soñador ni siquiera existe.

Ernesto Sábato, sombrío, golpea la mesa con la palma de su mano derecha:

—El problema no es el tiempo. Es la soledad, el abismo de estar aquí reunidos, hablando para nada.

Simón Bolívar, que ha llegado con espada de papel y voz de trueno, responde:

—Nada es en vano, señor Sábato. Hasta en el polvo de las bibliotecas se libra una batalla.

Las ideas son ejércitos que no conocen la derrota.

Aurelio Baldor, quien ha traído su álgebra y geometría, interviene:

—Caballeros, permítanme poner orden. Hay varios factores a considerar; todo tiene proporción, incluso sus disputas. La razón depende del ángulo de nuestra observación, de la medida y el equilibrio en nuestra intervención.

Aníbal Ponce sonríe, encendiendo una chispa de filosofía.

—Equilibrio, sí, pero recordemos que toda cultura se construye en lucha. Estos estantes son un campo de tensiones, y cada uno de nosotros representa un fragmento de humanidad.

Dante, que ha ascendido de su Infierno personal con la solemnidad de un canto, levanta la mirada hacia la bóveda invisible de la biblioteca.

—Todo lo que dicen, en el fondo, es una misma peregrinación: la del hombre en busca de sentido. Un viaje que comienza en la selva oscura de la ignorancia y se eleva, si hay fortuna, hacia la luz del Paraíso.

Entonces, como si los libros mismos respiraran, las páginas crujen, las ideas se entrelazan, y yo, desde mi sueño, escucho ese rumor incesante. No discuten para convencer, sino para mantenerse vivos. Y sé que, cuando despierte, sus voces callarán, pero en el silencio quedará el eco, como un vecindario secreto que me habita y me acompaña.

Porque en mi biblioteca no guardo libros: guardo mundos. Y en cada noche de sueño, esos mundos se abren como lámparas encendidas para recordarme que soy apenas un inquilino más de su infinita conversación.

El vecindario de mi biblioteca 2

(La noche del conocimiento frágil)

Cuando el reloj se disuelve en mi sueño y la penumbra vuelve a encender los estantes, una nueva reunión se forma en la plaza invisible de mi biblioteca. Esta vez no hay discusiones de tiempo ni de espacio: el aire huele a preguntas.

Carl Sagan levanta la voz primero, con la serenidad de un astrofísico que sabe hablarle al cosmos:

—Somos un punto azul pálido, un destello en la inmensidad. Y sin embargo, aquí, en esta mota de polvo cósmico suspendida en un rayo de luz, hemos inventado telescopios, poemas y ciudades. No deja de asombrarme nuestra audacia.

Umberto Eco, acariciando una barba de sombras, sonríe como quien conoce los secretos de las bibliotecas infinitas:

—Audacia, sí, pero también fragilidad. Toda la historia humana cabe en un palimpsesto que alguien podría borrar. El conocimiento es un eco —como mi apellido— que resuena apenas mientras alguien lo escucha.

José Saramago, de voz lenta y grave, se suma con tono de fábula:

—¿Y qué pasaría si un día los hombres despertaran ciegos al sentido de lo que han escrito? No por perder la vista, sino por olvidar el alma. Porque lo más peligroso no es no saber, sino no querer ver.

Edgar Morin, con mirada de tejedor, habla como quien enlaza hilos invisibles:

—Lo que dices, Saramago, es un llamado a la complejidad. El saber humano no es una torre de marfil, sino una red frágil de conexiones. Cada disciplina se cree isla, pero solo en conjunto forman un archipiélago que se sostiene.

Cortázar, juguetón, da un golpecito en la mesa y murmura:

—Un archipiélago, dices... yo lo veo como una banda de jazz donde cada instrumento improvisa, y en ese desorden se esconde el orden verdadero.

Borges, que ha permanecido en silencio, levanta la cabeza con sus ojos de laberinto:

—El conocimiento, señores, es también una ficción. La realidad se disfraza de verdad, y nosotros apenas rozamos su sombra. Tal vez lo único que sabemos con certeza es que todo lo demás podría ser un sueño.

El silencio que sigue es denso, como si las páginas mismas contuvieran el aliento. Y entonces, desde un estante más alto, una voz serena pero firme (la de un maestro), se deja oír:

—No olviden que toda pregunta es una chispa —dice Galileo, que ha bajado de su viejo tomo polvoriento—. Si nos atrevimos a mirar el cielo, fue porque antes alguien se atrevió a dudar.

Todos asienten, y yo, desde mi sueño, los escucho con el corazón encendido: mi biblioteca no es un lugar donde se guardan libros, sino un ágora donde el universo se piensa a sí mismo.

Cuando despierto, los estantes parecen mudos, pero sé que en el fondo siguen respirando, aguardando la próxima noche para continuar la conversación infinita.

El vecindario de mi biblioteca 3

(La noche de la libertad entre profanos e iniciados)

Aquella noche, mi biblioteca no fue vecindario ni ágora: fue templo. Las sombras formaban columnas dóricas, jónicas y corintias; los libros se erguían como muros cargados de símbolos, y en el silencio se respiraba incienso invisible.

Dante fue el primero en aparecer, con el rostro iluminado por las brasas de su Infierno y la luz serena de su Paraíso. Con voz solemne declaró:

—El hombre no se realiza en la comodidad, sino en el viaje. Cada grado de ascenso es un peldaño en la escala hacia la luz.

Simón Bolívar avanzó entonces, no con espada, sino con un pliego de ideales que flameaban como banderas en la penumbra. Su voz era trueno y llama:

—La libertad no se pide: se construye. Pero cuidado, hermanos: la verdadera libertad no es la de los pueblos solamente, sino la que cada hombre forja en su conciencia.

Edgar Morin, con calma de sabio contemporáneo, intervino enlazando sus palabras como mosaicos:

—Libertad, sí, pero recordemos su complejidad. No es un concepto único, sino tejido: responsabilidad, ética, fraternidad, comunidad. No hay luz sin sombra, ni independencia sin unión.

Los tratados de masonería, como si las páginas hubiesen adquirido voz coral, resonaron desde los estantes:

—Todo iniciado jura trabajar por la libertad interior y exterior. No basta con romper cadenas de hierro; hay que limar las de orgullo, intolerancia y ego.

Borges, que había llegado tarde como quien surge de un laberinto, habló con ironía suave:

—Acaso la libertad no sea más que otro laberinto. Pero es un laberinto en el que vale la pena perderse, porque en sus giros el hombre descubre su rostro.

Bolívar levantó la mirada y replicó:

—Apreciado señor Borges, incluso los laberintos tienen salida si se anda con fe y constancia. La libertad es esa salida: no se encuentra de golpe, se talla como piedra en el taller.

Dante sonrió, como quien reconoce un símbolo compartido:

—Así es. Toda libertad verdadera exige descender primero al infierno de uno mismo. Solo

quien atraviesa la oscuridad reconoce el valor de la luz.

Y en ese instante, mi biblioteca entera se iluminó: los libros brillaban como estrellas, las voces se mezclaban en un cántico, y el templo onírico parecía elevarse más allá de los estantes. Yo, desde mi sueño, entendí que aquella conversación no era solamente de ellos, sino también mía, porque cada palabra me recordaba que soy, a la vez, lector, iniciado y aprendiz del universo.

Cuando desperté, el templo había desaparecido, pero en el silencio quedaba aún la vibración de una palabra inscrita en mi pecho: libertad.

El vecindario de mi biblioteca 4

(La noche del infinito y la fraternidad entre profanos e iniciados)

El infinito de los cielos

La penumbra se abrió como un domo estelar, y la biblioteca tomó la forma de un observatorio antiguo. Las páginas eran astros, los estantes constelaciones.

Newton se adelantó con su seriedad de alquimista convertido en científico:

—El universo es una máquina perfecta, regida por leyes tan exactas como los números. Nada escapa al cálculo; hasta los astros obedecen.

Carl Sagan, con el brillo del cosmos en sus ojos, respondió:

—Y sin embargo, maestro Newton, esa máquina está envuelta en misterio. Somos polvo de estrellas preguntándose por el origen de todo. El infinito no es solo ecuación: es también asombro.

Umberto Eco sonrió, acariciando un tomo invisible de su biblioteca imaginaria:

—El infinito, señores, es también un relato. Una biblioteca sin final donde cada libro remite a otro. La ciencia abre puertas, la filosofía las interpreta y la literatura les da sentido.

Cortázar, dejando de lado su saxofón, lanzó una leve carcajada y agregó:

—Yo digo que el infinito es un juego. Una rayuela escrita en el cielo, donde saltamos de estrella en estrella sin llegar jamás al final.

Borges cerró el círculo con voz baja y cortante como un filo:

—Quizá el infinito no exista. O peor aún: quizá exista, pero no esté hecho para nosotros. Acaso lo único infinito sea el deseo humano de comprender.

El silencio que siguió fue un abismo. Yo lo escuché desde mi sueño, conmovido por la certeza de que cada palabra era un ladrillo en el puente hacia lo inabarcable.

La fraternidad de los hombres

Esa misma noche, sin que yo supiera cómo, el observatorio se transformó en templo. Las constelaciones dieron paso a columnas, y la bóveda estelar se tornó en bóveda celeste de piedra y símbolo.

Simón Bolívar habló primero, con voz de trueno:

—La fraternidad es el único ejército que no conoce derrota. Los pueblos pueden dividirse, pero los hombres libres, cuando se reconocen como hermanos, reconstruyen naciones.

Aníbal Ponce, con mirada de analista, replicó:

—La fraternidad, Libertador, no es un don espontáneo. Se edifica en lucha contra las fuerzas que buscan dividir. La historia lo demuestra: cada conquista de unidad fue antes un campo de batalla.

Edgar Morin, con calma de tejedor de complejidades, añadió:

—La fraternidad es también una red. No basta con proclamarla: hay que sostenerla entre múltiples hilos —la ética, la justicia, la educación—. Sin esa urdimbre, se rompe como un frágil tejido.

Ernesto Sábato, sombrío, alzó la voz como quien habla desde un sótano:

—La verdadera fraternidad exige mirar la soledad del otro y cargar con ella. Si no se comparte el dolor, todo discurso de hermandad es farsa.

El eco de los tratados masónicos resonó desde los estantes:

—Recordad: la fraternidad no es palabra, es compromiso. Se prueba en el silencio de la obra y en el respeto al juramento.

Bolívar levantó la mano como quien sella un pacto:

—Entonces, que sea esa nuestra consigna: ni tronos, ni espadas, ni dogmas. Solo la fraternidad que nos hace libres.

La biblioteca-templo vibró como si sus muros se expandieran más allá de mis sueños. Yo, humilde testigo dormido, sentí que esas voces me atravesaban como un mandato: ser constructor de puentes entre hombres y mundos.

Al despertar, comprendí que el infinito y la fraternidad son, en esencia, lo mismo: dos formas

de aspirar a lo eterno.

El vecindario de mi biblioteca 5

(La noche del banquete universal)

Aquella noche, mi biblioteca no se transformó en observatorio ni en templo: fue ambas cosas y algo más. Los estantes se abrieron como avenidas que conducían a una gran sala circular, donde cada libro era una lámpara encendida. En el centro, una mesa infinita esperaba a los huéspedes de todos los tiempos.

Llegó Dante con su túnica solemne, Bolívar con su espada hecha de ideas, Newton cargando su Principia como si fuera piedra angular. Sagan traía un telescopio pequeño, Cortázar un reloj que andaba hacia atrás, Borges un espejo en el que cabía todo el laberinto. Eco se presentó con una llave maestra para abrir bibliotecas invisibles, Morin con un ovillo de hilos entrecruzados, Saramago con un bastón que golpeaba rítmicamente el suelo, y Baldor desplegaba sobre la mesa triángulos perfectos como panes compartidos.

Yo, desde mi sueño, apenas observaba.

El banquete comenzó sin manjares: se servían palabras. Newton proclamó con voz firme:

—El universo es un edificio sostenido por leyes inmutables.

Sagan lo interrumpió suavemente:

—Y, sin embargo, esas leyes no apagan el asombro; más bien lo encienden. Somos una especie que mira las estrellas buscando su reflejo y en él nuestro origen.

Eco levantó su copa imaginaria:

—No olvidemos que todo conocimiento es también narración. Lo infinito puede contarse como una ecuación o como una fábula.

Borges sonrió apenas, como si no creyera en nada de lo dicho:

—Quizá la realidad no sea más que una biblioteca en la que alguien hojea nuestras páginas.

Entonces Bolívar golpeó la mesa con su puño luminoso:

—Sea como sea, caballeros, todo saber debe conducirnos a la libertad de los hombres. De lo contrario, es vanidad vacía.

Sábat, sombrío, agregó:

—Y esa libertad se mide en fraternidad. Sin ella, el conocimiento se convierte en arma contra

el hombre mismo.

Morin, desenredando su ovillo, habló como tejedor paciente:

—El destino humano es complejo. Necesitamos unir ciencias y humanidades, política y espiritualidad, razón y símbolo. Ningún hilo aislado basta: solo el tejido completo nos sostiene.

Cortázar, que había permanecido en silencio, dio un salto lúdico:

—Pues yo digo que este banquete es un juego. Un jazz donde cada voz improvisa, y en esa música se revela lo eterno.

Dante levantó la mirada hacia lo alto, como quien contempla vitrales invisibles:

—Todo lo que decís es verdad. El hombre es un viajero que busca su luz. Y este banquete no es otra cosa que un peregrinaje compartido hacia la unidad.

Los tratados masónicos resonaron como un coro invisible desde los muros:

—Recordad: construir es nuestro deber. La piedra del científico, la del poeta, la del libertador, todas forman el mismo templo de la humanidad.

Un silencio sagrado cayó sobre la mesa. Entonces Borges, con ironía tenue, susurró:

—Tal vez esta reunión nunca ocurrió, salvo en el sueño de alguien que nos imagina.

Y yo, desde mi sueño, comprendí que ese alguien era yo mismo. Que mi biblioteca no guardaba libros sino mundos, y que cada noche esos mundos se reunían para recordarme que el hombre es, a la vez, aprendiz del cosmos y obrero del espíritu.

Cuando desperté, la mesa había desaparecido, pero el eco de sus voces seguía vibrando en mí como un mandamiento: ser puente entre la ciencia, la literatura, las humanidades, la fraternidad; entre la razón, la imaginación y el símbolo.

El vecindario de mi biblioteca 6

(La noche de la confidencia)

Esa noche, el bullicio de mi biblioteca onírica no se encendió. No hubo banquete ni ágora, tampoco templo. Solo un silencio espeso, como si todos los autores hubieran acordado callar.

Entonces lo vi: José Saramago caminaba lentamente entre los estantes, apoyado en su bastón de sombra. No miraba a los otros libros, ni siquiera parecía buscarlos. Venía hacia mí.

Se sentó a mi lado —aunque yo seguía dormido— y habló con esa voz suya, lenta, grave, como quien cuenta un secreto que en realidad es una verdad universal:

—¿Sabes, José Manuel? Los hombres creemos que vivimos despiertos, pero pasamos la vida sonámbulos, obedeciendo sin pensar, viendo sin mirar. La ceguera no es perder los ojos: es renunciar a la conciencia.

Me estremecí, aún dentro del sueño. Él prosiguió:

—Eres profesor. Enseñas Matemáticas y Física. Pero recuerda siempre: lo importante no es que tus alumnos sepan resolver un problema, sino que aprendan a sospechar del mundo. A no aceptar la injusticia como costumbre. A no quedarse ciegos en medio de la luz.

Guardó silencio un instante, apoyando sus manos en el pomo del bastón.

—Y eres iniciado —añadió—; eso significa que has jurado buscar la luz. Pues bien: la luz no es solo un símbolo, sino un deber. Cuando otros cierran los ojos, tú deberás abrirlos. Cuando otros callen, deberás hablar. Esa es la tarea más ardua, pero también la más hermosa.

Me miró fijo. Sentí que esa mirada atravesaba el sueño y se hundía en mi pecho.

—Recuerda —dijo finalmente—: el hombre no es dueño de la verdad, pero sí es guardián de la dignidad. Que tu biblioteca no sea solo refugio de libros, sino taller de justicia.

Y, al decirlo, se levantó lentamente, caminó hacia el fondo de los estantes y se desvaneció en el silencio.

Cuando desperté, su voz aún me acompañaba, como un eco persistente. Comprendí que aquella confidencia no era una fantasía, sino un mandato íntimo: ser maestro de ojos abiertos, masón de palabra viva, hombre que no se resigna a la ceguera del mundo.

El vecindario de mi biblioteca 7

(La noche cósmica de Carl Sagan)

Esa noche, los estantes de mi biblioteca se transformaron: eran galaxias suspendidas en penumbra. Cada libro brillaba como una estrella, y el aire olía a polvo cósmico.

De entre esa constelación de páginas, apareció Carl Sagan. No traía toga ni bastón: traía un pequeño planetario en la palma de su mano. Su voz, serena como un río estelar, se dirigió a mí con la calma de quien conversa con un amigo en la penumbra:

—José Manuel, ¿ves estas luces? —me mostró la esfera diminuta donde danzaban galaxias—. Aquí estamos todos: tú, yo, tus alumnos, los autores de tu biblioteca, Bolívar, Dante, Newton, Borges, Neruda, Allende... Un solo punto azul pálido flotando en la inmensidad del universo.

Yo asentí en el sueño, incapaz de hablar. Él continuó:

—Eres profesor de Física y Matemáticas. Eso ya es un acto cósmico. Enseñar a mirar el cielo

con modelos matemáticos es dar a los demás la llave del asombro. Pero recuerda: el conocimiento sin asombro es un mapa sin territorio. No enseñas solo la ley, enseña también la poesía del universo.

Sus ojos brillaban como estrellas cercanas:

—Fuimos iniciados en los Augustos Misterios del Arte Real y eso significa que trabajamos por la luz. ¿No ves la semejanza? El astrónomo y el masón buscan lo mismo: salir de la caverna de la ignorancia y levantar la mirada. Uno lo hace con telescopios, el otro con símbolos. Pero ambos persiguen la misma claridad.

Se inclinó un poco hacia mí, casi en confidencia:

—Nunca olvides que somos responsables de este pequeño mundo. Allá afuera hay silencio y vacío; aquí, en la Tierra, hay vida y conciencia. Si olvidamos cuidarla, ningún libro ni templo ni ecuación nos salvará.

Guardó un instante de silencio, mientras el minúsculo planetario en su mano giraba suavemente.

—José Manuel, cuando enseñas, recuerda mostrar a tus alumnos que son parte del cosmos. Y cuando guíes como masón, recuérdales que la fraternidad no es metáfora: es ley universal, como la gravedad que une los astros.

Con esas palabras cerró su mano, y la esfera cósmica se desvaneció como brasa que se apaga. Luego me miró y dijo, antes de esfumarse en la penumbra:

—Somos polvo de estrellas, pero también somos la forma que tiene el universo de preguntarse por sí mismo. Nunca lo olvides.

Cuando desperté, sentí que aún tenía entre mis manos el resplandor de aquella esfera. Y supe que, en cada clase, en cada palabra, en cada juramento, debía mantener viva esa chispa de asombro que nos hace humanos y cósmicos a la vez.

El vecindario de mi biblioteca 8

(Coral de eternidades)

En el sueño de esa noche, la biblioteca no era un espacio cerrado: era una plaza iluminada por faroles de fuego antiguo. Las sombras de los árboles eran versos, y las columnas parecían sostener el cielo. Allí se reunieron cuatro presencias, cada una con su propia gravitación.

Borges apareció primero, con un libro que no tenía principio ni final.

—La eternidad no es un consuelo —dijo—, sino un laberinto. ¿Acaso no somos páginas que alguien sueña y olvida?

Cortázar, recostado en una escalera retorcida que parecía no llevar a ningún lado, sonrió con ironía luminosa:

—No, Jorge. Somos trompos que giran entre el azar y la música. El tiempo se interrumpe, se bifurca, se vuelve juego. Y en el juego, todos cabemos.

De pronto, entró Bolívar, no como estatua ecuestre, sino como hombre fatigado y ardiente.

Sus ojos tenían todavía el brillo de la espada, pero también la sombra de la desilusión.

—Ni eternidad ni juego —dijo con voz grave—. Lo que urge es libertad. Un continente entero espera despertar. Y sin unidad, no habrá ni laberintos ni juegos: solo ruinas.

El silencio se tensó como cuerda. Fue entonces cuando Octavio Paz se adelantó con calma, llevando en las manos un cuenco invisible lleno de palabras.

—Todos dicen verdad, pero la verdad está incompleta. La eternidad de Borges, el juego de Cortázar, la libertad de Bolívar... todas son estaciones de un mismo viaje. Lo que nos salva no es un solo nombre: es el diálogo. Porque el hombre es un ser hecho de tiempo, memoria y esperanza, y solo en la palabra compartida encuentra su rostro.

Borges bajó la mirada, como si aceptara el dictamen. Cortázar sonrió, mientras Bolívar levantó la frente expectante y con renovado entusiasmo. Paz, con esa voz de río subterráneo, cerró el coro:

—José Manuel, tu biblioteca no es un archivo muerto. Es un espacio donde los siglos se dan la mano. Y tú eres su guardián, su anfitrión. Mantén abierto este vecindario, porque en él el hombre no se fragmenta: se reconoce.

Y así, en la plaza onírica de mis estantes, la eternidad, el juego, la libertad y el diálogo se volvieron un solo acorde, un himno de humanidades entrelazadas.

El vecindario de mi biblioteca 9

(El coro de las incertidumbres)

Aquella noche, la biblioteca no fue templo ni plaza, sino mesa redonda. Los libros se habían transformado en copas de vino, y el aire olía a pergamino y a mar lejano. Sentados frente a frente, cuatro voces se preparaban para entretejer sus dudas y certezas.

José Saramago habló primero, con su tono pausado, casi irónico, como quien acaricia las palabras para después darles filo:

—Vivimos rodeados de ciegos que creen ver. La humanidad se obstina en caminar sin bastón, tropieza, cae, y aun así presume de clarividencia. Quizá lo nuestro no sea salvar al mundo, sino recordarle su fragilidad.

Umberto Eco, ajustándose unas gafas que brillaban con destellos de código medieval, replicó con voz grave y erudita:

—La fragilidad no está solo en la humanidad, José, sino también en sus signos. Todo lo que decimos es interpretación; todo texto es un bosque que nadie recorre del mismo modo. La ceguera de la que hablas se multiplica en laberintos de símbolos.

Edgar Morin, con esa mirada que parece abarcar tanto las galaxias como los barrios más humildes, añadió con serenidad:

—Ni la fragilidad ni el signo bastan para definirnos. El hombre es un tejido de incertidumbres, contradicciones y complejidades. No somos piezas aisladas, sino nodos de una red infinita. Por eso necesitamos un pensamiento que sepa unir, no solo separar.

Gabriel García Márquez, con la sonrisa de quien sabe que la realidad siempre es un poco más absurda y mágica que la ficción, intervino para cerrar la ronda:

—Todo lo que dicen es verdad, y sin embargo olvidan lo esencial: la vida es cuento. Y en ese cuento caben las cegueras de Saramago, los signos de Eco, las redes de Morin... y también los amores contrariados, las guerras interminables, las soledades de pueblos enteros. El deber del hombre —y del escritor— es contar ese cuento de manera que no se olvide nunca.

El silencio cayó como un delicado telón. Entonces Saramago sonrió apenas, Eco abrió un libro imaginario, Morin trazó en el aire una red invisible y García Márquez dejó flotar una mariposa amarilla sobre la mesa.

Yo, desde mi sueño, comprendí que el vecindario de mi biblioteca no era un archivo estático, sino un taller en movimiento, donde las incertidumbres no se resolvían, sino que se celebraban.

El vecindario de mi biblioteca 10

(El capítulo de los nueve)

Aquella noche, el sueño abrió un pórtico solemne: columnas infinitas sostenían el techo estrellado de la biblioteca, y en el centro, una mesa redonda esperaba. No había jerarquías, solo presencias.

Dante llegó primero, con la túnica impregnada aún de fuego y de gloria. Abrió la sesión con voz que parecía canto:

—El hombre es un peregrino del alma. Quien no busca la luz, se consume en la penumbra de su propia sombra.

Newton, con la gravedad de los astros en la frente, tomó la palabra como quien mide el pulso del cosmos:

—El universo obedece a leyes inmutables. Mas, si lo he aprendido bien, esas leyes no explican el corazón humano. He aquí el misterio que nos reúne.

Borges levantó un libro que contenía a todos los libros y murmuró:

—Quizá el corazón humano sea otro laberinto, tan vasto como el universo de Newton, tan secreto como la Divina comedia de Dante. Y sin embargo, siempre habrá quien intente recorrerlo con una sola llave.

Cortázar sonrió brevemente, sentado al revés en su silla, como si burlara al tiempo:

—El problema, muchachos, es que las llaves son múltiples. A veces la puerta se abre con un salto de rayuela, otras con un gato que maúlla en mitad de un cuento. El azar tiene más lógica que la lógica misma.

Entonces habló Schrödinger, acariciando un gato invisible que parecía estar vivo y muerto a la vez:

—La paradoja no es juego, Julio, es naturaleza. La realidad no se ofrece como certeza, sino como probabilidad. Entre la vida y la muerte, el ser humano oscila, y de esa oscilación nace su grandeza.

Rulfo, desde un rincón, alzó una voz que parecía polvo y viento:

—Oscilamos, sí... pero a veces ya no hay quien nos escuche. Los pueblos mueren de silencio antes que de hambre. He caminado en Comala y lo sé: no hay peor condena que la voz apagada.

Sábato, con mirada sombría y luminosa a la vez, asintió con gravedad:

—La voz apagada es el síntoma del hombre contemporáneo. Entre la desesperación y la esperanza, vivimos al borde del abismo. Pero si no asumimos la angustia, nunca hallaremos verdad.

Cervantes, con ademán caballeresco, golpeó suavemente la mesa con su mano derecha, dejó escapar una sonrisa y agregó:

—Pues lancémonos contra los molinos, señores. Si la realidad es paradoja, silencio y abismo, el único remedio es la locura lúcida del ideal. ¿Qué importa que se rían? El caballero que defiende un sueño nunca fracasa.

Finalmente, Salvador Allende se puso de pie. No hablaba como presidente, sino como hombre que amaba a su pueblo:

—El sueño no basta si no se entrega la vida por él. La libertad no es metáfora ni quimera: es pan, dignidad, justicia. Y si he de morir en el intento, que sea con la frente en alto, sabiendo que cada hombre y cada mujer tienen derecho a ser dueños de su destino.

Un silencio reverente envolvió la sala. Entonces comprendí que mi biblioteca, esa noche, había convocado un capítulo universal, donde ciencia y poesía, política y metafísica, todas se miraban en un mismo espejo: la condición humana.

Y yo, guardián del sueño, supe que aquel capítulo no se cerraba, sino que quedaba abierto como libro interminable.

Nicolás Carvajal Ríos

Entre la música y la arquitectura digital



Nicolás Carvajal Ríos, también conocido como Nito Carval, es compositor, productor musical y diseñador de sistemas digitales. Su recorrido se ha construido a partir de la exploración constante del lenguaje sonoro y literario, así como del diseño de sistemas orientados a pensar, organizar y hacer viables proyectos de naturaleza multidisciplinaria en ámbitos científicos, académicos, literarios, musicales y turísticos.

Paralelo a su trabajo musical, ha profundizado en áreas como el marketing digital, la automatización de procesos, la programación aplicada y la inteligencia artificial. Desde este enfoque ha desarrollado la primera plataforma de formulación de proyectos de investigación con asistencia inteligente, inspirada en el trabajo científico y metodológico de su padre, Lizardo Carvajal Rodríguez.

En Poemía Editorial se desempeña en el diseño web, la creación de automatizaciones y la gestión de campañas publicitarias. A través de su proyecto Soir Digital ha desarrollado campañas para agencias turísticas como Misión Polar (Islandia) y Aventura Caño Cristales.

Ha colaborado con la editorial Luabooks en la composición y producción musical de una obra interactiva, ampliando el diálogo entre sonido, narración y experiencia digital.

De forma paralela, desarrolla un trabajo musical dividido en dos líneas: la canción de autor, como Nito Carval y la composición pianística instrumental, con su proyecto Carvals.

En esta antología participa como diseñador y maquetador del interior del libro, entendiendo el acto de maquetar como una forma de componer: con ritmo, pausas y silencios al servicio del texto y de sus voces.

A la altura del Jardín

Cuando recibí los textos de esta antología, sentí que quería estar a la altura de quienes la habitan. Quería que cada autor y autora encontrara aquí un espacio digno, un lugar donde sus palabras respiraran con claridad.

El recorrido de lectura no lo tracé yo. Ese orden lo dispuso el Jardinero, que conoce la raíz y el fruto de cada voz. Yo entré después, cuando el mapa ya estaba tendido, para cuidar la manera en que ese viaje se presenta. Me importaba que el lector pudiera avanzar sin tropiezos, sintiendo que cada página estaba puesta con intención.

Las imágenes florales que abren algunas secciones nacieron de un deseo muy sencillo: acompañar conceptualmente, no decorar. Quería que el libro tuviera puertas, pequeños cambios de luz que prepararan el ánimo antes de entrar a otra voz. Por eso están donde están, y no más.

La belleza, comprendí, necesita un entorno que la sostenga. Por eso, con las fotografías de los autores y autoras, quisimos llevar cada rostro al mismo territorio simbólico: el jardín de esta antología. Cada fotografía llegó con su propia condición: distintas luces, distintas resoluciones, distintos modos de aparecer ante la cámara. Al reunirlas en el jardín de la antología, quisimos que todas pudieran pertenecer al mismo territorio simbólico, un espacio de flores y frutos donde las voces del libro encuentran su raíz. Allí, bajo una luz armonizada, cada autor y autora se integra al paisaje con naturalidad, como si hubiera sido retratado dentro del mismo huerto imaginado. No es un fondo: es un ecosistema común, una escena que los acoge y los vincula, recordándonos que esta obra no reúne solo textos, sino presencias que crecen juntas.

El resto fue un trabajo de sensibilidad: elegir una tipografía editorial para títulos y cuerpo que no distrajera, ajustar el aire de la página, encontrar el ritmo entre una biografía y una obra, entre una voz y la siguiente. Cada ajuste fue una conversación silenciosa con el libro, una manera de preguntarle: ¿así te sientes mejor? A veces pienso que esta antología se dejó construir. Que solo necesitaba alguien que la siguiera de cerca, que la oyera. Yo estuve aquí para eso: para acompañar. Para sostener el espacio donde estas voces se encuentran.

Si algo deseo que el lector sienta es esto: que hay cuidado en cada página. Que nada está puesto por accidente. Que este libro fue hecho con respeto, con atención, con un cariño que no necesita ser explicado. Eso es, al final, lo que quisimos hacer como equipo editorial.

Autores colaborativos

Lizardo Carvajal	12
Clemencia Beghelli Crespo	13
Orlando Restrepo Jaramillo	18
Gonzalo Montaño E.	23
Marco Antonio Valencia	27
Santiago Adolfo Arboleda Franco	30
Alexander Méndez Basto	35
Mauricio Vidales	41
Juliana Sequera	45
Gladys Stella Moncayo Colpas	49
Amparo Molina García	52
Francisco Javier García López	54
José Omar Trujillo Ceballos	58
Jesús Antonio Rico Velasco	62
Cecilia Ángel	67
Eliana Guarnizo Segura	70
César Tulio Rodríguez Bermeo	73
Luis Ángel Muñoz	78
Jerónimo Ávila Quintero	82
Valentina Betancour Gallego	86
Jonathan Gabriel Salazar Hurtado	90
Leonidas Ocampo Arboleda	96
José Norberto Henao Cardona	102
Juan Manuel Drada Campo	107
Félix Enrique Narváez Álvarez	111

Wilson Rafael León Blanchard	115
Hernando Rafael Osorio Rodríguez	118
Julio Herberth Montaño Gruezo	122
Jairo A. Libreros Cáceres	127
Graciela Carvajal Rodríguez	131
Rodrigo Ulises Escobar Rivera	135
Pedro Alcázar Flores	138
Margarita Cruz	142
Javier Cortés Cortés	146
Jorge Armando Russi Rojas	150
Carlos Alberto Ramírez Becerra	153
Víctor Hugo Vallejo	158
Nelson Antonio Torres	164
José Manuel Jordán Balcázar	172
Nicolás Carvajal Ríos	187
Poemía	191



Esta obra terminó su edición
por Poemia, su casa editorial,
reuniendo las voces de autores
en un mapa narrativo de Colombia
en el mes de diciembre de 2025.